

ISSN: 1605-7920

Martí

Revista de la Sociedad Cultural José Martí

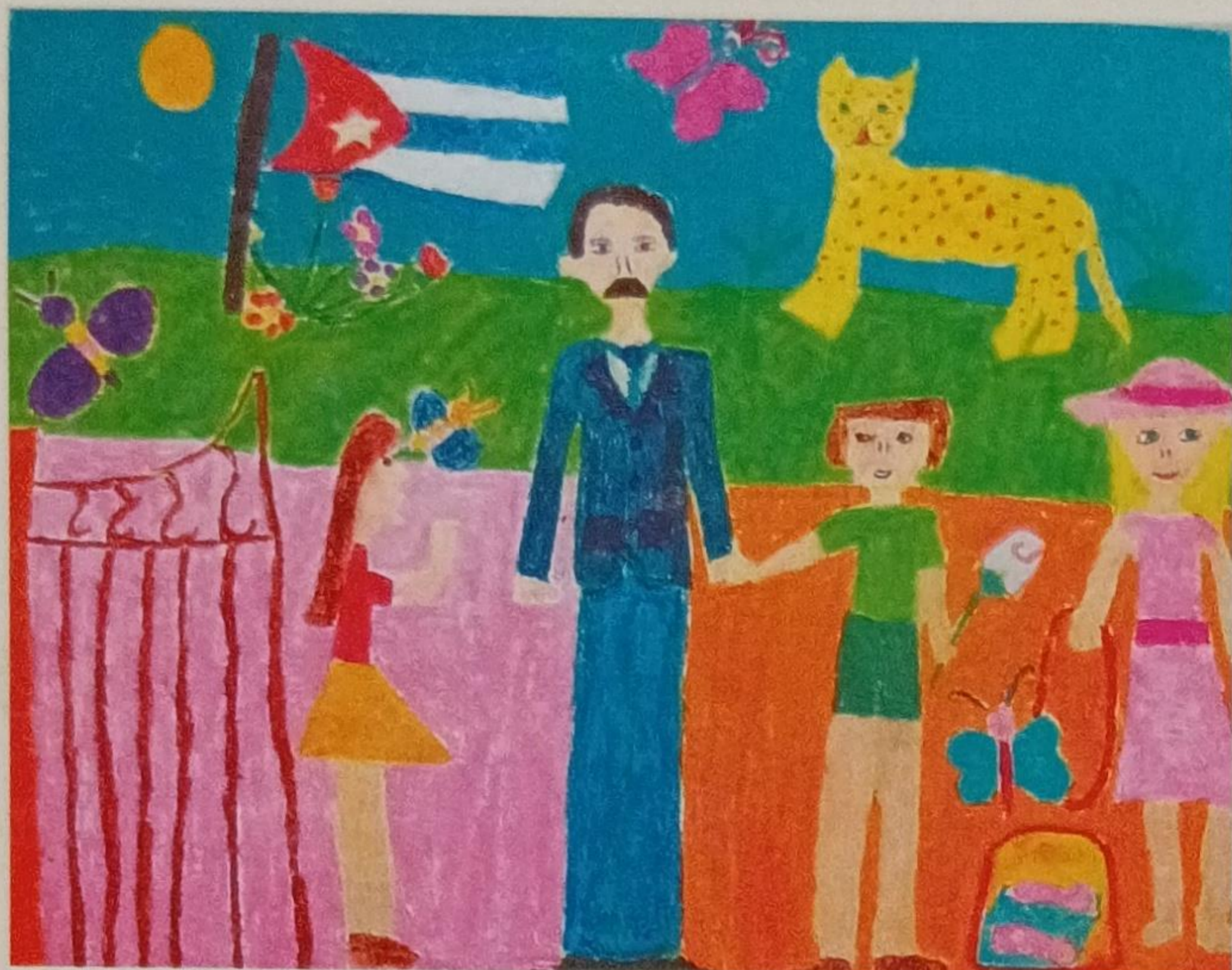
21

2007

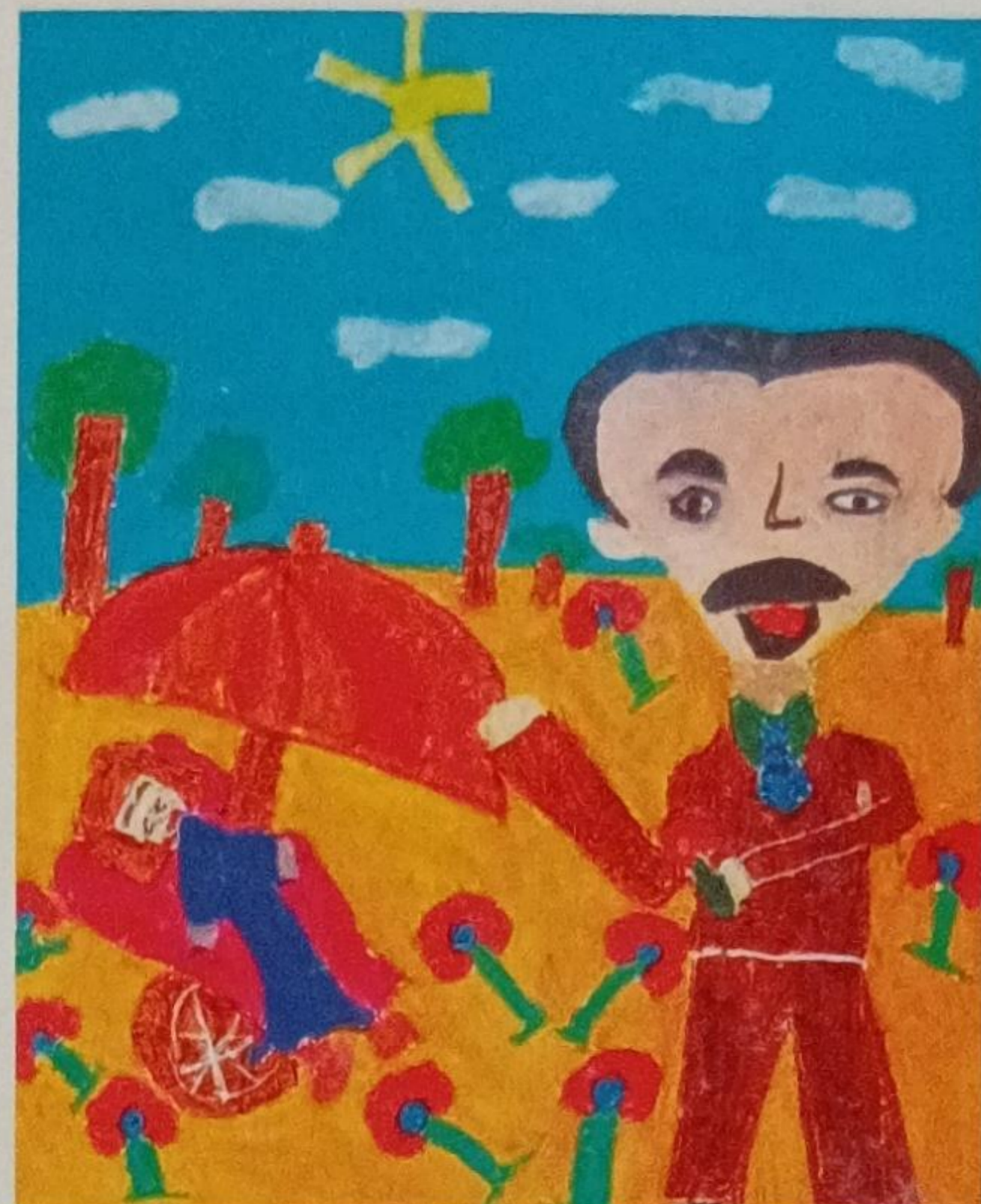


Edición especial
por el aniversario 155
del natalicio de José Martí

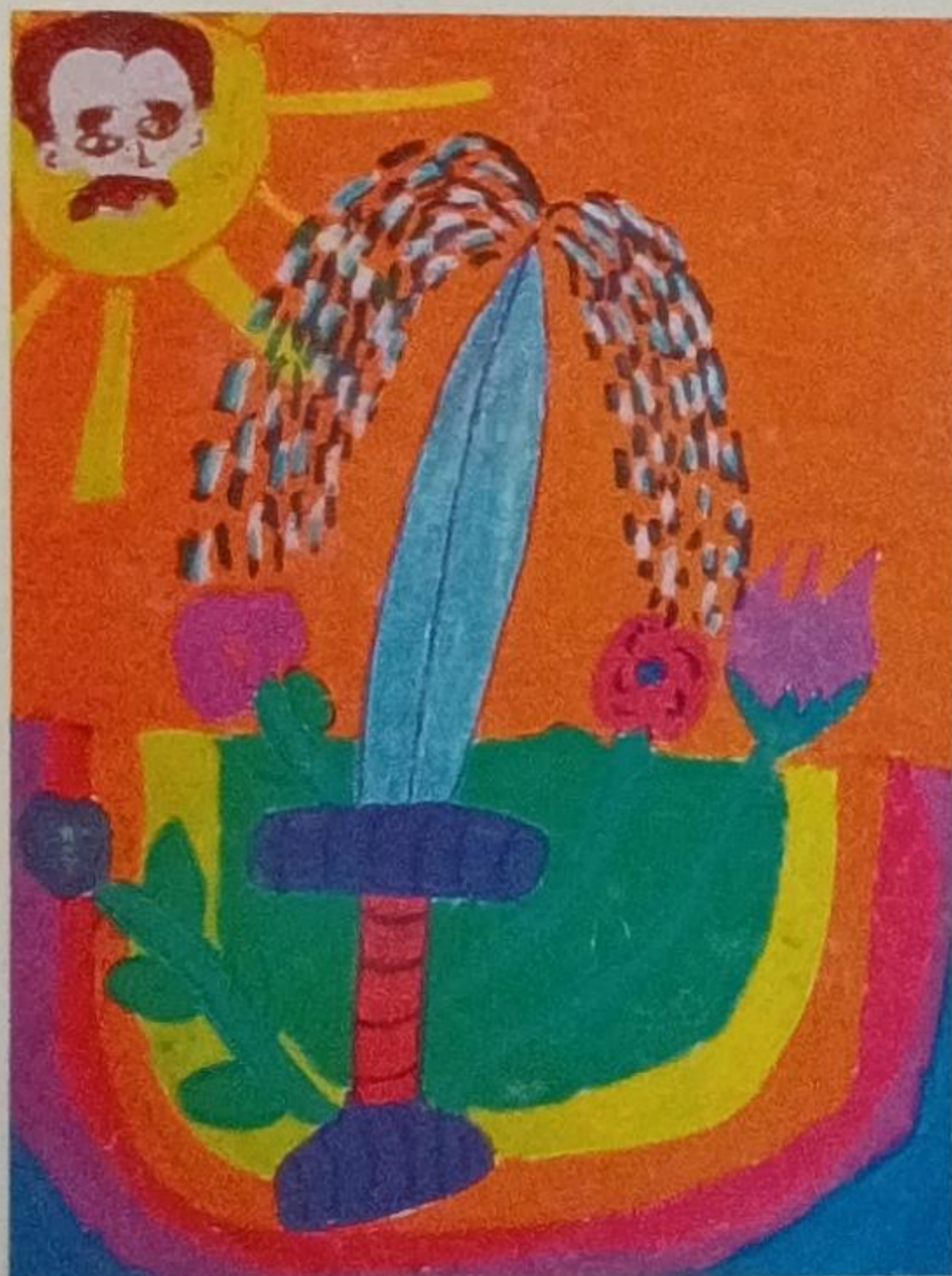
La Edad de Oro / Versos sencillos



Martí y los niños
Esthefani González Barroso, 7 años



Yo quiero, diestro y galán...
Arlett Benítez González, 10 años



Mi verso es como un puñal...
Arlett Benítez González, 10 años



Y ella, clavando los ojos...
Yelennis Pérez Iglesias, 10 años



Tiene el leopardo un abrigo...
Deyvis Yordi Ayala San Martín, 14 años

Avanz

no. 21 del 2007

Director

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Editora

SILVIA GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

Diseñador

EDUARDO A. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

Consejo editorial

ARMANDO HART DÁVALOS

ELIADES ACOSTA MATOS

LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ

MARLEN DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ

JORGE FERNÁNDEZ TORRES

OMAR GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ROLANDO GONZÁLEZ PATRICIO

ORDENEL HEREDIA ROJAS

HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO

ROBERTO HERNÁNDEZ BIOSCA

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

MAYRA B. MARTÍNEZ DÍAZ

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ LÓPEZ

ADALBERTO RONDA VARONA

MERCEDES SANTOS MORAY

JOSÉ L. DE LA TEJERA GALÍ

Fundadores de la Sociedad Cultural "José Martí"

ARMANDO HART DÁVALOS

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

EUSEBIO LEAL SPENGLER

CARLOS MARTÍ BRENES

ABEL PRIETO JIMÉNEZ

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

CINTIO VITIER BOLAÑOS

REDACCIÓN

Sociedad Cultural José Martí

Calzada no. 801½ entre 2 y 4,

El Vedado, La Habana, Cuba.

Tel.: 838 2298 y 830 4493

Fax: 833 4672

e-mail: jmarti@cubarte.cult.cu

Nuestro agradecimiento en este número al museo Casa Natal de José Martí, Escuela Panchito Gómez Toro, de Alamar; Jorge Jorge, taller Coloreando mi Barrio, y Eduardo Puente Fernández.

Esta edición ha sido financiada por el Fondo de Desarrollo de la Cultura y la Educación

S u m a r i o

Armando Hart Dávalos. ¿Quién fue José Martí? / 4

Cintio Vitier. El pensamiento ético cubano en nuestra universidad actual / 9

Fina García Marruz. Gracián y Martí / 15

Roberto Fernández Retamar. Martí y el pensamiento social en nuestra América / 19

Paul Estrade. Martí y el socialismo amazónico / 22

José Cantón Navarro. José Martí y la cultura cubana. Algunas reflexiones / 25

Luis Toledo Sande. ¿Y de quién aprendió José Martí su entereza y su rebeldía? / 31

Julio Fernández Bulté. Aproximación al pensamiento iusfilosófico de José Martí / 35

Ramiro Valdés Galárraga. Martí, viajero incansable / 43

Ivan A. Schulman. La mirada martiana del Oriente frente a la globalización modernista / 46

Pedro Pablo Rodríguez. José Martí: el hombre y su tiempo / 48

Rodolfo Sarracino. José Martí: sus primeros servicios consulares a Uruguay / 54

Adelaida de Juan. Contemporaneidad de Martí como crítico de arte / 59

Salvador Arias. José Martí y la interpretación musical / 64

Rafael Polanco Brahojos. Ciencia y poesía en el antimperialismo martiano / 69

Alberto Velásquez López y Ada Bertha Frómeta Fernández. La Ciencia en el Partido Revolucionario Cubano / 73

Ramón Guerra Díaz. Los dibujos de Martí / 76

Carlos Rodríguez Almaguer. La primavera de unas flores silvestres / 79

Nuestros autores / 80

La publicación de un escrito no significa la adhesión de la Sociedad Cultural "José Martí" a su contenido.

Editorial

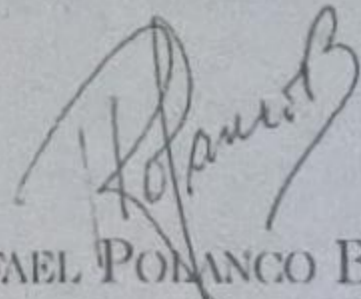


Parecía que el mes de enero de 1853 iba a pasar de largo para el expectante matrimonio Martí-Pérez, del piso alto de la pequeña y muy modesta casita con el número 41 en la calle Paula —próxima a la Puerta de la Tenaza de la Muralla que encinturaba La Habana de aquel entonces— cuando al amanecer del día 28 se escuchó el llanto de un varón primogénito al que sus padres, Mariano y Leonor, llamaron José. Pocos días después, el 12 de febrero, al ser bautizado en la iglesia del Santo Ángel Custodio, se le dio, para andar por el mundo, el nombre de José Julián Martí y Pérez.

Este 28 de enero se cumplen 155 años de aquel acontecimiento y *Honda* se suma, con una gota, al océano de amor y respeto con el que el pueblo de Cuba, otros pueblos de Nuestra América y del mundo rodearán a esa figura esencial de nuestra historia, cuyas cualidades excepcionales se nos muestran reunidas, excepcionalmente, en un solo hombre: poeta precursor del modernismo en América, a quien Rubén Darío llama Maestro; uno de los más depurados y originales prosistas de la lengua española; crítico de arte que sorprende por su agudo sentido de futuridad; analista con rigor científico del surgimiento del naciente imperio desde el propio seno del monstruo donde le tocó vivir, y quien no vacila en poner su extraordinaria sensibilidad al servicio del arte de la política y funda el Partido Revolucionario Cubano, para con él emprender, sumando voluntades y venciendo enormes obstáculos, una verdadera cruzada en favor de la independencia de Cuba.

A más de siglo y medio de su ascenso a la inmortalidad, la gran obra de verso, pensamiento y combate de José Martí sigue provocando reflexiones y sugerencias en las más diversas esferas del saber humano. Se ha afirmado que el carácter profético y visionario de su pensamiento le confiere en nuestros días una actualidad y vigencia sorprendentes. Y es que para los cubanos, Martí, con su carga de eticidad y espiritualidad, tiene mucho que decir sobre los problemas que enfrenta hoy nuestra sociedad y los peligros que amenazan la existencia del género humano en el planeta que habitamos.

Este número especial está dedicado, por entero, a exaltar su vida y obra reuniendo trabajos sobre su quehacer en diversas esferas. En los próximos números de *Honda*, correspondientes a 2008, continuaremos publicando las contribuciones de destacados investigadores y personalidades de nuestro país y del extranjero. Asimismo, incluiremos algunas ponencias e intervenciones que serán expuestas en la II Conferencia Internacional "Por el equilibrio del mundo" en cuyo contexto será presentada oficialmente esta edición especial. ■


RAFAEL POLANCO BRAÑOJOS
Director

La Habana (1853-1871)



Su padre, el valenciano Mariano Martí y Navarro.

Su madre, la tinerfeña Leonor Pérez Cabrera



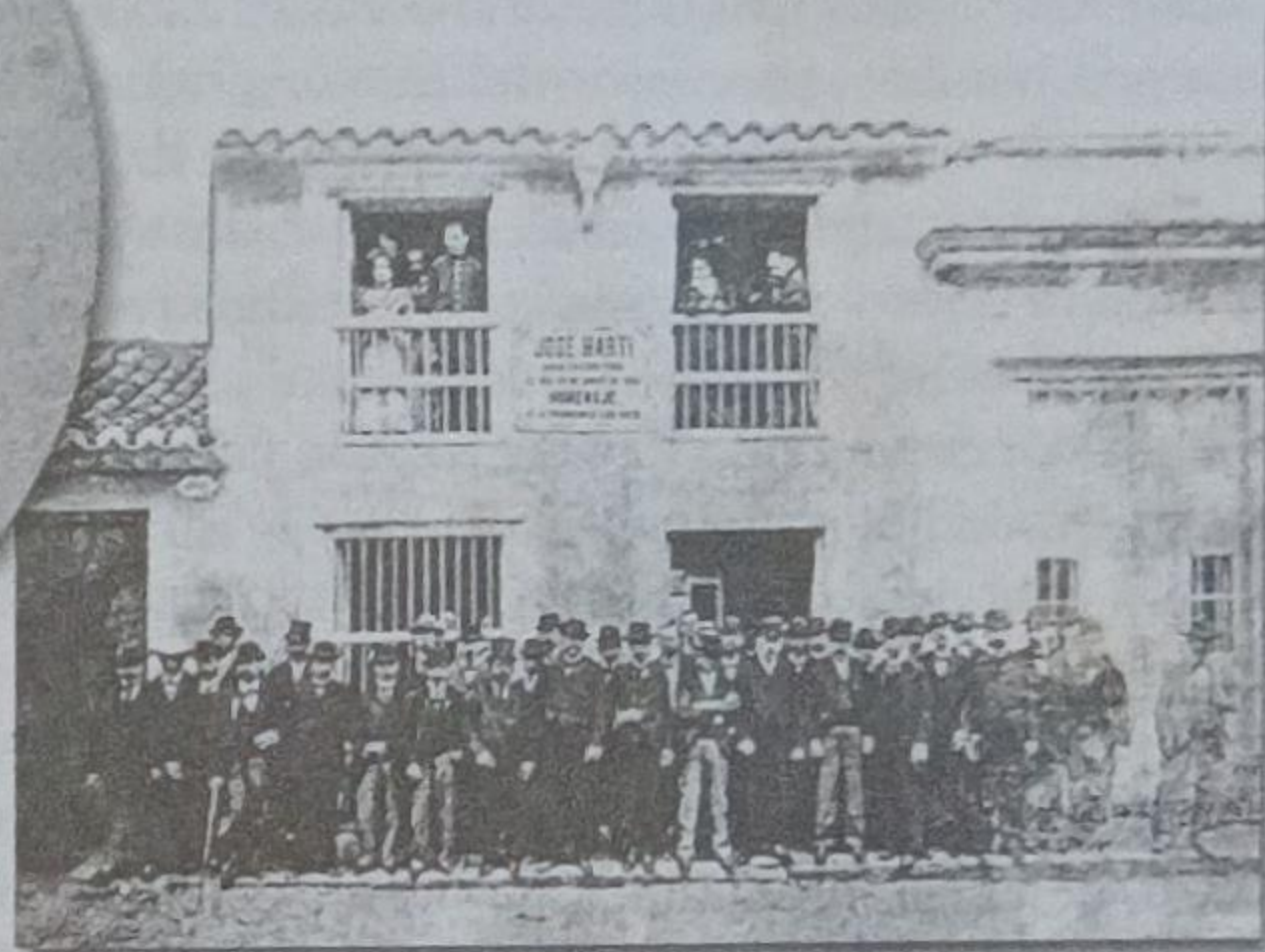
La Habana, Paseo de Isabel II, 1849.



Primer retrato conocido de Martí.

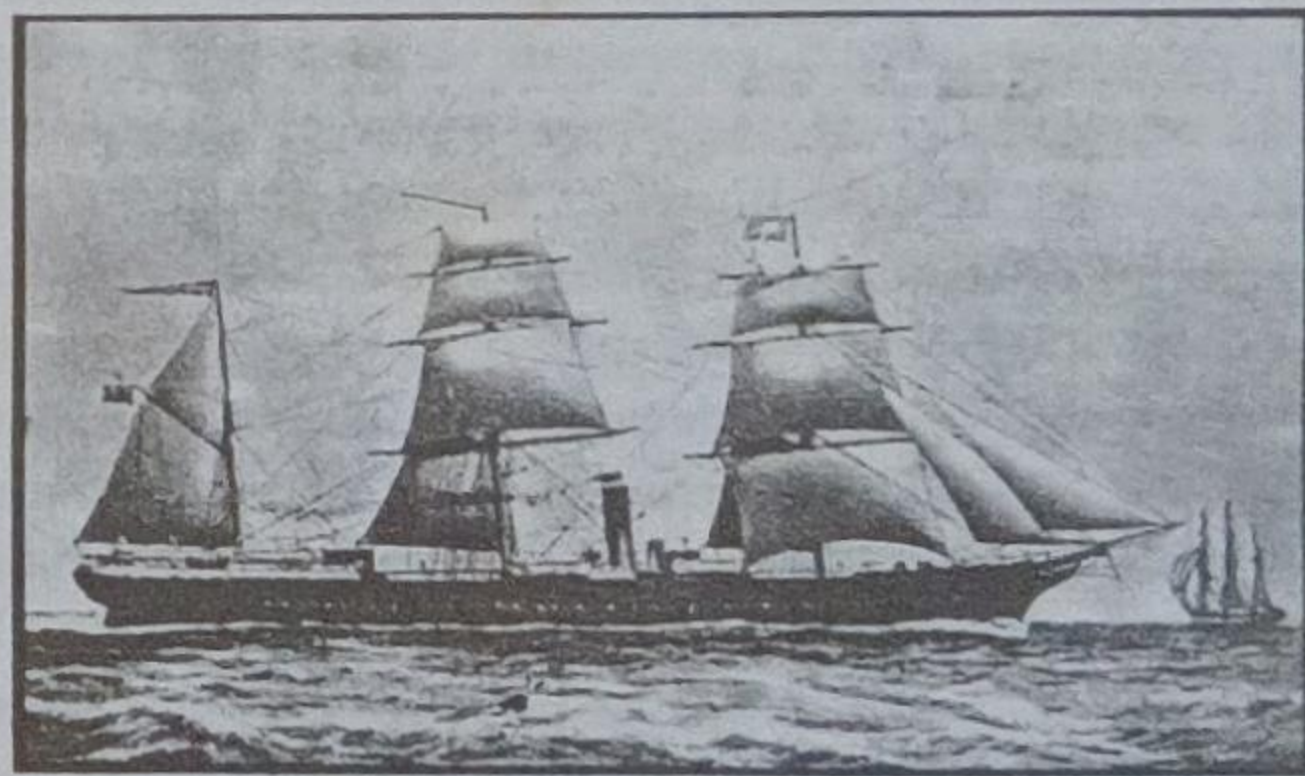
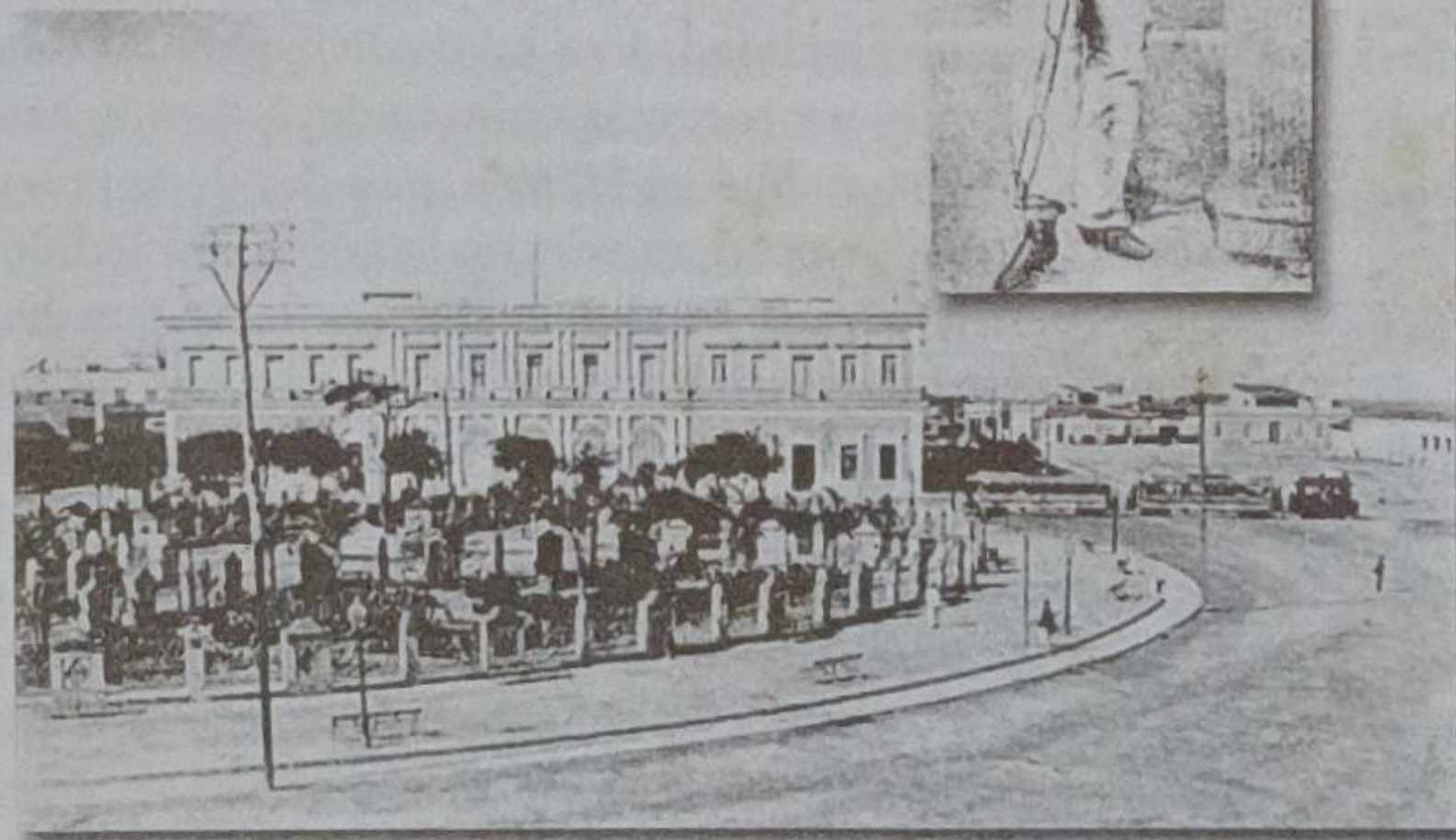


Su maestro, Rafael María de Mendive.



La casa natal de José Martí permaneció en el anonimato hasta 1899, cuando emigrados cubanos radicados en Cayo Hueso develaron una tarja en su fachada. Se inauguró el 28 de enero de 1925, como Museo José Martí, luego de que este inmueble fuera declarado Propiedad del Pueblo de Cuba el 24 de junio de 1918. Aquí el joven Martí vivió los tres primeros años de su vida.

El cuartel de la Cárcel ocupaba el extremo norte del Paseo del Prado. En el mismo edificio radicaba el Presidio Departamental adonde fue trasladado Martí el 5 de marzo de 1870 y se le incorporó a la cuadrilla que trabajaba en las canteras de San Lázaro, a dos kilómetros de la cárcel.

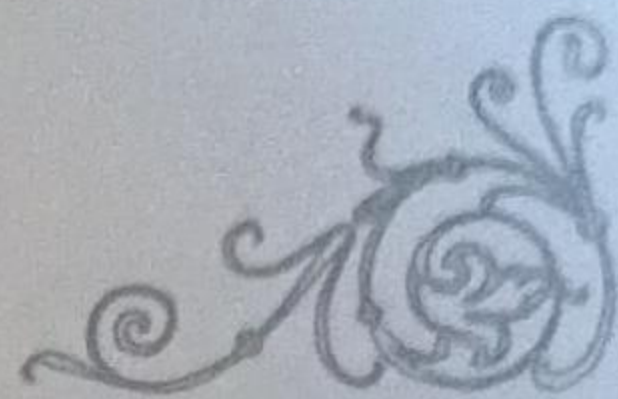


Vapor *Guipúzcoa*, en el que José Martí hizo su viaje a Cádiz en enero de 1871, en calidad de desterrado político.

8

¿Quién fue José Martí?

ARMANDO HART DÁVALOS



El acercamiento a José Martí, en los albores de un nuevo siglo y un nuevo milenio, nos motiva a adentrarnos en el sistema nervioso central de la historia de América Latina y el Caribe. Precisamente en su ensayo "Nuestra América", término que utilizó para diferenciarla de la otra, la que no es nuestra, expuso sus problemas fundamentales y proclamó: "¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! ¡Es la hora del recuento y de la marcha unida y hemos de andar en cuadro apretado como la plata en las raíces de los Andes."¹

Para ser consecuentes con su legado, los cubanos tenemos el deber con América y el mundo de mostrar, con mayor precisión y actualizando sus ideas, quién fue José Martí (1853-1895), el más profundo y universal pensador de habla española, figura cumbre de la política, la revolución y la cultura latinoamericanas; una identidad que se halla en el corazón de nuestro patrimonio espiritual y científico.

Cada día se hace más necesario conocer cabalmente quién fue aquel hombre, precursor del modernismo en la poesía, considerado entre los mejores prosistas de habla castellana de su época, ensayista capaz de abordar, destacar e identificar todo lo nuevo que se revela en la ciencia y la cultura de su tiempo, avanzadísimo crítico de arte y, en primer lugar, organizador del Partido Revolucionario Cubano y de la última guerra de liberación de Cuba.

Para subrayar cómo llegó a una comprensión de tan largo alcance y enfrentar los desafíos que tiene Iberoamérica hacia el siglo XXI, rememoremos cómo se gestó y alcanzó grandeza este paradigma a quien Gabriela Mistral calificó como "el hombre más puro de la raza". Martí recogió, en gran parte de sus sentimientos e ideas, lo mejor de la cultura de origen hispánico, lo reelaboró, le dio carácter americano y amplió su universalidad. A la vez, asumió como propia la tradición y la cultura prehispánicas de América y señaló que la liberación de América no se conseguiría sin la participación del indio.

Fue un hombre sencillo: "Yo soy bueno, y como bueno/Moriré de cara al sol", proclamó; amante fino y profundo de las letras y de lo bello, sensible y apasionado por la búsqueda del conocimiento humano. Maestro, periodista, combatiente político que, de manera infatigable estudió, leyó y escribió acerca de todo lo humano que ocurría en el mundo de su época: crónicas de la invasión colonial francesa al territorio del actual Vietnam; páginas impresionantes que releemos con emoción y deslumbramiento en relación con el alma rusa, así como historias, narraciones de las más diversas naciones de Europa, del mundo, incluidas, desde

luego, sus maravillosas descripciones de cómo era la España de entonces.

Fue el cubano capaz de describir y detallar con la mejor literatura castellana, desde los sucesos de Chicago hasta los más relevantes descubrimientos científicos del mundo que conoció. Fue capaz, a su vez, de escribir páginas inolvidables de los principales personajes de la historia, la política, la literatura y la ciencia.

El ideario que heredó de los forjadores Félix Varela, José de la Luz y Caballero, unido a la vasta cultura que alcanzó, le llevaron a desarrollar y enriquecer las ideas políticas y culturales más avanzadas de su tiempo. De su periplo por el mundo dejó inigualable testimonio en su obra periodística, su poesía, su narrativa y, sobre todo, en los certeros análisis de ensayística enjundiosa e iluminadora.

Cuando Carlos Manuel de Céspedes, Padre de la Patria, se alza en La Demajagua el 10 de octubre de 1868 contra el poder colonial español, tenía Martí escasos dieciséis años y escribe unos versos memorables nacidos de una altísima sensibilidad cultural y amor a la libertad.

Con su amigo entrañable Fermín Valdés Domínguez firma una carta de censura dirigida a un condiscípulo desertor de la causa de la independencia de Cuba. Esta fue ocupada y ambos son apresados. Martí se responsabiliza, es condenado a cadena y grillete, cuyas marcas quedan para toda la vida. Va a las canteras de San Lázaro y de allí a Isla de Pinos; posteriormente es deportado a España. Solo cuenta diecisiete años, pero ya había aprendido lo suficiente para escribir *El presidio político en Cuba*.

En Madrid realizó estudios superiores, los cuales culminó de manera brillante en la Universidad de Zaragoza. En la península fue testigo de un acontecimiento que aportaría luz a su formación revolucionaria: el establecimiento de la primera república española, a la cual dedicó, en 1873, comentarios que publicó en la prensa y en su trabajo *La República española ante la revolución cubana*.

El periplo vital del permanente destierro en que transcurrió la mayor parte de la vida de Martí, favoreció el desarrollo de su universalidad. A su salida de España —a finales de 1874— le siguió un recorrido que incluyó París y Nueva York, tras el cual se radicó en México, país donde se puso en contacto directo por primera vez con la población indígena. Aquel encuentro sobrecolector lo llevó a decir que hasta que el indio no se incorporara a la lucha por la liberación de América, esta no alcanzaría su plena independencia. Fue allí donde inició el conocimiento directo de los países que llamaría "Nuestra América". Enriquece sus experiencias durante su estancia en Guatemala entre 1877 y 1878.

Regresó por unos meses a La Habana, tras concluir lo que llamamos la Guerra Grande (1868-1878), conocida también como la de los Diez Años en la que no solo se mos-

¹ José Martí, "Nuestra América", en *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 6, p. 16.

traron los puntos máximos de una época de gloria, de eterno y emocionado recuerdo, sino también evidenció que hacían falta otros hombres y otros métodos para dirigir la epopeya futura. El enfrentamiento bélico requería, además, un genio de la política, un talento intelectual del más alto nivel, un hombre de acción, pasión e imaginación. Este lo encarnó José Martí.

Tras este breve tiempo en Cuba, lo deportan nuevamente a España. Logra salir rumbo a Nueva York y pasa otra vez por París. Después de algunos meses en la urbe norteamericana, se trasladó a Venezuela, en cuya capital residió y se familiarizó aún más con el legado de Simón Bolívar, el prócer a quien tanto veneró y cuyas luchas se propuso continuar. Se sintió su hijo y deudor, y escribió emocionado: "¡de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada a los pies...!"²

En México, Guatemala y Venezuela se relacionó con el rico mundo cultural latinoamericano. Si en Cuba había conocido al negro, entonces condenado por la esclavitud, en aquellos países supo directamente del indio, lo que reafirmó su antirracismo. México, en particular, le brindó el panorama de las allí naciendo luchas de los trabajadores por justas reivindicaciones, e, incluso, participó en la defensa de estos.

"De América soy hijo: a ella me debo", escribió el Maestro al abandonar Venezuela, en 1881, rumbo a Nueva York, y desde esta ciudad continuó su cruzada en favor de la unidad latinoamericana.

Al recordar su enunciado "Patria es humanidad", cabría decir que Martí hacía política para la humanidad. La hacía, con claridad de su sentido universal, exquisitez en los métodos, firmeza indeclinable en los fines, previsión extraordinariamente realista acerca de los peligros y limitaciones, y con pasión resuelta, serena y heroica por superarlos. Esta originalísima combinación de elementos en una mentalidad privilegiada, con una vasta cultura, con una personalidad atrayente y sugestiva, lo convierte en el único cubano capaz de agrupar y fundir en un solo movimiento, resumir en un solo partido, concretar en un solo ejército, todo el esfuerzo del pueblo cubano por su independencia.

Dirigir la guerra con criterio político era el único modo de ganarla. Había que buscar formas concretas de organizar al ejército y los medios para auxiliarla y extenderla en todo el territorio; para ello se necesitaba unir las voluntades en un apretado haz bajo una dirección unificada. Con este fin fundó el Partido Revolucionario Cubano, el primero creado en América, y en el mundo, para organizar y conducir una guerra anticolonialista y de independencia. La novedad de este hecho basta por sí sola para explicar las perplejidades que provocó.

La lucha por la independencia de Cuba no solo se libró contra el colonialismo español, sino también, y de manera muy esencial, contra las desmesuras del Norte.

Martí se instala en New York en 1880 coincidentemente con el ascenso económico e industrial de Estados Unidos y donde ardían las corrientes universales más contradictorias del pensamiento de aquella época. Allí confirma que en Cuba y las Antillas está la clave del destino del Nuevo Mundo.

La década de 1880 a 1890 resultó decisiva para Estados Unidos y determinante para la formación política de Martí, quien estuvo allí hasta 1895. Fue el país donde, después de Cuba, vivió más tiempo, y uno de los que conoció más profundamente. Una colección de sus escritos aparece bajo el título *Escenas norteamericanas*.

A propósito del Primer Congreso Panamericano, celebrado en Washington, Martí advirtió previsoramente, en 1889, la atención que merecía Estados Unidos en cuanto a su interés por extender sus dominios en América y apoderarse de Cuba y las Antillas, para de este modo fortalecerse como potencia ante el mundo, y anunció, hace ya más de un siglo, la urgencia de que los pueblos americanos se prepararan para una segunda independencia contra un imperio universal.

Nadie ha escrito con mayor profundidad acerca de la historia de Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XIX, sus costumbres, su acelerado desarrollo económico, los procesos electorales inescrupulosos y corruptos, las carencias en su vida espiritual, como lo hizo José Martí.

La clave de su vida como revolucionario y como pensador está en la articulación, en su carácter y en su mente, de ciencia, conciencia y hombre de acción. Y lo hizo a partir de su ética, porque Martí era un hombre medularmente ético, y en él estas categorías se articularon en la práctica sobre el fundamento de una alta conciencia moral.

En la cultura de Martí latían el pensamiento y la sensibilidad cristianos en su expresión más pura y original. Dijo: "En la cruz murió el hombre en un día, pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días."³ La dignidad de su conducta le permite, sin ser un guerrero, tomar conciencia de que la guerra constituía una necesidad objetiva para la independencia de Cuba, y comprender que debía enseñar con el ejemplo. Ahí está la raíz de la tragedia de su caída en Dos Ríos el 19 de mayo de 1895, a poco de iniciada la guerra que él preparó y convocó. En ello está la esencia de su virtud educativa, la prueba definitiva de la consecuencia de su vida.

Un aspecto esencial de la cultura de Nuestra América está en su universalidad y su aspiración a la integridad del saber. Con este sello intelectual se pueden desarrollar las condiciones para fundamentar en la conciencia social la noble aspiración martiana contenida en el principio: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas."⁴

Lo más importante está en que las enseñanzas de su vida forman parte de la mejor tradición política, educacional y cultural de la América de Bolívar y de todos sus próceres y pensadores, y en esa tradición están presentes ideas y

² *Ibidem*, t. 8, p. 241.

³ *Ibidem*, t. 20, p. 478.

⁴ *Ibidem*, t. 6, p. 18.

sentimientos indispensables para enfrentar los desafíos que tiene ante sí la civilización occidental.

En sus versos "Yugo y estrella", Martí no solo postulaba la elevación cualitativa de la humanidad de su tiempo, sino la de todos los tiempos. Exaltó el papel de la educación, la cultura y la práctica de la justicia y confió en ello para el mejoramiento de la especie a través de la evolución biológica. Con gran belleza están expuestos allí los fundamentos filosóficos de esta aspiración. Recordemos que el poema comienza con una alusión a la evolución de la vida en la tierra:

*Cuando nació, sin sol, mi madre dijo:
"Flor de mi seno, Homáño generoso,
De mí y de la Creación suma y reflejo,
Pez que en ave y corcel y hombre se torna,*

Y más adelante apunta que existen dos opciones: el yugo y la estrella. Quien acepta el yugo y al buey imita:

*Buey torna a ser, y en apagado bruto
La escala universal de nuevo empieza.*

Por el contrario, el que a la estrella si temor se ciñe, se llena de luz y asciende en la escala natural:

*Y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
Se oye que un paso más sube en la sombra!⁵*

Aquí y en otros trabajos suyos, puede verse cómo Martí aspiraba a que con la cultura, la educación, la inteligencia y la bondad el hombre fuera más feliz y pudiera alcanzar los planos más altos de la condición humana. ¿Se trata de una utopía? Utopía es también la larga evolución de la historia natural que nos condujo a ser hombres, y el hombre lleva en sí la aspiración utópica de ceñirse a la estrella que ilumina y mata.

Los cubanos estamos llamados a meditar sobre la realidad de hoy, cargada de incertidumbre y de crisis en el sistema capitalista a nivel internacional. Están teniendo lugar procesos en los que se manifiestan agudas contradicciones en el plano ético y jurídico, en la superestructura de los países capitalistas y, en especial, en Norteamérica. Estamos en presencia de una quiebra ética que hombres de profundo saber consideran solo comparable a la que tuvo lugar en tiempos de la caída del imperio romano. En efecto, la decadencia de Roma, Grecia y el mundo antiguo de la cuenca del Mediterráneo, de hace mil quinientos a dos mil años, presenta notables paralelos con lo que está ocurriendo en nuestros días.

En lo que se refiere a la situación en América Latina y el Caribe, están en marcha procesos que retoman las banderas de Bolívar y Martí reivindicando los anhelos integracionistas de los pueblos de nuestra región y a favor de la independencia y la soberanía, frente al dominio neocolonial del imperio hegemónico.

A casi medio siglo del triunfo revolucionario de enero de 1959 puede concluirse que el acierto y la fuerza de la

Revolución cubana han estado y están en que abordó con rigor tanto la necesidad de la liberación humana como el sentido ético de la vida que constituye la piedra angular de la mejor cultura occidental.

El maestro fundador de la escuela cubana, José de la Luz y Caballero, al señalar que "la justicia es el sol del mundo moral" estaba colocando a la ética como tema central de las ideas cubanas y esa orientación se proyectaría a lo largo de dos siglos de historia. En ella se sintetizan las más importantes exigencias prácticas de nuestra patria. La fractura entre los programas de justicia social de un lado y las aspiraciones morales del otro, o el situar estos dos planos divorciados, constituyen la causa de fondo de que no se haya mantenido una izquierda victoriosa en América Latina durante el siglo xx. Sentido ético de la vida y programa de redención humana y social están en la esencia de las victorias revolucionarias en la segunda mitad del siglo xx.

Es preciso tomar en consideración las enseñanzas de los grandes maestros de América Latina. José Martí promovió la renovación de las ideas revolucionarias con la herencia que recibió de los forjadores de la primera mitad de la decimonónica centuria. Todos ellos lo hicieron desde la óptica de los intereses de la población esclava y explotada de América Latina. En Martí aparece como un rasgo esencial la idea integracionista heredada de Bolívar, la reivindicación de la autonomía de nuestra cultura y el análisis y la denuncia del imperialismo norteamericano.

En José Martí se sintetiza de modo ejemplar una larga legión de héroes, próceres y pensadores de un siglo de hechos e ideas que revela el carácter singular del proceso cubano y lo sitúan como la continuidad histórica, a finales del siglo xix, de la epopeya independentista de nuestra América iniciada en sus comienzos. En el siglo xx su pensamiento patriótico y antimperialista se empalmó con el ideal socialista, y esa conjunción de ideas fue asumida por la generación del centenario del Apóstol encabezada por Fidel Castro y que abrió el camino para la plena y definitiva independencia de nuestra patria.

Es precisamente asumiendo esta tradición martiana y además el pensamiento social y filosófico más avanzado de la Edad Moderna, lo que nos permite hoy resaltar la importancia de los factores económicos y sociales y reconocer a su vez el valor de la psicología individual y colectiva. De aquí el énfasis en la transformación moral del hombre a través de la educación y de su capacidad de asociarse en el trabajo y en el estudio. Asociarse es el secreto único de los hombres y de los pueblos y la garantía de su libertad, subrayó el Apóstol.

Se gesta una conmoción económico-social de vasto alcance en el sistema burgués imperialista y, por tanto, a escala universal. Lo ha denunciado Fidel Castro y lo reconocen los principales economistas del mundo. Estos desafíos nos obligan a examinar con todo el rigor del siglo xxi, los temas ideológicos y culturales que en veinte siglos de historia han quedado pendientes.

La centuria recién concluida hizo aportes trascendentales en el terreno científico y tecnológico, pero ha dejado

⁵ *Ibidem*, t. 6, pp. 161-162.

un gigantesco déficit moral y ético en la vida espiritual, que está a la vista de todos. Es imprescindible situar la cultura y la inteligencia en lo más alto de la escala del saber y del sentir.

Cuando a Martí alguien le dijo en Nueva York que no veía en Cuba atmósfera para la independencia, le respondió que él no estaba hablando de atmósfera sino de subsuelo. Y es que no basta con la ciencia y la razón fría, es indispensable tomar en cuenta el acento utópico presente en nuestra rica tradición intelectual y estudiarlo desde el punto de vista científico.

La América de Bolívar y de Martí tiene argumentos para probar hoy, con el rigor del pensamiento científico y mostrando la dramática realidad de los hechos, que el sueño milenario de la utopía universal del hombre es la única posibilidad real de salvar a la especie humana de su posible extinción. Queden atrás viejas polémicas sobre ideologías y doctrinas encerradas en dogmas, la maldad y la torpeza. Estudiemos todas las figuras que señalaron el camino de nuestro "pequeño género humano" —como nos caracterizó Bolívar—. Aprovechemos todo el caudal que está a nuestra disposición en la prehistoria y en la historia de América y, desde luego, su cúspide, el pensamiento emancipador de los siglos XIX y XX.

Esta cultura constituye la reserva espiritual más valiosa del llamado Occidente y debe servir para asumir los desafíos que tiene ante sí. En dos milenios de historia nuestra civilización occidental dejó relegado a un plano secundario o totalmente subestimado, el valor de la cultura espiritual y, por tanto, de la ética, y esto podemos promoverlo sobre el fundamento de las raíces de la historia cultural de la patria de Bolívar, de Martí, y de tantos más. De lo contrario, el colapso que se avecina y cuyos síntomas están a la vista, nos conducirá al fin de la historia y no al modo en que hablaron quienes representan la esclerosis del sistema social dominante, sino de una manera dramáticamente real, es decir, al final de la vida sobre la tierra. Esto si continuamos el camino del egoísmo generado por la miseria material y moral.

El significado esencial de la inmensa y original personalidad del Apóstol cubano se halla en que no se trata de un hecho aislado en la historia de América Latina y el Caribe,

forma parte de una larga cordillera de próceres y pensadores de Nuestra América a la que también llamó "América de los trabajadores" la cual se revela en una carga de ideas y sentimientos redentores como los que necesita la civilización occidental para enfrentar el desafío de la humanidad en el siglo XXI.

En nombre de la cultura de Martí proclamamos que ha llegado la hora de promover la manera culta de hacer política que está en el sentido de nuestra historia y que es la única forma de hacer triunfar una revolución. Fomentar y promover, sobre sólidos fundamentos, la relación entre intelectuales y políticos es un aporte concreto para asegurar la victoria de estas concepciones.

En los años 60, Fidel Castro y el Che Guevara se colocaron en la avanzada del movimiento revolucionario internacional proclamando, desde raíces latinoamericanas, la necesidad del socialismo, insistiendo en la importancia clave de los factores morales en la historia y promoviendo, desde la izquierda, cambios que resultaban inevitables, para superar el equilibrio bipolar, y facilitar caminos a la diversidad y la justicia universal.

Estamos llamados a situar hoy la cultura en el centro de la acción política. Y esta síntesis solo puede alcanzarse partiendo del rico patrimonio intelectual y ético presente en nuestra región latinoamericana y caribeña.

En Martí, y en su mejor discípulo Fidel Castro, está presente una cultura que conjuga un enfoque radical con un proceder armonioso, con el fin de sumar todas las voluntades posibles en el empeño liberador, y que constituye la esencial contribución cubana al acervo del saber político de Occidente. Ella permite superar radicalmente la vieja fórmula reaccionaria de divide y vencerás, y hacer triunfar la de unir para vencer.

Y concluyo con un pensamiento de nuestro Apóstol que puede considerarse todo un manifiesto ético:

Ser bueno es el único modo de ser dichoso.

Ser culto es el único modo de ser libre.⁶ ■

⁶ *Ibidem*, t. 8, p. 289.



MARIO BENEDETTI

En este ciclo que trata de las vinculaciones de Martí con distintos países, sobre todo de la América Latina, es obvio que podrían figurar todos ellos, ya que el gran revolucionario y notable escritor cubano, recogiendo y enriqueciendo el legado de Bolívar, pensó y actuó en términos de patria grande.

¿Qué juicio mereció al Estado uruguayo la gestión de Martí, ya sea como cónsul o como delegado ante la Conferencia Monetaria?

Todos los indicios y documentos, tanto de la época como inmediatamente posteriores, confirman que estuvieron particularmente satisfechos con la gestión de Martí, quien dio un brillo particular al nombre de Uruguay con su actuación en la Conferencia. Hasta en detalles menores, Martí fue de una corrección ejemplar.

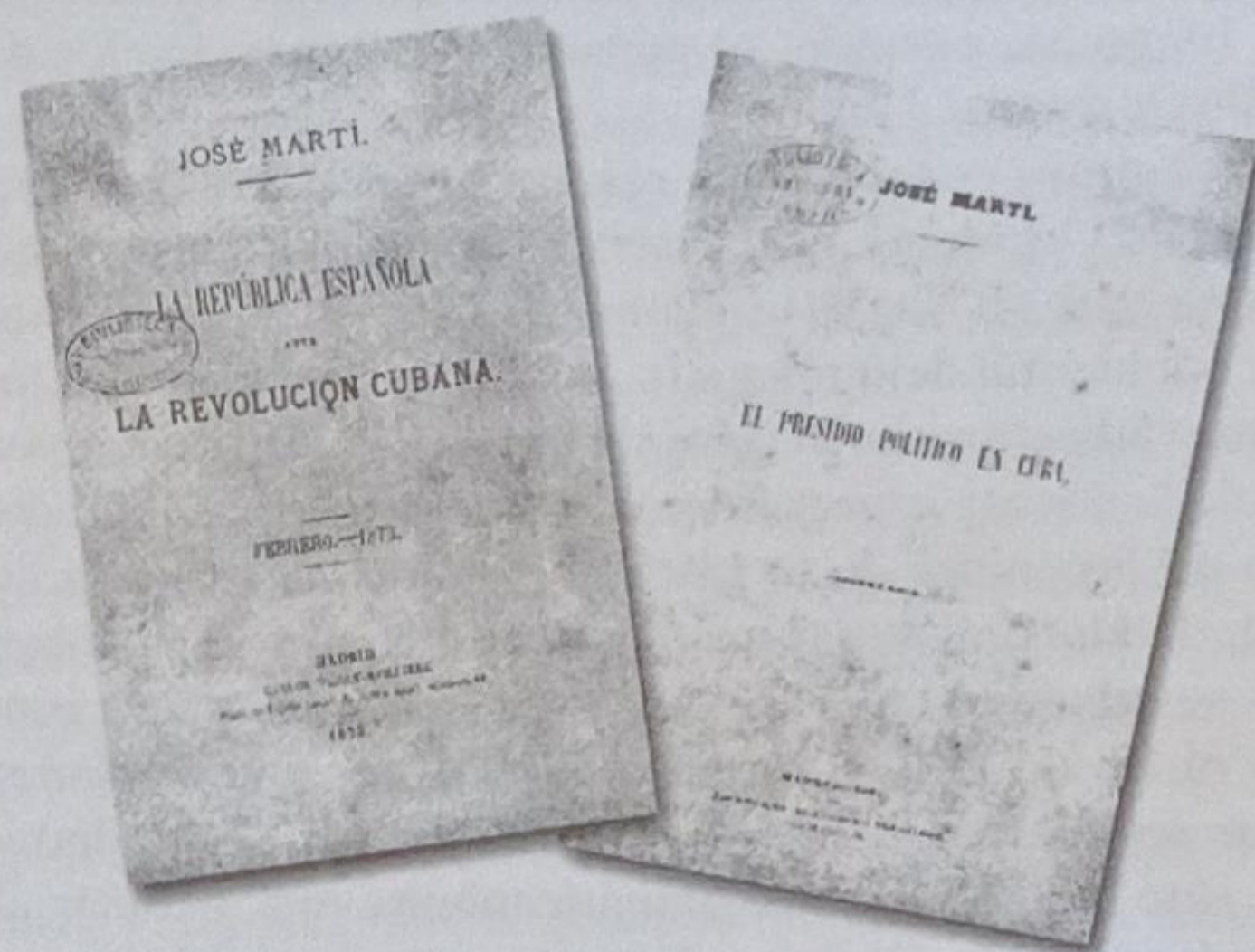
España (1871-1874)



Con su amigo Fermín Valdés Domínguez, en Madrid, 1872.



La puerta del Sol de Madrid.



Poema para Aragón en España

Para Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar todo Aragón,
Franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
por qué lo tengo, le digo
Que allí tuve un buen amigo,
Que allí quise a una mujer.

Allá, en la vega florida,
La de la heroica defensa,
Por mantener lo que piensa
Juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
O lo enoja un rey cazurro,
Calza la manta el baturro
Y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
Que baña el Ebro lodoso:
Quiero el Pilar azuloso
De Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés
Echa por tierra a un tirano:
Lo estimo, si es un cubano;
Lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos
Con escaleras bordadas;
Amo las naves calladas
Y los conventos vacíos.

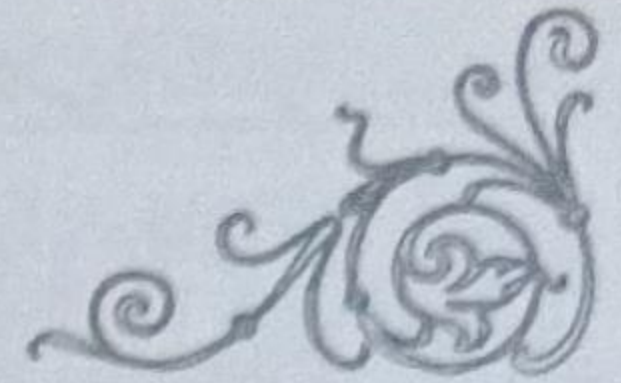
Amo la tierra florida,
Musulmana o española,
Donde rompió su corola
La poca flor de mi vida.



Real Universidad de Zaragoza, donde José Martí cursó la mayor parte de sus estudios y se graduó como licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras.

El pensamiento ético cubano en nuestra universidad actual

CINTIO VITIER



Durante una conferencia, titulada “Enseñar a Martí en la Educación Superior”, me referí a los dos máximos fundadores del pensamiento ético cubano: el padre Félix Varela y José de la Luz y Caballero, y especialmente a la polémica filosófica sostenida en 1839 por los hermanos González del Valle con el presbítero Francisco Ruiz y otros, en torno a la preeminencia de la ley del deber o la ley de la utilidad: polémica magistralmente zanjada por José de la Luz a favor de “lo más útil”, que es la justicia. Inmediatamente relacionamos esta sentencia con el *credo* martiano de “la utilidad de la virtud”, considerando que tal es “nuestro linaje irrenunciable”, el que nos enseña nuestra historia y el que debe centralmente alimentarnos.

No es bueno, sin embargo, encerrarnos en nosotros mismos y dejar de oír otras voces atendibles en torno a lo que José Ortega y Gasset llamó, en memorable ensayo, “Misión de la universidad”. El diálogo con esas páginas puede enriquecernos de diversos modos, como también las que Gabriela Mistral leyera cuando la Universidad de Guatemala le otorgó el doctorado *Honoris Causa*.

Comienza Ortega señalando “un error fundamental que es preciso arrancar de las cabezas, y consiste en suponer que las naciones son grandes porque su escuela —elemental, secundaria o superior— es buena”. Tal fue, en efecto, según lo he observado en otro sitio, una creencia pertinaz en nuestra seudorrepública: la de que los males de la sociedad se curarían por obra y gracia de una pedagogía nacional inspirada en la ética de nuestros fundadores. Pero ¿era esto posible sin que la sociedad misma cambiara? Se generaba un círculo vicioso: el país no mejoraba porque la escuela no mejoraba, y la escuela no mejoraba porque el país no mejoraba. Resulta curioso que un pensador tan poco revolucionario como Ortega y Gasset reconozca en el fondo lo decisivo del cambio social cuando afirma: “Si un pueblo es políticamente vil, es vano esperar nada de la escuela más perfecta. Solo cabe entonces la escuela de minorías, que viven aparte y contra el resto del país.” No tuvimos nosotros nunca “la escuela más perfecta” para mayorías ni minorías, y al triunfo de la Revolución descubrimos que solo ella podía ofrecer a la escuela nacional el contexto ético que le faltaba. Solo el brusco y profundo cambio social hizo posible la fundadora Campaña de Alfabetización. Muchos años después, sin embargo, sabemos que el bienhechor cambio de estructuras sociales, sometido hoy a pruebas y contradicciones imprevisibles, reclama dramáticamente el concurso de la escuela, desde la primaria hasta los centros de nivel universitario, para la sobrevivencia espiritual de la nación independiente. Lo que era círculo vicioso se ha tornado dialéctico.

Recuerda Ortega que en su origen medieval la universidad no investiga (aunque se hiciera fuera de ella), y se ocupaba muy poco de las profesiones. Su finalidad fundamental era transmitir lo que hoy llamamos “cultura general”, entonces teología, filosofía, “artes” (el *trivium*: gramática, retórica, lógica, y el *quadrivium*: aritmética, geometría, astronomía, música). Considera Ortega que la universidad moderna reduce al mínimo, casi como ornato, este objetivo, ocupándose solo de formar profesionales e investigadores, y que hay que devolverle aquella finalidad fundamental a la altura de nuestro tiempo, de modo que la enseñanza universitaria integre la trasmisión de la cultura, la enseñanza de las profesiones y la investigación científica.

A propósito de la actualización que propuso Ortega, y en principio nos parece plausible, de un contenido básico de las universidades creadas en el siglo XIII, no estará de más recordar la siguiente opinión de José Martí: “La Edad Media, como seno de madre, dio de sus sombras creadoras a nuestra Edad, que no la rechaza ya como hija impía, sino que anhela conocerla, porque nació de ella.” Cuando estas palabras se escribieron, en un comentario a la *Historia Universal*, de César Cantú, en 1882, ya era moneda corriente, y sigue siéndolo hoy para muchos, la imagen de una Edad Media reducida al oscurantismo y la Inquisición. Federico Engels lo aclara de este modo categórico:

La Edad Media era considerada como una simple interrupción de la historia por un estado milenario de barbarie general; los grandes progresos de la Edad Media, la expansión del campo cultural europeo, las grandes naciones de fuerte vitalidad que habían ido formándose unas junto a otras durante ese período, y finalmente los enormes progresos técnicos de los siglos XIV y XV, nada de esto se veía. Este criterio hacía imposible, naturalmente, penetrar con una visión racional en la gran concatenación histórica, y así la historia se utilizaba, a lo sumo, como una colección de ejemplos e ilustraciones para uso de filósofos.

Para uso de sociólogos positivistas, diríamos más bien, pensando en la universidad de nuestra juventud. Si algo tiene que reivindicar la universidad cubana actual es ese sentido, subrayado por Engels, de “la gran concatenación histórica”, que nos permitirá reconocer, entre otras muchas cosas, las verdaderas fuentes de la sabiduría ética del padre Varela, que no están por cierto en la ideología francesa del siglo XVIII, sino en las enseñanzas de San Agustín, Santo Tomás, Boecio, Basilio el Grande y San Juan Crisóstomo, estos dos últimos fustigadores implacables de los ricos. Léanse o reléanse las *Cartas a Elpidio* de “quien nos enseñó primero a pensar”. La historia no admite vacíos en su continuidad. No tiene por qué sernos ajena la puesta

al día de una misión universitaria, comenzada en el Medioevo –la de transmitir la cultura general del tiempo en que se vive– que hoy es más que nunca necesaria y difícil. Necesaria, porque la creciente e inevitable especialización tiende a agotar todo el tiempo disponible. Difícil, porque el vertiginoso aumento de los saberes obstaculiza cada vez más una síntesis coherente.

Lo que se debe enseñar, ante todo, según Ortega, es cultura, y cultura entendida como “el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee [...] el sistema de ideas desde las cuales el tiempo vive”. ¿Y la cultura del pasado del que procedemos, del que somos hijos por mucho que lo hayamos superado? No la encuentro, al menos explícitamente, en la concepción de Ortega. “Hay que hacer del hombre medio –dice–, ante todo, un hombre culto –situarlo a la altura de los tiempos.” La formulación de Martí, resulta más completa:

Educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive: es ponerlo a nivel de su tiempo, para que flote sobre él, y no debajo de su tiempo, con lo que no podría salir a flote: es preparar al hombre para la vida.

No se confunda esta preparación, ni en Martí ni en Ortega, con la sola preparación profesional, por importante que esta sea. “La función *primaria* y *central* de la universidad –subraya Ortega– es la enseñanza de las grandes disciplinas culturales”, o sea, los resultados resumibles de esas disciplinas, la concepción del mundo que se desprende de la física, la biología, la historia, la sociología y la filosofía contemporáneas, a las que el marxismo añade, con razón, la economía política. Se echa de menos en estas formulaciones orteguianas el contenido ético de la cultura y de su enseñanza, y también el contenido político que, según ya vimos, se planteó desde la antigua Grecia como *logos* de la *polis*, semilla que no ha dejado de estar viva un solo instante hasta nuestros días. Se echa de menos el sentido socrático de la pedagogía: el de “hacer hombres”, lo que Martí elogia por encima de todo en José de la Luz y en Bronson Alcott, lo que él mismo se propuso con *La Edad de Oro*: formar hombres de su tierra y de su tiempo, único modo de ser hombres universales, hombres de la patria diversa y una que es la humanidad.

Por su parte, Gabriela Mistral puso el mayor énfasis en “la unidad de la cultura”, de la que ha de ser garante y gestora la universidad. Por eso dice:

La universidad, para mí, carga a costas el negocio espiritual entero de una raza; ella constituye respecto de un país algo parecido a lo que los egipcios llaman el doble del cuerpo humano, es decir, un cuerpo etéreo que contiene las facciones y los miembros completos del cuerpo material. La universidad, para mí, sería el doble moral de un territorio y tendría una influencia directora desde sobre la agricultura y las minas hasta sobre la escuela nocturna de adultos, incluyendo en su arco de atribución escuelas de bellas artes y de música.

Pienso que al sistema abierto de nuestra educación superior, desde los Institutos de Ciencias Agropecuarias hasta

el Instituto Superior de Arte, solo le faltaría, quizás, subrayar en cada punto, relacionándolos todos, esa conciencia de unidad que la Mistral pedía. Oigámosla de nuevo, en su breve, magistral discurso de 1932 –hasta hoy, que sepamos, desoído–:

Hoy mismo –decía– Estado y universidad forman dos potencias capitanas de nuestra vida. El primero aparece con voluntad de unidad, casi con el bulto del puño cerrado; la segunda la vemos desbaratada, pulverizada en lotes de escuela primaria, secundaria o artística y debilitada fabulosamente por este desmigajamiento. [...] Dualidades no aceptaremos sino la fundamental de cuerpo y alma, de Estado y universidad, que ya es en sí bastante tragedia esto de que tengan que separarse fatalmente en hemisferio el poder y el pensamiento, la realización y la concepción. Pero que vivamos a lo menos la unidad de la cultura nacional en forma aproximada a la que he anotado sumariamente.

En realidad, la intención última de la Mistral –que la universidad fuertemente unida en sus facultades y objetivos, asuma, a la par que el Estado en lo material, la dirección espiritual del país–, es idea revolucionaria como la que más, que habría que analizar por todos sus costados (sin descuidar el peligro de autocratismo tecnocrático que ya se ha declarado en los países más desarrollados), y que tal vez resulte irrealizable. Ella misma suponía “un siglo de preparación”, del que ya ha pasado más de la mitad. De todos modos quedan estos ideales que podemos hacer nuestros y a los que debemos acercarnos más concretamente cada día:

Una sensibilidad de sismógrafo, un ojo sin pestañeo, de búho mitológico, haría de ella la pulsadora más delicada de la entraña nacional y la espectadora más conmovida del acontecimiento intelectual; una conciencia riquísima de ceiba de cien brazos, capitana del horizonte, la haría la respondedora de las más diferentes actividades [...] Madre se llamaría entonces con razón la universidad, porque, cual más, cual menos, todos habríamos vivido un tiempo sentados en su matriz de hacer y de cubrir.

Razón tenía Martí –y no es casual que lo comprobemos con su mejor discípula americana– cuando señaló, junto a las virtudes viriles, “esta necesidad de feminidad en la vida de la nación”, lo que no atañe solo a la sensibilidad, sino también al intelecto, si es que ambas instancias, en rigor, pudieran separarse. Por lo demás, esa integralidad de la enseñanza que demandaba la Mistral la sentimos ya anunciada en el Martí que aclara:

Y no está la reforma completa en añadir cursos aislados de enseñanza científica a las universidades literarias; sino en crear universidades científicas, sin derribar por eso jamás las literarias [...] en llevar solidez científica, solemnidad artística, majestad y precisión arquitecturales a la Literatura [...];

en el Martí que exige “enseñar todos los aspectos del pensamiento humano en cada problema, y no –con lo que se comete alevosa traición–, un solo aspecto”; en el Martí que, glosando a Peter Cooper y yendo más lejos, pide que se

integren el estudio y el trabajo como conocimiento más íntimo de la naturaleza, pero también, sin duda, como vía de participación con los productores, con los trabajadores agrícolas, sustento principal de nuestros pueblos, con "los pobres de la tierra". Como vía tácita, por lo tanto, de formación ética.

Volvamos, pues, al hilo conductor de la eticidad cubana que hoy más que nunca necesitamos no perder. Reanudando la tradición filosófica interrumpida con la muerte de Luz, Enrique José Varona, en la tercera serie de sus *Conferencias filosóficas*, dedicada a la Moral (1888), parte, según afirma, del principio "en que estriba toda la ciencia y el arte todo de la ética: el hombre es moral porque es social". Subordina, pues, la moral a la sociología, y como se atiene al fenomenalismo positivista, no tiene una respuesta categórica para la pregunta acerca de la libertad humana. Lo que parece concluirse de sus dudas y ponderaciones es que debe bastarnos la ilusión de ser libres, como la ilusión de ser felices, ya que el concepto de felicidad, como el de libertad, se evapora en un relativismo sin límites. Lo único seguro es que la solidaridad entendida como "adaptación al medio" constituye "la ley moral". ¿Cabe de estos principios derivar una moral revolucionaria? El propio Varona, rechazando el cargo de pesimismo, considera que su sistema moral "se inclina a un prudente y racional *meliorismo*", pues a su juicio "no toca a la ciencia de la moralidad alucinar a los corazones anhelosos las más veces de un ideal intangible, con promesas que no está en su mano cumplir". Aplicándole su propio método sociológico, la filosofía moral de Varona en estas conferencias era la filosofía correspondiente al período que se inicia con el Pacto del Zanjón, y en sus proposiciones finales convergía con el subrayado de la evolución histórica gradual, presente en el discurso hegeliano de Rafael Montoro.

Por su parte, Martí heredaba de Varela la convicción de que no hay patria sin virtud; de Luz, la fusión de cristianismo y estoicismo; de Céspedes, la capacidad de sacrificar el amor propio, "lo que nadie sacrifica"; de Agramonte, el carácter diamantino de quien "ni en sí ni en los demás humilló nunca al hombre". Y a todo ello añadió, además de la exquisita organización de su ser moral, el rechazo explícito y radical de la venganza y el odio, clamor como crisol cognoscitivo y militante, única fuerza capaz de crear una revolución, atrevámonos a decirlo, sin precedentes en la historia. Sin precedentes, decimos, como impulsión, como proyecto.

El factor decisivo de su pensamiento no le viene a Martí de los filósofos (sin que desde luego los desconociera ni los desaprovechara); le viene de los héroes y de los mártires. Toda la búsqueda de sí, solo tiene un objeto: *darse*. Los más altos maestros de esta sabiduría suma no son los filósofos ni los moralistas, sino los héroes, es decir, los hombres avocados a la transformación redentora del mundo por el propio y voluntario sacrificio. En su tratado de Moral, enumerando las varias acepciones posibles de la felicidad, apuntaba Varona: "y no faltarán quienes por realizar alguna sublime concepción de mejoramiento universal, encuentren una

exquisita felicidad en el sacrificio de sí mismos." El país acababa de producir toda una generación de hombres de ese tipo, para quienes la única realización posible estribaba en el deber, y este a su vez en el sacrificio. "El verdadero hombre —dirá Martí, como pudieron decirlo Céspedes, Agramonte, Gómez, o Maceo— no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber", y ese es para él "el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será la ley de mañana". En cuanto al sacrificio, para Martí es, sencillamente, "la calma".

Fundiendo en sí las mejores líneas del pensamiento y la acción cubanas, llevándolas hasta sus últimas consecuencias, Martí funda una ética revolucionaria que será la base de su prédica política y social. Esa prédica, realizada a través de sus discursos, artículos y cartas, intensificada vertiginosamente a partir de la creación del Partido Revolucionario Cubano, puede resumirse en cuatro puntos clave: 1) continuidad y unidad de la lucha revolucionaria; 2) antirracismo; 3) toma de partido "con los pobres de la tierra"; 4) antianexionismo y antimperialismo. No se piense que se trata solo de consignas políticas. Son principios inseparables de la ética martiana, basada en la decisión íntima, como le dijo a la madre en la carta de despedida, de no permitirse jamás "obra sin piedad y sin limpieza". Inseparables son de su creencia —para volver a la polémica fundamental de 1839— en la "utilidad de la virtud".

Y no se piense que Martí solo nos propone una ética heroica. Aunque creyó que en la raíz del hombre está la epopeya y confió en que, "en los alzamientos por venir, del pecho más oscuro saldrá, a triunfar, la gloria", no descuidó su previsión la normal temperatura de la cotidianidad humana. Para ella escribió:

La felicidad existe sobre la tierra; y se la conquista con el ejercicio prudente de la razón, el conocimiento de la armonía del universo, y la práctica constante de la generosidad. El que la busque en otra parte, no la hallará: que después de haber gustado todas las copas de la vida, solo en esas se encuentra sabor.

Fue en este contexto que dijo: "Ser bueno es el único modo de ser dichoso", sin convertir la consistencia de la bondad en problema infinito; y añadió: "Ser culto es el único modo de ser libre", sin confundirse con las teorías sobre la libertad que atraviesan los siglos. Creyó, como San Pablo, en la luz interior que "alumbra a todo hombre que viene a este mundo". Y la cultura que da la libertad, la cultura de que nos habla, no es la mera información sino lo que él mismo llamó, específicamente, la "cultura espiritual", la que hace verdaderos hombres, como querían José de la Luz y Bronson Alcott, no solo médicos, abogados o ingenieros. Es decir, la cultura ética, la cultura, precisamente, de la bondad y de la sensibilidad. Pero supo y dijo también que "en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno". Y así como no fue partidario de trabajar contra las pasiones, sino con ellas, como lo aprendió desde niño al ver qué "bonito" marchaba el potro "enfrenado", no condenó esa legítima aspiración a la prosperidad lícita o,

dicho con sus propias palabras, a "la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo". Partiendo, pues, de la que llamó "virtud modesta y extraordinaria, que vive en el mérito y las entrañas de la oscuridad", virtud hogareña y patriótica por excelencia, reanudaba el enlace entre lo privado y lo público al legitimar el deseo razonable de una prosperidad conjugada con "el bien de todos", pues "La felicidad general de un pueblo -nos dice- descansa en la independencia individual de sus habitantes."

El tiempo de tentaciones, en que el interés inmediato y la verdadera utilidad tienden a confundirse, en que el hedonismo instintivo tiende a predominar sobre la reflexión, en que las desigualdades, por inevitables que sean, irritan, y las escaseces, por explicables que sean, desalientan, aquí está el *corpus* ético que tenemos, no solo que estudiar, sino que asumir, si no queremos presenciar, irremisiblemente, la frustración de nuestro impulso revolucionario.

En buena hora acudan los que por su ilustración puedan hacerlo, a las lecciones de los filósofos que desde la remota antigüedad hasta nuestros días ofrecen un inmenso repertorio de meditaciones morales. Ninguna podrá sernos más útil que el ejemplo de nuestros próceres, cuando realmente lo han sido del pensamiento, la acción y el corazón. No porque hayan sido superiores a otros, sino porque en ellos encarnaron las mejores tradiciones éticas de la humanidad, sazoadas con el jugo de la tierra que los vio nacer y de la historia que los engendró.

La vida humana, desde que adopta una tabla de valores, ya sean religiosos o laicos, es decir, desde que es vida propiamente humana, resulta inseparable de las tentaciones que intentan desviarla de sus propios fines. El reordenamiento inevitable de la economía nacional, estratégicamente diseñado como unas relaciones jurídicas con el capitalismo que nos rodea, puestas al servicio del socialismo interno, implica también inevitablemente cambios estructurales. La imperiosa necesidad de divisas se ha introducido como un cuchillo en los tejidos más íntimos del país. Aparte del inevitable trauma, que a la larga -si logramos convertir el cuchillo en bisturí- puede conducir a la cura y salud de nuestra economía, las tentaciones que de esta nueva situación se derivan resultan mucho más profundas y peligrosas que todas las anteriores. Las palpamos, las estamos viviendo. Para enfrentarlas y vencerlas necesitamos todo el tesoro, todo el arsenal de eticidad acumulado en la historia intelectual y revolucionaria de la patria.

He intentado aludir en estas páginas a las corrientes que me parecen más dinámicas y féculas del pensamiento ético cubano, sin omitir el sociologismo poco estimulante de Varona, quien sin embargo, fiel a su apotegma de que "la acción salva", llegó a tener una participación cívica prácticamente revolucionaria, ya en la senectud, frente a la tiranía machadista. En la que hoy llamamos seudorepública, por lo demás, cobraron cierta fuerza las manifestaciones exegéticas de lo que se ha llamado "la cubanidad negativa" en autores como Roque E. Garrigó, Manuel Márquez Sterling

y Francisco Figueras, reverso de los que reaccionaron heroicamente a favor de la esperanza, como los marxistas martianos Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y Pablo de la Torriente Brau. Mantenedor de los credos éticos más altos de nuestro siglo XIX fue mi padre, Medardo Vitier, con su lema: "Vivir es creer", referido a valores laicos, y especial énfasis en la corrupción de la república, en el drama de la escuela sin contexto nacional. Fino decantador de los vitalismos y pragmatismos en boga, Jorge Mañach propuso el *desideratum* de una "moral espontánea" a la que podríamos acercarnos

[...] en la medida en que vayamos perfeccionando nuestro ser individual, haciéndolo lo más armonioso posible, acentuando la persona sobre la inevitable animalidad, y en la medida en que venzamos las resistencias de la Naturaleza y hagamos a la Sociedad más justa, más armoniosa y libre ella misma.

Nobles ideales evolucionistas, cercanos a las aludidas convergencias de Montoro y Varona (aunque Mañach no creyera que el hombre es moral *porque* es social), y en los que no sentimos el nervio fundador de Varela, de Luz, de Martí.

Sin detenernos ahora en las elaboraciones profesoriales de estudiosos como Humberto Piñera Llera, inmerso en los debates en torno al existencialismo, que no rebasaron el marco académico ni lo pretendían, o en el personal *Redescubrimiento de Dios*, de Rafael García Bárcena, a quien recordamos, fervoroso y tenaz, en los memorables Seminarios de María Zambrano, no extrañará que evoquemos una consigna tan elemental y obvia como la de Eduardo Chibás: "Vergüenza contra dinero", porque esa consigna tuvo un impacto precursor en la conciencia popular y, en tan distintas circunstancias como las de hoy, ha recobrado vigencia, según lo demuestra Joel James Figueroa en reciente folleto.

No podemos olvidar, finalmente, los intentos por rescatar lo que Rafael Rojas ha llamado, utilizando una nomenclatura de Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, frente a nuestra "racionalidad moral emancipatoria", nuestra "racionalidad de tipo instrumental, articulada por el liberalismo reformista, autonomista y anexionista", de la que considera gestores a Francisco Arango y Parreño, Claudio Martínez de Pinillos, el Conde de Pozos Dulces, el ya mencionado Francisco Ruiz y José Antonio Saco (no obstante su declarado antianexionismo). De lo que se trata con estos "rescates" es de desactivar la tradición ética revolucionaria cubana, y, desde luego, también latinoamericana y caribeña, a la que tan fundamentales aportes hizo Ernesto Che Guevara; ética puesta además entre paréntesis, a nivel mundial y local, por el "posmodernismo" nihilista.

Tampoco es olvidable que el impulsor autóctono de nuestra Revolución forjó su pensamiento, definitivamente, en las "entrañas" del "monstruo" que hoy más que nunca nos amenaza. La dialéctica martiana contó siempre con los aportes del enemigo. El que nos da la razón y nos suministra los mayores argumentos, es precisamente el enemigo. Algunos cínicos se preguntan qué sería de la Revolución cubana sin la hostilidad de Estados Unidos. Piensan que entonces se desplomaría por sí sola. Pero esa hostilidad no es

el capricho de nadie ni puede desaparecer sin que desaparezca el capitalismo imperialista. Y cuando este desaparezca, como han desaparecido todos los imperialismos, que en el mundo han sido, si su hecatombe no arrastra al mundo en su caída, lo que habrá triunfado "con todos, y para el bien de todos", incluyendo al pueblo norteamericano, será el proyecto de justicia y amor entre los hombres que —más allá de sus errores y torpezas— inspira a la revolución iniciada el 10 de octubre de 1868, la que, según lo previera José Martí en el *Manifiesto de Montecristi* en 1895, pasaría por varios "períodos de guerra". Y tal es, dada nuestra situación geopolítica y las circunstancias actuales del mundo, nuestra única posibilidad no solo de resistir sino también de, espiritualmente, crecer cada mañana por encima de todas las fatalidades. Porque la Revolución, paridora secular de la nación, no es para nosotros un suceso emergente, una medida histórica de urgencia, una perturbación política, una alteración social, un desorden, sino el camino real de la patria, el método de nuestra creatividad y nuestra paz. Por eso, en este sentido combativo pero también normal y trascendente, tiene que estar en el corazón de nuestra universidad.

Y ya que pronunciamos esta palabra clave: corazón, volvamos a las siguientes consideraciones de José Ortega y Gasset, por lo que tienen de emblemáticas:

¿Es, por ventura, un azar que solo Europa haya —entre tantos y tantos pueblos— poseído universidades? La universidad es el intelecto —y, por tanto, la ciencia— como institución, y esto —que del intelecto se haga una institución— ha sido la voluntad específica de Europa frente a otras razas, tierras y tiempos; significa la resolución misteriosa que el hombre europeo adoptó de vivir *de* su inteligencia y desde ella. Otros habrán preferido vivir desde otras facultades y potencias.

En suma, Ortega declara —no esperábamos menos—: "Europa es la inteligencia." No lo negaremos ciertamente, aunque apenados de tener que recordar que esa inteligencia, de tan espléndida ejecutoria, no pudo evitar ni la Inquisición ni los hornos crematorios encendidos en el país capital de la filosofía europea. Martí en cambio dijo, sencilla y condicionalmente, como si respondiera por anticipado, y sin desconocer los horrores de que hemos sido capaces: "Si Europa es el cerebro, América es el corazón." La universidad americana, y en primer lugar la universidad cubana, sin dejar de ser plenamente científica, como él la quería, tiene que ser la universidad del corazón, del amor no solo participante y compasivo, sino también cognoscitivo, según el hallazgo espiritual más alto de la cultura en que creemos: "Con el amor se ve. Por el amor es quien ve. Espíritu sin amor, no puede ver." ■



ALEJO CARPENTIER

En años en que los museos y las galerías eran mucho menos numerosas que ahora, y la producción de obras de arte estaba muy lejos de acercarse a la perfección técnica de la actual, Martí iba hacia la pintura con una seguridad de juicio, un conocimiento de las escuelas, una justeza de enfoque, dignos de los más grandes críticos de arte del mundo.

1953

Ese hombre, que era José Martí, decía, desde la tribuna, palabras que son válidas para la humanidad entera en todas las épocas y en todas las latitudes.

1953

Por un milagro de su propio genio, Martí, caído en Dos Ríos, había de erigirse, a la vez, en definidor del presente y anunciador de lo futuro [...] su obra sigue respondiendo a todas las preguntas que sobre nuestra América nos hacemos cada día.

1953

HUGO CHÁVEZ

Abí están las raíces de un proyecto de nación, una sola nación que somos todos los latinoamericanos y caribeños [...] Esa es una primera vertiente de trabajo bien adecuado: el próximo año del centenario de la muerte de José Martí, para estudiar ese trabajo ideológico, ese binomio de Bolívar y Martí, como forma de levantar la emoción y el orgullo de los latinoamericanos.

El siglo que viene para nosotros, es el siglo de la esperanza, es nuestro siglo, es el siglo de la resurrección del sueño bolivariano, del sueño de Martí, del sueño latinoamericano.

1994

Tendremos que ser capaces de hacer realidad lo que dejó Martí por hacer [...] Ese es el camino que llevamos y en ese camino siempre para siempre, andaremos con Martí y con Bolívar a la vanguardia.

1999

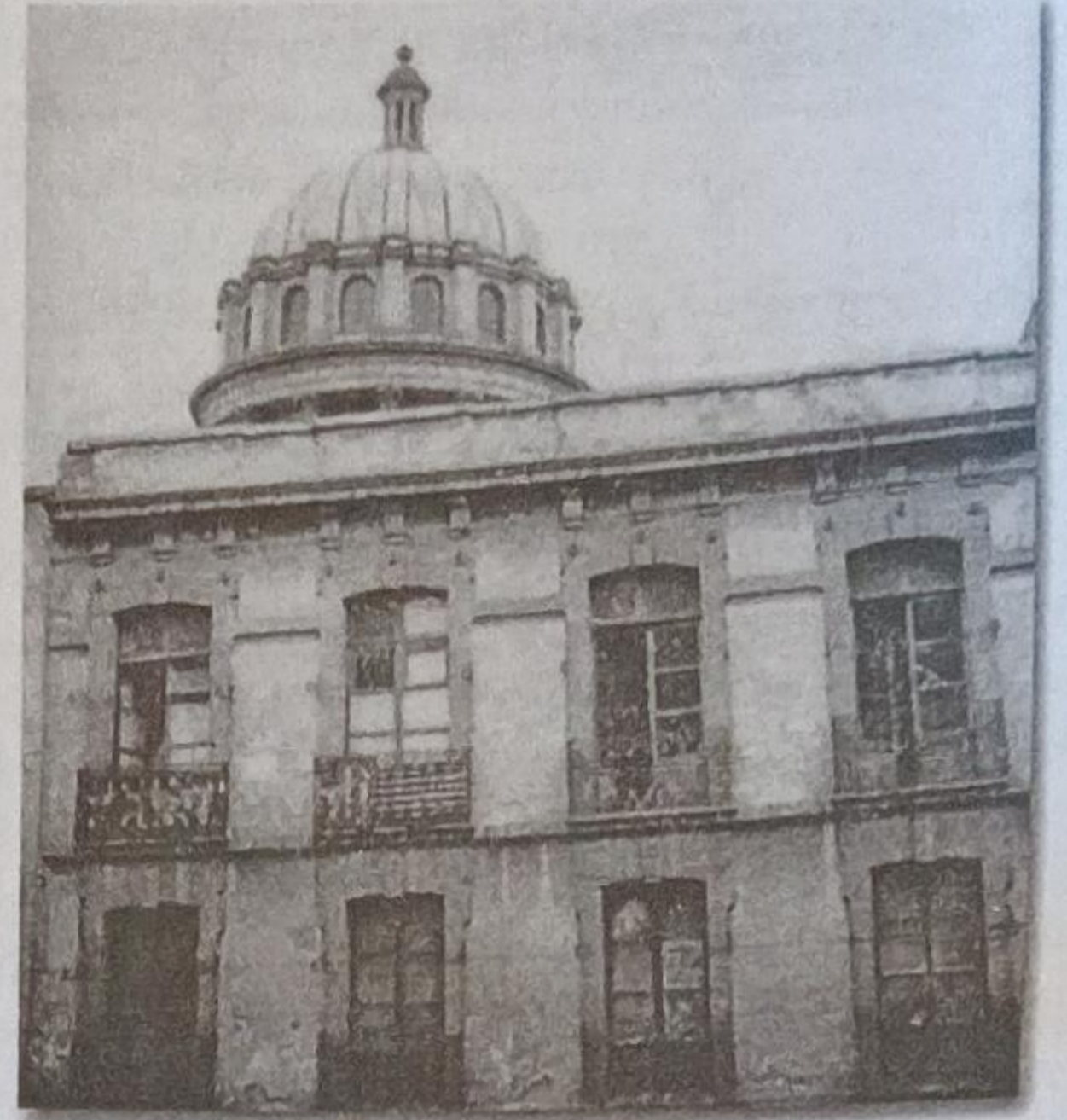
México (1875-1876)



Martí al llegar a México, 1875.



Manuel Mercado.



Casa en la calle de la Moneda, donde se alojó Martí en ocasión de su viaje a México.



Edición de *Mis Hijos*, de Víctor Hugo, en traducción de Martí, publicada en la *Revista Universal* de México en 1875.

Fragmento final del drama homónimo en verso que escribió y se representó en México.

Amor con amor se paga

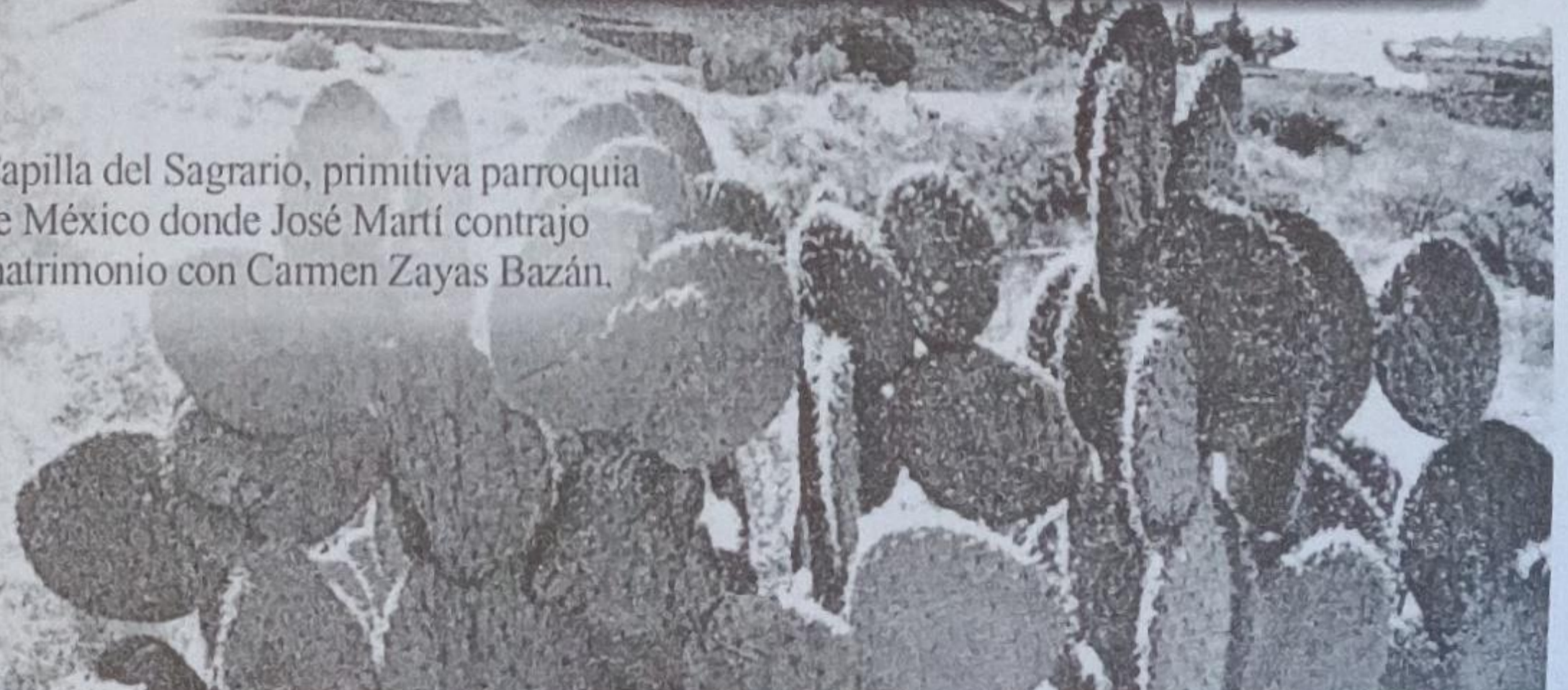
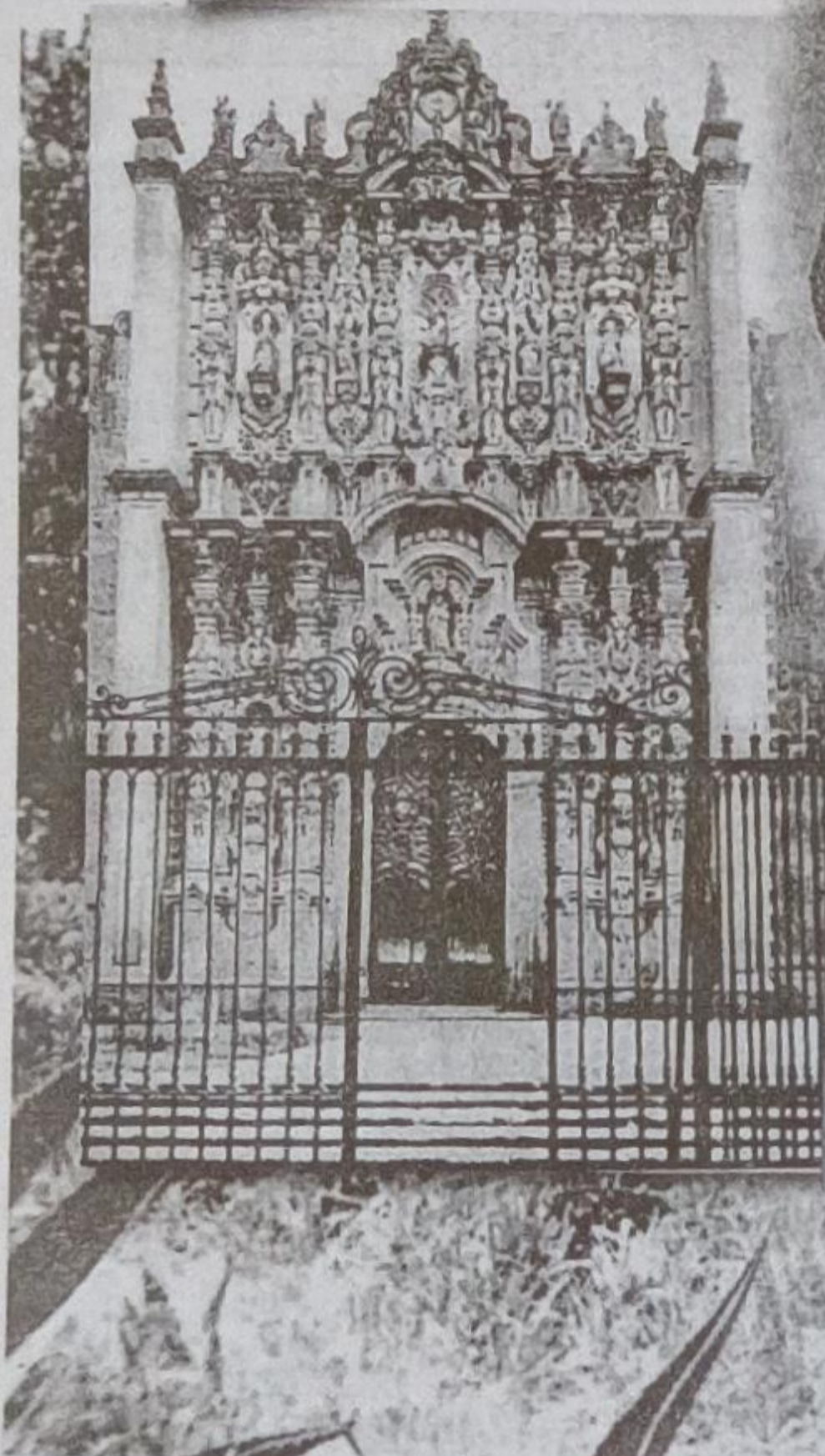
Juguete es este sencillo
 Hecho al correr de la pluma
 En un instante de suma
 Pereza. El alma sin brillo
 Está de quien lo escribió:
 Cuando sin patria se vive,
 Ni luz del sol se recibe,
 Ni vida el alma gozó.
 Vino Guasp: quiso tener
 Piececilla baladí,
 Por darte, público, a tí
 Algo agradable que ver.
 Por la mañana encargó,
 Y se pensó en la mañana;
 Más frívola que galana,
 Por la tarde se acabó.
 Hízose así, tan de prisa,
 Y apenas solicitada,
 De tal manera, que nada
 Puede excitar más que risa.
 Mas piensa, público amigo,
 Que cuando el alma se espanta
 Y se tiene en la garganta

Fiero dogal por testigo,
 La inteligencia se abrasa
 Y el alma se empequeñece,
 Y cuanto escribe parece
 Obra mezquina y escasa.
 En este juguete mira
 Caprichosa distracción
 De un misero corazón,
 Que por hallarse suspira.
 Siente, ama, estima, perdona
 Con tu natural bondad:
 Si es malo, la voluntad
 De actor y poeta lo abona.
 Nada mejor puede dar
 Quien sin patria en que vivir,
 Ni mujer por quien morir,
 Ni soberbia que tentar,
 Sufre, y vacila, y se halaga
 Imaginando que al menos
 Entre los públicos buenos
 "Amor con amor se paga".

TELÓN

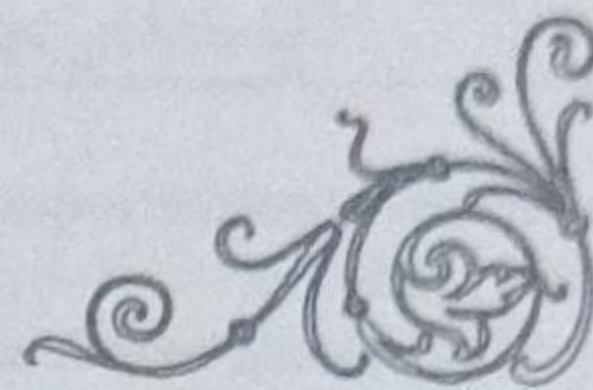


Capilla del Sagrario, primitiva parroquia de México donde José Martí contrajo matrimonio con Carmen Zayas Bazán.



Gracián y Martí¹

FINA GARCÍA MARRUZ



Ha sido siempre referencia obligada al tratar de las fuentes del estilo martiano citar por lo coloquial a Santa Teresa; por lo conciso, a Gracián.² Al fijar su linaje entre el de los prosistas españoles del Siglo de Oro se hacía una aseveración que empezaba a ser imprecisa en la misma medida en que buscaba precisarse. Pues si Martí “parece” un escritor del Siglo de Oro es más bien porque no “se parece” a ninguno de ellos en particular. No produce el genio hispánico esas estirpes literarias tan frecuentes en Francia, que el escritor que no tiene se apresura a buscar como un nuevo rico buscaría un título de nobleza, y que lo hacen sentir después tan sonriente y seguro como a Gide cuando afirma: pertenezco a la raza de Montaigne. Pero decimos Quevedo, decimos Santa Teresa, y parece que hemos nombrado a uno y a muchos, como si hubieran dado en lo del ángel de ser el individuo y la especie, o a manera del hombre rico que dejó muchos bienes y ningún heredero. Decimos Martí y tampoco hay resquicio por el que entren las causas y expliquen el milagro, ya que él logró, como pedía Gracián, cifrar una categoría y equivalerla.

Nos tienta más contraponerlos que asemejarlos. Miremos sus retratos. Si el mejor de Martí tenía que ser el que nos lo muestra de pie, pues de pie decía él que vivía, como si viniera de su profundidad ya unido y resuelto para el oscuro y fiero premio, el único de Gracián que se conoce —el del colegio de los jesuitas de Calatayud— nos lo debía mostrar sentado, un poco ladeada la cabeza de médico o confesor, nariz de sensitivo, el oído presto a coger en el aire una sutil noticia que los demás no advierten, todo él más dispuesto a trocar lo que oye en consejo que lo que mira en acto. Martí ha quedado en el gesto de ofrecerse y callar, las manos a la espalda; Gracián, en el de retraerse un poco de la página como el que asegura mejor el blanco, la pluma levantada y bien a la vista con no sé qué de suntuario. Parece que ha pensado bien lo que se dispone a escribir pero aun así espera la ocurrencia de un retoque último, en tanto sostiene la pluma en la mano delicada con la cautela del que coge el tallo espinoso de una escogidísima flor.

Antes que nada, es preciso distinguir entre la condición gracianesca y la martiana, que difieren por la carga retórica del ingenio de una parte, y la ética emocional de la otra. Uno va al análisis, el otro sale de él. Reacciona Gracián contra “el discurrir prolijo” del español en forma aún más española, esto es, por antítesis o discusión, oponiendo quintaesencias a fárragos. Se siente la unidad del procedimiento. “El retén en todo.” Ocultar, medir, regatear. A Martí no le sabemos la fórmula previa. Ve lo vivo y sus órdenes y prefiere, sin oponer, el natural al retórico, al que aun así

llama “ornado”. No da códigos de moralista francés o Séneca americano, y si a menudo sentencia, lo vemos acentuar lo amoroso de la ley sobre lo crítico del precepto. Como se pliega a lo suyo, vivo, a veces es conciso, pero las más es abundante. No ha escapado a Gracián que la ausencia de artificio pueda ser el mejor consejo, pero si en él es el arte mismo el que aconseja a veces no tenerlo, es la naturalidad en Martí la que alguna vez lo lleva a lo retórico por sobreabundancia, como si supiese que donde hay naturaleza bien puede quedarse el artificio.

Es curioso que Gracián recuerde ocasionalmente a Martí en la medida en que su frase deja de ser típicamente gracianesca. Así cuando dice: “No hay cosa que requiera más tiento que la verdad: que es un sangrarse del corazón.” Lo que él subraya es el tiento, la cautela. Nos pone en guardia frente a lo que parece más martiano, ese “sangrarse del corazón”. Cuando escribe: “No todos muerden la sustancia ni miran por dentro”, hay algo en la fuerza de esa expresión que nos recuerda la de Martí: “en la verdad hay que entrar como con la manga al codo, como entra en la res el carnicero”. En los dos casos se une lo más abstracto a lo más concreto, el morder y la sustancia, la verdad y la res. Pero a poco que observemos las frases vemos que la de Martí es una invitación que nos hace a todos como juzgándonos capaces de aceptarla: “en la verdad hay que entrar”, mientras la de Gracián se apoya en el aristocrático “no todos”, ya que él siempre opone vulgo y héroe. No creo que reitere la palabra “vulgo” Martí. A Gracián aún no le parece bastante fuerte y dice: “hay vulgo y revulgo”. Pero nunca es más engañoso el parecido que cuando luce más evidente, así cuando Gracián escribe: “Las palabras son sombras de los hechos, son aquellas las hembras, estos los varones”, que nos trae enseñuida a la memoria “la expresión es la hembra del acto”. Pero si las examinamos, vemos que la frase de Martí, más impaciente que desdeñosa, es activa de principio a fin. Acto y expresión son igualmente absolutos en ella. Lo que nos viene a decir es que el acto debe fecundar la palabra, hacerla tan activa que dé fruto. En Gracián las palabras son sombras de los hechos y un hecho no puede fecundar a una sombra. Comprobamos una vez más cómo el desdén de la acción por la palabra es siempre de raíz retórica. Cuando se ha empezado por rebajar a sombra la naturaleza de la palabra, es natural que se acabe por desdeñarla. El retórico quita algún extremo, roba sustancia, allí donde el amoroso completa y funda.

Gracián construye con ahorro. Nada parece haber quedado a su frase de discursivo, de gramatical. Topamos con el estilo antes que con el tema mismo. Se diría que, como en Ortega, el modo de hacer aventajase el hacer, el tema se fuera volcando en el estilo; la sustancia, en el modo. Nada más español que este acento en la voluntad, que nos impresiona

¹ Publicado en Fina García Marruz, *Hablar de la poesía*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986, pp. 359-368.

² Baltasar Gracián y Morales (1601-1658). (*N. de la E.*)

como el arquitecto que por orden del rey mandó construir en el páramo.

Leemos algunas de sus frases y parece que se abren vacíos, como si nos hiciera saltar de categoría en categoría o nos hubiese escamoteado acá un verbo, allá un enlace, o ese adjetivo que nos habla como un hombre dentro de un espejismo. "Vistiera prudente toga, el que desgraciado arnés." O este elogio femenino, prodigio de concisión: "Acudió ella, que lo era." También sabe Martí abrir esos espacios en la frase, pero solo que en él lo que calla siempre es el sufrimiento, no el ingenio. "Palabras, no puedo", escribe a su madre en despedida, pero nada que ver con aquel ingenio que muestra lo mismo que oculta, esta augusta incoherencia del que se retira a arder solo.

Deja Gracián reducida su frase a tres o más palabras, cifras que llevan sobre sí la carga del juicio, como si aspirara en el español a la calidad del latín epigramático. Estas supresiones prestan a su prosa esa calidad inconfundible de idioma grabado en una medalla, de idioma oracular. Hay a menudo en sus oraciones una palabra –casi siempre es un verbo– que equivale a otras muchas, que se levanta del lecho de la frase con una sobrecarga mayor de sentido, palabra rey, jaque mate de la frase toda. El papel que desempeña aquí el verbo es el opuesto al que tiene en la frase de Martí. Si en Martí el verbo es tan dinámico en sus alcances que toda la frase se contagia de su animación, como si toda ella fuese verbo, en Gracián señorea y juzga, tiene, en mayor medida que el adjetivo, la valoración de la frase, es inmóvil como un juicio y tiene más que de acto, de sentencia. Fiscal de la frase, absuelve o condena, y se ve que su estrado está más arriba, su función es distinta a la de las otras. Asistimos al comportamiento singular de esos verbos, su papel de concentradores de varias palabras, su salto de lo activo a lo valorativo:

Argúye eminencia de caudal penetrar toda voluntad ajena.

Orejan la aprobación o la lisonja.

Ventura repiten de necio, méritos de desgraciado.

No graduada de necio el Cardenal Madrucio...

El diamante apela para eterno.

Si el percibir agudeza acredita en águila, el producirla empeñará en ángel.

Frases que dan la impresión de suceder a los tres golpes con que el magistrado pone orden a los rumores de un tribunal.

Esto quizás obedezca al predominio que da a la potencia que señorea y juzga sobre la que padece y sirve. Llega a decir que toda ventaja –y la palabra ventaja tiene toda esa fría cautela aforística de Gracián– en el entender lo es en el ser, y que "no vive vida de hombre el que no sabe", frase que contraponemos a aquella en que Martí, después de evocar en extenso y apasionado párrafo a los jóvenes inmolados del 68, concluye: "¡Y todo el que sirvió es sagrado!" Ventaja del entender, de una parte; investidura del servir, de otra.

Sin embargo, hay que detenerse en esta inesperada fusión de la idea de ingenio y la idea de grandeza en Gracián. Vemos al ingenio frívolo, a la grandeza, de esencia trágica.

Pero ingenio no es quizás Wilde, ingenio es Miguel de Cervantes. "Todo héroe –dice Gracián– participó exceso de ingenio." Retiene del sentido original de la palabra lo innato, lo que está dentro; del vulgar, lo que está hecho para atraer y brillar. Siempre encontraremos en Gracián estas dos nociones: lo que se oculta y lo que prevalece, la imagen del sol, la imagen del rey. Pero esta ocultación que aparece desde la primera página como supremo consejo al héroe, cuyo fin luce mundano (cebar la atención), revela su linaje divino al pretender servir al crédito (otra importante noción gracianesca) y al atraer por luz, proceder que deja de parecer martiano al subrayar la cetrería: "Cazar con luz es el verdadero encandilar." (Es curioso que se fija en la noción de simpatía, unirse espontáneo y sin arte de los extremos, pero la llama "prodigio sellado".)

A la conducta, como a las cosas, pide el proceder regio, "el quilate rey". Hay relación entre el conceptismo y la idea de rey. A un acero, a una pluma, a una vara, a un bastón, a un cetro, pide lo mismo: rige. Habla de un hacerse "señor de las materias" y actuar y hablar "con magistral potestad" y "como superior a los que escuchan" (pensamos en el deseo tan opuesto de Martí de ser "yerba de los que padecen"). Dice: "corazón, de rey", pero en él la palabra corazón se puede sustituir siempre por valor, temple de ánimo, acentuando de nuevo lo que regula mandando sobre lo que obra padeciendo.

Y aquí entra en escena una de las más curiosas nociones gracianescas, la del disimulo, de linaje divino. Zeus se vale de tretas. La Naturaleza ha introducido en ella al hombre por engaño. Los sentidos nos engañan, lo cual no quiere decir que nos mientan. Ha visto Gracián que lo natural y lo divino gustan de ocultarse, lo cual tiene de cortesía, el ser una caridad escondida. En la luz tan pronto fue el lucir como el ser. No les bastó a las cosas tener una esencia, sino que quisieron lucir ante otras, hacer simulacro, no engaño, para "realce de la sustancia". Gracián siempre preferirá este punto. No dirá ser cortés sino "cobrar fama de cortés", no dirá generosidad sino galantería, que es como darle traje de salón y modales de duque. Pero enseguida añade: "Supongo, o comunico, la bizarría de corazón." Aconseja en el trato con las gentes, "la disimulación bondadosa", actuar como si no alcanzásemos los motivos de su conducta. Esa bondad no oculta su fin de dominio. "Quien no supo disimular no supo reinar", lo cual deja de parecer cínico si se tiene en cuenta que en Gracián el mando es siempre legítimo, la eminencia está fundada en la sustancia, lo regio en lo real. Léase su apología del pavón de Juno, la belleza como ostentación, y cómo a las aves sombrías las reúne la envidia, y cómo empezó la corneja a malear insinuando que a veces lo mejor se oculta y lo peor se ostenta, mientras el pavón, en el centro de lo recién salido de las manos de Dios, realiza la unidad del ser que rompió la caída y hace corresponder los dos órdenes según justicia.

Aun partiendo de lo que se ha llamado "su profundidad animal" llega uno a preguntarse dónde están las ideas de sufrimiento o caída en Gracián, que es como ese rey español que no quería que le hablasen de desastres sino de vie-

torias. Gracián ve siempre a la virtud triunfante, entre los tronos y las dominaciones. Ni una gota de sangre. Su héroe es amado, "feliz héroe universal". (Oímos el contrapunto: "Nací para ser vaso de amarguras.") ¿Los desdichados? No hay desdicha, dice, solo imprudencia, lo que es mucho simplificar. ¿La muerte? "El mismo sol, a buen lucir, suele retirarse a una nube por que no lo vean caer, y deja en suspensión de si se puso o no se puso." El consejo de retirarse antes de caer ve la muerte bajo las mismas leyes de supremacía y ocultación, como si dijera al sufrimiento: sé como el sol, que se hunde lejos de la vista. La supremacía, vestida de disimulo, vuelve a ocultar la caridad. Diríamos que estamos en los extremos del sentimiento martiano para el que no existe retirada en el ser, punto que no sea activo. Gracián abre ese espacio casi retórico que parece corresponder al primer orden de lo creado, sin culpa, frente a su rey oculto, allí donde Martí se ofrece como intermediario y a semejanza del hijo encarnado, orden segundo de la redención, al ocultarse y lucir paternos opone el exponerse y morir. Pero este morir de cara a la luz ya no es regio sino en el fondo uno con su sentimiento del "morir callado", desconocido, "pegado al último tronco".

Cuando el francés lee sus *Máximas* o el europeo su *Castiglione*, ideal renacentista del cortesano, les parece *El héroe* español tocado de mayor gravedad, eticismo, fortaleza. Pero desde la perspectiva del héroe americano recordamos la frase de Nietzsche, que pensaba quizás en su Zarathustra, "le veo algo de rococó y de sublime filigrana". Leemos esas reglas y preguntamos con el mismo Gracián: "¿Cómo se hace un Rey?" A lo que él mismo contesta: "Sí, que no nace hecho", con frase que debió gustar a Ortega, o "No basta la sustancia, requiérese la circunstancia." Pero a este héroe suyo, menos atildado que cauteloso, le ha valido la cortesía para no caer despreciado como al germano —"ino ser comprendidos por no importa quién!"—, y entre el vulgar y el paradojo ve un espacio vacío como una página en el que escribe con sorna: "Que el héroe platique incomprendibilidades a raudal." Pero ya en el *Criticón* dirá al demonio: "Todo el distrito del ingenio será tuyo", lo cual lo sitúa fuera del combate que propuso al principio y lo arroja a las puertas mismas del comulgatorio. Pues ha visto Gracián que la mancha de tinta se extendía por todas partes y que ese Anfiteatro de Monstruos, Cueva de la Nada, Jaula de Todos, tiene este rótulo goyesco: Nadie sin crimen.

Vemos a Gracián inclinar su oído de confesor. Oímos la voz de un hombre pequeño que nos habla a través de un enrejado. Ha visto que la Mentira entraba "primero en todo" y la Verdad llegaba "última y tarde, cojeando". De un extremo a otro le ha parecido prudente extender avisos, prudencias, atajos, cautelas. El enemigo es solapado, séalo el plan. El vulgo se burla de los dos: "Mejor loco con todos que cuerdo a solas." Imaginamos que Gracián ha bajado la pluma que aparece en alto en el retrato para escribir, dibujando las letras, una rectificación cautelosa: "Mejor cuerdo con todos que loco a solas." Pero se ha detenido en esta frase, ha quedado pensando en el que se queda solo, en el héroe.

Algún librito ha escrito sobre el tema, pero el asunto le vuelve. Las virtudes se hallan repartidas. No cree haber visto nunca a ese "varón máximo", prudente como Séneca, belicoso como Homero, sagaz como Esopo. Lo ha deseado tan singular como dibujado abstracto. Y dejando de pensar vuelve a escribir, un tanto vagamente: "Algunos fueron singulares en sus quimeras..."

Martí ha ofrecido una batalla, Gracián ha dibujado una estrategia. Habíamos visto que su obra —críticas o cautelas— se cierne sobre la acción o la rodea, que busca el vocablo rey o abre ese espacio entre extremos que deja a cada uno de ellos con algo de icono o joya, relacionándolos el arte como en la vida el sufrimiento. Buscaríamos en vano en sus tratados de agudeza o artes de ingenio el hechizo de una frase de Martí, erraríamos si buscásemos en sus más prometedores epígrafes como aquel que nos habla de las "agudezas por ponderación misteriosa" algo más que la decepción de algunos ejemplos en que el misterio no se distingue bien de lo que llama agudezas por dificultad. Pero posponer un efecto o silenciar una explicación no basta para realizar la ponderación misteriosa que nos parece hallar a veces de veras en Martí. Buscamos el epígrafe que nos habla de agudezas por acción, prometiéndonos encontrar algo de ese misterio por el cual la enorme jerarquía de la palabra se hace acto silencioso, como en los últimos tiempos de Martí, y nos encontramos con actos que tienen la calidad de una frase que no se dice, así el emperador Carlos V dejando caer su anillo en Francia, o Pedro conde de Saboya cuando el gran canciller del emperador le pidió los títulos de su Estado y él le sacó la espada. Ya no es la palabra apoderándose de un acto, sino de actos que quieren ser frases de ingenio, palabras.

Clasifica hasta lo laberíntico mil tipos de agudeza, por proporción, por improporción, complejas, incomplejas, y a todas nos parece verles de común el partir de análogos o extremos que se relacionan por acto del entendimiento o lo que llama sutileza objetiva. Llanto y contento, fuego y nieve, sepulcro y cuna, nacer hoy para morir mañana y muero porque no muero. "El invicto español, vivo y difunto, levantó este divino contrapunto." Pero a veces nos parece que sin salir de la retórica se rozasen algunos misterios, el de la gracia cuando dice: "Duplícase la sutileza cuando se duplica la correspondencia y dada una grande se secunda con una mayor" o el de la caridad: "A veces no está uno de los extremos, pero se finge para fundar la correspondencia." Gracián piensa en el mecanismo de la imagen, nosotros en la figura de Martí comenzando algunos de sus vastos elogios, porque a lo grande respondió con lo mayor y a lo inerte con el fuego que funda la correspondencia. Ante los extremos de vida y muerte, verdad y mentira, Gracián abre un espacio en que el sufrimiento prefiere vestirse de agudeza, disimular para triunfar, aunque sea en simulacro, de lo muy oscuro y terrible. "Es dificultoso llenar un gran vacío", dice Gracián. Pero la muerte del héroe nuestro establece la relación, vence por lo inesperado, ya que, como decía San Agustín de la muerte de San Esteban, "descansa el justo entre sus contrarios". ■

Guatemala (1877-1878)



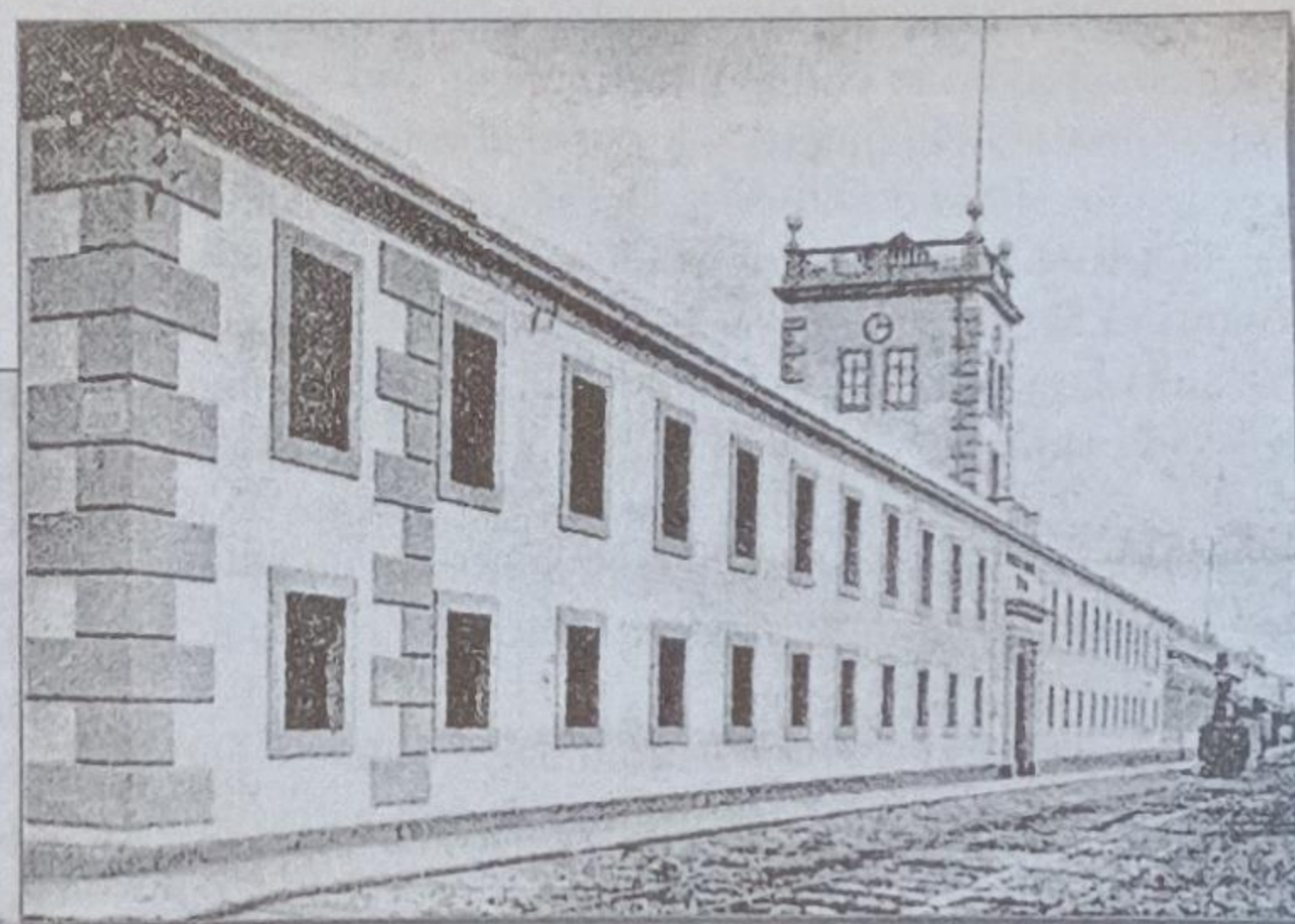
Retrato de María García Granados, a quien Martí inmortalizara en sus versos dedicados a ella, conocidos como "La niña de Guatemala".



Detalle del salón (reconstruido) de la residencia de Miguel García Granados, muy frecuentada por Martí.



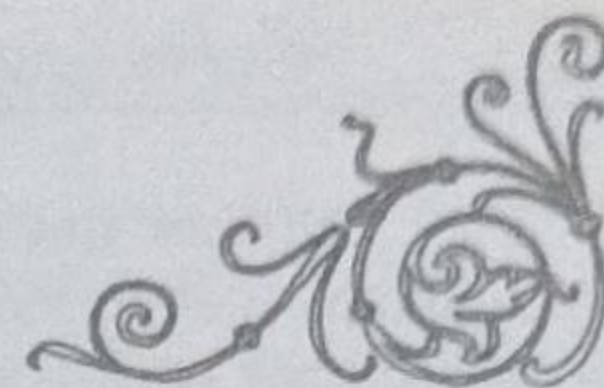
Fachada de la Escuela de Derecho y Jurisprudencia (Universidad de Guatemala).



Escuela Normal de Varones, que dirigió el cubano José María Izaguirre, y de la cual Martí fue profesor.

Martí y el pensamiento social en nuestra América

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR



Habiendo nacido en 1853, de familia humilde, en Cuba, colonia española donde la esclavitud se mantuvo oficialmente hasta 1886 (solo Brasil, donde duró hasta 1888, la sobrepasó tocante a esta cuestión en América), no es extraño que la primera gran experiencia social de que nos haya dejado testimonio José Martí se haya referido a la esclavitud. En el poema "XXX" de sus autobiográficos *Versos sencillos* (1891) narró cómo, a sus pocos años (eran nueve), contempló espantado un desembarco de esclavos que incluyó a uno de ellos "Colgado a un seibo del monte". A continuación, Martí escribió: "Un niño lo vio: tembló/ De pasión por los que gimen:/ ¡Y al pie del muerto, juró/ Lavar con su vida el crimen!"¹ En el resto de los treinta y tres años que lo separaron de su muerte en combate, cumplió cabalmente ese juramento.

Aún era un adolescente, casi un niño, cuando sus convicciones le hicieron conocer los horrores de la cárcel, que describió de manera inolvidable en su opúsculo inicial: *El presidio político en Cuba* (1871), donde sus creencias independentistas se fundieron con su antirracismo, su impugnación de la esclavitud, su original espiritualismo.

Desterrado a España, prosiguió allí defendiendo la libertad de Cuba, pero se ignora hasta qué punto entró en contacto con las luchas sociales, por otra parte más bien confusas, de la metrópoli. En cambio, en el próximo país a donde lo llevó su peregrinar, México, se interesó vivamente en tales luchas. De hecho, aunque Martí afirmó en el poema "VII" de sus *Versos sencillos* que en Aragón "rompió su corola/ La poca flor de mi vida";² y aunque es innegable lo mucho que (no obstante las diferencias políticas) le significaron la cultura y el pueblo españoles, su primera maduración la adquiere en México, entre 1875 y 1876, cuando todavía alentaba el resplandor de la Reforma juarista. Allí, como un mexicano más, por añadidura partidario del gobierno progresista y anticlerical de Lerdo de Tejada, hizo suya la vida del país, en un momento en que las luchas sociales empezaban a adquirir relieve. Tales luchas tuvieron en Martí un comentarista agudo (por ejemplo, en lo tocante a las huelgas de que fue testigo), y hasta cierto punto un protagonista: fue electo delegado por la Asociación Esperanza de Empleados, de la ciudad de México, al primer Congreso Obrero de México,³ el cual se celebró en la capital del

país en marzo de 1876, aunque no existe constancia de que haya asistido a este: hecho nada concluyente, pues la mayor parte de los documentos de dicho Congreso se ha extraviado. Como ejemplo de su preocupación por las incipientes luchas obreras, Paul Estrade, quien consideró a Martí "un 'socialista' mexicano", citó este juicio martiano de 1875: "Eran antes instrumentos trabajadores: ahora son hombres que se conocen y se estiman [...] Así nuestros obreros se levantan de masa guiada a clase conciente",⁴ planteamiento que, según José Antonio Portuondo, "se aproxima notablemente al concepto marxista de *clase en sí y clase para sí*".⁵ De todas formas, ni entonces ni en el resto de su vida, como tendré ocasión de repetir, Martí fue marxista, pero sí todo lo revolucionario, en este como en otros órdenes, que sus circunstancias le permitieron. Desde sus fértiles años mexicanos, Estrade considera que las ideas sociales de Martí "lo ubican en el grupo más avanzado de su tiempo, y hacen ya de él el pensador político latinoamericano más abierto al movimiento obrero".⁶

Las cuestiones sociales iban a reclamar más su atención cuando se trasladó, a partir de 1880, a los Estados Unidos, donde, con escasos hiatos, permaneció hasta comienzos de 1895. El impetuoso crecimiento del capitalismo en aquel país, al cual llegó a conocer íntimamente, suponía por obligación un desarrollo de la clase obrera que se manifestó de diversas maneras, y tuvo en Martí un comentarista penetrante y apasionado. El 12 de marzo de 1882, con optimismo que los hechos no ratificarían, escribió:

En esta tierra se han de decidir, aunque parezca prematura profecía, las leyes nuevas que han de gobernar al hombre que hace la labor y al que con ella mercede. En este colosal teatro llegará a su fin el colosal problema. Aquí, donde los trabajadores son fuertes, lucharán y vencerán los trabajadores [...]⁷

Y poco después, el 15 de julio de aquel año:

Estamos en plena lucha de capitalistas y obreros. Para los primeros son el crédito en los bancos, las esperas de los acreedores, los plazos de los vendedores, las cuentas de fin de año. Para el obrero es la cuenta diaria, la necesidad urgente e inaplazable, la mujer y el hijo que comen por la tarde lo que el pobre trabajó para ellos en la mañana. Y el capitalista holgado constriñe al pobre obrero a trabajar a precio ruin.// [...] El obrero pide salario que le dé modo de vestir y comer. El capitalista se lo niega.⁸

¹ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 16, pp. 106-107. [Salvo que se indique lo contrario, las citas de Martí proceden de esta edición, que en lo adelante se citará como OC. (N. de la E.)]

² *Ibidem*, p. 75.

³ Gastón García Cantu, *El socialismo en México. Siglo XIX*, Era, México, DF, 1969, p. 200.

⁴ Paul Estrade, "José Martí, un 'socialista' mexicano", *José Martí, militante y estratega*, Doce Calles, Madrid, 1983, p. 16.

⁵ José Antonio Portuondo, "Juárez en Martí", *Martí, escritor revolucionario*, Centro de Estudios Martianos/Editora Política, La Habana, 1982, p. 257.

⁶ P. Estrade, *ob. cit.*, p. 35.

⁷ José Martí, *ob. cit.*, t. 9, p. 277.

⁸ *Ibidem*, p. 322.

Estas últimas líneas proceden de la inicial crónica martiana para el periódico bonaerense *La Nación*, que fue censurada por el director del periódico debido a sus críticas al sistema imperante en Estados Unidos. ¿Cómo sería lo que fue eliminado por el censor?

Al año siguiente, el 14 de marzo, murió Karl Marx, y seis días después tuvo lugar en Nueva York lo que Philip S. Foner llamó "el evento conmemorativo más sobresaliente que se celebró en el mundo, en las semanas que siguieron a la muerte de Marx".⁹ Martí lo comentó en su crónica de 29 de marzo para *La Nación*, una de las escasísimas aparecidas en Hispanoamérica sobre el tema. Allí expresó, entre otras cosas:

Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor. Pero no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. [...] // Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar por tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa. [...] Él veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha.¹⁰

Es decir, que admiró por razones morales al combatiente justiciero, pero le objetó que azuzara la lucha de clases.

Con criterio parecido juzgó abundantemente las huelgas obreras que sacudieron al país sobre todo desde mediados de la década de 1880. Pero su pensamiento conoció un giro importante tras los sucesos desencadenados a raíz de lo ocurrido en Chicago en mayo de 1886, cuando los obreros estadounidenses¹¹ defendieron el derecho a limitar su trabajo a ocho horas diarias.¹¹ Martí dedicó a la cuestión alrededor de una decena de crónicas, aparecidas en *La Nación*, de Argentina, y en *El Partido Liberal*, de México. Desde mayo de 1886 hasta noviembre de 1887, las instituciones del sistema burgués de Estados Unidos se ensañaron con los líderes obreros que, acusados sin razón, fueron apresados en Chicago. Martí creyó durante los primeros cuatro meses en las versiones amañadas que la prensa manipulada de aquel país dio de los hechos. Pero pronto reparó en cuál era la verdad. Y llegó a exclamar en su última crónica sobre la cuestión, a raíz del ahorcamiento de cuatro líderes obreros: "¡América es pues lo mismo que Europa!"¹² "Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaña viva, acude al remedio violento".¹³ "[...] ellos [los obreros] son mera rueda

del engranaje social, y hay que cambiar, para que ellas cambien también, todo el engranaje".¹⁴

La forma vehemente y lúcida en que Martí se sintió involucrado en los grandes acontecimientos relativos a los obreros ocurridos en Estados Unidos entre 1886 y 1887, tuvo decisiva influencia en su conducta ulterior relativa a Cuba. El 16 de noviembre de 1889, escribió a su compatriota Serafín Bello:

Lo social está ya en lo político en nuestra tierra, como en todas partes [...] la riqueza se acumula generalmente con sacrificios de la honra [...] El corazón se me va a un trabajador como a un hermano. [...] A los elementos sociales es a lo que hay que atender, y a satisfacer sus justas demandas, si se quiere estudiar en lo verdadero el problema de Cuba [...] ¹⁵

La parte de la década de 1890 que todavía iba a vivir Martí, muerto en combate el 19 de mayo de 1895, casi al inicio de la que debió haber sido guerra independentista de Cuba, está dedicada en él a la preparación de dicha guerra, y a sentar las bases de la República futura, para lo cual fundó el Partido Revolucionario Cubano. A finales de 1890, escribe en el poema "III" de sus *Versos sencillos*: "Con los pobres de la tierra/ Quiero yo mi suerte echar";¹⁶ y ese mismo año, en "Nuestra América" (que verá la luz en *La Revista Ilustrada de Nueva York* el primero de enero de 1891): "Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores."¹⁷ Cuando poco después organice el Partido Revolucionario Cubano, este será un frente multclasista, pero centrado en "los pobres de la tierra", en "los oprimidos". Su finalidad será pelear contra la decadente metrópoli española y frenar al naciente imperialismo estadounidense, con la finalidad de hacer posible lo que llamará en el *Manifiesto de Montecristi*, escrito el 25 de marzo de 1895 y firmado conjuntamente con el General en Jefe Máximo Gómez, "una república trabajadora", "la república moral en América".¹⁸

La revolución socialista que se desarrolla en su patria chica proclamó desde el primer momento, y ha sido constantemente reiterado, que el autor intelectual de tal revolución es Martí, lo que contribuye a echar una luz decisiva sobre el ideario del gran cubano. Por ejemplo, Pablo González Casanova afirma que uno de los dos autores pioneros (el otro es el argentino Germán Avé Lallemant) a quienes se debe "el difícil proceso esclarecedor" hacia un marxismo latinoamericano es

José Martí [...], revolucionario genial, al que Fidel Castro ha llamado "autor intelectual de la Revolución cubana". Aunque [...] Martí no fue marxista, su obra es particularmente significativa para el análisis del nacimiento del marxismo y del pensamiento revolucionario latinoamericano.// [...] al enfrentarse al imperialismo naciente en los Estados Unidos planteó un pro-

⁹ Philip S. Foner, *Cuando Carlos Marx murió (Comentarios de 1883)*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984, p. 89.

¹⁰ José Martí, *OC*, t. 9, p. 388.

¹¹ Se ha respetado la grafía del gentilicio empleada por el autor. (*N. de la E.*)

¹² Cf. Roberto Fernández Retamar, "Ante los sucesos de Chicago", *Introducción a José Martí*, Letras Cubanas, La Habana, 2001.

¹³ José Martí, *OC*, t. 11, p. 338.

¹⁴ *Ibidem*, p. 337.

¹⁴ *Ibidem*, p. 338.

¹⁵ *Ibidem*, t. 1, p. 282.

¹⁶ *Ibidem*, t. 16, p. 67.

¹⁷ *Ibidem*, t. 6, p. 19.

¹⁸ *Ibidem*, t. 1, pp. 100 y 101.

blema al que todavía no se había abocado el pensamiento marxista de su época, el de la "predestinación lógica" de los pueblos coloniales por su liberación del imperialismo [...], el de su movimiento, que él supo apuntar a etapas no vividas. [...] Sin ser marxista, como revolucionario, planteó el mismo tipo de problemas que Lenin levantaría a partir del marxismo. Su encuentro con los revolucionarios del siglo xx quedó asegurado.¹⁹

Ya en 1956, tres años antes de la victoria de 1959, había expresado G. D. H. Cole, en el tomo IV de su *Historia del pensamiento socialista*:

Los revolucionarios cubanos [de 1895] no eran socialistas. Tampoco su principal teórico, José Martí, expresó una doctrina específicamente socialista. Era un nacionalista revolucionario más que un socialista; pero su nacionalismo era muy

radical y descansaba en una concepción de igualdad racial que lo asocia a los posteriores desarrollos del socialismo y el comunismo en América Latina. Reconoció la necesidad de fundar su movimiento revolucionario en las clases trabajadoras [...]; y rechazó siempre el programa de los autonomistas cubanos [...]. Fue un fuerte opositor del "colonialismo", y, durante su residencia en Nueva York, escribió vigorosamente condenando al capitalismo norteamericano, especialmente en sus aspectos imperialistas. Su política [...] fue de colaboración entre la clase trabajadora, en la que confiaba principalmente, y la clase media nacionalista que podía ser inducida a unirse a aquélla, contra la aristocracia terrateniente, sobre la base de no discriminación entre las razas. Abogaba también por una legislación social avanzada y, por todo eso, merece un lugar en esta historia.²⁰ ■

¹⁹ Pablo González Casanova, "América Latina: marxismo y liberación en los planteamientos pioneros", en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 3, La Habana, 1980, pp. 197-198, 205-206.

²⁰ G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, trad. de Enrique González Pedrero, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1960, t. 4, p. 287.



RUBÉN DARÍO

Quién murió allá en Cuba, era de lo mejor, de lo poco que tenemos nosotros los pobres; era millonario y dadivoso: vaciaba su riqueza a cada instante, y como por la magia del cuento, siempre quedaba rico: hay entre los enormes volúmenes de la colección La Nación, tanto de su metal fino y piedras preciosas, que podría sacarse de allí la mejor y más rica estatua [...] Nunca la lengua nuestra tuvo mejores tintas, caprichos y bizarrías.

1896

NICOLÁS GUILLÉN

Nadie como él —y nadie más que él— sería el hombre llamado a levantar al pueblo en el 95, para enfrentarlo con la Metrópolis en una nueva lucha por la independencia.

1942

Martí tiene en Cuba una persistencia vital, casi física, que hace insoslayable su ejemplo, a causa de que históricamente es imposible evadir la realización de cuanto él dejó por hacer.

1953

ERNESTO CHE GUEVARA

Martí fue el mentor directo de nuestra Revolución, el hombre a cuya palabra había que recurrir siempre para dar la interpretación justa de los fenómenos históricos que estábamos viviendo, y el hombre cuya palabra y cuyo ejemplo había que recordar cada vez que se quiera decir o hacer algo trascendente en esta patria [...] porque José Martí es mucho más que cubano; es americano; pertenece a todos los países de nuestro continente y su voz se escucha y se respeta no solo aquí en Cuba sino en toda la América.

Se debe honrar a Martí en la forma en que él querría que se le hiciera, cuando decía: "La mejor manera de decir, es hacer".

Las palabras de Martí de hoy no son de museo, están incorporadas a nuestra lucha y son nuestro emblema, son nuestra bandera de combate.

1960

Contestaremos, pues, a Martí con Martí, pero con el Martí antimperialista y antifeudal, que murió de cara a las balas españolas luchando por la libertad de su patria y tratando de impedir con la libertad de Cuba que los Estados Unidos cayeran sobre la América Latina, como dijera en una de sus cartas.

1961

Martí y el socialismo amazónico

PAUL ESTRADA



Citar a José Martí encierra peligros. Si uno no ubica la cita escogida en su tiempo, si no se fija en los contextos (todos, inclusive el lingüístico), el citador puede olvidarse del carácter complejo y evolutivo del pensamiento del Maestro. Esta última observación concierne en especial a los textos relativos a los temas socioeconómicos escritos antes de 1885-1887, aproximadamente, pero no atañe solo a aquellos textos. Recordemos, por ejemplo, que una fórmula como esta: "Dios es el bien", repetida en *El presidio político en Cuba* (1871), no se repite más, en esta u otra forma parecida, en sus textos ulteriores donde hasta el nombre de Dios desaparece.

Este preámbulo no pretende invalidar toda referencia que se haga al Martí adolescente, al Martí joven, al Martí liberal o sea al Martí que aún, pese a su precocidad, no ha reflexionado a fondo sobre la evolución de las sociedades norte y latinoamericanas, ni sobre la situación real que atraviesan la isla de Cuba y las emigraciones cubanas. Sería sumamente artificial y sectario interesarse solo por el Martí supuestamente "maduro" —imaduro a los treinta años!— que piensa, escribe y actúa desde Nueva York a principios de los ochenta. El estudio de la génesis y formulación inicial de sus ideas vale tanto como método de acercamiento a ellas, como el comentario pleno, pero falto de dinamismo, de sus asombrosas sentencias que admiramos por su fuerza, justeza y validez perenne.

Motiva esta cuestión metodológica una frase de José Martí que muy pocas veces ha sido glosada y que, de ser tomada al pie de la letra, podría ser esgrimida algún día de manera tendenciosa por gente poco escrupulosa. Incluso me sorprende que hasta hoy ningún enemigo de la revolución bolivariana la haya enarbolado con la intención de enfrentar las opiniones de Martí y de Chávez. Aventuro una hipótesis: ¿será que entre los antichavistas no hay conocedores de lo que escribió Martí en y sobre Venezuela?

Esa frase problemática, escrita originariamente en francés, es la siguiente, según la traducción que se nos ofrece en las *Obras completas*:

Las soluciones socialistas, nacidas de los males europeos, no tienen nada que curar en la selva del Amazonas, donde se adora todavía a las divinidades salvajes. Es allí donde hay que estudiar, en el libro de la naturaleza, junto a esas miserables chozas. Un país agrícola necesita una educación agrícola.¹

Las notas en francés tituladas *Un voyage à Venezuela* (*Un viaje a Venezuela*), de donde se saca la expresada cita, se remontan probablemente a fines de 1881 o principios de 1882. Martí las debe de haber redactado en Nueva York, de regreso, después de estar unos seis meses en Caracas (enero-

julio de 1881). Esa estancia acabó por su salida precipitada, cuando se sintió amenazado por un caudillo de la época, pero tal desenlace no intervino para nada en la grata opinión que guardó de ese país al que tanto amó y que tanto significó en su dedicación americana y bolivariana.

Siempre atento a "las necesidades reales y urgentes del pueblo" latinoamericano en el que reside y actúa, José Martí suele verlo —esté en México, Guatemala o Venezuela—, como un pueblo esencialmente rural y agrícola: lo que en verdad era fuera de las capitales. Por lo tanto, acostumbra subrayar las diferencias colosales observadas entre una Europa y una América industrializadas, donde van aguzándose los conflictos de clases, y una América preindustrial —"nuestra América"— donde el problema mayor no puede ser la solución a tales enfrentamientos por inexistentes, sino la necesidad de un despegue económico mediante una educación racional y práctica: la enseñanza agrícola científica. Varios de sus artículos de *La Revista Universal* y *La América* plantean esa necesidad entre 1875 y 1884.

El contexto dentro del cual se ha de entender la frase martiana sobre la irrealidad e improcedencia del socialismo que se quisiera aplicar en las comunidades selváticas del Amazonas es explícito: "un país agrícola necesita una educación agrícola". Debe estar claro que la "selva del Amazonas" es para él un modo de decir "cuenca del Orinoco" o "montes de Guyana". Allí donde los males de esas sociedades indígenas no son obviamente los males de una sociedad moderna, no pueden emplearse las soluciones que reclama esta última: no está el socialismo a la orden del día donde la sociedad anda rezagada. Martí no quiso decir otra cosa.

Además, no debemos olvidar cuáles eran las "soluciones socialistas" de la época recogidas por el joven Martí a su paso por Madrid, México y Nueva York, donde pudo escuchar a algunos propagandistas del socialismo. José Cantón Navarro las tiene bien caracterizadas en su insuperado libro sobre el tema *Algunas ideas sobre José Martí*, en el cual señala que Martí no se adhería a las "soluciones socialistas" recién experimentadas por la Comuna de París, porque no compartía el diagnóstico clasista y el uso de la violencia que suponían, y porque rechazaba su extremismo y rigidez.

Sin embargo, la frase aludida puede dar a entender que aquellas soluciones socialistas, aunque constituyen un propósito descabellado en la selva amazónica, no son del todo desechables en otras tierras. Esta frase, entonces, sería como un adelanto fugaz e indirecto del juicio menos cerrado (respecto al socialismo) que tendría la oportunidad de expresar más tarde, a partir de 1886-1887, al glosar las ideas de Henry George, cuando reseña las grandes huelgas en Estados Unidos o al escribir a Fermín Valdés Domínguez después de la celebración del 1° de mayo de 1894.

¹ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 19, p. 160.

Siempre lamentaremos la pérdida del discurso que Martí pronunció en Nueva York, en Hardmann Hall, el 15 de enero de 1893. Solo se sabe de él lo que Enrique Trujillo condensó en la página 170 de sus *Apuntes históricos*. Esa noche, el orador trató, junto a otros dos temas de actualidad y ante un público de doscientas cincuenta personas invitadas por papeleta especial, el tema del socialismo en Cuba. Escribió Trujillo que “en cuanto al socialismo [Martí dijo que] lo consideraba un factor de la independencia, puesto que se daba el caso de que los talleres de Cayo Hueso, simpatizadores del anarquismo, habían sido los primeros en contribuir para la patria”.² El resumen parece corto para un discurso que duró dos horas.

Pero antes de proseguir en el sendero de las ideas de Martí, hace falta notar cómo “socialismo” y “anarquismo” eran entonces conceptos afines y confusos, y por consiguiente cómo, citando a Martí al respecto, uno debe andar con precauciones.

Si el Delegado del Partido Revolucionario Cubano quiso decir que la participación de los partidarios del socialismo –fuesen anarquistas, utópicos o marxistas, llámense Creci, Tejera o Baliño–, era imprescindible y bienvenida en la lucha de todos los cubanos por el triunfo de la independencia –y creemos que algo parecido debió decir–. También debió haber dicho algo que satisficiera a aquellos que, como Baliño, hacían de la consecución de la independencia nacional una condición previa y necesaria para emprender la construcción del socialismo.

Resulta que hoy Cuba es el país más socialista de América, y tal vez del mundo, por ser el más independiente del planeta, dueño de sí. Y es un país plenamente independiente por ser socialista en sus estructuras básicas y en la mentalidad de su pueblo soberano.

Pero volvamos a Venezuela, empeñada hoy en la construcción del socialismo del siglo XXI. Mientras se van definiendo, aunque no *a priori*, los contornos de esta última opción acuñada por Hugo Chávez, y mientras ya se van recuperando para el beneficio de la nación los recursos naturales, ¿qué política de sesgo “socialista” ha sido propuesta y se viene aplicando a las comunidades indígenas de la selva amazónica (Amazonas, Orinoco, Guyana, Guayana)?

Se ha reconocido plenamente la autonomía de las comunidades indígenas, no para encerrarlas en *ghettos* y dejarlas extinguirse paulatinamente, sino para integrarlas, a su ritmo y según sus necesidades, voluntades y formas genuinas, al desarrollo colectivo de la nación y a las luchas de todos los pueblos indígenas y movimientos campesinos de Lati-

noamérica. Se ha creado el Consejo Nacional Indio de Venezuela. La Constitución del país restituye a esos pueblos las tierras que les fueron robadas a sus antepasados.

Por eso, del 11 al 14 de octubre de 2003, en el marco de la conmemoración del 12 de octubre –fecha simbólica de la resistencia de los pueblos oprimidos de América– se dio en Caracas, en homenaje a la nación que acababa de conferirles dignidad y derechos a sus propios pueblos nativos, una reunión de muchos movimientos indígenas. No para adorar “las divinidades salvajes” –según el vocabulario muy decimonónico del Maestro–, sino para vincular las tradiciones culturales que se han conservado del “comunismo primitivo” con las luchas de hoy encaminadas a preparar la irrupción de otro mundo.

Adquiere relevancia histórica que en aquella reunión el representante de la Federación del Trópico de Bolivia, Evo Morales, haya sido también el líder nacional del Movimiento al Socialismo (MAS); y que, como tal, con esa doble característica, Evo, el aymará, haya ganado luego la elección presidencial y haya sido recibido oficialmente por el rey de España en la capital del antiguo imperio.

En el mismo orden de ideas, adquiere relevancia histórica que el 30 de enero de 2004 en Quito, la Coordinación de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca del Amazonas (COICA) haya elevado sus conocidas reivindicaciones identitarias y regionales a un nivel político y continental, al condenar las sociedades petrolíferas, mineras y forestales extranjeras, por los efectos desastrosos para su propia supervivencia y la del planeta, y al designar el Plan Colombia y el ALCA como agravantes de sus difíciles condiciones de vida.

Aquellos encuentros y aquellos actos les dan una especial relevancia histórica a los pueblos indígenas, cuando plantean conjuntamente como tareas suyas de la hora presente, la lucha paciente pero impostergable por arrebatarse a los predadores las fuentes de la vida: las tierras, las aguas, los recursos del suelo y del subsuelo, los bosques, etc., y la lucha abierta contra la globalización neoliberal y sus agentes imperialistas.

Adquiere relevancia histórica que el 17 de septiembre de 2006, el gobierno venezolano, continuando la aplicación fiel y tenaz de la Ley de Tierras de 2001, haya entregado, o sea devuelto, al pueblo barí un territorio de 207 400 hectáreas para que lo explote bajo la forma de propiedad colectiva, conforme con su tradición y anhelos, conforme con la ley orgánica del país que rige los pueblos y comunidades indígenas, conforme con el rumbo socialista recién emprendido.

Conque hay motivos para pensar que las soluciones socialistas, ayer improcedentes, tienen mucho que curar hoy y proteger mañana en la selva del Amazonas. ■

² Enrique Trujillo, *Apuntes históricos*, Tip. El Porvenir, Nueva York, 1896.

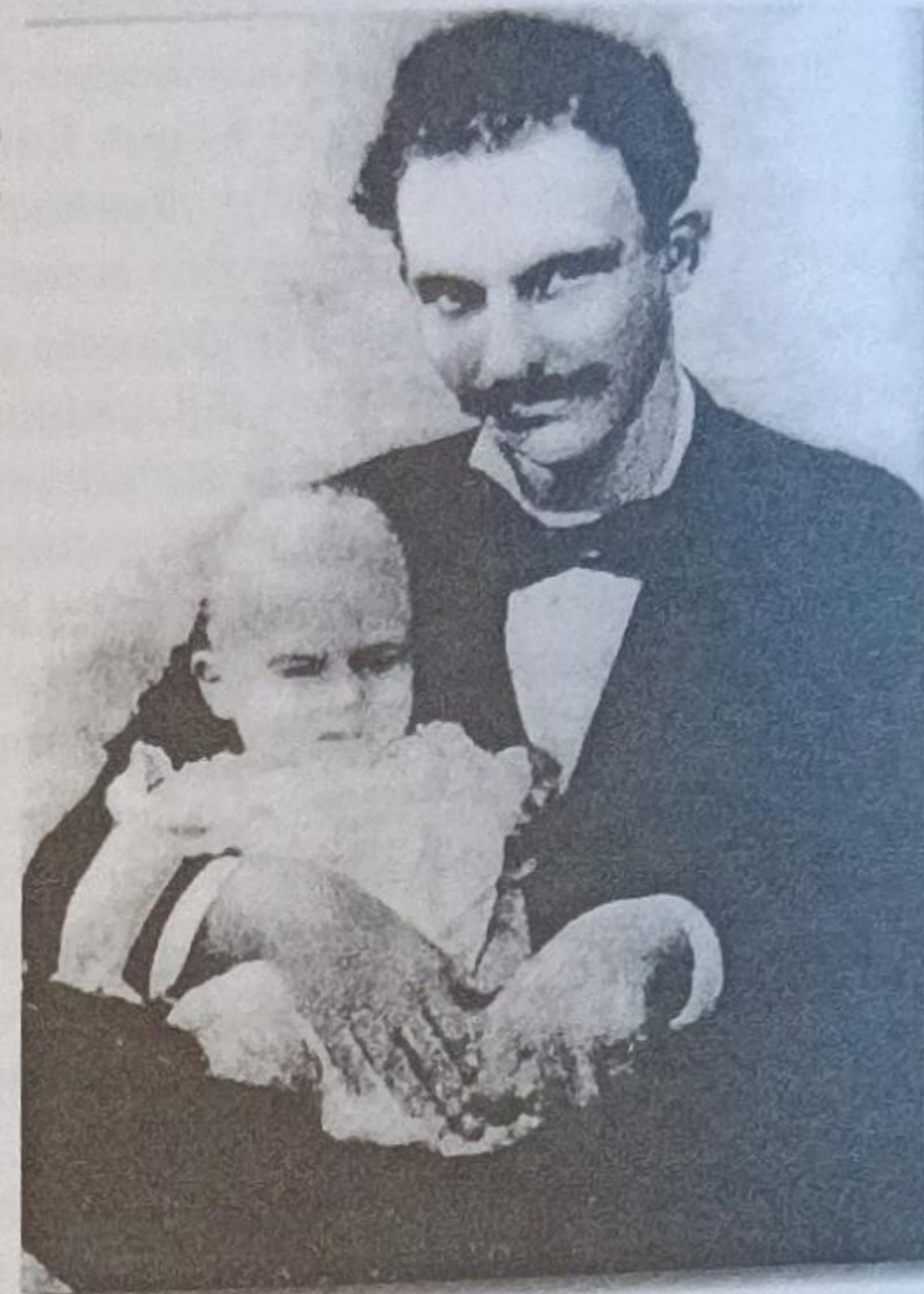


La Habana (1878-1879)

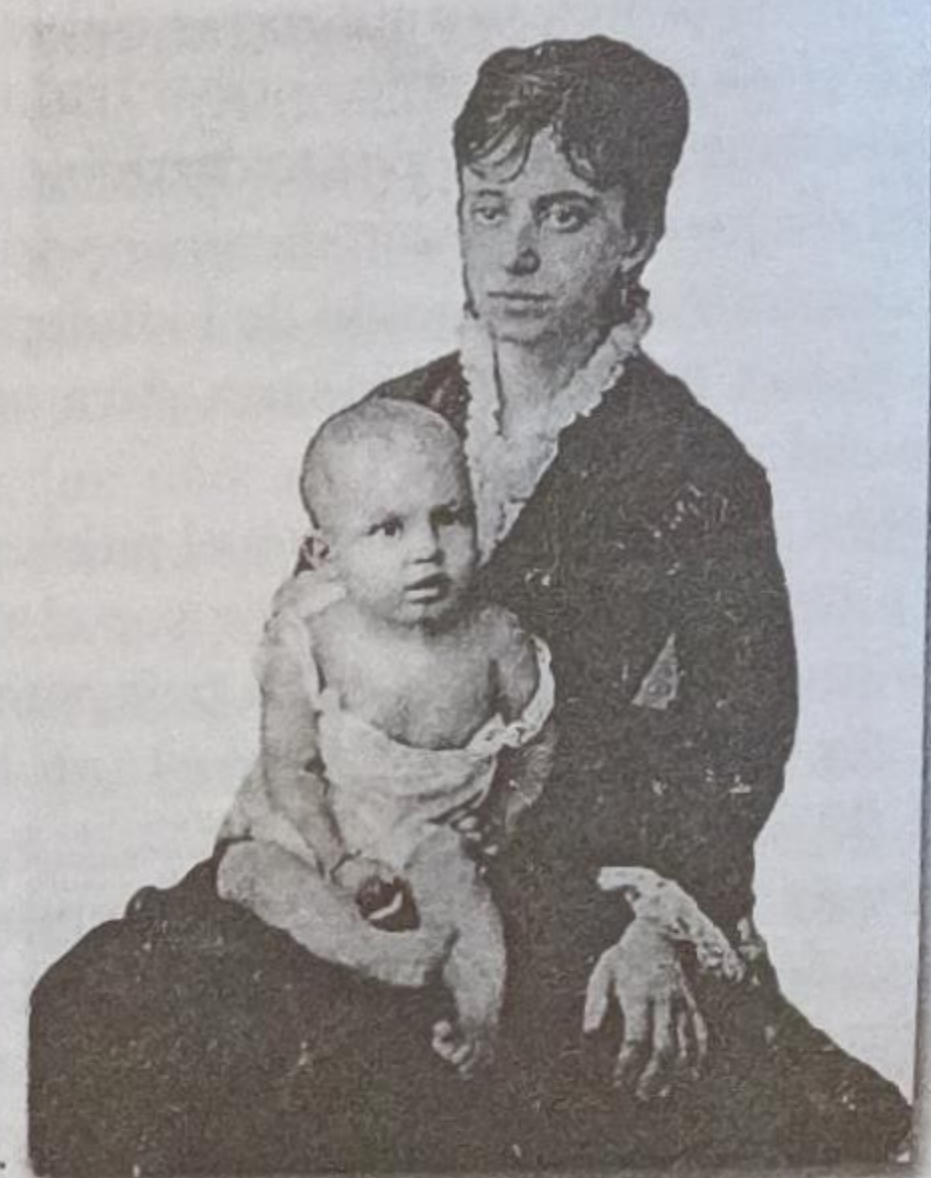


Entrada principal del Liceo de Guanabacoa; institución a la que perteneció José Martí.

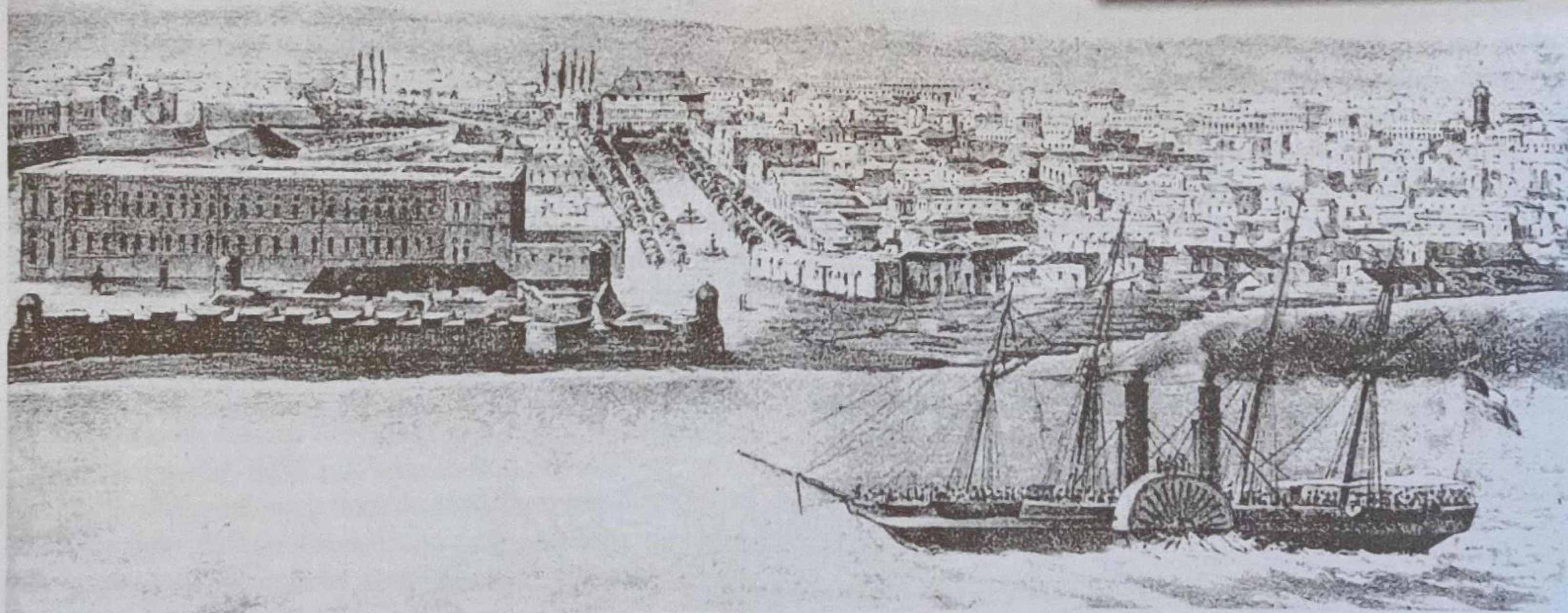
Con su hijo José Francisco en 1879.



Tribuna del Liceo de Guanabacoa desde la que habló Martí en diversas ocasiones.



Carmen Zayas Bazán con su hijo.



Vista panorámica de La Habana.

José Martí y la cultura cubana.

Algunas reflexiones

JOSÉ CANTÓN NAVARRO



En estos tiempos, cuando en el quehacer de nuestra patria concedemos a la cultura una significación más trascendente que nunca antes, cuando la cultura está en el centro de las grandes y decisivas batallas que libra nuestro pueblo en defensa de su identidad nacional, de su existencia como nación, nos parece oportuno reflexionar sobre algunas ideas esenciales de aquel eximio prócer para quien "ser culto es el único modo de ser libre".¹

Permítasenos aclarar, ante todo, que cuando hablamos de *cultura*, la entendemos en su sentido más integral. No la limitamos en modo alguno a la literatura y el arte (ambos de trascendental importancia, desde luego), sino que la tomamos en su acepción más abarcadora: el proceso infinito de transformación del mundo por la mano y la mente del hombre, incluyendo la transformación del hombre mismo. Es decir, concebimos la cultura como toda la obra de creación humana, tanto material como espiritual; obra que, además de la creación artística y literaria, comprende también la acción creadora de la ciencia, la técnica, la historia, la política, la economía, la religión y todos los demás campos del quehacer humano.

José Martí, alma de la nación cubana, fue uno de los más destacados forjadores de nuestra cultura nacional. Lo fue, de una parte, por su propia obra cultural. En sus poemas, discursos, cartas, artículos y crónicas periodísticas, en su labor como crítico de arte y literatura; en su actividad político-revolucionaria (ideológica y organizativa); en su magisterio permanente; en todas las manifestaciones de la cultura, sobresalen su creatividad, originalidad y fuerza.

Intelectuales y artistas eminentes de muchos países —no solo de Cuba—, han reconocido los aportes de nuestro Héroe Nacional a la cultura cubana, latinoamericana y universal.

Domingo Faustino Sarmiento, el ilustre literato y pedagogo argentino, declaró con orgullo que la prensa de su país era la más adelantada de América del Sur, y una de las primeras del mundo, por contar con colaboradores como Flammarión, Castelar, Pérez Galdós y José Martí. Y agregó: "en español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí".²

Rubén Darío, el inmortal bardo nicaragüense, se refirió al Apóstol con estas palabras: "Escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o Amé-

rica." Y en otra ocasión: "Aquel cerebro cósmico, aquella vasta alma, aquel concentrado y humano universo, lo tuvo todo: la acción y el ensueño, el ideal y la vida, una épica muerte, y en América, una segura inmortalidad."³

Juan Ramón Jiménez, el exquisito poeta español, expresó: "Darío le debía mucho [a Martí]; Unamuno, bastante; y España y la América española le debieron, en gran parte, la entrada poética de Estados Unidos."⁴

El escultor uruguayo Barbieri se solazaba leyendo a Martí, cuya obra exaltó de esta manera: "Este hombre esculpe y pinta a la vez. ¡Qué síntesis! Porque, además, su verso es una orquesta. Yo escucho una música ideal detrás de sus palabras."⁵

Sería ilimitado el número de citas similares (de Miguel de Unamuno, Gabriela Mistral, Federico de Onís, Amado Nervo, Pedro Henríquez Ureña, Charles Dana, Andrés Brou, Baldomero Sanín Cano, Carlos Sabat Ercasty, Ezequiel Martínez Estrada, etc.). Pero solo añadiré, por último, la apreciación del afamado escritor y profesor hispano Guillermo Díaz Plaja, para quien Martí es el prosista más enérgico que ha tenido América.

En realidad, agregamos nosotros, no hay quien haya hecho una contribución tan diversa y medular a la cultura cubana en el pasado de nuestro país. Sin embargo, a mi modo de ver, Martí hizo a la causa de la cultura nacional un aporte mucho mayor que la obra creadora elogiada por tan ilustres personalidades. Se trata de la inmensa labor que desplegó en defensa de la nación y de su independencia. Porque no puede hablarse con toda propiedad de cultura nacional, hasta que no existe la nación. Esto, que parece una verdad de Perogrullo, no es tan sencillo.

Desde nuestro punto de vista, para que exista la nación no basta una comunidad estable vinculada por una serie de lazos formados históricamente: territorio, vida económica, psicología, costumbres, idioma. Esas son premisas fundamentales; pero, además de ellas, es preciso que esa comunidad tenga conciencia de que constituye un cuerpo social íntegro; de que, por encima de las contradicciones económicas, políticas, sociales y de otra índole que puedan afectar a sus integrantes, hay un interés común a la colectividad en su conjunto: el de conservar su unidad y su independencia como nación, su personalidad, y garantizar su progreso en todos los órdenes. Solo cumpliendo tales requisitos, esa comunidad puede expresarse plenamente a través de una cultura nacional.

¹ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 8, p. 289.

² Domingo Faustino Sarmiento, *Obras*, [s. e.], Buenos Aires, 1900, t. XLVI, pp. 175-176.

³ Citado en Juan Marinello, *Martí, escritor americano*, Editorial Grijalbo, México, DF, 1958, p. 168.

⁴ *Ibidem*, p. 164.

⁵ *Archivo José Martí*, Número del Centenario, La Habana, 1953, p. 127.

Ese proceso de integración, largo y complejo, suele encontrar a veces obstáculos difíciles de superar. Por ejemplo, cuando la nación tiene que formarse en las condiciones del dominio colonial o neocolonial, o bajo cualquier otra forma de dependencia, que es el caso de las naciones hispanoamericanas, y en particular el de Cuba. En relación con ese fenómeno, y refiriéndose específicamente a la literatura de nuestros países, planteó Martí: "No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya— Hispanoamérica."⁶

Es decir, el completamiento de nuestro proceso integrador no podía realizarse bajo la dominación colonial: tendría que ser la guerra nacional-liberadora el crisol de la nación cubana.

Las incipientes expresiones de la cultura nacional a fines del siglo XVIII muestran el criollismo de quienes sienten ya el orgullo de haber nacido en este suelo. Pero ese sentimiento nacional primario, mediatizado aún por el influjo de la metrópoli, no ha encontrado todavía en esa época formas autóctonas de expresión. Recuérdese a Arango y Parreño, Romay, Urrutia y Montoya, Antonio José Valdés, Zequeira y Rubalcava. Ellos hablan de las bellezas y ventajas de nuestro suelo, abogan por engrandecerlo, hablan en nombre de *la patria*. Pero este concepto de *patria* no tiene aún para ellos una connotación política. Todavía cantan a las glorias de España. Las instituciones que fundan; las proyecciones económicas, sociales y científico-técnicas; las obras históricas y filosóficas; las creaciones artísticas y literarias, responden todavía, en gran medida, a los esquemas europeos, y están imbuidas de un espíritu de dependencia.

El siglo XIX trae aire fresco, iluminando el amanecer de la nacionalidad cubana y, desde luego, de la cultura nacional. Pero, al mismo tiempo, esos aires también traen ingredientes externos, aunque de signo diferente al de centurias anteriores: se afianzan en Cuba los postulados de la gran Revolución francesa de 1789, irrumpe el romanticismo en la literatura y el arte, ganan terreno avanzadas concepciones pedagógicas, se va introduciendo la máquina de vapor en las industrias del país. El modo de vida, las formas de expresión y la cultura política de la sociedad norteamericana, la francesa, la inglesa o la alemana, constituyen modelos sugerentes para el criollismo avanzado.

La asimilación de estas manifestaciones culturales progresistas, al chocar con el modelo oscurantista de la dominación colonial, acentúa necesariamente la batalla que la masa de productores de la Isla y la intelectualidad nativa libran desde muy atrás contra la minoría de gobernantes ambiciosos, corruptos y despóticos, y contra las clases y sectores que debían su enriquecimiento y su poder político al saqueo de la colonia.

En la primera década de la centuria decimonona, recias personalidades (Varela y Heredia son los más lúcidos ejemplos), descubren la entraña del problema nacional y em-

prenden una vigorosa lucha de ideas, que a menudo se traduce en acciones políticas. El desarrollo de los sentimientos nacionales cobra fuerza con la Academia Cubana de Literatura (1834), suprimida muy pronto por el gobierno colonial, y con la obra precursora de Luz y Caballero, Del Monte, Plácido, Manzano y otros.

En fin, el movimiento cultural de la isla contribuye notablemente a que los sectores dirigentes de la masa expoliada comprendan de una vez que solo con la emancipación plena podrán encontrar solución a los problemas del país, y que sin insurrección armada la independencia es una utopía. Solo entonces se crean las condiciones reales para que cuaje definitivamente la nacionalidad cubana y se pueda librar con éxito la batalla por la autoctonía de nuestra cultura. Esta batalla, iniciada de manera ejemplar por los héroes del 68, la encabeza finalmente, con todo su coraje, inteligencia y dignidad, nuestro José Martí.

Martí comienza por sostener un nuevo concepto de *patria*, diferente al que había movido a los criollos de principios del siglo. Para él, patria es mucho más que pedazos de terreno sin libertad y sin vida, mucho más que el suelo en que se nace: "Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas."⁷

Ya no se trata de reflejar la búsqueda y el afianzamiento de lo nacional solo cantando a las bellezas y a las virtudes de la tierra y de sus hijos, ni enmascarándolo a través del canto en que se critica el exterminio de los indios o se expresa la solidaridad con los esclavos negros. Ahora es el llamado abierto a la lucha por la independencia de la patria, y, con ello, a la autoctonía de nuestra cultura.

Martí asume abiertamente la defensa de los valores nacionales y la crítica de la imitación servil en todas las esferas y en todos los representantes de la cultura nacional, por muchos méritos que tuvieran y por alto que fuera el sitio ganado por ellos dentro o fuera de Cuba. Sigue el criterio de que "en un pueblo no perdura sino lo que nace de él".⁸ Y argumenta: "La imitación servil extravía, en economía, como en literatura y en política."⁹ Censura acremente a quienes amoldan su arte y su literatura al aplauso extranjero; a quienes se mandan a hacer su pensamiento, como sus levitas, a Londres o París. Y a los españolizados, afrancesados o norteamericanizados, les da el calificativo de "besalospies".¹⁰

Sostiene Martí que nuestra América no viene ni de Rousseau ni de Washington, viene sino de sí;¹¹ que ni el libro europeo ni el yanqui dan la clave del enigma hispanoamericano;¹² y que el mejor gobernante en América no es aquel que mejor sabe cómo se gobierna a Francia, Inglaterra, Italia

⁷ *Ibíd.*, t. 1, p. 93.

⁸ *Ibíd.*, t. 14, p. 258.

⁹ *Ibíd.*, t. 6, p. 335.

¹⁰ *Ibíd.*, t. 23, p. 43.

¹¹ *Ibíd.*, t. 8, p. 244.

¹² *Ibíd.*, t. 6, p. 20.

⁶ José Martí, *ob. cit.*, t. 21, p. 164.

o Alemania, sino el que mejor conoce los problemas de su país, los factores que lo integran y los remedios específicos que se requieren para curar sus males.¹³

Nadie divulgó con tanto entusiasmo como Martí los progresos del mundo de su época en la industria, la agricultura, la minería y el comercio; en el transporte y las comunicaciones; en la educación y las demás ciencias. Nadie estudió y propagó con tanto ahínco las más elevadas manifestaciones de la cultura universal. Nadie abogó con tanta insistencia por que nuestros países conocieran los avances de la humanidad y por que estos se asumieran de acuerdo con nuestros requerimientos y posibilidades. Pero nadie vigiló con mayor celo la conservación y el fortalecimiento del nervio nacional. Recuérdese aquel mandato suyo: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas."¹⁴

Una clara expresión del pensamiento de Martí en cuanto al espíritu nacional que ha de presidir nuestra creación literaria, es la maravillosa carta que escribió desde Guatemala en 1878 a José Joaquín Palma, y que sirvió de prólogo a un libro de poemas publicado por el gran bardo bayamés. Recordemos algunos párrafos de esa carta:

Y luego, tú tienes un gran mérito. Nacido en Cuba, eres poeta cubano. Es nuestra tierra, tú lo sabes bien, un nido de águilas; y como no hay aire allí para las águilas; como cerca de los cadalsos no viven bien más que los cuervos, tendemos, apenas nacidos, el vuelo impaciente a los peñascos de Heidelberg, a los frisos del Partenón, a la casa de Plinio, a la altiva Sorbona, a la agrietada y muerta Salamanca. Hambrientos de cultura, la tomamos donde la hallamos más brillante. Como nos vedan lo nuestro, nos empapamos en lo ajeno. [...] Así, cubanos, henos trocados, por nuestra forzada educación viciosa, en griegos, romanos, españoles, franceses, alemanes. Tú naciste en Bayamo, y eres poeta bayamés. No corre en tus versos el aire frío del Norte; no hay en ellos la amargura postiza del Lied, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musset. Lloren los trovadores de las monarquías sobre las estatuas de sus reyes, rotas a los pies de los caballos de las revoluciones; lloren los trovadores republicanos sobre la cuna apuntalada de sus repúblicas de gérmenes podridos; lloren los bardos de los pueblos viejos sobre los cetros despedazados, los monumentos derruidos, la perdida virtud, el desaliento aterrador: el delito de haber sabido ser esclavo, se paga siéndolo mucho tiempo todavía. Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada a la legión gloriosa de nuestros mártires, que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos.

Dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Víctor Hugo; herirse con el cilicio de Gustavo Bécquer; arrojarse en las cimas de Manfredo; abrazarse a las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa; trocar las palmas por los fresnos, los lirios del Cautillo por la amapola pálida del Darro, vale tanto, ¡oh, amigo mío!, tanto como apostatar. Apostasías en Literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las

venideras y originales luchas de la patria. Así comprometeremos sus destinos, torciéndola a ser copia de historia y pueblos extraños."¹⁵

Esta crítica no niega, a nuestro juicio, la influencia benéfica —y además, inevitable y necesaria—, que la cultura de los países más avanzados puede ejercer en la de otros pueblos.

El propio Martí lo demuestra con sus sentidas referencias a músicos y compositores (desde Beethoven o Mozart, hasta Díaz Albertini y José White); a escultores de inmensa talla (desde Fidias y Praxiteles, hasta el cubano Miguel Melero); a pintores inmortales (desde Miguel Ángel, Rafael, Leonardo, Goya, Murillo, Vereschagin, hasta los cubanos Armando Menocal, José Arburu, Juan Jorge Peoli o José Joaquín Tejada); a grabadores, dibujantes y artistas de todas las especialidades.

De modo que la influencia de la cultura universal sobre la nacional no solo existe, sino que se hace más vigorosa a medida que se desarrollan la comunicación y las relaciones en todo el orbe, a medida que el mundo se hace en cierto sentido más pequeño, gracias a los avances prodigiosos de la ciencia y la técnica.

Además, en este fenómeno se expresa una interrelación esencial entre la cultura nacional y la universal, señalada admirablemente por Martí: "La cultura es principalmente de nuestra patria, que nos la dio, y de la humanidad, a quien heredamos."¹⁶

Pero una cosa es este fenómeno, y otra muy distinta la absorción de la cultura de los pueblos pequeños por las naciones poderosas, con la pérdida de la identidad de aquellos. Lo criticable es, según Martí, "ser propio, y querer ser ajeno".¹⁷

La Guerra de los Diez Años significó un salto cualitativo en el desarrollo de la nación cubana, y debía traer inexorablemente una profunda transformación en el campo de la cultura, como en toda la vida de la sociedad. La República nació, de hecho, cuando Céspedes dio el grito de "Independencia o muerte" en el ingenio La Demajagua, y en lo jurídico, cuando la proclamó democráticamente la Asamblea de Guáimaro, el 10 de abril de 1869, como afirmó con todo acierto el compañero Armando Hart. Y el golpe de muerte a la esclavitud se lo asesta también la guerra del 68. Todo lo cual se refleja decisivamente en la cultura nacional.

Se cumpliría de esa forma una ley objetiva del desarrollo social, descubierta muchos años atrás por los filósofos materialistas, y que Martí enunciaría con su dialéctica espontánea en 1887 en su crónica sobre Henry Ward Beecher: "Cuando las condiciones de los hombres cambian, cambian la literatura, la filosofía y la religión".¹⁸

La propia obra de José Martí confirma plenamente esa verdad. Las experiencias del desarrollo político-social en

¹³ *Ibidem*, t. 6, pp. 17-18.

¹⁴ *Ibidem*, t. 6, p. 18.

¹⁵ *Ibidem*, t. 5, pp. 93-96.

¹⁶ *Ibidem*, t. 12, pp. 43-44.

¹⁷ *Ibidem*, t. 5, p. 96.

¹⁸ *Ibidem*, t. 13, p. 33.

Cuba y en el resto de América, lo llevaron a cambiar en buena medida la estrategia y la táctica seguidas por los próceres del 68, e incluso muchas de sus concepciones. El estudio histórico de la sociedad en Cuba, de su vida material y espiritual; las enseñanzas de la Guerra Grande y demás intentos insurreccionales; el análisis paciente y acucioso de la formación y situación real de los pueblos latinoamericanos, y el devenir económico, político y social de Estados Unidos, son elementos decisivos en la conformación de un pensamiento creador, autóctono y eminentemente revolucionario en nuestro patriota mayor.

Su proyecto nacional-liberador es hijo natural de las condiciones concretas de Cuba y de su pensamiento, ajeno a toda copia servil o seguidismo. El partido fundado por él no tiene parangón con ningún otro creado hasta entonces, ni por sus fines, ni por su estructura y funcionamiento, ni por su composición social, ni por sus métodos de dirección, ni por su carácter de partido único de todos los revolucionarios.

Con la creación de ese partido, y con su concepción de la democracia y la libertad, con su antimperialismo y latinoamericanismo, con su visión universal y solidaria de los problemas de la humanidad, con su absoluta comprensión del problema racial –en lo teórico y en lo práctico–, y con otros numerosos postulados, Martí realiza un trascendental aporte a la cultura política de nuestro pueblo.

Junto con sus admirables aportes a las letras hispanoamericanas, y en general, a la lengua española, Martí nos ofrece novedosas y revolucionarias concepciones en el campo de la literatura y el arte. Rompiendo moldes elitistas e intelectualistas, descubre nexos crecientes, activos e irrompibles, entre la vida de los pueblos y su literatura, entre el genio y las masas, entre lo que hacen los hombres en sus diligencias cotidianas y lo que reflejan en sus creaciones intelectuales. Estas se nutren de la realidad objetiva; pero al mismo tiempo contribuyen a transformarla. “Acercarse a la vida –observa el Maestro–, he ahí el objeto de la literatura: –ya para inspirarse en ella, ya para reformarla conociéndola.”¹⁹

Martí aprecia y valora altamente un fenómeno consustancial al desarrollo de la sociedad: la proliferación de los creadores surgidos de las capas populares. A su juicio, ya las altas cumbres no descuellan solas: de abajo han venido elevándose, alimentadas por la fertilidad de llanuras y valles, nuevas montañas que empiezan a cambiar el panorama. Y advierte:

El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden, las cualidades de los privilegiados a la masa; lo que no placará a los privilegiados de alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso [...] ²⁰

Este ascenso de las masas no niega, pensamos nosotros, el papel aún decisivo de los genios, tanto en la historia y la política, como en el arte y la literatura. Empezando por nuestro Apóstol, tenemos ejemplos sobrados de ese irrenunciable papel.

Otra concepción medular de Martí, ligada en su esencia a las anteriores, es la de considerar la cultura, no como un resultado único y exclusivo del esfuerzo individual, ni como un bien privado de cada persona. Aunque el empeño, la sabiduría y la voluntad de un escritor, de un científico, de un artista, sean elementos decisivos para elevarlo a posiciones cimieras de prestigio y autoridad, sería injusto olvidar que en ese proceso ascendente del individuo ocupa un lugar también decisivo el trabajo acumulado de generaciones anteriores, de la nación y del universo, e incluso el aporte diverso y necesario de muchos de sus contemporáneos.

Martí se adentra en el campo de la poesía para explicar ese fenómeno con su habitual belleza:

La poesía es durable –afirma– cuando es obra de todos. Tan autores son de ella los que la comprenden como los que la hacen. Para sacudir todos los corazones con las vibraciones del propio corazón, es preciso tener los gérmenes e inspiración de la humanidad. Para andar entre las multitudes, de cuyos sufrimientos y alegrías quiere hacerse intérprete, el poeta ha de oír todos los suspiros, presenciar todas las agonías, sentir todos los goces, e inspirarse en las pasiones comunes a todos. Principalmente es preciso vivir entre los que sufren. Por grande que sea el poeta, antes de que pueda encontrar los sonidos vígorosos que alientan los corazones, anuncian los grandes sucesos y los immortalizan, fuerza es que el pueblo goce, bendiga, maldiga, espere y condene. Sin estas condiciones, el poeta es planta tropical en clima frío.²¹

Y lo mismo podríamos decir del músico, del dibujante, del escultor, del dramaturgo... Nosotros nos preguntamos: ¿sería concebible la magistral obra literaria de Martí –por acudir solo a un ejemplo muy concreto–, sin tener en cuenta los centenares de libros que leyó, o el infinito número de obras de arte que admiró; sin las culturas milenarias a las que tuvo acceso de algún modo, como la de los árabes en España o las de los indios de Guatemala o México? ¿Sería concebible la extraordinaria creación martiana sin sus vivencias de las canteras o del exilio, sin la sabiduría de sus maestros, sin el heroísmo de los patriotas a los que cantó?

No. El edificio lo levanta el genio; pero los materiales e instrumentos para construirlo proceden de miles de manos y cerebros distintos. Por eso él afirmó que la cultura que hayamos podido crear se debe fundamentalmente a la patria y a la humanidad, y que es repudiable utilizarla de manera egoísta, exclusivamente para provecho personal. Es una obligación servir con ella a la sociedad, sobre todo a los que más lo necesitan. “El talento –planteó Martí–, es el deber de emplearlo en beneficio de los desamparados.”²²

¹⁹ *Ibíd.*, t. 21, p. 227.

²⁰ *Ibíd.*, t. 7, p. 228.

²¹ *Ibíd.*, t. 15, p. 28.

²² *Ibíd.*, t. 12 pp. 43-44.

Por la misma razón, la cultura tiene un deber insoslayable con la patria y con la humanidad: servir las en todo momento, pero más que nunca en aquellas coyunturas en que se decide su destino histórico. En vida de Martí, el destino de Cuba dependía de una alternativa: se consolidaban la nación y su cultura autóctona con el logro de su independencia, o quedaban aplastados los gérmenes de nación y cultura con el mantenimiento del yugo colonial, o con la irrupción de otra cultura todavía más extraña que la española. Y en esa coyuntura, la literatura y el arte nacionales no tenían una función más noble que la de volcarse en la lucha por la independencia. “¡La justicia primero, y el arte después! —diría Martí a propósito de la situación existente en la Rusia de su época— [...] Cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y su único derecho para existir es ponerse al servicio de ella. ¡Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera!”²³

Y esto es así, añadimos nosotros, no solo cuando se lucha por conquistar la libertad —como en los tiempos de Yara, Baire, el Moncada o la Sierra—, sino también cuando se pelea por defender la libertad ya conquistada, como en los días heroicos y apremiantes que hoy vivimos.

Por eso, cuando Martí analizaba críticamente la poesía magistral de Pushkin o la admirable pintura de Vereschagin; la obra de científicos, literatos, periodistas, políticos, artistas o historiadores; la labor de grandes exponentes de la cultura universal, no solo valoraba el contenido de los aportes culturales hechos por ellos, también los enjuiciaba atendiendo al grado en que cada uno, a través de la obra realizada, supo cumplir su deber histórico con la sociedad en el momento que le tocó vivir.

Copartícipes de esa concepción, pensamos que el más trascendental aporte de Martí a la cultura cubana radica en haber sido el organizador, el ideólogo y dirigente supremo del movimiento de liberación nacional en los últimos lustros del siglo XIX; en haber levantado a todo nuestro pueblo para hacer la guerra necesaria por la emancipación nacional; en haber dotado de un riquísimo arsenal político, ideológico y ético-moral imprescindible a los mambises y a las generaciones que les sucedieron, a fin de que mantuvieran firme hasta la victoria el combate para conquistar primero y defender después la patria libre, independiente, soberana, democrática y justa, sustentada con la sangre y los sacrificios de miles de héroes y mártires a lo largo de nuestra historia. Pero ese aporte trascendental radicó, además, en que, al brindar las armas necesarias para la defensa de nuestra cultura e identidad nacionales, Martí consideró esa lucha como parte de una gran batalla latinoamericana y universal, con lo cual hizo una contribución decisiva a la lucha por la unidad e integración de la América nuestra, por su segunda y definitiva inde-

pendencia; a la lucha por la libertad y la justicia en todo el mundo colonizado y dependiente.

El legado cultural de José Martí fue decisivo para culminar victoriosamente la prolongada batalla del pueblo cubano contra los rezagos de la colonia y los embates del neocolonialismo, para frustrar los empeños absorbentes de nuestros vecinos del Norte, que trataron sin éxito de colonizar nuestras conciencias, como habían neocolonizado nuestra economía y nuestra política oficial.

Es cierto que en el radicalismo de esas luchas bullían las más avanzadas y justas ideas de nuestros tiempos —las ideas de Marx, Engels y Lenin—, y que sin ellas hubiera sido un sueño irrealizable la verdadera independencia nacional y la emancipación de todos los oprimidos y explotados. Pero sin la savia aportada por nuestra raíz criolla, sin el sustento de nuestras mejores tradiciones históricas y, en particular, sin el legado de José Martí, el terreno en que debía crecer el árbol de la revolución no hubiera tenido la consistencia indispensable.

Fue preciso, pues, que se articularan en unos casos y se fusionaran en otros, las grandes conquistas teóricas y prácticas del movimiento revolucionario internacional con nuestras mejores tradiciones nacionales, fundamentalmente con el legado político-ideológico de José Martí, que a su vez vino a constituir a un trascendente aporte a la cultura política universal. Por eso proclamamos, con toda justeza, el carácter martiano y marxista de la Revolución cubana.

Sintetizando ese feliz engarce, recordemos, por una parte, que, para los fundadores del marxismo, “libertad es la conciencia de la necesidad”;²⁴ y nunca se podrá alcanzar esa conciencia sin un sólido acervo cultural y que, según Lenin, para que los obreros estén en condiciones de luchar eficazmente por su emancipación, es imprescindible sacarlos de la ignorancia y el atraso, elevándolos a un nivel superior de cultura.

Julio Antonio Mella sostenía, con palabras casi iguales que las de Martí, que “la cultura es la única emancipación verdadera y definitiva”.²⁵

Por otra parte, el Maestro aseguraba que “no hay igualdad social posible sin igualdad de cultura”,²⁶ y admitía: “la madre del decoro, la savia de la libertad, el mantenimiento de la República y el remedio de sus vicios, es, sobre todo lo demás, la propagación de la cultura”.²⁷

Partiendo de dichas ideas esenciales se ha levantado la inmensa obra cultural de la Revolución, y se ha hecho de la propagación y defensa de la cultura una batalla de todo el pueblo. ■

²⁴ Federico Engels, *Anti-Dühring*, Ediciones Pueblos Unidos, Uruguay, 1961, p. 139.

²⁵ Instituto de Historia del CC-PCC, *Mella. Documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 454.

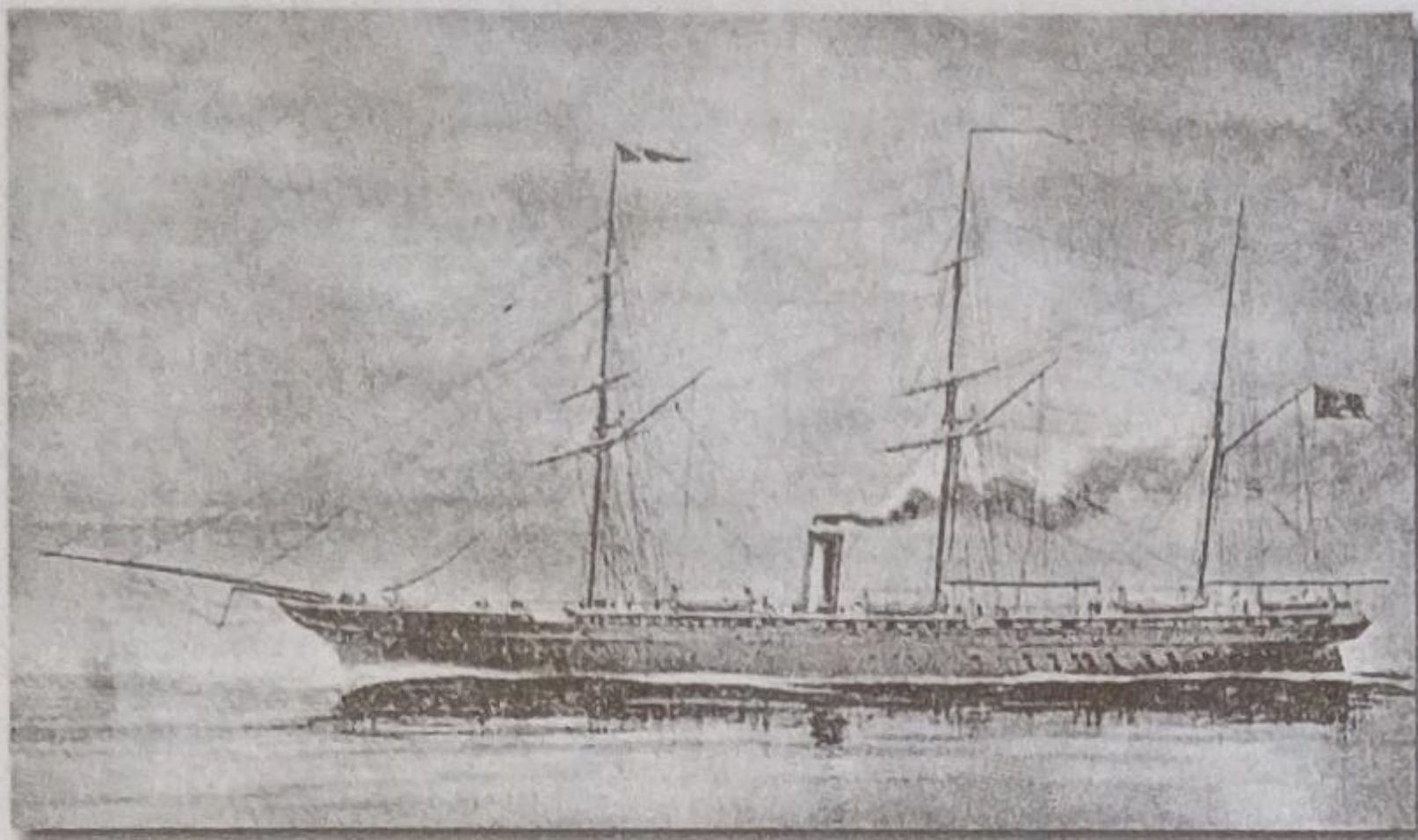
²⁶ José Martí, ob. citada, t. 3, p. 28.

²⁷ *Ibidem*, t. 13, p. 301.

²³ *Ibidem*, t. 15, p. 433.



Madrid y París (1879)



Correo español *Alfonso XII* en el que realizó su segundo viaje desterrado a España. Desembarcó en Santander en octubre de 1879.



No lejos de la Puerta del Sol, en el número 20 de la calle Tetuán se alojó en un típico edificio madrileño de inquilinato.



Madrid. Calle de Toledo en la época.



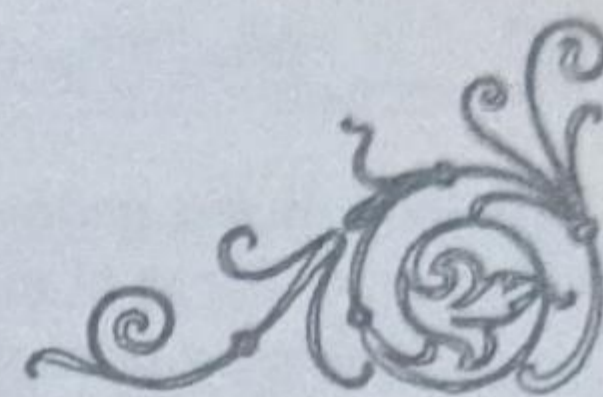
Una imagen del Museo del Louvre cercana a la que conoció Martí.



La actriz Sarah Bernhardt, a quien conoció Martí durante su breve estancia en París en diciembre de 1879.

¿Y de quién aprendió José Martí su entereza y su rebeldía?

LUIS TOLEDO SANDE



En la antesala de la conmemoración del aniversario 155 del natalicio de José Martí, nuestra América se muestra encaminada, como nunca antes, hacia el mayor tributo que él merece en esta parte del planeta: el decidido abrazo de su legado ante los reclamos emancipatorios de nuestros pueblos y contra la persistente voracidad del imperio que los ha esquilado. Este tiene, en el mundo, cómplices que lo auxilian en la difusión de prejuicios y maquinaciones para socavar cuanto propicie que los pueblos alcancen su independencia y aseguren su dignidad.

En tales circunstancias alcanzan especial intensidad palabras con que José Martí, partiendo de sus condicionantes autobiográficos, trazó en 1884 una síntesis que la desbordó por su significado a la vez práctico y simbólico, real y latente:

El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira. ¡Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni, y se ve como propia la que vertieron por las breñas del cerro del Calvario, pecho a pecho con los gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas!¹

José Martí suscita una veneración que, de tan amplia e intensa, se ha expresado hasta por caminos impropios. Las presentes páginas apenas se referirán a uno de ellos: el que pretende subrayar la grandeza del ser excepcional a costa de escarnecer injustamente a otras personas. Tal recurso es contrario a la digna generosidad que caracterizó a quien no necesitó ni necesitará de nada semejante para ser valorado con justicia. Pero enjuiciamientos regidos por esos modos se han lanzado hasta sobre sus familiares más queridos.

Una de las intenciones que tuve, y que me gustaría haber cumplido, al escribir *Cesto de llamas. Biografía de José Martí*, fue refutar injustos latigazos que se han dado contra Carmen Zayas-Bazán y el hijo que de ella y de Martí vino al mundo. Pero, dados el origen y el destino de estos apuntes, no me detendré ahora en ellos, sino en lo relativo a los padres de Martí, a quienes también con la guía aportada por él traté en el libro citado. A veces sus juicios en ese terreno se han desoído, o *desleído*, voz que aquí empleo como participio pasivo no solamente de *desleír*; sino también de *desleer*; acepción que le cabe aunque no esté registrada en diccionarios, donde no hay que buscar todo el idioma.

Me referiré particularmente a los padres de Martí como lo hice en la mencionada biografía, sin en el afán de la pormenorización que es central en un texto posterior: *José Martí, sus padres y las siete hermanas*, noble cuaderno de-

dicado al tema por Ramiro Valdés Galárraga. Esbozaré apenas algunas consideraciones de conjunto, y me ilusiona creer que la lectora o el lector que esperasen un poco más de reflexión, o de datos, buscarán en *Cesto de llamas*, y en las páginas donde otros autores han tratado, con diversos enfoques, el tema.

Para hacerse una idea del entorno familiar en que Martí nació y vivió hasta los inicios de su juventud, debe tenerse en cuenta no solamente que él fue el primero de los ocho hijos del matrimonio formado por Mariano Martí Navarro y Leonor Pérez Cabrera, sino el único varón. Que en una época desfavorable para el desempeño de la mujer a una familia más bien humilde le nazcan sucesivamente siete hijas resulta, cuando menos, incómodo. Si además ellas son anteceditas por un varón que desde muy temprano abraza una misión de gran significado como ideal liberador, pero nada o poco provechosa en el terreno de la sobrevivencia familiar cotidiana, la incomodidad puede convertirse en tragedia. Si, para colmo, lo que les nace por hijo a padres más o menos comunes es la complicada maravilla de un genio, ¿qué pueden hacer ellos? ¿Quién no se ha sentido insuficiente ante una tarea tan difícil como la de criar y educar hijos, aunque estos sean seres normales?

Aquel padre y aquella madre tuvieron que vérselas con un niño fuera de serie, y a él le siguió una retahíla de siete niñas cuyo futuro incierto les crisparían a ellos cuerpo y espíritu. No todas esas niñas rebasaron la infancia: dos murieron en sus primeros años; otra, cuando no había cumplido los diecinueve; tres, entre los treinta y tres y los treinta y seis. Solamente una, Amelia, que llegó a ochenta y dos, sobrevivió a la madre, quien sufrió la muerte de siete de sus descendientes, incluido el primogénito, cuya compañía pudo disfrutar muy pocos de los cuarenta y dos años que él contaba al caer en combate. Cuando el hijo —quien le enviaba buena parte de lo que ganaba con su trabajo— logró costearle viaje y estancia, y tenerla junto a él en Nueva York entre noviembre de 1887 y enero de 1888, él agradeció el buen efecto de su compañía: “es sin duda la salud repentina que todos me notan”,² le escribió a Manuel Mercado.

Por muchas causas —incluida su plena consagración a la obra revolucionaria— Martí perteneció a una familia marcada por el signo del desgarramiento y la tristeza. Esa es una cualidad que, según varias veces él ha contado, recuerda como característica de Amelia Martí su nieto Vicente Lanz García, maestro de arquitectos. Pero, al margen de cualquier otra consideración, si no se desoye o se deslee la palabra de Martí, se apreciarán claramente las virtudes que él agradecía haber

¹ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 8, p. 336.

² *Ibidem*, t. 20, p. 120.

heredado de sus padres. Y a nosotros nos toca agradecerles el hijo que dieron al mundo: el hijo que nos dieron.

El ambiente conspirativo e insurgente que alentaba en Cuba propició que él, desde su infancia, se formara como el luchador que sería. Y a evadir la vigilancia de sus padres cabe suponer que le ayudó el tiempo que en esa etapa de su vida no estuvo con ellos, sino en casa de su maestro Rafael María de Mendive. Esa circunstancia no solamente favorecería la vocación del alumno ávido de conocimientos, sino también la indoblegable y creciente voluntad revolucionaria del joven patriota.

Ya fuera por apremios económicos o por requerimientos del padre, la familia rodó por varias viviendas en distintos sitios de la ciudad, e incluso en Guanabacoa y Marianao. Y el tiempo —meses que fueran— que el hijo permaneció en casa del maestro, también habrá propiciado que su padre acabara topándose con una realidad que le inquietaría: el muchacho se le estaba yendo de las manos. En ello, no menos acaso que en la necesidad de que el hijo diera su aporte económico a la familia, puede haber estribado una de las razones por las cuales, en momentos en que la actividad patriótica del propio Mendive dejó a Martí sin su protección, el severo padre intentara convertir al adolescente en empleado de una casa comercial.

Todas esas razones —y un sentido de la educación frecuente entonces y que no excluía el castigo físico—, lo llevarían a reprender a su hijo hasta provocar que en una conocida carta le confesara a su maestro que a él le debía el no haberse quitado la vida. Pero ese dato —por significativo que sea— no se debe apreciar al margen de la sensibilidad dolida de alguien que, niño casi, sufría el no hallar camino propicio para su vocación revolucionaria y estética, a diferencia de José María Heredia, cuyo entorno familiar favorable para las inclinaciones del poeta recordaría Martí, como por contraste, años más tarde.

Tampoco se debe juzgar aquel incidente al margen de otros modos de relación entre Martí y su padre. Este en 1862 llevó consigo al hijo, de nueve años, a la zona de Hanábana, en la actual provincia de Matanzas, y meses después a la actual Belice, cuando fue a desempeñar diversas labores a esos sitios. Lo llevó para que lo acompañara, y presumiblemente para ir contribuyendo a su formación de trabajador, lo que Martí sería de modo ejemplar a lo largo de toda su vida.

Sobre la escala en Belice apenas hay información, pero en la que se conserva —del propio Martí— acerca de su experiencia en Hanábana no se percibe ningún reproche por el trato que le daba su padre. Junto a la satisfacción que el niño experimentó en contacto con el campo cubano, destaca su conocimiento directo de la esclavitud rural, frente a la que se hizo su primer juramento revolucionario, plasmado luego en *Versos sencillos*: “Lavar con su vida el crimen.” El recuerdo de ese hecho será una de las “primerísimas impresiones” de su vida que Martí registre en el mismo apunte donde se aprecia que pensaba dedicarle un discurso a su padre.

Mariano Martí, sucesivamente sargento artillero y policía español en Cuba, conocería los peligros que corría quien desafiara en la colonia la autoridad de la metrópoli. Y querría librar de semejante riesgo a su hijo, en quien vio, cuando aún era un niño, la inclinación patriótica que lo movió a decirle: “Porque a mí no me sorprendería verte defendiendo mañana las libertades de tu tierra.”³ El testimonio —que hace pensar en las vivencias de hijos de tierras como la valenciana, sometida por la misma corona colonialista que oprimía a Cuba— lo fijó el propio Martí en un apunte ya aludido y que, por diversos indicios, cabe considerar posterior a la muerte de su padre, a quien deseaba retratar en el discurso que ese testimonio estaba llamado a enriquecer. Hasta donde sabemos, no llegó a pronunciarlo, pero la elevada valoración que le mereció el “viejo de la barba blanca” aparece en varios de sus textos.

La vida no tardó en probar que los temores que Mariano Martí podía albergar por la participación de su hijo en labores patrióticas eran fundados; pero finalmente no le impidió seguir estudiando. Lejos de eso, le prestó su apoyo moral y material cuando apreció con qué entereza el joven revolucionario encaraba los peligros y resistía entre 1869 y 1870 los rigores de la cárcel y del trabajo forzado. En una página de *El presidio político en Cuba* narró Martí la reacción del padre ante la llaga que el grillete le había ocasionado en un tobillo. El abrazo de Mariano —que lloraba— a la pierna magullada del hijo selló un profundo pacto de identificación y de respeto entre ambos.

La comprensión del padre hacia el hijo se percibe incluso en el creciente empobrecimiento de la familia. El primero había mantenido una honradez que le acarreó problemas con sus superiores jerárquicos, prestos a ceder a presiones de los poderosos. Más de una vez fue cesanteado, y a partir de aquel episodio las penurias del hogar Martí-Pérez se perciben asociadas a una decisión consciente: el abandono de posibilidades de beneficio económico venidas de compromisos con el régimen que le había impuesto al primogénito de la familia condena y crueldades que dejaron en él marcas físicas indelebles, pero también fortalecieron su vocación justiciera y fraguaron su inquebrantable carácter.

Apoiado en súplicas de la madre ante autoridades coloniales en La Habana, el padre logró para el hijo la salida salvadora que representó su traslado, hacia finales de 1870, a la entonces Isla de Pinos, y su posterior destierro, en los inicios de 1871, a España. También fue el padre quien en 1875 lo recibió en México —adonde la familia emigró para reunirse con el deportado cuando este lograra abandonar España— en compañía de Manuel Mercado, con quien habían contraído vínculos de trabajo y afecto los Martí-Pérez, y que pronto se convirtió en gran amigo y confidente del revolucionario. Cuando este llegó a México, ya Mercado, relevante figura política en el país, había auxiliado a la familia cubana facilitándole trabajo y ayudando a que una de las hermanas de Martí, Ana, fallecida en la capital mexicana-

³ *Ibidem*, t. 22, p. 250.

na sin haber cumplido diecinueve años, tuviera la sepultura que los padres no habrían podido darle por la pobreza en que vivían.

Cuando en 1883 –gracias a lo ganado con una de las varias traducciones que hizo para sobrevivir–, Martí logró que su padre viajara a Nueva York y lo acompañara allí durante un año, el viejo compartió sin quejas la pobreza en que el hijo vivía. Fue otra prueba de una profunda identificación, en la que seguramente pensaba Martí cuando proyectó dedicarle un discurso. De esa identificación dio él un testimonio rotundo a raíz de la muerte de Mariano, pero no tuvo que sufrir esa pérdida para hacerle justicia.

En marzo de 1878 le escribió a Mercado, con dolor, sobre incomprensiones con que se le acosaba en su ámbito familiar, y tuvo para el padre, que aún vivía, una expresión de clara gratitud: “Mi pobre padre, el menos penetrante de todos, es el que más justicia ha hecho a mi corazón.” El desterrado era consciente de que en su camino afrontaría vicisitudes: “La verdad es que yo he cometido un gran delito: no nacer con alma de tendero.” Las incomprensiones que lo angustiaban procedían también de su madre: “Mi madre tiene grandezas, y se las estimo, y la amo.–U[usted] lo sabe–hondamente, pero no me perdona mi salvaje independencia, mi brusca inflexibilidad, ni mis opiniones sobre Cuba.–Lo que tengo de mejor es lo que es juzgado por más malo.” No, no se hacía perdonar, ni el dolor lo animaba a salirse del rumbo que se había trazado: “Me aflige, pero no tuerce mi camino.”⁴

Si alguna tristeza se asociaba a su padre en los recuerdos con que andaba por el mundo, la muerte del viejo dio lugar a una valoración de la que no brotan sino la gratitud y el amor del hijo. A su amigo Fermín Valdés Domínguez le escribió en febrero de 1887:

Mi padre acaba de morir, y gran parte de mí con él. Tú no sabes cómo llegué a quererlo luego que conocí, bajo su humilde exterior, toda la entereza y hermosura de su alma. Mis penas, que parecían no poder ser ya mayores, lo están siendo, puesto que nunca podré, como quería, amarlo y ostentarlo de manera que todos lo viesen, y le premiara, en los últimos años de su vida, aquella enérgica y soberbia virtud que yo mismo no supe estimar hasta que la mía fue puesta a prueba.⁵

Pero ni siquiera esa declaración consiguió impedir que algunos –destinatarios incluso de juicios como el citado– se cebaran en el mal enjuiciamiento de Mariano Martí. Como tampoco se ha librado de valoraciones harto duras la memoria de Leonor Pérez. Es cierto –y se ha visto en palabras del hijo– que de una manera o de otra ella le recriminaba su entrega a la lucha patriótica. Pero acaso al hacerlo ratificaba, sobre todo, su pasión de madre.

En general, las comparaciones son infelices, y comparar a Leonor Pérez con la Mariana Grajales que encaraba como encaraba el sacrificio de sus hijos y hasta los impulsaba a que lo asumieran, no parece lo más razonable, aunque ex-

plícita o implícitamente se haya hecho. Mariana Grajales, de quien el pueblo cubano se siente orgulloso con razón, encarnó el mayor grado de intensidad a que tal vez pueda llegar una madre en actitud semejante. No fue la norma, sino más bien un caso excepcional.

Por su condición de canaria, la madre de Martí compartía con su esposo la circunstancia de pertenecer también a tierras sometidas por “legítimo derecho de conquista” a la Corona española. Aunque en aquellas islas el independentismo no alcanzó la beligerancia que acabó dándole la liberación nacional a Cuba, no desconocería ella tampoco los peligros que afrontaban quienes desafiaban el poder colonial. En *Versos sencillos* Martí la recordaría como la “matrona fuerte” que, para buscarlo y protegerlo, atravesó La Habana de noche bajo las balas de los agentes del colonialismo durante los conocidos sucesos del Teatro Villanueva, con el que estaba relacionado Mendive.

La madre dio asimismo señales de una profunda agudeza al prever el fracaso matrimonial del hijo ausente, e incluso en la lectura de su obra. El juicio que emitió acerca de *Ismaelillo* –poemario que ella no podía valorar con la preparación ilustrada que no tenía, y que ella vio como escrito en prosa, porque estaba “escrito en la realidad”– no resiste el cartabón de la crítica literaria, pero ofrece en cambio caminos interpretativos que desbordan esos lindes.

En cuanto a los reproches que le hacía a Martí por no estar a su lado, tengamos la generosidad necesaria para comprender a la madre que no se resignaba a que su hijo viviera lejos de ella y con tantas privaciones y tantos peligros. Pero también con su vida rendía él homenaje a los padres. A la madre le escribió el 15 de mayo de 1894:

Ud. no está aún buena de sus ojos, y yo no me curo de este silencio mío, que es el pudor de mis afectos grandes y mi modo de queja contra la fortuna que me los roba y como venganza de esta fatal necesidad de hablar y escribir tanto en las cosas públicas, contra esta pasión mía del recogimiento, cada vez más terca y ansiosa. –Y añadió–: Pero mientras haya obra que hacer, un hombre entero no tiene derecho a reposar. Preste cada hombre, sin que nadie lo regañe, el servicio que lleve en sí.⁶

La madre seguiría sufriendo por la dura vida del hijo; pero ni ella ni el padre –de haber estado vivo aún– debían ignorar que también a ellos era fiel el revolucionario que de ellos había nacido. Tras las palabras citadas de aquella carta, se lee: “¿Y de quién aprendí yo mi entereza y mi rebeldía, o de quien pude heredarlas, sino de mi padre y de mi madre?”⁷ Rememorando en *Versos sencillos* un honor que se le había hecho, escribió: “Pensé en mi padre, el soldado:/ Pensé en mi padre, el obrero.”⁸

La angustiada madre no tenía por qué comprender –acaso le resultaba imposible– la brújula que el hijo obedecía en su existencia, una brújula hecha al servicio de grandes ideales, y basada en la decisión de “dar respeto y sentido humano

⁴ *Ibidem*, t. 20, p. 45.

⁵ *Ibidem*, p. 321.

⁶ *Ibidem*, p. 458.

⁷ *Ídem*.

⁸ *Ibidem*, t. 16, p. 119.

y amable, al sacrificio".⁹ Así le escribió él a Federico Henríquez y Carvajal el 25 de marzo de 1895, fecha también de su gran carta de despedida a la madre, que Miguel de Unamuno consideró acaso la más grande oración escrita en lengua española, empleando *oración* en todas sus acepciones.

Quien haya tenido la tarea de leerla para el público, habrá comprobado lo difícil que es vencer el nudo que esa carta le impone a la garganta. Testamento de amor filial —como testamento político, ideológico y ético es su carta póstuma a Manuel Mercado—, lo que en el texto queda en pie, junto a la decisión del revolucionario de no abandonar por ningún motivo su camino de luchador, es la síntesis de su gratitud por las virtudes heredadas de sus progenitores. Quien se sabía "en vísperas de un largo viaje" —el recorrido que hizo de la emigración a la Cuba en guerra preparada por él y en la cual moriría prematuramente—, le destinó a la madre un adiós que es el cierre natural de estos apuntes:

⁹ *Ibidem*, t. 4, p. 111.

Montecristi, 25 marzo, 1895

Madre mía:

Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Vd. Yo sin cesar pienso en Vd. Vd. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de Vd. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi crecientemente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrace a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de Vd. con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

Su

J. Martí

Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Vd. pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.¹⁰ ■

¹⁰ *Ibidem*, t. 20, p. 475.



EUSEBIO LEAL SPENGLER

Su obra ha calado hondo en las masas humildes y laboriosas; ellas son su máxima esperanza, su certeza en la emigración y en la Patria. Tras las huellas de Martí, marcharían en la certidumbre del triunfo, otras generaciones.

1982

Él logró unir a Gómez y a Maceo, él logró restablecer la fe en el futuro predecible, él logró reanimar el sueño de la utopía [...] Todo lo que fue salvable, digno e importante de la historia de Cuba, lo mostró en sus páginas, lo dio en sus versos, lo escribió en sus discursos políticos y en sus trabajos admirables, lo dio como lectura a los niños de América en las máximas, sentencias y pensamientos, unidos en su Edad de Oro.

1995

El pensamiento martiano estaba en la base, está en la base, es el sustento de la profecía y del triunfo de la Revolución cubana.

El logró hacer de una multitud de periódicos, un periódico; de facciones y banderos, un partido; de incontables voces, una, convirtiéndose en el líder indiscutible de la Nación cubana. Con todo lo que ello tenía de significado con sus vivos y con sus muertos.

Tiene Cuba un solo Apóstol: aquí no hay doce, ni cuatro, ni seis; hay uno [...] Si hubo regreso en el 95 fue por él, porque él logró pasar por encima de las diferencias, de las pequñeces, y aun entre las irreconciliables barreras que se habrían levantado entre los más grandes y entrañables compañeros luego de la dispersión sin alcanzar la victoria.

2002

JOSÉ LEZAMA LIMA

Los aportes de Martí al verso de su época, fueron de una decisiva importancia [...] Sin duda, es el más grande creador que hemos tenido, es también el poeta de obra más honda y bella, más eterno.

1965

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí [...] Deseo que llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya.

1887

Aproximación al pensamiento iusfilosófico de José Martí

JULIO FERNÁNDEZ BULTÉ



Cualquier reflexión sobre el pensamiento iusfilosófico¹ de José Martí solo puede ser, en las actuales condiciones en que se encuentran las investigaciones al respecto, apenas una aproximación sutil y llena de imprecisiones a un ángulo de la vida y obra del Apóstol.

Las imprecisiones se derivan de la naturaleza del tema y aumentan si tomamos en cuenta que en el Maestro sus ideas iusfilosóficas atraviesan varias etapas durante las cuales surgen y maduran nuevas concepciones o encuentran matices otras anteriores y que en algún momento parece que nos encontramos ante verdaderos saltos y rupturas en sus líneas de pensamiento. Debe quedar fuera de duda que Martí, como todo liberal progresista de su siglo, inconforme con los medios dominantes, era un iusnaturalista.

El iusnaturalismo, según el buen decir de Gustavo Radbruch, había sido la corriente iusfilosófica que dominara desde la antigüedad hasta justamente mediados del siglo XIX. Gustavo Radbruch había dicho exactamente:

Toda la filosofía del derecho desde su comienzo hasta principios del siglo XIX ha sido derecho natural [...] El derecho natural de la antigüedad giraba en torno a la oposición entre naturaleza y norma, el medieval se preocupaba de la existente entre el derecho divino y [el] humano, y el derecho natural moderno, de la oposición entre la coacción jurídica y la razón individual.²

José Martí no escapó a esos límites históricos: fue iusnaturalista en la dimensión en que el derecho natural se entendía y se desarrollaba en el siglo XIX, es decir, dentro del racionalismo filosófico, de fundamentación cartesiana, y en los más altos contextos humanistas del espíritu de la Revolución francesa.

Sin embargo, la afirmación anterior no se puede absolutizar y menos asumir fuera de los contextos políticos y locales en que se mueve el pensamiento martiano, es decir, fuera de las influencias filosóficas y iusfilosóficas que vienen de Europa en los momentos de su formación y madurez intelectual y, sobre todo, sin tomar en cuenta esas influencias especialmente procedentes de España, sin olvido, por supuesto, de la herencia filosófica que recibe del caudal de pensamiento criollo, que ya se ha ido formando en el momento de su desarrollo intelectual.

Como correctamente apuntara el maestro Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro, la clase privilegiada criolla

era europeizante, en especial, aunque no únicamente, en materia filosófica.³ Y si bien José Martí nada tenía que ver, ni política ni espiritualmente, con la clase privilegiada criolla de sus tiempos, recibía los mismos influjos intelectuales, en su caso, especialmente fuertes, si no perdemos de vista que había estudiado Derecho en España.

¿Y cuál era el clima filosófico en esos momentos en Europa? Brehier afirma que entre 1800 y 1850 se produce

[...] un extraordinario florecimiento de doctrinas amplias y constructivas, que pretenden revelar el secreto de la naturaleza y de la historia y hacer conocer al hombre la ley de su vida individual y social; las doctrinas católicas que De Bonald construye como reacción contra el siglo XVIII, la psicología de Maine de Birán que acaba en visiones religiosas, las grandes metafísicas alemanas poskantianas, aquellas de Fichte, Schelling y Hegel, de las cuales el espiritualismo de Cousin es una imitación, las doctrinas sociales de los sansimonianos, de Comte y de Fourier, todas tienen de común aquel carácter de anuncios proféticos y de revelación.⁴

El mismo Brehier apunta que entre 1850 y 1890 se

[...] produce, por el contrario, una renovación del espíritu crítico y de análisis que se manifiesta por la reposición en honor del pensamiento de Kant o de Condillac; la filosofía pura expulsa a la Filosofía de la Historia; la crítica sustituye a la metafísica; la Física y la Química desahucian a la Filosofía de la Naturaleza; la política práctica, económica y social, reemplaza al profetismo: es la época de Renan y de Marx Müller, de Taine, de Renouvier, de Cournet y de los neokantianos, del socialismo marxista; y las doctrinas favoritas de la época son el darwinismo y el evolucionismo de Spencer, cuyo carácter mecanicista recuerda las ideas del siglo XVIII.⁵

Por supuesto, en Cuba la información intelectual era siempre retrasada, con cierta obsolescencia respecto a Europa, de donde llegaban aquí ideas que parecían de última hora. A eso se agrega que a su vez España era retrasada en todos los sentidos respecto al resto del viejo continente, especialmente en la producción intelectual, científica y filosófica. Algunos ya habían dicho que Europa terminaba en los Pirineos, y Bacon afirmaba con frase jocosa citada Marx que "¡Ojalá la muerte me llegue de España, porque entonces llegará muy tarde!"

Lo que queda claro es que Martí es un hombre de esos momentos descritos por Brehier en que se impone la ciencia

¹ En este trabajo se emplea el prefijo latino *ius* (derecho), en oposición a *sacer* (derecho divino). De ahí los términos iusfilosofía o filosofía del derecho, iusnaturalismo o derecho natural, etcétera.

² Gustavo Radbruch, "Filosofía del derecho", en *Revista de Derecho Privado*, Madrid, 1943, p. 23.

³ Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro, *La filosofía clásica alemana en Cuba. 1841-1898*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1964, p. 13.

⁴ Emile Brehier, *Histoire de la Philosophie*, citado por A. Sánchez de Bustamante y Montoro, ob. cit., p. 14.

⁵ Ídem.

sobre la simple especulación y se abren paso ideas avanzadas.

Sin que pueda afirmarse que Martí fuera jamás positivista, lo cual es totalmente falso y absurdo, es sin embargo evidente que supo apreciar los fundamentos y la base de cientificismo que se encuentra en el pensamiento positivista del siglo XIX. Merecen recordarse sus afirmaciones en cuanto a que el positivismo no era, en absoluto, una total novedad, así como el reconocimiento que hace sobre el sentido desmitificador de los dogmas escolásticos presentes en ese movimiento filosófico. Al respecto decía:

¡Novedad el positivismo! ¡Pues sí, la ha habido en todas las filosofías, aun las más remotas, como sana reacción contra las imposturas y soberbias sacerdotales! Es un método permanente en la historia del hombre. Lo único que varía y le da algo de novedad cada vez que aparece es el mayor saber acumulado con el tiempo.⁶

Creo entonces que cualquier aproximación al pensamiento iusfilosófico martiano, como ya indicaba, tiene que hacerse a partir de la contextualización de las ideas filosóficas y iusfilosóficas de la Cuba del siglo XIX, y desde ellas examinar las influencias que recibiera en España. Aunque parezca un giro demasiado largo, es indudable que solo puede entenderse la naturaleza y el alcance de la visión de Martí sobre el derecho a partir de los antecedentes y las influencias que recibió del pensamiento jurídico y político cubanos. Ello, unido a sus posiciones éticas y políticas es lo que explica cada momento de su pensar iusfilosófico y los cambios que se operan en este.

Es absolutamente imposible pretender una caracterización absoluta del pensamiento iusfilosófico en el siglo XIX porque esta centuria fue, para nuestra patria, larga, pródiga y variada y, en correspondencia con ello, las ideas políticas y el pensamiento iusfilosófico variaron sustancialmente en distintos períodos del siglo. En razón de tales circunstancias se me debe perdonar un cierto nivel de generalización que obliga a desdibujar algunos particulares y a desestimar matices que serían enriquecedores en una reflexión más pormenorizada y meticulosa.

Otro rasgo que tiene el siglo, en cuanto a la caracterización de las ideas iusfilosóficas es, sin dudas, lo contradictorio de ellas. Siempre el pensamiento político se mueve dentro de dicotomías y opuestos; en igual clima de contradicción suele existir el pensamiento jurídico y las tendencias filosóficas sobre el derecho, pero hay momentos históricos en que las contradicciones del proceso social son a tal punto agudas, que en política, en derecho y en el ámbito del pensar filosófico, casi no hay matices, no existen términos medios, sino que se enfrentan posiciones rotundamente excluyentes y lo suelen hacer de manera terminante. Esto es lo que ocurre en una gran parte del siglo XIX y sobre todo en su segunda mitad.

⁶ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 2, p. 416.

A partir de estas aclaraciones y limitaciones intentaré abordar el sentido y los rumbos del pensamiento iusfilosófico en el siglo XIX en Cuba. En la primera mitad del siglo el pensamiento iusfilosófico se limita, en líneas casi absolutas, a lo que se genera y se sostiene desde los círculos oficiales de las autoridades coloniales. Ese pensamiento puede ser reducido a la aceptación casi prosternada de las ideas escolásticas, pero no solo en el despliegue que esa escolástica tuvo en el pensamiento de Tomás de Aquino —especialmente influyente en el derecho privado—, sino además, con la aceptación absoluta de los criterios de Jean Bodin en la iuspublicística.

Quisiera subrayar el signo absolutamente retardatario de la escolástica sostenida por los círculos coloniales españoles en nuestro archipiélago. No era aquella la escolástica casi transicional de Francisco Suárez (1548-1617) que aun siendo religioso sostenía, como puede apreciarse de modo esencial en su obra cumbre *Tratado de las leyes y de Dios legislador*, una cierta tendencia de racionalidad en el iusnaturalismo de sentido teológico que recorre todo su pensamiento.⁷ El discurso del doctor angélico era demasiado sutil y hasta incluso podía ser demasiado irreverente para los ultraconservadores que se dedicaban al derecho en nuestra tierra y solo se invocaba en su sentido más general, como ya he dicho, en el ámbito exclusivo del iusprivativismo. En materia de derecho público se prefería al ya aludido Bodin o incluso, para las mentes más cultivadas de aquel provinciano mundo colonial, a Jacques Benigno Bossuet.⁸

El maestro Medardo Vitier en su obra de obligada consulta *Las ideas y la filosofía en Cuba*,⁹ significa que las minorías guiadoras han buscado nuestra jerarquía en el mundo, de cuatro maneras: mediante una intención revolucionaria, ya continua, ya intermitente; con una evidente preocupación educacional por formar una comunidad coherente, consciente; una reiterada petición de reformas políticas y una evidente preocupación sociológica. Sin duda estas tendencias, con las cuales coincido, están también presentes en la formación y la revelación del pensamiento iusfilosófico, pero en cuanto a este agrega que desde finales del siglo anterior, particularmente desde el estallido de la Revolución haitiana, está recorrido, consciente o inconscientemente, por el tema de la esclavitud, y su concomitante problema racial, y por la cuestión de la independencia nacional.

Y en lo que se refiere a la primera mitad del siglo, aún no afloran plenamente ni fuertes tendencias iusfilosóficas

⁷ Francisco Suárez, en la obra mencionada defiende la existencia de tres tipos de leyes: la divina, la natural y la positiva. La primera no tiene principio porque es propia del mismo Dios; la segunda es resultado de la naturaleza racional del hombre y la tercera constituye el derecho positivo de cualquier ciudad. Véase que según Suárez, la ley natural —como lo había sostenido Santo Tomás— es la ley de Dios pero pasando a través de la racionalidad del hombre, con lo cual abría una puerta al ulterior racionalismo afinado en el pensamiento iusfilosófico del siglo XVII europeo.

⁸ Jacques Benigno Bossuet, preceptor del hijo de Luis XIV, proclamaba que "el trono real no es el trono de un hombre, sino de Dios".

⁹ Cf. Medardo Vitier, *Las ideas y la filosofía en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.

que ofrezcan resistencia al escolasticismo oficialista, ni una intención visible o incluso solapada por presentarse alguna escuela, tendencia o incluso ligero movimiento iusfilosófico como fuerza orgánicamente contendiente con el escolasticismo. Esto no ocurrirá, al menos de un modo convincente, hasta la presencia singular de Félix Varela. Por supuesto que no olvido anticipos importantes, y podría decir que incluso imprescindibles, para la maduración del pensamiento posterior, como es el caso del padre José Agustín Caballero.

Con absoluta intención no menciono a Francisco Arango y Parreño porque, con independencia de su participación en las Cortes de Cádiz con un proyecto de constitución que ni siquiera puede ser calificada de autonómica en el sentido exacto del término, en todo el discurso de ese "Memorando", y en el contexto de su obra total no es posible hablar de la presencia de una corriente iusfilosófica más o menos coherente.

En el padre Agustín sí es visible una posición iusfilosófica que deriva no solo del conocimiento y actualización que tiene sobre el pensamiento filosófico avanzado, sino de su convicción de que, como dijera atinadamente Monseñor Carlos Manuel de Céspedes, en él se percibe, entre otras notas caracterizadoras de su cultura y actitud ante la vida, "la comprensión del estudio de la filosofía no solo como un medio para adquirir conocimiento, sino también como un camino para incrementar la práctica de la virtud."¹⁰ Como lo recuerda el mismo Carlos Manuel, estaba familiarizado, además, con el pensamiento de los grandes europeos como Bacon, Descartes, Galileo, Condillac, Locke, Montesquieu, Voltaire, Rousseau o Cousin, los avanzados americanos como José de Baquijano y Carrillo, Pablo de Olavide y, en especial, con el de los mexicanos José Antonio Alzate y Francisco Javier Alegre.¹¹

La primera corriente iusfilosófica orgánica y consciente, que aparece no solo como opositora del escolasticismo oficialista, sino como portadora de los primeros elementos de una voz de nacionalidad novedosa es la representada por la obra y el pensamiento de Félix Varela.

No es posible, en el breve espacio de estas reflexiones, abordar en su total alcance lo que declaro con plena convicción, solo quiero recordar la siembra fecunda del padre Varela desde su cátedra de Derecho Constitucional del Real y Conciliar Colegio Seminario San Carlos y San Ambrosio. Estaba muy lejos de ser una enseñanza tradicional, limitada por el positivismo jurídico, o reducida a los alcances de la exégesis tradicional. Esto hubiera sido ya de por sí enorme, si tenemos en cuenta que se trataba de enseñar nada más y nada menos que la Constitución de Cádiz, pero el discurso inicial de sus clases deja ver con meridiana claridad qué lejos quería ir Varela y qué hondo calado tenía en

sus propósitos su perspectiva iusfilosófica. Dijo en esas palabras inaugurales:

[...] y yo llamaría a esta cátedra, la cátedra de la libertad, de los derechos del hombre, de las garantías nacionales, de la regeneración de la ilustre España, la fuente de las virtudes cívicas, la base del gran edificio de nuestra felicidad, *la que por primera vez ha conciliado entre nosotros las leyes con la Filosofía, que es decir, las ha hecho leyes.*"¹²

Es preciso asumir lo que está predicando el padre Varela: nada más y nada menos que declarar que las leyes son tales, únicamente en cuanto se han conciliado con la filosofía. En esta proclamación hay la implícita adhesión al iusnaturalismo imperante en aquellos momentos y, paralelamente, un rechazo prematuro, anticipado, como una advertencia, al positivismo que todavía no se ha abierto camino, ni siquiera en Europa, pero que pocos años más tarde se enseña del pensamiento iusfilosófico y lo degrada sustancialmente.

Por supuesto, se debe tomar en cuenta que el texto a partir del cual Varela profesa el derecho constitucional es la Constitución de Cádiz. Esa constitución fue la asunción, en las singulares condiciones de la España hollada por Napoleón, del ideario iluminista, racionalista, iusnaturalista, individualista y demoliberal de la Revolución francesa. Carlos Marx fue verdaderamente severo en el enjuiciamiento de la Constitución de Cádiz, al punto de llegar a decir que aquel cuerpo legal reproducía los fueros antiguos leídos a la luz de la Revolución francesa y adaptados a las exigencias de la sociedad moderna. Pero lo que nos interesa, desde el punto de vista de la resonancia de las ideas iusfilosóficas y, sobre todo de las iuspublicísticas que se encuentran latentes en aquel cuerpo constitucional, es que efectivamente, aun siendo resultado de transacciones y concesiones, introducía el Iluminismo de la Revolución francesa en el cuerpo orgánico del derecho español; estipuló las libertades de la sociedad burguesa y aunque no suprimió la monarquía, la limitó dentro del marco del pensamiento demoliberal. Iusfilosóficamente era, sin dudas, una constitución de franca adscripción al racionalismo, el iusnaturalismo y las doctrinas iuspublicísticas de Montesquieu.

De tal modo, el pensamiento filosófico que en el plano de la reflexión sobre el derecho se enfrenta al oficialismo dogmático y escolástico al final de la primera mitad del siglo XIX es, sin lugar a dudas, el representado por el iusnaturalismo racionalista con fuerte impronta de las ideas iuspublicísticas de Montesquieu y con gran influencia de las posiciones transicionales que dominaron el iusnaturalismo del siglo XVII.¹³

¹² *Ibidem*, p. 114. (Las cursivas son mías.)

¹³ Cuando hago esta afirmación me estoy refiriendo a la tesis que he sostenido en cuanto a que el iusnaturalismo del siglo XVII, sostenido especialmente por Groccio, Hobbes, Spinoza, Pufendorf, Leibniz Christian Wolf y John Locke, difiere esencialmente del iusnaturalismo del siglo XVIII levantado por los enciclopedistas, especialmente concretado en el pensamiento de Montesquieu y Rousseau.

¹⁰ Carlos Manuel de Céspedes y García Menocal, *Pasión por Cuba y por la Iglesia. Aproximación biográfica al padre Félix Varela*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1998, p. 55.

¹¹ *Ibidem*, p. 54.

El escolasticismo, aun en sus más puras manifestaciones en el medioevo, y el movimiento racionalista que recorre el ideario enciclopedista de la Revolución francesa son absolutamente iusnaturalistas, tal como afirma Gustavo Radbruch.

El toque diferencial más importante entre el iusnaturalismo del XVII y el del XVIII está dado por el radicalismo mayor de los segundos en lo que atañe al sistema feudal y su expresión política. Por eso no es arriesgado decir que las diferencias más notables se encuentran en el enfoque filosófico que atañe al derecho público y, dentro de él, sobre todo a la naturaleza del Estado, el poder, y el individuo frente a ellos. A partir de esto será más fácil comprender que los escolásticos eran tan iusnaturalistas como los racionalistas del Iluminismo, pero sus respectivas apoyaturas del derecho natural diferían. Ambos concebían la existencia de un orden jurídico superior, inmutable o más o menos inmutable, organizador ideal de la vida, arquetipo deontológico e incluso propósito teleológico de la sociedad. La diferencia está en que los escolásticos veían ese derecho natural encerrado o contenido en la voluntad divina o la ley revelada, en tanto que los racionalistas poscartesianos sostenían que ese orden natural era el resultado de la razón augusta del hombre que se enfrentaba así al poder o la coacción contenida en el derecho positivo.

Por supuesto, la oposición cobraba plena fuerza cuando se trataba, como he dejado dicho, de analizar los problemas referidos a la iuspublicística. De hecho, ahí se hacían antagónicas las posiciones iusfilosóficas del escolasticismo autoritario y monárquico y el liberalismo burgués. Pero todavía se mantenía o se elevaba una nueva contradicción entre el modelo iuspublicístico de base anglosajona y raigambre conservadora, que cobra forma en el pensamiento de Montesquieu, y el modelo latino, romano, genuinamente democrático, que se explicita en la obra de Rousseau.

Esa primera contradicción solo cobra vida, a mi modo de ver, como anticipo y prenuncio, en el pensamiento de José Agustín Caballero y se explana después en el de su discípulo Félix Varela. En todo el iusnaturalismo libertario del siglo XIX cubano, incluido el que se desarrolla cuando ya empieza la gesta emancipadora, el que cobra expresión dentro del pensamiento político separatista y revolucionario es el pensamiento de Montesquieu; nunca se abre camino el modelo iuspublicístico radical de Rousseau.

Hay una extraordinaria riqueza de matices y de profundidad y actualidad en el discurso filosófico general de hombres como José Agustín Caballero y Félix Varela, y también en el de José de la Luz y Caballero, pero en lo que al pensamiento iusfilosófico se refiere, todos pueden ser adscritos, sin lugar a dudas, dentro del iusnaturalismo racionalista, aunque bien valdría la pena profundizar en los matices del pensamiento de cada uno de esos hombres. Poco encontraríamos, me atrevo a decir, al respecto, en el de José A. Saco, tan pragmático y enjundioso como prolífico en otros segmentos de la producción intelectual.¹⁴

En nuestra historia intelectual, la conocidísima polémica de José de la Luz con Víctor Cousin, quien fuera especialmente resonante en Cuba hacia 1839, confirma la tesis que estoy sosteniendo acerca de la adscripción general de la intelectualidad criolla al iusnaturalismo racionalista como doctrina libertaria y que todas las posiciones filosóficas al respecto, particularmente desde que se inicia la segunda mitad del siglo, están recorridas por un imperativo político que condiciona y determina las adscripciones intelectuales. No abundaré sobre los méritos y limitaciones del francés; magnífico expositor, elocuente y erudito hasta la subyugación, según afirman muchos que lo vieron y oyeron; débil en la médula filosófica, más profesor de Historia de la filosofía que del pensamiento filosófico en sí mismo, según sus opositores. Lo que pondré de relieve y recordaré es que la refutación de José de la Luz, contenida en sus artículos en *El Diario de La Habana*, que forma el cuerpo conocido como "La impugnación", constituye una arremetida contra Cousin, no tanto y nada en realidad por consideraciones puramente especulativas o metafísicas, sino por las consecuencias políticas de la conclusión de sabor hegeliano que está presente en Cousin y que suele conocerse como el "optimismo histórico". Al respecto opina el maestro Medardo Vitier:

En realidad lo que alarmó a D. José de la Luz fue la doctrina del llamado *optimismo histórico*, que aparece en uno de los cursos de Cousin. ¿Qué tesis era esta? Nada menos que una justificación de lo presente, o sea, de la realidad política. La de Cuba era la servidumbre y Luz se adelantó a los posibles efectos de una teoría tan conciliadora, tan flexible.¹⁵

En la segunda mitad del siglo, los matices políticos se acentúan y se despliegan nuevas fuerzas políticas con sus concomitantes variables ideológicas. Hay un renovado anexionismo, cuyo contenido es bien conocido en la historia cubana, y que se separa en buena medida del que se formara en el siglo anterior o incluso en la primera mitad del XIX. Surge el autonomismo como partido y fuerza ideológica, y el independentismo toma carta de ideología y alternativa política determinante en nuestras perspectivas históricas. Sin embargo, en todos los casos estamos ante tendencias y matices dentro del iusnaturalismo racionalista. Esos matices vienen dados por el mayor o menor radicalismo de cada corriente política o, incluso por la actitud que se asuma ante el problema de la esclavitud. Estas determinantes prácticas son las que brindan una filiación iusnaturalista más inclinada hacia el pensamiento radical del siglo XVIII francés o más conservadora, dentro del

sus reflexiones sobre Víctor Cousin, mucho de lo cual puede consultarse en los *Escritos varios*, Biblioteca de Autores Cubanos, Editorial de la Universidad de La Habana, 1956, o la más rica aún obra de Varela especialmente su *Miscelánea filosófica*, de la misma colección, año 1944, o la polémica ardorosa de José de la Luz y Caballero con Cousin. Lo que dejo dicho en el presente trabajo no desmiente ni soslaya esa riqueza filosófica, sino que se ciñe al ámbito del discurso iusfilosófico.

¹⁵ Medardo Vitier, ob. cit., p. 220.

¹⁴ Por supuesto, que cuando hago tal afirmación estoy tomando en cuenta la riquísima obra filosófica de José Agustín Caballero, especialmente

iusnaturalismo que impera en el xvii europeo, especialmente en Inglaterra y Holanda.

No abundaré sobre el análisis que hace Medardo Vitier acerca de la filiación iusnaturalista de Montoro, que deriva sabiamente del prólogo escrito por el inflamado y profundo orador del autonomismo, a un libro de Pablo Desvernine, y en el cual se constata la indudable adscripción de Montoro y todo el autonomismo que encabeza, al iusnaturalismo racionalista ponderado, conservador y cauteloso. Sin embargo, insisto en que son esos condicionantes aludidos, sobre todo, la posición que se adopta ante la independencia del país, son los que no solo brindan los matices y el tono de cada posición iusnaturalista, sino también su radicalidad y que adquieren su más elevada expresión en el pensamiento, también iusnaturalista, de José Martí.

La agudeza del pensamiento iusfilosófico martiano y su radicalidad se ponen de relieve cuando hace reflexiones en el campo del derecho público, que en él siempre se tocan muy de cerca con sus consideraciones políticas. Ese iusnaturalismo se advierte menos cuando habla o analiza instituciones o cuerpos legales de derecho privado, porque en esos momentos su pensamiento discurre más por cauces en los que se imponen consideraciones prácticas, lo cual no quiere decir pragmáticas.

No es posible, en el espacio de este trabajo, examinar todos los matices del iusnaturalismo martiano, pero sí subrayar que estos rebasan los límites en los cuales quiso verlos un día Félix Lizaso con su famoso ensayo *Posibilidades filosóficas en Martí*. Creo que ese pensamiento no puede ser comprendido únicamente en el rastreo de sus fuentes nutricias, por muy reveladoras que ellas puedan ser. La esencia de su radical iusnaturalismo, que lo hace cobrar una autoctonía americana, separada incluso de los moldes conceptuales europeos, está precisamente en la hondura de su ética, en el aparato conceptual en que basa su axiología y en la profundidad de su pensamiento anticolonial, libertario en el sentido más amplio y, por ello, antimperialista anticipado.

La profundidad y el sentido avanzado —y diría que revolucionario— del iusnaturalismo racionalista martiano solo pueden entenderse si separamos el momento de su formación jurídica profesional en España y las influencias que en ese período ejercen sobre él las ideas de Krause, así como la ruptura posterior del Apóstol con las posiciones europeas y su viraje hacia lo puramente autóctono y americano.

Martí toma contacto con el pensamiento de Krause en España. Como es sabido, el Apóstol llega a la península a principios de 1871, cursó estudios de Derecho y de Filosofía en Barcelona y Madrid, y salió de España en 1874, de modo que estuvo cerca de los krausistas españoles y sometido a sus influencias directas, salvo de la de Julián Sanz del Río, quien había muerto en 1869.

Krause fue un filósofo panenteísta, como él mismo se calificaba. Su doctrina intenta, con un gran ingrediente romántico, mediar entre el panteísmo y el teísmo. En tanto panteísmo, defiende que Dios incluye en sí el mundo; pero paralelamente, según el elemento teísta, defiende la

irreductibilidad de Dios al mundo, de manera que sigue sosteniendo una cierta trascendencia de la divinidad respecto del mundo. Distingue también dos planos y procesos del pensamiento: por una parte, el pensamiento parte del yo y asciende hasta llegar a la intuición o al descubrimiento de lo absoluto o Dios; por otra, desde la adquisición de dicha revelación intelectual, el pensamiento regresa a la comprensión material de la realidad concreta, que ya sabe entonces de su procedencia de la esencia divina. De esta manera se hace patente, afirma, la unidad orgánica del todo. Esta unidad orgánica es el centro de su filosofía, tal como la expuso en *Lecciones sobre el sistema de la filosofía* (1828), y en *Lecciones sobre las verdades fundamentales de la ciencia* (1829). De aquella unidad orgánica central se desprenden una serie de filosofías derivadas o regionales, expuestas por Krause en obras menores, como: *Lecciones de estética* (1882), *Sistema de estética* (1882), *Intuiciones y doctrinas para un mayor desarrollo de la vida humana* (1912). Todas estas obras se publicaron póstumamente.

El pensamiento de Krause no tuvo resonancia en Alemania, pero en cambio obtuvo una importante influencia en España, donde fue desarrollado por Julián Sanz del Río (1814-1869), y dio lugar al que ya he llamado krausismo español, que culminó con la fundación, en 1876, de la Institución Libre de Enseñanza auspiciada por Francisco Giner de Los Ríos (1839-1915), discípulo de Krause.

La influencia krausista en Martí ha sido objeto de muchas polémicas. Sin embargo, poco a poco se ha ido creando consenso en cuanto a que en un primer momento de su formación cultural en España no dejó de sentir la arrebatadora influencia del filósofo alemán, sobre todo por el apasionado idealismo que satisfacía las grandes inquietudes espirituales del joven estudiante cubano.

El entusiasmo por el krausismo se deja sentir en varias referencias del Apóstol. En sus "Crónicas de España", publicadas en la *Revista Universal*, de México, el 13 de marzo de 1875 decía Martí que:

Sin discusión alguna, en Madrid se vive estrecha vida científica, abundante y buena vida literaria. Son en esto, sin duda, parte principal, las condiciones imaginativas y el cielo todavía azul de los españoles, no muy asimilables ciertamente a las graves especulaciones alemanas en que, a despecho de su originalidad, mas con trabajo y ampliación notables, ocupó su inteligencia Sanz del Río, y la ocupan hoy Patricio de Azcárate, Macías, Francisco Giner y el lógico, el honrado, el vigoroso Salmerón.

Ellos alemanizan el espíritu; ellos explican a un pueblo de imaginación generalizadora abstractas durezas de inteligencia positiva: ellos krausifican el derecho; pero ellos son espíritus severos, limpios, claros, e hijos en verdad legítimos de la grave madre ciencia.¹⁶

Bustamante y Montoro pone sobre la mesa el programa que elaboró Martí para su curso de Historia de la filosofía

¹⁶ Citado por A. Sánchez de Bustamante y Montoro, ob. cit., p. 127.

que impartiría en Guatemala, en la Escuela Normal y que tiene las siguientes observaciones:

Kant –idealista platoniano. –Se dedicó a estudiar la elaboración del conocimiento.

En él comienzan dos filosofías: la subjetiva, Fichte; la objetiva y pesimista, Schopenhauer:–

Fichte estudia al hombre en sí, como sujeto de cuanto piensa, y se queda en él.

Schelling ve al hombre análogo a lo que le rodea, y confunde el Sujeto y el Objeto.

Hegel, el grande, los pone en relación y Krause, más grande, los estudia en el Sujeto, en el Objeto, y en la manera subjetiva individual a que la Relación lleva al sujeto que examina al objeto examinado. –Yo tuve gran placer cuando hallé en Krause una filosofía intermedia, secreto de los dos extremos, que yo había pensado en llamar Filosofía de la relación.¹⁷

A esas entusiasmadas notas preparatorias de su curso de Historia de la filosofía comenta Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro que: “Todo ello es meditación ontológica más que teoría del conocimiento; sin embargo, son los contenidos éticos y humanistas del krausismo, en su versión española, los que perdurablemente impresionaron a Martí.”¹⁸

Pero cuando se examina con cuidado el pensamiento martiano, incluso en esa primera etapa de su formación filosófica, podemos convenir con Raúl Roa en que la influencia krausista, aunque evidente y llena de juvenil entusiasmo, caló más en la perspectiva filosófica general, ontológica y gnoseológica, que en sus vertientes iusfilosóficas.¹⁹

Aun a riesgo de la larga cita quiero transcribir las magníficas consideraciones que al respecto hiciera Raúl Roa, nuestro Canciller de la Dignidad:

Pero, a poco que se ahonde en el krausismo de Martí, se advertirá, en seguida que proviene más de los krausistas españoles que de Krause. La dirección ética que estos le imprimieron a la enrevesada metafísica del filósofo germano y, particularmente, su énfasis en la virtud, el deber, el bien, el honor, la belleza, el decoro, el amor, la libertad, la justicia, la armonía, como valores claves de una concepción magnificadora de los fines de la vida humana, encontraron en el espíritu de Martí, [...] afinidades y resonancias entrañables.²⁰

El que fuera notable publicista y nunca olvidado profesor universitario Eloy G. Merino Brito decía que cuando Martí arribó a Madrid, en 1871, en aquella capital era lectura común y casi contagiosa *El ideal de la humanidad para la vida*, cuyas ideas esenciales eran de Krause, pero su de-

senvolvimiento en el pensamiento español eran de Sanz del Río. Señala Merino Brito que no es sorprendente que impresionaran a Martí aquellas ideas cargadas de idealismo, de amor, de armonía universal, que tan bien se avenían con su temperamento. Pero sigue diciendo Merino:

Para nosotros, si en un orden general no pueden negarse los puntos de contacto entre Krause y Martí, sobre todo en su respeto a la dignidad humana, su afán de belleza, su concepto armónico de la vida, y en su teoría de que el bien y el amor son reflejos de Dios, no creemos que, en lo que estrictamente pueda llamarse su pensamiento jurídico, si así puede calificarse lo que expresó sobre la justicia y el derecho, el krausismo dejara muchas huellas.²¹

Por mi parte, pienso que ese ideal español de traducción del krausismo sí influenció su concepción iusfilosófica de modo profundo y perdurable, completando su noción iusnaturalista de la justicia.

Estoy completamente de acuerdo con Roa cuando afirma que:

En la evolución ulterior de sus ideas y concepciones, cada vez más propias y maduras, apenas queda rastro de la filosofía de Krause; pero su actitud moral continuó siendo krausista a la española y viva permaneció su admiración y respeto por Sanz del Río, Giner, Salmerón, Azcárate, *espíritus severos, limpios, claros e hijos en verdad de la grave madre ciencia.*²²

Sin abandonar el aparato ético medular, la esencia orgánica de su vida consagrada al ideal libertario, en Martí se produce un visible proceso de continuidad y ruptura marcado por su tránsito por varios países de nuestra América y, sobre todo, por su establecimiento en Estados Unidos y su entrega sin límites a la preparación del Partido Revolucionario Cubano y la guerra necesaria.

A partir de ese momento, el pensamiento iusfilosófico martiano, sin dejar de ser iusnaturalista y racionalista, hunde sus búsquedas en la autoctonía americana y se despliega sobre todo en el iuspublicismo emancipador; en la búsqueda de una praxis revolucionaria en lo cual se consigan, por natural desempeño de la naturaleza humana, las virtudes y los ideales que están en la esencia del aparato ético martiano.

El paradigma del nuevo pensamiento es su ensayo “Nuestra América”, que ha sido objeto de tantos estudios, en los que falta, quizás la búsqueda de los cimientos iusfilosóficos.

No estoy en condiciones de afirmar que en ese viraje Martí abandona el modelo iuspublicístico montesquiano y se acerca al roussoniano. Sería demasiado arriesgado hacer tal afirmación, pero me resulta claro que abandona casi absolutamente los marcos del pensamiento liberal burgués y asume una praxis de compromiso con la independencia nacional en la que está inmersa, irremisiblemente, la asunción de una perspectiva profundamente popular, america-

¹⁷ *Ibidem*, p. 128.

¹⁸ *Ibidem*, p. 129.

¹⁹ Me estoy refiriendo a las ideas de Raúl Roa en su lamentablemente inconcluso libro “Fernando de los Ríos y su tiempo”.

²⁰ Raúl Roa García, “Fernando de los Ríos y su tiempo”, citado por A. Sánchez de Bustamante y Montoro, *ob. cit.*, p. 130.

²¹ Eloy G. Merino Brito, *Martí y el derecho*, Editorial Montero, La Habana, 1953, p. 93.

²² Raúl Roa García, *ob. cit.*, citado por A. Sánchez de Bustamante y Montoro, *ob. cit.*, p. 130.

na, indígena incluso, que se rebela contra los moldes europeizantes y también contra las tendencias de mimetismo respecto al gran vecino del Norte.

En todo ello no ha dejado de influir, como lo pone de relieve Raúl Roa, la decepción que sufriera respecto a la república española y algunos de sus epígonos. Aquellos, casi todos krausistas, que habían prometido raigales reformas en el estatus colonial, una vez asumido el poder en la república que surge un poco antes del inicio de nuestra gesta independentista, se aferran a los privilegios coloniales y traicionan francamente tanto sus anteriores promesas como la esencia misma del pensamiento republicano. Es esa la lamentable conducta de Cristino Martos o Emilio Castelar. Solo se salva en la valoración martiana y, ante la historia, el grande y recto Salmerón.

Al final de su vida el pensamiento iusfilosófico de Martí se mantiene distante del positivismo y más del normativismo, aunque esta tendencia no ha surgido con la fuerza que le imprime la obra posterior de Kelsen. Está lejos de las ingenuas e individualistas tendencias liberales e incluso ha superado el jacobinismo apasionado de sus primeros años y en él ha madurado el político orgánico, consecuente, riguroso y firme que con indoblegable rumbo persigue algo más

que la independencia de su patria, en tanto se aproxima a avizorar los peligros de un naciente y todavía germinal imperio y proclama como única vía de salvación la unidad e integración americana.

Sus opiniones sobre los códigos americanos están cargadas de reflexiones iusfilosóficas que merecerían espacios y apreciaciones mayores, pero sigo convencido de que sus avenidas más prolíferas y profundas en la filosofía del derecho se encuentran en el terreno del iuspublicismo.

Quisiera concluir estas aproximaciones con una idea medular sostenida por José Antonio Portuondo, quien refiriéndose a la crítica poética de Martí afirmaba: "Si su crítica recuerda, a veces, a Krause, a Emerson, a De Sanctis, hasta a Wilde, lo mejor y lo más grande en Martí no son estas coincidencias ilustres, sino lo que él aporta de nuevo y en lo cual supera a sus contemporáneos porque fue como ellos, poeta." Esto puede decirse con igual rigor del pensamiento iusfilosófico de Martí. En él se superan tendencias anteriores que originalmente lo alimentaron y se abren espacios insospechados en aquellos momentos. Decía entonces José Antonio Portuondo que Martí era un hombre de transición en quien todas las novedades estaban en germen y maridadas con lo más rico de la tradición. ■



DULCE MARÍA LOYNAZ

Jamás juzgó perdido un solo paso suyo, inútil una jornada [...] Jamás le dolió el esfuerzo sin recompensa aparente, el sacrificio desprovisto de fin inmediato, la palabra que se dice con sangre y parece que nadie oye...

Martí jamás se queja, jamás vacila, jamás retrocede.

Él solo habló y escribió de amor y de esperanza. No sabemos de él nada que no sea fecundo, pleno, firme, jubiloso.

1990

GABRIELA MISTRAL

Parece que la originalidad esencial de Martí sea un caso de vitalidad en general y luego de vitalidad tropical [...] Antes y después de José Martí, ninguno se ha revolcado en la jugosidad y en las esencias capitosas de este suelo. Hay que llamar a este hombre, entre otras cosas, el gran leal. Lo será [...] principalmente por esto de haber llevado a la expresión hablada y escrita el resuello entero, caliente y oloroso, de su atmósfera circundante y haber vaciado en ella la cornucopia de su riqueza geográfica.

Es agradecimiento todo en mi amor de Martí, agradecimiento del escritor que es el Maestro americano más ostensible en mi obra, y también agradecimiento del guía de hombres terriblemente puro, que la América produjo en él...

1930

No te olvides, si tienes un hermano o un hijo, de que vivió en tu tierra el hombre más puro de la raza, José Martí, y procura formarlo a su semejanza, batallador y limpio como un arcángel.

[1940?]

El campo lo recibió, y la tierra verde fue siempre su curadora [...] Hijo de la Isla, pero de la Isla más vegetal que es dable, yo creo que la tierra lo atrapaba más que la marea de su costa y que los árboles hacían su fiesta cotidiana. Martí, criatura literaria completa, amaba sus clásicos y amaba la poesía del pueblo, porque el humanismo no le disgustó de lo popular, ni lo elemental le invalidó para lo clásico. La sencillez de Martí viene ya hecha de las honduras del ser. ¡Ah, mina sin acabamiento ésta de la persona de Martí en la obra de Martí!

[1950?]

Venezuela (1880)

REVISTA VENEZOLANA.

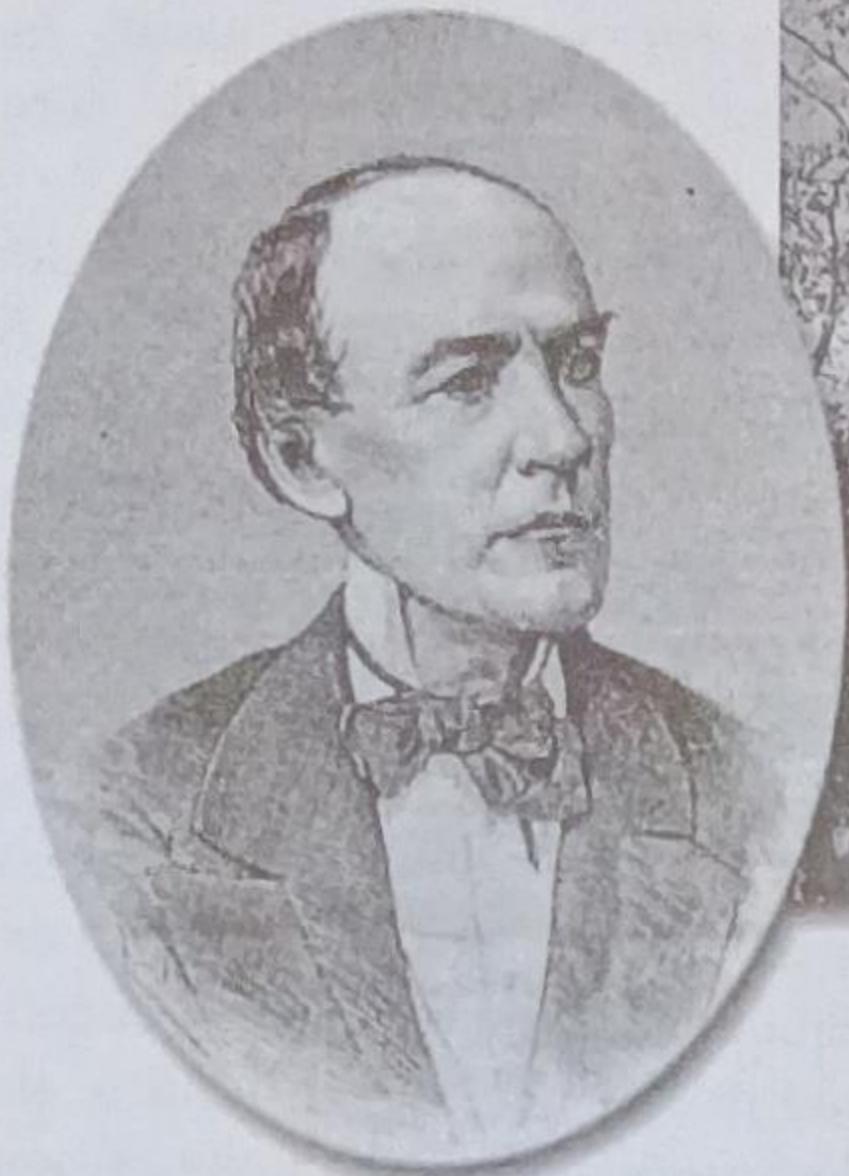
DIRECTOR — JOSÉ MARTÍ.

AÑO I. CARACAS, JULIO 1.º DE 1881. N.º 7.

PROPÓSITOS.

Extraña á todo género de prejuicios, ensayada de todo modo verdadero, alijada de toda tarea inútil, pagada de toda obra grandiosa, la Revista Venezolana sale á luz. Nace del afeto vehemente que á su autor inspira al pueblo en que la crea; va encaminada á levantar su fama, publicar su harmonía, y promover su beneficio. No hace profesión de fe, sino de amor. No se anuncia tampoco bulliciosamente. Hacer, es la mejor manera de decir.

Hiervan aquí, en pasmoso número, singulares ingenios. Las horas, como aquellas blancas arpas, vibran con desusados sonos al ruido leve del espíritu, ó se cuelgan de raras para encomiar á los nativos héroes, ó recojen al paso de los vientos la queja de las selvas impacientes y el estruendo de las tormentas mujidoras. Un anciano débil, escribe como Carlyle; tal abogado, como Taine; tal académico de la Historia, como si solara sus páginas virtuosas caja de ricas joyas, que fulgurasen y llamasen al vibrante sol. Señalado vigor, que viene de la general virtud; delicadeza extrema, que se debe al suave influjo de las castas damas; aseo y amplio lenguaje, como de noble casa solariega; y algo, en suma, de monumental y de ciclópeo, fragante aquí como la Biblia, tonante allá como la historia, relampagueante acá como la batalla, — avaloran ó ilustran los



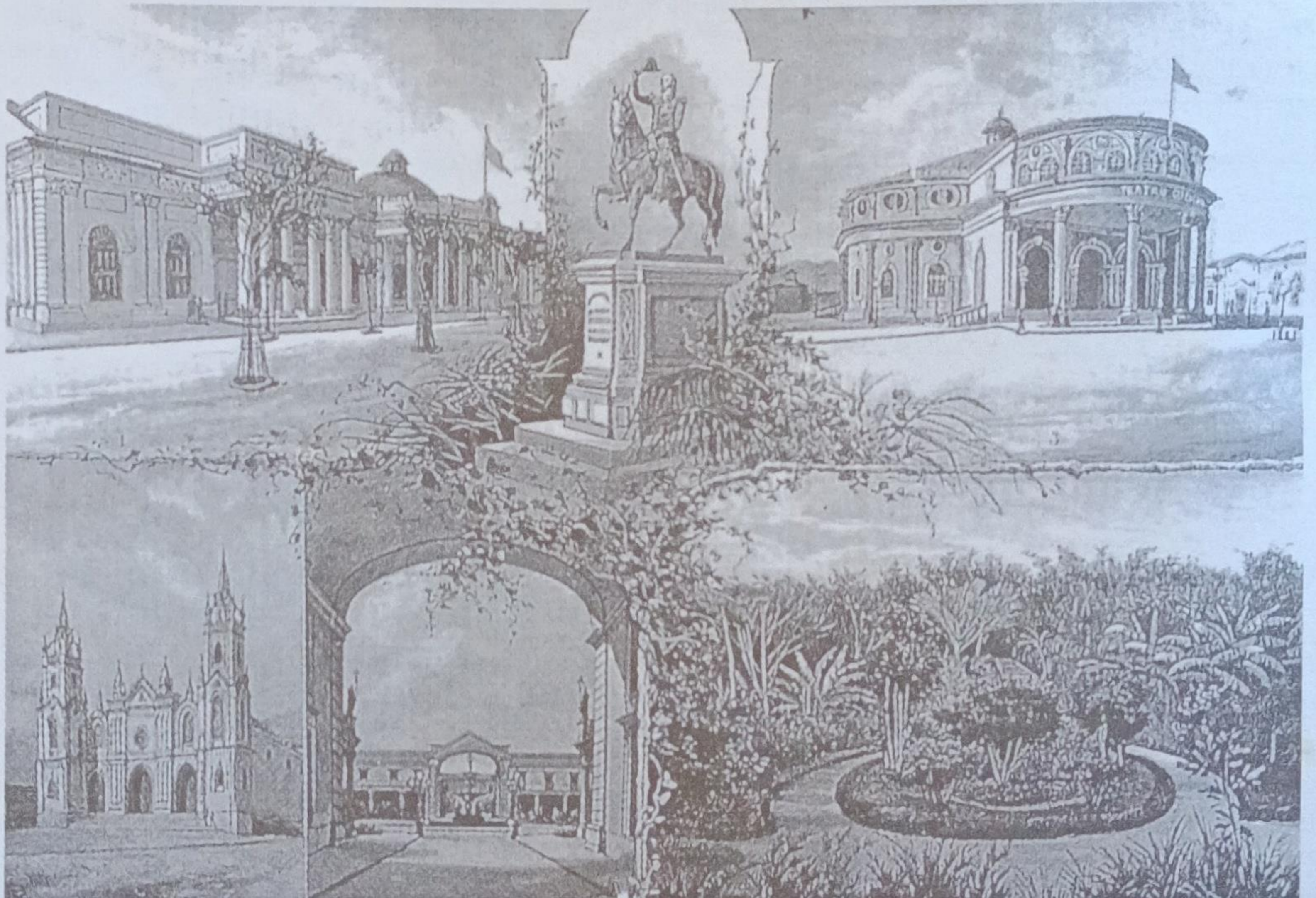
Cecilio Acosta, destacado intelectual y escritor venezolano.



“... y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar”.



Puerto de la Guaira.



Caracas: Palacio del Capitolio, estatua de Guzmán Blanco, teatro, Panteón Nacional y paseo de Guzmán Blanco.

Martí, viajero incansable

RAMIRO VALDÉS GALÁRRAGA



Durante su corta vida, nuestro Héroe Nacional realizó 229 viajes, de ellos 65 marítimos y 164 terrestres. Como cuestión significativa, su primer viaje en 1857, a los cuatro años, en que cruzó el Atlántico rumbo a Valencia, España, acompañado de sus padres y de sus hermanas La Chata y Ana, cuando visitó la tierra en que vio la luz Mariano Martí Navarro, fue el más largo, duró setenta y cinco días; mientras que, el último, el más corto, que lo condujo en unión de Máximo Gómez, Paquito Borrero, Ángel Guerra, César Salas y Marcos del Rosario, desde Gran Inagua, en las Bahamas, el 11 de abril de 1895 a Playitas de Cajobabo, para incorporarse a la “guerra necesaria”, y entregar posteriormente su vida combatiendo en Dos Ríos por la libertad de Cuba, paradójicamente, apenas duró trece horas.

Todos sus viajes fueron importantes, necesarios, a veces ineludibles, pero, entre ellos, hay algunos que merecen especial mención por las características, emociones y particularidades que significaron para su vida. Como ejemplo, pueden citarse el de La Habana a Guatemala en 1877 en cinco escalas, y el primero, que inició en Nueva York el 31 de agosto de 1892, para comenzar su recorrido de la campaña revolucionaria por las Antillas.

Es de destacar, que a partir de 1892, año de la fundación del Partido Revolucionario Cubano, José Martí realizó 159 viajes en tres años, es decir, un promedio de 53 anuales, lo cual demuestra que, prácticamente, estaba en constante movimiento.

El 24 de febrero de 1877, con el nombre de Julián Pérez, sus segundos nombre y apellido, “con lo cual me parece que me hago a mí mismo una menor traición”,¹ abordó el vapor *City of Habana* rumbo a la ciudad de Progreso, en México. Allí tuvo la primera alegría al poder abrazar a su padre, sus tres hermanas Carmen, Amelia y Leonor con sus hijos Alfredo y Oscar, que regresaban de México para instalarse de nuevo en La Habana.

Le esperaba, además, otra increíble sorpresa: el 28 de ese mismo mes recibía una inesperada carta de Francisco Zayas-Bazán, su futuro suegro, quien había estado sistemáticamente opuesto a los amores con su hija, en la cual le accedió las manos de Carmen. Ello dio lugar a que le respondiera con una histórica, emotiva y tierna carta llena de alegría y satisfacción.

Había experimentado dos grandes emociones, pero aún le quedaban insólitas experiencias. En esa época, para llegar a Guatemala no existían rutas marítimas en el mar Caribe. Tenía que escoger entre cruzar por el sur de México para en Acapulco obtener transporte marítimo directo a

Guatemala, o afrontar los riesgos y peligros de la ruta del Atlántico, por la cual se decidió al fin, ya que resultaba más rápida, a pesar de sus dificultades.

Tenemos la certidumbre del propio Martí, porque de lo contrario lo que sigue podría parecer, un relato de ciencia ficción. Navegó asombrosamente, en una canoa² durante más de quinientos kilómetros, en un agitado mar por toda la costa norte de la península de Yucatán, que lo llevó a través de varias islas y, finalmente, a la de Mujeres de la cual nos dejó plasmado un brillante trabajo ribeteado con bellos pensamientos en su filosofía personal. Luego de una breve estancia en ella, se embarcó de nuevo en un cayuco —que no era mucho más seguro que la canoa que lo condujo hasta allí— y se dirigió a la ciudad de Belice, en la entonces Honduras Británica. Era, por cierto, la segunda vez que visitaba ese lugar. La primera vez lo hizo en compañía de su padre, en 1863, cuando tenía diez años, pero, desafortunadamente, no tenemos referencia alguna de los pormenores de ese viaje.

En una goleta continuó su viaje hasta el poblado de Livingstone, que, al decir de Martí, “era una populosa y encantadora tierra de caribes”³ donde de nuevo navegó en una canoa hasta la desembocadura del río Dulce, que lo dejó impresionado por la belleza del lugar. El 20 de marzo de 1877 inicia entonces su viaje por tierra hasta Guatemala, a lomo de caballo.

Comienza a redactar su segundo diario, dedicado a los hermanos Valdés Domínguez⁴ —el primero lo había escrito en su adolescencia—.⁵ Atraviesa selvas, montes y ríos; corta un jazmín para su Carmen y, por primera vez, tal vez la única durante una marcha de ocho días, muestra un sentido de buen humor cuando describe una procesión religiosa donde va “una Virgen María demasiado vestida de nuevo para ir con tan gran dolor:—una raída y desvencijada Magdalena iella, la Dama de las Camelias del Cristianismo!”⁶

Para colmo de sus expectativas, nos relata dos años después, en 1880, en *The Tour*, de Nueva York, algo más de este viaje que su memoria recogía, en una bella expresión en prosa: “cruzando una magnífica tierra, la costa atlántica de Guatemala, donde —como una Venus coronada, saliendo de un río cristalino— una flexible, esbelta, pero voluptuosa mujer india, se mostraba al viajero sediento en todo el encanto majestuoso de una nueva clase de impresionante y sugestiva belleza, amé y fui amado”.⁷

Al fin, en los primeros días de abril de 1877, llega Martí a la capital guatemalteca. Evidentemente se había sentido

² *Ibidem*, t. 20, p. 26.

³ *Ibidem*, t. 7, p. 129.

⁴ *Ibidem*, t. 19, p. 41.

⁵ *Ibidem*, t. 20, p. 246.

⁶ *Ibidem*, t. 19, p. 43.

⁷ *Ibidem*, t. 19, pp. 115-116.

¹ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 20, p. 16.

feliz; soñaba con el recuerdo de su Carmen y la esperanza de realizar su boda y ayudar a su familia en Cuba, pero aquel viaje no le deparaba la acariciada esperanza de un futuro mejor, lo cual no impide afirmar que las experiencias vividas contribuyen a considerarlo el viaje más grato, lleno de incidentes placenteros de cuantos había realizado en su breve y agitada vida.

Si por una parte, el viaje a Guatemala revistió características extraordinarias y sentimentales no experimentadas antes, su primer recorrido durante la organización de la campaña para la "guerra necesaria" en las Antillas, alimentó su memoria con estímulos y recuerdos imperecederos. El 31 de agosto de 1892, inició su viaje en Nueva York. Se había trazado el propósito de recorrer tres países: Haití, Santo Domingo y Jamaica. El 7 de septiembre desembarcó en el importante puerto de Gonaives, en Haití, para seguir a Cabo Haitiano y llegar a Montecristi a caballo, luego de pasar por Fort Liberté y Dajabón. El 11 sale a visitar a Máximo Gómez en su finca de La Reforma. ¿Cómo lo recibirá? No lo había vuelto a ver después de la borrascosa entrevista en 1884, cuando se separó del plan Gómez-Maceo. Gómez no era rencoroso, lo recibió con los brazos abiertos y lo estrechó en un fuerte abrazo y le brindó

[...] el plátano y el lomo, y un café de hospedaje, y un fondo de ron bueno [...] fue un grato reposo de almas la conversación primera, con esa rara claridad que el hombre pone el gusto de obrar bien, y unos cuantos contornos en el aire, de patria y libertad, que en el caserío de puntal alto, a la sombra de la pálida vela, parecían como tajos de luz. No en la cama de repuesto, sino en la misma del General, había de dormir el caminante.⁸

Las conversaciones duraron tres días, al cabo de los cuales Gómez lo acompañó hasta Santiago de los Caballeros, donde se despidieron.

La ciudad se tornó histórica. Martí, en una carta, le comunica oficialmente el acuerdo del Partido Revolucionario Cubano de ofrecerle la jefatura del Ejército.

Los dominicanos registraron este hecho como "El pacto de Santiago de los Caballeros". "Yo ofrezco a Ud. sin temor de negativa este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle el placer de su sacrificio y la ingratitud probable de los hombres."⁹

Era el 13 de septiembre de 1892. El viejo Gómez no demoró su respuesta, el día 15 de este mes, Martí leía regocijado:

En cuanto al puesto que se ha señalado al lado de usted, como a uno de los viejos soldados del Ejército Libertador de Cuba para ayudar a continuar la obra interrumpida, tan señalada honra, tan inmerecida confianza, no tan solamente deja comprometida mi gratitud, sino que al aceptar, como acepto, tan alto destino, puede usted estar seguro que a dejarlo enteramente cumplido consagraré todas las fuerzas de mi inteligencia y de mi abrazo, sin más ambición, y sin otro interés, que dejar bien correspondida, hasta donde alcance la medida de mis facultades, la confianza con que se me honra y distingue.¹⁰

La próxima meta de su recorrido era Santo Domingo, pero antes de proseguir decidió descansar y, para ello, se detuvo en los poblados de El Santo Cerro y La Vega durante dos días, por lo cual arribó a la capital dominicana el 18 de septiembre.

Nuevos acontecimientos le guardarán allí. Conoció personalmente a Federico Henríquez y Carvajal, maestro, filósofo, a quien ya conocía epistolarmente, a través de sus comunicaciones por su *Revista de Letras y Ciencias*, quien, en 1895, le escribió una notable carta, desdichadamente perdida, lo que dio lugar a una histórica respuesta de Martí, que Enríquez y Carvajal calificó de "testamento político".

En su visita a la Sociedad Amigos del País, conoció, también personalmente, al escritor Manuel de J. Galván, el autor del famoso libro *Herniquillo*, clásico de la literatura dominicana, que Martí había leído en 1884. Se trataba de la biografía de Guarocuya, el invicto cacique dominicano que los españoles no pudieron derrotar y que logró la liberación de su pueblo. Tan impresionado quedó Martí, que en sus campañas de liberación de Cuba frecuentemente mencionaba a Guarocuya y sus ejemplos.

Otro hecho, notablemente extraordinario, ocurrió cuando el Gobierno de la ciudad lo autorizó para que le mostraran los restos de Cristóbal Colón, ante cuya urna permaneció más de una hora y al final exclamó:

El lenguaje pomposo será indigno de una ocasión que levanta el espíritu a la elocuencia superior de los grandes hechos. Y entre los hechos grandes, acaso lo sea tanto como el tesón que descubrió el mundo nuevo, la piedad con que los hijos de Santo Domingo guardan las glorias y tradiciones de su patria.¹¹

El 20 de septiembre, en horas de la mañana, Martí se embarcó en un balandro de diez toneladas, el *Lépido*, y con él atravesó el brazo de mar que lo separaba de Barahona, desde donde partió a lomo de mulo para Puerto Príncipe, la capital haitiana, donde lo esperaban por mar, pero, él prefirió hacer el viaje por tierra para ver el lago Herniquillo y las tierras del Bahoruco, liberadas por Guarocuya.

Cuando Martí llegó a Haití, hacía catorce días que había partido de Cabo Haitiano. Todo el tiempo viajó a caballo, por más de trescientos cincuenta kilómetros del territorio dominicano, de Norte a Sur y de Este a Oeste. Sería oportuno saber qué habrían dicho, o dicen todavía, los que opinan que a Martí se le desbocó el caballo en el combate de Dos Ríos por no ser un buen jinete.

El patriota cubano Juan Massó Parra, dirigente del Club Guaroniex y Hatuey, dirigió un amplio informe al periódico *Patria*, describiendo la estancia de Martí en Haití. En un fragmento de dicho informe, relató magistralmente el trayecto recorrido por Martí al sur del lago Herniquillo:

Nuestros delegados habían hecho el viaje por tierra, desafiando con esa voluntad de hierro que hace de él un verdadero carácter, las fragosidades de un camino de malezas y de desiertos estériles y casi sin agua, como el de Barahona. Catorce

⁸ *Ibidem*, t. 4, p. 448.

⁹ *Ibidem*, pp. 162-163.

¹⁰ Emilio Rodríguez Demorizi, *Martí en Santo Domingo*, Editorial Gráfica M. Pareja, Barcelona, 1978, pp. 65-66.

¹¹ *Ídem*.

días hacía que no se apeaba de la cabalgadura flaca y molesta y, sin embargo, al día siguiente de su llegada, sin respiro para el cuerpo, dispuesto estaba, el audaz viajero, a emprender la interrumpida marcha.¹²

Debido a una epidemia, se interrumpió el tráfico marítimo y Martí tuvo que permanecer diez días en Haití, situación que aprovechó para una extensa campaña revolucionaria. Fue recibido en todas partes con grandes muestras de cariño y admiración, hasta que, por fin, el día 4 de octubre pudo partir para Kingston, Jamaica, donde lo recibieron apoteósicamente y fue presentado por Alejandro González al Cuerpo del Consejo Local. Posteriormente, le ofrecieron una recep-

ción campestre, en cuya ocasión el fotógrafo Juan Bautista Valdés nos legó la foto de cuerpo entero más auténtica y conocida que tenemos de Martí. El 10 de octubre, pronunció un discurso para conmemorar la fecha patria.

A pesar de la brevedad de su estancia en Jamaica, José Martí se mantuvo en una constante actividad revolucionaria, que lo hizo salir convencido de lo bien organizado que estaba el apoyo a la revolución cubana.

Como epílogo de este fructífero viaje, Martí tuvo la grata oportunidad de conocer personalmente a Mariana Grajales, la heroica madre de los Maceo y, a la no menos heroica, María Cabrales, esposa del Titán de Bronce.

El día 13, en el vapor *Aílsa*, inició su viaje de regreso a Nueva York, a donde arribó el día 19. Había estado ausente cuarenta y nueve días. ■

¹² Emilio Rodríguez Demorizi, ob. cit., p. 81.



CARLOS RAFAEL RODRÍGUEZ

Martí: guía de su tiempo y anticipador del nuestro [...] ¿En qué consiste la característica anticipadora de José Martí? En que nos da en su obra el anuncio de la tarea revolucionaria de hoy, de la revolución latinoamericana que está por hacer.

José Martí, mucho antes que nosotros asoció el proceso nacional a la literatura nacional y el proceso latinoamericano a la literatura latinoamericana.

Nadie menos insular, nadie menos aldeano que José Martí. Su concepción es latinoamericana, pero al mismo tiempo universal [...] El universalismo de Martí se ve en todo, y está muy tocado de modernidad [...] La totalidad del arte es difícil abarcarla, pero en literatura, en pintura, en escultura, lo conoció todo y anduvo espigando siempre lo nuevo, para incorporarlo a la tradición de la cual él partía.

¿Qué tipo de Universidad recomendaba Martí? En esto también fue radical, innovador y contemporáneo [...] La universalización de la Universidad fue presentida y anunciada por Martí a finales del siglo XIX.

1972

DIEGO RIVERA

La "Alameda" ha sido teatro de sucesos centrales en pasado y presente. Por sus callecitas paseó Martí. Así me lo recordó mi amiga muy querida Loló de la Torriente quien me agenció los documentos para el retrato de Martí [...] Pinté al grande hombre de la revolución anticolonialista saludando a Manuel Gutiérrez Nájera, el poeta mexicano, mi amigo, y a unas damas también, porque recordaba "la niña de Guatemala, la que se murió de amor".

[1950?]

RAÚL ROA

Nadie más acreedor, entre nosotros, a todos los homenajes y a todas las recordaciones que José Martí [...] Honrarlo, honra. Evocarlo, enaltece.

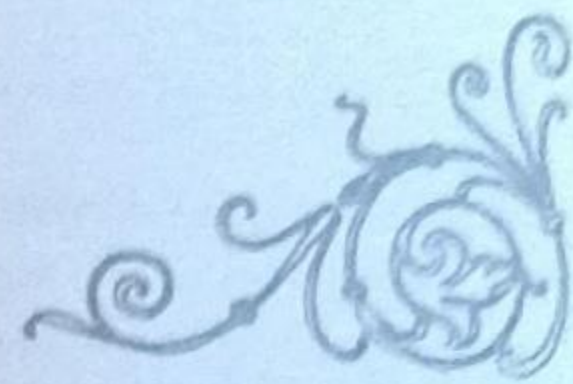
Por ser muy de su tiempo y de su medio, es José Martí primogénito del mundo.

Al pueblo cubano, y particularmente a su juventud estudiantil, corresponden la culminación de la faena inconclusa de José Martí: realizarnos históricamente sin interferencias ajenas.

1937

La mirada martiana del Oriente¹ frente a la globalización modernista

IVAN A. SCHULMAN



Es un lugar común asociar el término y el concepto de la *globalización* con nuestro mundo contemporáneo. Pero pasa con este término lo mismo que con lo *moderno*. Y respecto a ambos términos lo que proponemos en este breve ensayo es la necesidad de ampliar nuestra visión y enfocar las transformaciones culturales e ideológicas sin fijar delimitaciones cronológicamente estrictas. Siguiendo este concepto nuestros argumentos son: 1) la globalización y lo moderno son fenómenos que surgen en distintos momentos históricos; 2) el efecto de la globalización se manifiesta en muchos de los textos martianos; y 3) la globalización martiana abarca tanto lo occidental como lo oriental. De acuerdo con este esquema tripartita, afirmamos que, por una parte, lo moderno no fue, como tantas veces se afirma, una invención de los siglos XVIII, XIX o XX; y por otra, que en el mundo antiguo la globalización se expresó a través de las múltiples hibridaciones y aculturaciones de las civilizaciones mediterráneas en las cuales, en ciertos momentos y ciertos centros geográficos, se insertaron elementos orientales que formaron parte de un complejo cultural tradicional. Y nuestro último argumento es que en el siglo XIX la hibridación social y cultural ligada a la modernización del mundo cobró intensidad debida, en gran parte, a los revolucionarios conceptos decimonónicos del espacio y del tiempo, las innovadoras teorías científicas respecto a la naturaleza de la conciencia,² y el crecimiento de rápidos medios de comunicación y transporte.³ Como resultado de todos estos factores, el Oriente se filtró en la obra de muchos pintores y escritores del XIX –en Europa y en los más desarrollados centros culturales de América–. Este fenómeno Martí lo percibió con clarividencia ejemplar y lo expresó en forma sucinta en unos apuntes sobre la filosofía: “El Oriente invade el Occidente”.⁴

Sin embargo, aún hoy día, y a pesar de la existencia de algunos estudios recientes sobre el orientalismo hispanoamericano,⁵ cuando pensamos en los escritores modernistas de América, tendemos a considerar sus textos en términos de legados occidentales casi exclusivamente –parnasianos, impresionistas, simbolistas–; pensamos en Francia, en las apropiaciones de Baudelaire, Verlaine, Loti, los Goncourt, Mallarmé y Rimbaud–. Pero, empezando con los escritores de las primeras etapas modernistas (1875 y 1918), el Oriente hizo acto de presencia en sus textos –por ejemplo, en Casal, Darío, Gómez Carrillo, Rebolledo y Tablada–. Por lo tanto, no sería exagerado afirmar que el Oriente –retextualizado por el Occidente– junto con las últimas y más novedosas creaciones europeas, dejó una huella indeleble en las creaciones modernas de América.

Martí y los demás modernistas, cuando inscribieron las culturas foráneas en sus obras, inclusive las orientales, insertaron elementos léxicos identificados con esas culturas: respecto al Oriente, palabras como *musme*, *nabab*, *guesha* o *kimono*. No obstante, Martí insistió en no prodigar las palabras extranjeras prefiriendo hispanizarlas. En uno de sus cuadernos escribió que “el uso de una palabra extranjera entre las palabras castellanas me hace el mismo efecto que me haría un sombrero de copa sobre el Apolo de Belvedere”.⁶ Aunque Martí no fue un tradicionalista en la cuestión de ampliar la expresividad del discurso moderno, a pesar de su defensa de la idea de la pureza de la lengua hispánica. Apoyó el concepto de revolucionarla mediante la apropiación de novedades léxicas pasándolas primero por el tamiz de un proceso de hispanización, introduciendo elementos plásticos en el estilo, e inventando nuevos signos de puntuación. Es por eso que en la edad de experimentación literaria del siglo XIX americano no se suele pensar que es, como Tablada, un orientalista. Su interés en las culturas extranjeras –interés que podemos documentar en sus cuadernos de apuntes–,⁷ lo llevó a estudiar y luego a incorporar formas de pensar y de escribir provenientes de las culturas orientales. Pero, a diferencia de otros orientalistas hispanoamericanos, Martí no cultivó las coevales narraciones de viaje

¹ Seguimos, respecto a la interpretación del vocablo “Oriente”, todo lo que abarca la cultura y la historia tanto del lejano como del próximo Oriente. Ver la discusión clásica sobre este asunto en Edward Said, *Orientalism*, Routledge, Londres, 1979.

² Iris M. Zavala, *Colonialism and Culture: Hispanic Modernisms and the Social Imaginary*, Indiana University Press, Bloomington, 1992, p. 58.

³ Paul Johnson, en su libro *The Birth of the Modern* (Harper Collins, Nueva York, 1991), fija el nacimiento de lo moderno entre los años 1815 y 1830, e identifica el proceso con el crecimiento rápido de la comunicación, de la ciencia, de la tecnología y las economías capitalistas del período, elementos todos que producen los cambios en la sociedad, el gobierno, y la cultura que identificamos con una nueva época –la moderna– de transformaciones radicales y evoluciones constantes. Martí entendió este proceso y lo describió con una visión futura en su prólogo al *Poema del Niágara*, de Juan Antonio Pérez Bonaldo. (Cf. José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 7, pp. 222-238.)

⁴ José Martí, ob. cit., t. 19, p. 359.

⁵ Cf. Araceli Tinajero, *Orientalismo en el modernismo hispanoamericano*, Purdue University Press, West Lafayette, 2004; I. Schulman, “Sobre los orientalismos del modernismo hispanoamericano”, en *Casa de las Américas*, no. 223, La Habana, 2001, pp. 33-43; y “Narrating Orientalisms in Spanish American Modernism”. *A Celebration of Brooklyn Hispanism; Hispanic Literature from Don Quijote to Today*, Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 2004, pp. 147-160.

⁶ J. Martí, ob. cit., t. 22, p. 315.

⁷ Al azar, leemos en sus apuntes el siguiente comentario moral en español e italiano: “Il Buddismo [sic] inculcò la benevolenza verso tutte le creatur[is]e humane”. (Ibíd., t. 21, p. 259.)

con sus discursos melancólicos, aunque no falta en sus textos un elemento de tristeza, de pérdida, o de visión retrospectiva, característico de los libros de viaje de otros modernistas, quienes a menudo se quejaban de la desaparición de un orientalismo *paseé*, de un orientalismo occidentalizado que se iba liquidando o ya había desaparecido frente al rápido curso de la modernización mundial de fines del novecientos. Pero no está totalmente ausente el elemento de pérdida en las dimensiones orientales de los textos martianos, lo encontramos, por ejemplo, en el poema "XLII" de los *Versos sencillos*,⁸ donde se narra la búsqueda frustrada de Agar por recuperar la perla echada al mar. Agar es, además, una representación prototípica de la exotizada mujer oriental retratada en el extraño bazar de amor visionada por el pintor/poeta inspirado por un ensoñado orientalismo desconstruido y retextualizado de un modo que evade el intensivo proceso de modernización de las últimas décadas del siglo XIX.

En relación con estas y otras representaciones similares de la figura femenina, se puede especular si entre los modernistas la fascinación por el cuerpo femenino constituyó un mecanismo contradiscursivo ligado a una sociedad que se iba mercantilizando y cuyas nuevas normas y valores rechazaron los modernistas, Martí incluido. También puede ser que los modernistas consciente o inconscientemente escogieran el camino de la evasión o la reubicación geográfica, es decir, el camino del Oriente, inspirado por sus escenas voluptuosas de templos, pagodas, mujeres en harenes, puentes arqueados y cerezos en flor. Zavala ha sugerido que entre los modernistas el utilitarismo y la desintegración de consagrados paradigmas sociales, produjo supernaturalismos, la experiencia de lo oculto, lo esotérico, y hasta lo erótico. Aun en el caso de un escritor como Martí, dedicado a una misión social de redención, independencia y autenticidad cultural enraizada en las realidades sociopolíticas, se detecta, en raros momentos y en el retrato del cuerpo femenino, un imaginario en aparente conflicto con las normas de su ideología sociocultural. En "Haschisch",⁹ de inspiración oriental, declara: "Y la vida es amor:—¡Oh! ¡quién pudiera/ De una mora el amor gozar un día!" La mujer árabe inspira "...trovas no escuchadas,/ Las horas no sentidas/ Y lágrimas de amor aún no lloradas". En los versos de este poema el Oriente está inscrito como proceso de descripción y como definición —tanto del poeta como del universo—. El cuerpo femenino se evoca con perfume de "azahar y de alielés" y el retrato

de la figura de la mora constituye un texto erótico, un texto de deseo manipulado, interpretado e intercambiado entre el escritor, el sujeto exótico y el espectador/lector. Sin embargo, el texto social, presente como siempre en los escritos martianos, nunca falta. En el mismo poema escribe "Arabia: tierra altiva"; pero Arabia visionada por Martí es un doble espacio metafórico, orientalizado y cautivo: "Solo del sol y del harem cautiva".

Hay otras formas de inscribir el Oriente en los textos modernistas: me refiero a enunciaciones clasificadas por Saïd como "naturales" y estas se encuentran en varios textos martianos. En ellos el papel del revolucionario es más evidente que en los versos. Lo encontramos, por ejemplo, en sus crónicas sobre las rebeliones en Egipto y la descripción de los deseos de ese pueblo de separarse del yugo inglés y de afrontar las amenazas de los franceses: "Egipto halla que ha pagado demasiado caro la civilización y el apoyo que pidió a los europeos, y quiere lanzar de sí a los civilizadores".¹⁰

La globalización, presente en la fascinación por la cultura oriental la encontramos con insistencia en sus *Cuadernos de apuntes* donde podemos, debemos,¹¹ leer el archivo intelectual amplísimo de Martí. Al azar, entresacamos los siguientes comentarios:

— 9 345 millas ocupa ya el telégrafo en el Japón.¹²

— A la par que en la China parece vencedor, por algún tiempo al menos, el partido que rechaza todas las innovaciones de origen europeo, en el Japón se abre paso con rapidez creciente el espíritu moderno.¹³

— La vida moderna, con todas sus rebeliones y esplendores, está entrando a raudales en el Japón. Al mismo tiempo que van allí las doctrinas católicas, van todas las ideas racionalistas que riñen combates con ella en los países viejos.¹⁴

Conciencia de la modernización global y de la lucha entre el mundo viejo y el orbe nuevo, interés en el Oriente y sus relaciones con la cultura y las sociedades occidentales. La globalización y el Oriente martianos confirman la profunda visión que caracteriza su imaginario y revelan las extraordinarias y acertadas percepciones suyas del presente y del futuro. ■

⁸ *Ibíd.*, t. 23, p. 158.

⁹ Decimos "debemos" porque hasta la fecha no se ha estudiado a fondo "la mina" de este archivo.

¹² J. Martí, *ob. cit.*, t. 23, p. 65.

¹³ *Ibíd.*, p. 78.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 146. Predomina en el orientalismo martiano lo japonés por razones sugeridas en el segundo texto que citamos arriba. Todos estos aspectos y los detalles del orientalismo martiano estarán explorados y explicitados en los capítulos de mi libro en preparación: "Painting Modernism".

⁸ *Ibíd.*, t. 16, p. 22.

⁹ Los primeros versos son: "Arabia:—tierra altiva/ Solo del sol y del harem cautiva". (*Ibíd.*, t. 17, p. 75.)



José Martí: el hombre y su tiempo

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ



El trabajo de la edición crítica de las *Obras completas* de José Martí, bajo mi dirección en el Centro de Estudios Martianos, la experiencia acumulada en la edición de sus escritos por esta institución durante más de treinta años, el largo tiempo dedicado por mí al estudio de su vida y su obra, me han permitido acumular algunas experiencias en el manejo de sus escritos, que pueden resultar de interés para la investigación en torno a sus textos y sus ideas, así como para la edición de aquellos.

Debemos partir del hecho de que el pensamiento del Maestro no aparece expuesto de forma orgánica en textos destinados a ser publicados, sino que se despliega a lo largo de una verdadera "selva" de escritos de muy diferente naturaleza e intencionalidad. El patriota cubano nunca escribió un libro contentivo de una exposición sistematizada de su cosmovisión o de algunos aspectos de su ideario, aunque así lo planeaba frecuentemente, sino que para ello se valió de las más diversas formas de la escritura, que abarcan desde la expresión definitivamente ficcional (poesía, cuento y teatro), hasta el periodismo en su amplia variedad de géneros (ensayo, artículo, crónica, editorial, sueltos y gacetillas); desde la oratoria hasta la epístola, sin excluir sus cuadernos de apuntes o anotaciones y hasta sus traducciones.

La enorme cantidad de páginas que escribiera, junto a su variedad temática y genérica, determinadas en medida significativa por los distintos propósitos comunicacionales que le animaran a redactarlas, no solo implican consideraciones diferentes a la hora del análisis literario, sino también, en el momento de considerarlas para organizar y explicar sus ideas, todo lo cual, desde luego, también influye en los criterios para su edición.

A manera de ejemplos, es obvio que no solo son diferentes literariamente un poema, una carta, una crónica periodística o un discurso, sino que, además, fueron escritos con objetivos distintos, aunque los cuatro pretendan establecer una comunicación con los destinatarios respectivos. El poema está abierto a cualquier lector y no pretende describir ni explicar algo de la realidad, sino traspasar una emoción o un sentimiento. La crónica periodística quiere informar desde la perspectiva particular del periodista, y, cuando más, desea inducir a la reflexión a un universo relativamente amplio y diverso de lectores. La carta es para un destinatario (o varios), pero no para lectores desconocidos; no es pública generalmente, sino del ámbito privado, y en el caso martiano cumple muchas funciones, que pueden variar según los casos, como entre otras, informar, influir en las ideas del otro, compartir espiritualmente. Por último, aunque el discurso, se escriba previamente y no se improvise, se sustenta en la comunicación oral directa frente a un auditorio, y por ello es incomprensible a plenitud sin el tono

y la modulación de la voz, sin el gesto, sin el ambiente en el lugar en que se pronuncia y entre el orador y su público.

Los límites de cada texto para determinar su alcance pasan entonces, indudablemente, por su relación con los receptores: el periodismo está sometido a los criterios censores del editor; el discurso, a la audiencia; en la carta la única limitación del autor es la que le impone el destinatario, casi siempre único, mientras que quizás en el poema es donde el autor se muestra más libre, más en su verdadero yo.

La verdadera evaluación, pues, del documento escrito y de su alcance para determinar cómo estimarlo para conocer el ideario de su autor y las estrategias comunicacionales seguidas durante su redacción, no puede en modo alguno evadir las preguntas de para quién o quiénes se ha escrito y de por qué medios llegará a su lector, según lo concebido por el autor.

Todo esto se hace particularmente significativo en el caso de Martí, autor de intensa vida pública como periodista y como político, quien, además, tuvo alta conciencia, cumplida siempre con responsabilidad absoluta, del valor y el sentido de su escritura, no solo para su época sino para el futuro.

Por otro lado, al mismo tiempo que ha de partirse de esa variedad formal y de la intencionalidad de sus escritos, y por la dispersión de su pensamiento en ellos, ambos —su escritura y su pensamiento— han de ser concebidos y analizados como una totalidad. No solo es ello una indicación metodológica imprescindible al acercarnos a cualquier escrito y pensador, dado que más allá de sus cambios de opinión y de vida, se trata de la misma persona, sino que en el caso de Martí se unen su voluntad expresa de autoctonía y originalidad con una verdadera unidad de perspectivas, enfoques y temas, que se van desarrollando progresivamente, interrelacionándose con mayor precisión según avanza la vida del Maestro.

A diferencia de otros pensadores, el cubano no evidencia rompimientos ni cambios epistemológicos ni saltos en su ideario: es uno y el mismo de principio a fin con el lógico desarrollo de sus capacidades expresivas y de la riqueza de sus análisis, según transcurre el tiempo.

El adolescente que madura precozmente en La Habana y el joven que termina sus estudios secundarios y aprueba los superiores durante su primera deportación a Madrid, es el mismo hombre que madura en Nueva York atendiendo cuidadosamente a los cambios que ocurrían entonces en la sociedad estadounidense y en el mundo moderno en general, y es también el mismo tenaz, osado y brillante estadista que organiza el Partido Revolucionario Cubano para, con la independencia de Cuba, buscar un equilibrio del mundo de su tiempo.

Las bases o fundamentos de su pensar y de actuar serán siempre los mismos: un marcado sentido de la originalidad

y la autoctonía, tanto en el plano individual como en el social, y lo mismo en los terrenos literario y de las ideas, como en las formas de organización política y social; una ética de servicio humano marcada por el sacrificio tanto en su vida personal como en toda su obra; y una clara y definida toma de partido con los pobres de la tierra y los pueblos dominados.

Tales principios, apreciables más de una vez en sus escritos desde jovencito, se entrecruzan e interpenetran en él de tal modo que se compactan con la propia lógica de su pensar, más metafórica que racionalista —sin desdeñar este último aspecto—, y que sabe integrar los saberes de la tradición moderna occidental con los de la antigüedad clásica europea y asiática, y con lo poco que estuvo a su alcance, entonces, del pensamiento de los antiguos pueblos del continente americano.

La lógica martiana no fue la de la ganancia capitalista, ni la de la conquista de la naturaleza por el hombre, ni la del progreso rectilíneo y uniforme, sino la de la permanente búsqueda de la armonía del hombre y la sociedad como entes naturales, la de la liberación espiritual de los seres humanos, y la del reconocimiento de la diversidad cultural y civilizatoria.

Fue Martí —y cada día lo comprendemos mejor— un lúcido crítico de la modernidad industrial capitalista que se apoderaba del orbe, sin ser un antimoderno o un premoderno tradicionalista. Así, le sedujeron, sin embargo, la agitación y el cambio incesante de la vida moderna que vivió a diario en Nueva York, disfrutó los arrebatos tecnológicos y los descubrimientos científicos más diversos (desde la luz eléctrica hasta la máquina de escribir), sin rendir culto jamás al cientificismo positivista, porque fue siempre un preocupado por el alma humana, por su espiritualidad, sin el dogmatismo de religión alguna.

Su mente, siempre inquieta e indagadora, no se colocó por encima de su ética humanista: para él —lo escribió así—, pensar era servir. Y pensar no era simplemente ejercitar el raciocinio sino estar al servicio del bien del hombre.

Por eso, la lógica de su discurso, la argumentación de sus ideas y sus análisis de los problemas cubanos y universales de su tiempo pueden combinar a la vez, con fuerza creadora y convincente, la razón moderna que desecha el escolasticismo, las tradiciones de autoctonía hispanoamericana, el uso desprejuiciado de la mirada de las filosofías antiguas del Oriente sobre la mente del hombre y una expresión metafórica que procede mediante analogías. Asimismo, su estilo mezcló los clásicos antiguos y españoles, los nuevos rumbos de la poesía francesa, la precisión del inglés moderno de Estados Unidos y creó una palabra, su palabra, plena de singularidades absolutamente irrepetibles.

Su lógica, su pensamiento y su estilo fundamentaron una sensibilidad y una conciencia de la contramodernidad, necesarias entonces y hoy, para de veras avanzar hacia y por el desarrollo de la sociedad y del hombre. De ahí, pues, las especiales consideraciones que nos plantea la hermenéutica de los textos martianos para una labor editorial.

La idea de la edición crítica de las *Obras completas* se había venido moviendo entre los estudiosos de Martí desde los años setenta del siglo pasado, y comenzó a hacerse realidad poco después de fundado el Centro de Estudios Martianos en 1977, cuando Cintio Vitier y Fina García-Marruz elaboraron el proyecto inicial.

Con las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba¹ la edición de los escritos de Martí había alcanzado un notable grado de completamiento en cuanto al número de documentos, pero había mantenido similar criterio editorial que el seguido por Gonzalo de Quesada y Aróstegui² y su hijo y continuador Gonzalo de Quesada y Miranda,³ en cuanto al ordenamiento de acuerdo con las orientaciones martianas en su llamada carta testamento literario al primero de los Quesada.⁴

Con su habitual sagacidad editorial, el Maestro dejó una agrupación temática de sus principales escritos de indudable interés para el lector. Pero, como se puede constatar en la mencionada carta, él no pensó entonces en que sus obras completas tendrían la pretensión de incluir la totalidad de su producción escrita, como las cartas, los cuadernos de apuntes, y hasta cualquier fragmento conservado de su puño y letra.

Evidentemente, Martí expresó una voluntad literaria a la hora de recoger sus escritos, por eso desechaba en aquella misiva todos los poemas que escribiera y publicara antes del cuaderno *Ismaelillo*. El escritor de fuste fue riguroso en su propio enjuiciamiento y, por otra parte, ni él mismo podía tener absoluta conciencia en 1895 del valor en todos los ámbitos que tendría cualquier texto suyo para la posteridad. Además, lo más frecuente en aquella época al editarse las obras completas de un escritor era incluir solamente lo publicado, pues los escritos que no estaban terminados ni autorizados por el autor para ser reproducidos, se consideraban, por lo general, textos incompletos y hasta de nulo o escaso valor literario e interés editorial.

Pero la dimensión humana, política y simbólica de Martí para la nación cubana y su consistente reconocimiento como personalidad mayor de las Américas, además de los cambios en las concepciones editoriales de las obras completas aportados por el siglo xx, convirtieron rápidamente en un tesoro cualquiera de sus textos, no importa cuál fuera la función que le asignara su autor al escribirlo ni la evaluación literaria del documento escrito.

Por eso, en aquel proyecto iniciador de la edición crítica se decidió organizar los materiales de la serie siguiendo básicamente un orden cronológico, que no sería respetado de manera absoluta, pues la poesía, los cuadernos de apuntes,

¹ En 27 tomos, La Habana, 1963-1965. El tomo 28, preparado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, La Habana 1973, no ha sido incluido en las reimpresiones de esa última edición.

² José Martí [Obras del Maestro], La Habana, 1900-1933, 16 tomos.

³ *Obras completas*, Editorial Trópico, La Habana, 1936-1953, 74 tomos.

⁴ En *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, t. 1, p. 25-28. Hay edición crítica en *Testamentos de José Martí*, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996, pp. 16-54.

las traducciones y las dedicatorias se publicarían agrupados en cada caso, por considerar que tales tipos de textos requieren de esa reunión para su mejor comprensión. Al mismo tiempo, según las épocas o momentos de su vida y de su quehacer, se harían agrupaciones por géneros o tipos de escritos.

La idea esencial del proyecto era revisar nuevamente las transcripciones y ofrecer una lección de los textos lo más fiel posible, así como entregar la mayor cantidad de nuevos escritos que se pudieran localizar en archivos públicos y privados, y en las colecciones de publicaciones periódicas de aquellos años. Se trataba también de incorporar la historia genética del texto mediante el señalamiento de las tachaduras, cambios y enmiendas introducidos por el autor en los manuscritos, y de incluir un aparato referencial que informara acerca de los diversos asuntos y personalidades mencionados en los escritos, en especial de aquellas personas y de los temas que resultaran de importancia capital para la historia de Cuba y para la propia vida y obra martianas a través de las llamadas "Notas finales". Por primera vez en las ediciones de las obras martianas también se incorporaba el índice de materias.

Detenido en su ejecución hacia 1985 luego de haber logrado la impresión de los dos primeros tomos más los dos de la *Poesía completa*, el proyecto fue retomado hacia 1992 en el Centro de Estudios Martianos, y tras casi un año de estudio por un grupo de trabajo bajo la dirección de Ramón de Armas, finalmente arrancó de nuevo la labor, que desde 1993 está bajo mi conducción.

En esta nueva fase se tomaron algunas decisiones que modificaron aspectos parciales del proyecto inicial, como incorporar información a los índices de nombres y geográfico, de manera que las notas al pie de página solamente recogieran las variantes del texto original, la aclaración de los nombres mencionados, y las referencias contextuales o de información imprescindibles. También se determinó incluir, cuando fuera necesario, un índice cronológico de los textos de cada tomo.

Esta colección tiene características especiales. Primero, se trata de una serie cuyo contenido por tomos se va decidiendo sobre la marcha, es decir, no están definidos ni organizados los materiales por incluir desde un principio, y, segundo, la labor editorial requiere de numerosas investigaciones previas para definir tanto los textos martianos como el propio aparato crítico y el cuerpo referativo. Y, finalmente, dada la enorme cantidad de escritos martianos, que se incrementa sin cesar, la edición crítica se convierte en una empresa monumental por los documentos y páginas pendientes de procesar, necesariamente es de larga duración y su complejidad en todos los órdenes es muy grande en virtud de la diversidad de los textos y de sus riquezas literaria, de contenido e informativa.

Claro está que ese hacerse sobre la marcha implica dos grandes peligros. Por una parte, que queden fuera del lugar correspondiente algunos textos bien sea por olvido, por desconocimiento o porque solo al estudiarse a fondo se comprenda que estaban mal datados en las ediciones pre-

vias. Por otro lado, que aparezcan textos desconocidos con posterioridad a la publicación del tomo correspondiente en fecha. Pero es imprescindible correr esos riesgos, dada la pretensión de que esta edición crítica circule lo más pronto posible para que sus resultados estén al alcance de los lectores contemporáneos.

Otros riesgos, quizás menores, pero no de escasa importancia editorial, son los errores en la información referativa que puedan ser apreciados en tomos subsiguientes, donde quedarían subsanados, o la desestimación de asuntos para aclarar en notas informativas y contextuales, que igualmente podrían añadirse en tomos subsiguientes en los que se volviera sobre el asunto.

Es obvio, pues, que el largo tiempo que ocupa esta edición conllevó la decisión de incluir al final de la serie cualquier documento adicional que no haya sido ubicado en su tomo correspondiente, por cualquiera de las razones mencionadas. Del mismo modo, también al final irán uno o más tomos contentivos de los índices de nombres, geográfico, de materias y general de toda la colección, momento en el cual se podrá subsanar cualquier error informativo en ellos.

Todas estas características y problemas obligaron a realizar algunas tareas previas consideradas imprescindibles para organizar la labor de esta colección editorial, tales como preparar un índice universal de los escritos martianos con todo lo publicado o inédito conocido hasta el momento y de permanente actualización, agrupar los documentos siguiendo el criterio cronológico establecido para tener una aproximación al total de páginas y al número de tomos que podría alcanzar la serie, y crear las normas editoriales para su procesamiento, con el fin de unificar, en la medida de lo posible, el trabajo de los editores para mantener los rasgos comunes imprescindibles a lo que sería una colección. La práctica ha confirmado lo que pensamos entonces: cada tomo es un libro en sí mismo con características propias, pero ha de mantenerse la unidad editorial de la serie.

Las normas editoriales, extensas y minuciosas, se han ido ampliando según han ido apareciendo asuntos no previstos, y abarcan desde precisiones acerca de cada una de las partes que integran el tomo, hasta la estructura informativa y la redacción de las notas y los índices.

También se ha determinado dividir el trabajo en dos grandes momentos: el de la investigación y el editorial, con el lógico razonamiento de que no hay límites cerrados entre ellos y que el objetivo último de todo lo que se hace es imprimir la colección.

Durante la investigación de cada tomo hay varias fases. Se estudia primero el momento cronológico y los contenidos que debe abarcar el tomo para determinar los textos que incluirá. Este contenido puede ser ajustado de acuerdo con el número total de páginas que abarque y según una valoración previa del espacio que pudiera ocupar el cuerpo referativo, dada la cantidad de entradas en los índices de nombre y geográfico, y las notas que exijan los textos martianos. Por tanto, desde ese estudio se van preparando las entradas de dichos índices.

A continuación se establece o se fija el texto martiano. Este es el punto decisivo, el más importante de la investigación, pues se trata de establecer el texto "definitivo". Para ello se realiza el cotejo de los originales con lo publicado o la transcripción en aquellos casos de escritos inéditos o nunca antes publicados en compilaciones.

Cuando se trabaja con los documentos martianos hay que asumir problemas diferentes si se trata de manuscritos o de impresos. Es muy complicado manipular los manuscritos, dado el precario estado de conservación de algunos de ellos, la caligrafía del autor y las tachaduras y enmiendas introducidas por este, factores todos que se extreman en los poemas, especialmente en sus famosos *Versos libres*, que nunca terminó, y en los que aparecen varias versiones de palabras, líneas de versos y hasta de composiciones completas sin demostrar decisión firme por alguna de ellas, o espacios en blanco indicativos de palabras pendientes.

La caligrafía martiana es especialmente difícil de leer, pues sus nerviosos rasgos muestran que por lo general escribía con mucha rapidez para atrapar las ideas que se le agolpaban en tropel —como él mismo dijo en alguna ocasión—, y que le hacían escribir los finales de palabras como una especie de línea continua o de un rasgo donde solo es discernible una letra que, sin embargo, puede incluir hasta tres letras o más. Además, con frecuencia empleaba abreviaturas propias que podían cambiar en el mismo texto aunque se refirieran a la misma palabra o nombre. Ahora se está preparando un índice o guía de los rasgos habituales de su caligrafía, a sabiendas de que en muchas ocasiones se pueden encontrar varias maneras de conformar los rasgos de una misma letra.

En verdad, en más de un caso solo se ha podido descifrar lo escrito gracias a las lecciones previas establecidas por las *Obras completas* impresas por los Quesada, cuyo criterio de autoridad es incuestionable, puesto que el padre fungió durante años como secretario de Martí en Nueva York y conocía perfectamente su caligrafía, "secretos" que, a todas luces, transmitió a su hijo, quien colaboró desde jovencito con él en la empresa de acopiar los documentos martianos y publicarlos. Tales transcripciones de los originales manuscritos han sido una escuela para quienes llevamos ya varios años descifrando la caligrafía del Maestro, y es realmente asombroso y admirable que solo en contados casos los Quesada hayan cometido obvios errores o hayan declarado ilegible algunas palabras o frases.

Fijar el texto en las tachaduras y enmiendas es una verdadera proeza de transcripción caligráfica, pues es muy común que las palabras queden sin terminar, usualmente están escritas con letras muy pequeñas e intercaladas entre líneas, a veces con lápiz cuyo trazo se ha apagado con el tiempo, y las propias tachaduras a menudo ocultan los rasgos.

A lo anterior se une, que cuando se han conservado varias versiones de un mismo texto, se hace difícil establecer el orden cronológico de su escritura, es decir, cuál precedió a otro. Para lograrlo, sobre todo cuando se trata de origina-

les que Martí no envió a la imprenta, hay que someter el texto a un cuidadoso estudio, tanto de los aspectos formales de la caligrafía y las tintas de los documentos, como del estilo y las ideas.

Con los impresos, los problemas son mucho más sencillos, aunque no se conservan originales martianos de la aplastante mayoría de lo que llegó a la imprenta, lo cual a veces nos impide precisar si hay erratas en el empleo de algunas palabras.

En este aspecto, la experiencia ha enseñado que no se puede considerar la errata sin consultar antes diccionarios de la lengua de finales del siglo XIX y asesorarse con autoridades que describan las significaciones que han ido cayendo en desuso en el español actual. No se puede pasar por alto que Martí no solo fue un conocedor y admirador profundo de los clásicos del Siglo de Oro, sino que conscientemente los incorporó, y que su dominio de la lengua en la creación literaria no puede ser calificado menos que de prodigioso. Como se ha señalado más de una vez, tenía madera de lingüista y gustaba de estudiar las variantes del español que entonces se hablaba en diferentes lugares, variantes que en muchas ocasiones empleó en sus textos.

Por otro lado, el lenguaje de Martí está repleto de arcaísmos junto a atrevidos e ingeniosos neologismos perfectamente contruidos en el plano gramatical, además de que obedecía las reglas ortográficas de su tiempo, muy diferentes a las actuales.

Su estilo, tan original y auténtico, tampoco se puede perder de vista a la hora de fijar los textos, pues en más de un caso hay giros que quizás hoy puedan ser discutibles por ciertas normas de redacción, pero que en él son rasgos de su peculiaridad expresiva.

Quizás los signos de puntuación sean el aspecto con el que hay que tener mayor cuidado. El propio Martí escribió acerca de su necesidad de ampliar los signos para poder expresar su pensamiento. Tanto en impresos como en manuscritos, a veces no se abren la admiración o la interrogación o el guión que indica la voz oral; hay momentos en que se tiene la certeza plena de que se produjo la errata por los impresores, cuando, por ejemplo, se omite alguno de ellos dentro de un conjunto de frases en que sí aparecen. Al revisar los manuscritos, hay momentos en que todo parece indicar que en el apresuramiento de la escritura se olvidó el signo correspondiente; pero es evidente que en muchos casos el autor tuvo la voluntad expresa de omitirlos: quien sabe si porque en períodos muy largos quería enfatizar la entonación hacia el final del párrafo largo.

En todos los casos, el criterio editorial que guía a la edición crítica es respetar a Martí, sobre todo, si se trata de manuscritos originales de su puño y letra. Cuando se ha dispuesto de impresos corregidos por el propio autor, como ocurre con sus folletos y con sus dos cuadernos de poemas —de los que existen ejemplares de las ediciones príncipe—, se han admitido sus indicaciones al salvar las erratas.

De lo publicado en los periódicos, sin embargo, solo se conservan manuscritos de dos o tres textos (versiones pre-

vias y quizás alguna copia de lo publicado) y es imposible determinar cuánto le fue modificado por los editores y hasta por los propios cajistas que tenían que montar los tipos, a no ser en los casos de nombres desconocidos por estos últimos. Por ello solo se modifican los signos de puntuación cuando su uso es incongruente con la propia redacción (cuando no se conserva el habitual uso del punto y coma o de los dos puntos o de la pleca o guión largo en una sucesión de frases) o cuando se trata de inobjetable normas gramaticales también de su tiempo (como la separación mediante comas en una enumeración). Y se señala en nota al pie que se sigue el original cuando la redacción puede parecer incongruente al lector actual.

Claro que se ha respetado con la mayor puntualidad los textos aparecidos en publicaciones bajo la responsabilidad editorial directa de Martí como la *Revista Venezolana*, *La América*, de Nueva York, y *Patria*, pues si hubo alguna censura fue la ejercida por el propio Martí sobre sí mismo. Incluso, se ha examinado la labor editorial de los periódicos en que publicó con mayor frecuencia y de los que se dispone de colecciones (como la *Revista Universal*, de México; *La Opinión Nacional*, de Caracas; *La Nación*, de Buenos Aires, y *El Partido Liberal*, de México), a fin de medir el nivel de sus erratas y si lo publicado respondía a ciertas normas o carta de estilo propia.

Una de las labores más agotadoras, que ocupa más tiempo y exige el máximo rigor y cuidado es la determinación de la autoría de textos publicados sin firma. Siempre se consideran el estilo, el ejercicio de la opinión tan sistemático en el periodismo martiano y las relaciones del contenido y los juicios con otros textos firmados. Cuando el menor elemento ofrece dudas, no se le atribuye su autoría y no se incluye el texto en la edición crítica.

Los *Cuadernos de apuntes*, en los que ya se trabaja, parecen ser, en todos los casos, manuscritos martianos; sin embargo, se labora con mucho cuidado en la búsqueda de autores que hayan tratado esos temas cuando hay indicios de que Martí copió textos ajenos, quizás para estudiarlos o conservarlos como fichas o anotaciones.

Fijado el texto martiano que aporta numerosas notas aclaratorias sobre el mismo texto, contextuales y de referencias cruzadas sobre su propia obra, se continúa la elaboración de notas informativas y la búsqueda de información para los índices. Es impresionante la cantidad de personas, lugares y temas mencionados por Martí: en algún tomo las entradas en los índices pasan de dos mil. Esta tarea exige la combinación de una amplia cultura martiana; de asuntos cubanos, latinoamericanos y estadounidenses; y de asuntos

generales que abarcan desde la antigüedad clásica hasta el propio momento del siglo XIX en que él escribía. Por tal motivo, aunque el equipo realizador incluye estudiosos de vasta experiencia en la obra martiana, especializados en diversos temas y disciplinas, se ha hecho imprescindible acudir a la mayor variedad de personas, dentro y fuera de Cuba, que puedan aclarar el asunto buscado.

Estas búsquedas son las que ocupan más tiempo dentro de la investigación y se pueden convertir en verdaderos estudios de aspectos desconocidos de la obra martiana, como ha ocurrido con el caso del hoy olvidado aventurero estadounidense Augustus K. Cutting, quien puso en seria afectación las relaciones entre México y Estados Unidos durante 1886, asunto que el cubano siguiera atentamente desde su periodismo, preocupado por el destino del país del Sur.⁵

Particular dificultad suele ofrecer la identificación de las personas y de los títulos de obras artísticas y literarias aludidas por Martí solo en algunos de sus rasgos o características, como dando por sabido el asunto.

Terminada la fase investigativa de cada tomo, los editores trabajan con él directamente, revisan, unifican y completan todo lo hecho, entregan a diseño y realización, numeran los índices y revisan esas artes finales y la prueba de impresión. No se trata, por supuesto de una mera revisión, sino que su misión esencial es filtrar y completar cuanto hubiera escapado durante la investigación y cuidar el estricto cumplimiento de las normas editoriales.

De hecho, en la práctica, el investigador se hace editor, y el editor, investigador, y forman un equipo de trabajo integrado cuya tarea no termina hasta que el tomo está impreso.

Para los integrantes del equipo, las repetidas lecturas de los textos martianos y los análisis cuidadosos de sus contenidos para definir la necesidad de notas, se convierten en un estudio a fondo de sus diversos matices y significaciones literarias, lingüísticas, históricas, culturales y del pensamiento de su autor, del hombre y su tiempo, que es todo el hombre y todo el tiempo, como planteara hace muchos años Juan Marinello.

⁵ Rodolfo Sarracino, investigador del equipo de la edición crítica, publicó un libro sobre el tema.

La Edición crítica tiene publicados 15 tomos y el trabajo de investigación marcha ya por el tomo 33, que llega hasta principios de 1890.

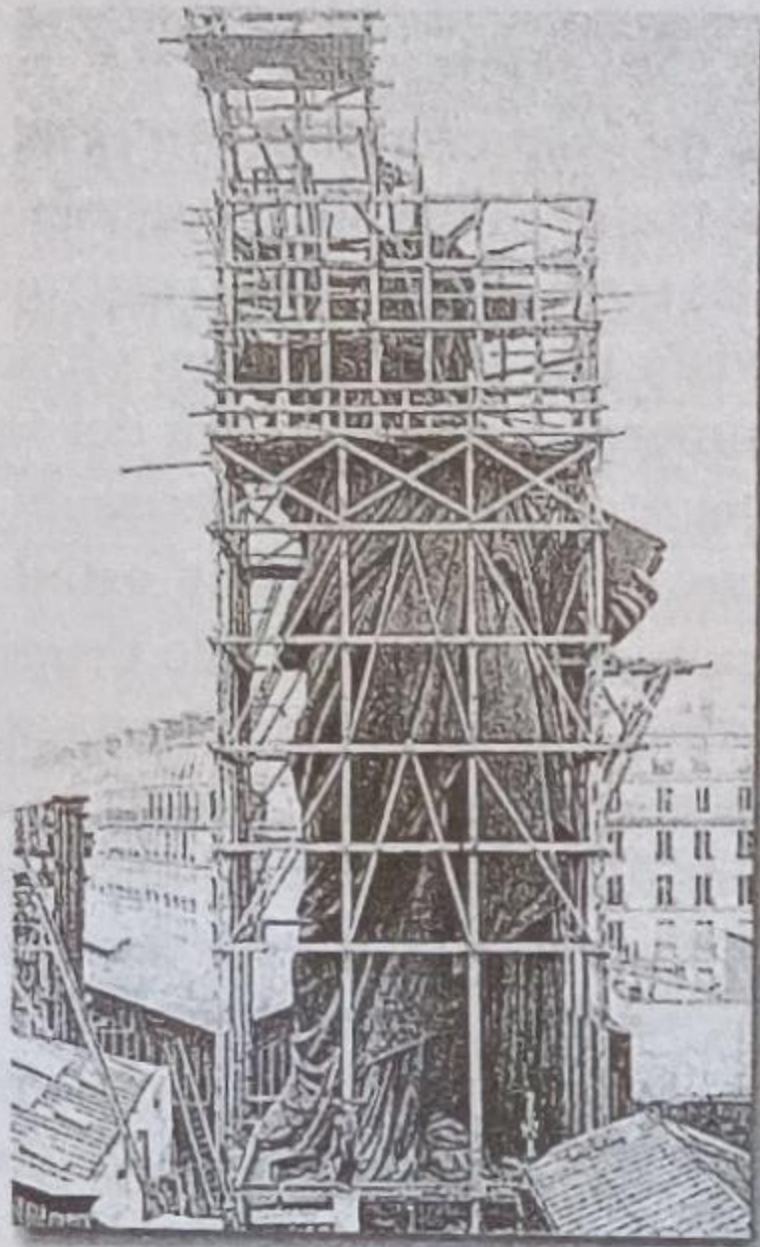


Nueva York (1880-1890)



Retrato con su hijo en Nueva York en 1885.

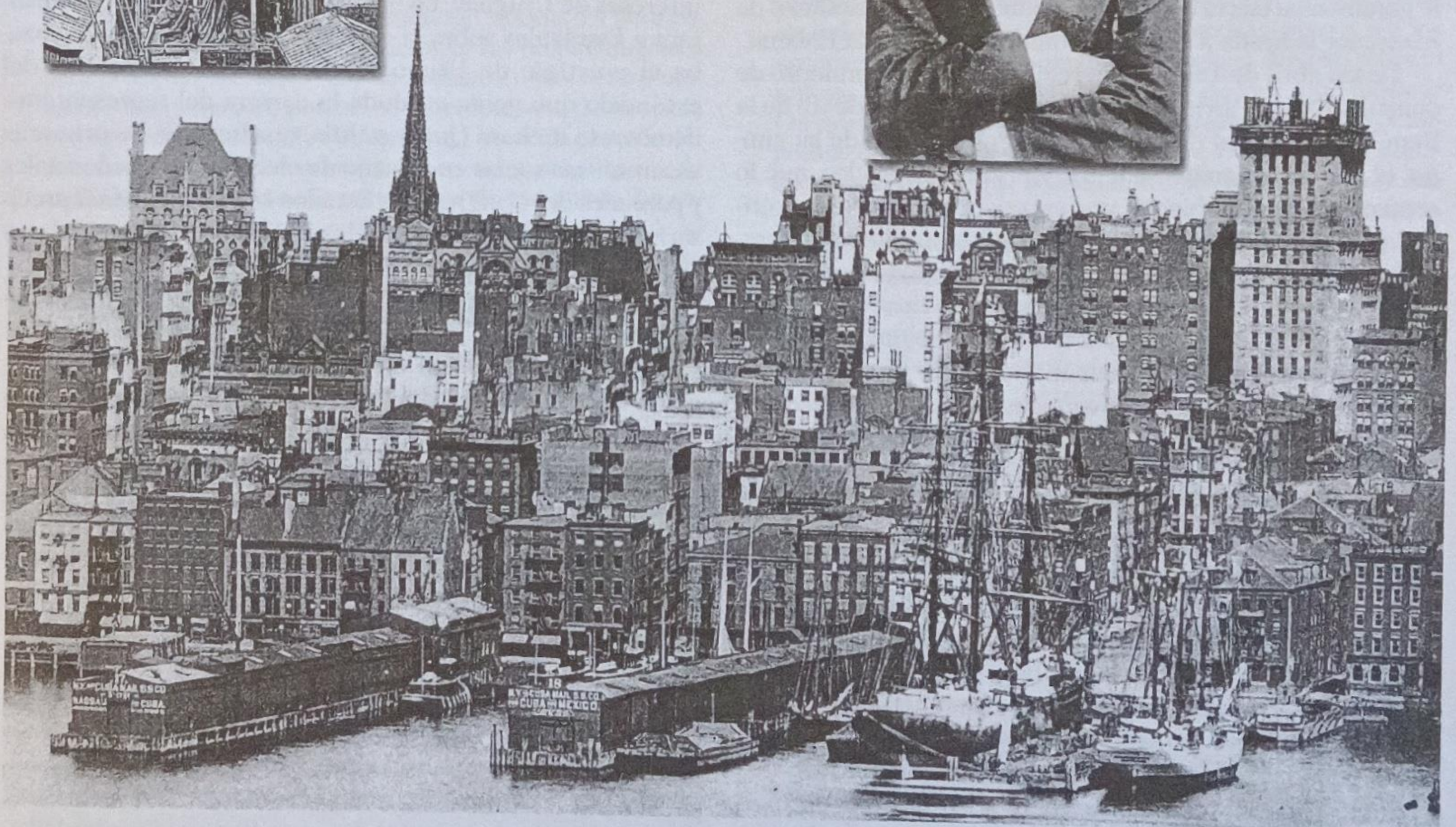
Edificio neoyorquino en 20 Front Street, donde Martí tenía su despacho y más tarde sede de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano.



La Estatua de la Libertad en construcción, 1886. Martí reseñó su inauguración.



Retrato de 1885.



Vista de la ciudad de Nueva York.

José Martí: sus primeros servicios consulares a Uruguay

RODOLFO SARRACINO



Hacia 1888 Martí estaba ya casi completamente recuperado, personal y políticamente, del desencuentro experimentado en 1884 con Máximo Gómez y Antonio Maceo. Desde el último trimestre del año anterior había comenzado a reactivar sus contactos con la emigración. Su autoridad era reconocida por varios de los clubes revolucionarios cubanos más importantes en Estados Unidos. Se había dirigido a Máximo Gómez y Antonio Maceo en un espíritu de respeto y conciliación, y ambos le habían respondido con el mismo ánimo. Maceo, en enero de 1888, le ofrece su cooperación para reorganizar la red de clubes revolucionarios y le confirma su amistad sincera. Máximo Gómez no responde a Martí directamente, sino a "la Comisión de New York", a la que renueva su disposición para cooperar con el nuevo proyecto, aunque entiende que la iniciativa puede resultar prematura. No obstante la cautela de Gómez, Martí se sintió alentado a continuar la organización del nuevo proyecto libertador, esta vez bajo su orientación personal.

La labor de Martí como corresponsal en la urbe neoyorquina de los diarios *La Nación*, de Buenos Aires, y *El Partido Liberal*, de México, se desenvolvía satisfactoriamente, lo que le garantizaba cierta estabilidad financiera y la posibilidad de mantener la ayuda a su familia menesterosa en La Habana.

Desde abril de 1887 había recibido el nombramiento de cónsul en Nueva York mediante decreto del Presidente de la República Oriental de Uruguay, con el respaldo de su amigo, el cónsul uruguayo saliente, Enrique Estrázulas, que lo recomendó a su gobierno por su talento, cultura, integridad personal e ideas políticas avanzadas, en líneas generales congruentes con la política exterior uruguayana de aquellos días. Su prestigio aumentaba constantemente. En diciembre del propio año se le había nombrado segundo vocal de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York.

En materia de deberes consulares, Martí seguía cuidadosamente las instrucciones y enseñanzas de Estrázulas, aunque no resulta fácil improvisar la experiencia en la práctica consular. Por ejemplo, se desconoce la razón por la cual Martí nunca llegó a presentar su solicitud de *exequatur* ante el gobierno estadounidense. Mas su educación universitaria, sobre todo su licenciatura en Derecho civil y canónico, y sus conocimientos de derecho de gentes o internacional, como se le llama hoy, le aseguraban una base sólida para el cumplimiento de sus nuevas funciones. Por otra parte, el cargo de cónsul de un país de América del Sur le proporcionaba cierta cobertura para sus movimientos en Estados Unidos y también la posibilidad de conocer a los colegas suramericanos en Nueva York y Washington, y penetrar más profundamente en la política exterior de dichos países, lo cual

podría ser útil para su causa a partir del inicio de la Guerra de Independencia y sobre todo después del triunfo revolucionario.

Las responsabilidades revolucionarias —cada vez más comprometedoras en el plano personal, a pesar de la confidencialidad que aplicaba a sus acciones—, resultaban en medida creciente ostensibles, y podían afectar negativamente las relaciones bilaterales de Uruguay con España y Estados Unidos, lo cual habría sido contraproducente, tanto para Martí como para el país que representaba. Por otra parte, ser cónsul, en una ciudad como Nueva York, suponía preparar informes, desempeñar las tareas que le fueran instruidas, recaudar la imposición prevista por la ley por sus servicios consulares, y cumplir las numerosas regulaciones del sistema consular uruguayo. Debía atender a una minúscula comunidad de familias uruguayas de esa ciudad y estado, y también informar, por conducto de la embajada de Uruguay, de todo cuanto pudiera afectar los intereses de esa nación.

Muy pronto, menos de un año después de asumir su cargo como funcionario consular del gobierno uruguayo, tuvo lugar un incidente que obligó a Martí a empeñarse a fondo para evitar un problema potencialmente peligroso para los intereses de Uruguay. Lo más probable es que Martí consultara a Estrázulas sobre la espinosa situación que amenazaba el prestigio de Uruguay: el potencial destructivo del escándalo que ponía en duda la carrera del representante demócrata Richard Quarles Mills, resultado de las primeras escaramuzas sucias en ese año de elecciones presidenciales y parciales del Congreso en Estados Unidos. Es difícil precisar porque no tenemos todas las cartas de Estrázulas a Martí.

Uno de los temas más debatidos en esa campaña presidencial fue el de la política comercial de Estados Unidos. Ambos partidos estaban nítidamente divididos en lo relativo a si Estados Unidos debía ser o no un país proteccionista o de libre comercio. La política comercial norteamericana en el plano internacional era esencialmente pragmática: proteccionista en relación con Europa y partidaria del libre comercio frente a los estados menos desarrollados de América Latina. Nada fuera de lo ordinario se anticipaba en la agitada coyuntura. Lo que estaba en juego eran los intereses económicos y comerciales de cada uno de los estados de la Unión, cuyos grupos de presión en el Congreso, el Ejecutivo y la prensa influían en la opinión de los electores con medias verdades y libelos voceados en todo el país.

Uno de los más consecuentes defensores del libre comercio era precisamente el representante del Partido Demócrata por el estado (este) de Texas, Richard Quarles Mills, presidente de la poderosa Comisión de Medios y Arbitrios

de la Cámara de Representantes, viejo oficial confederado,¹ cuyas acciones y argumentos electorales relativos al libre comercio destacó Martí positivamente durante toda la campaña electoral, en la que Grover Cleveland, que concluía el primer período de un presidente demócrata después de la Guerra de Secesión, aspiraba a la reelección contra el candidato republicano, Benjamin Harrison. Pero ni siquiera Mills, que seguía la tradición de la libertad de comercio de los estados confederados, era partidario de eliminar en su totalidad el proteccionismo. Cuando presentó su proyecto de ley sobre la libertad de comercio, bien pensado y equilibrado, contenía una lista de productos que debían ser liberados de aranceles. Materiales básicos como el acero, el cobre y otros metales, así como el grueso de los productos industrializados no estaban en la lista. Pero en ella se destacaba la lana, segundo producto de exportación de Uruguay —y por cierto, también de Argentina—, a Estados Unidos, cuya presencia en el mercado estadounidense era rechazada por intereses laneros norteamericanos concentrados en los territorios occidentales de Texas y Vermont.

Nada en la sórdida política estadounidense ocurre por casualidad, ni entonces ni hoy: varios diarios de Texas comenzaron a difundir el rumor de que Mills había visitado Uruguay el año anterior y que había adquirido allí un gran lote de ovejas de las mejores razas. *The Sun* citaba los argumentos de los laneros tejanos:

Si Mills fuese un productor de lana sería el único en Estados Unidos que no comprende que la lana "libre" supone un perjuicio para el productor norteamericano de lana. Nosotros mismos hemos explicado este punto de vista con la hipótesis de que Mills puede ser un partidario tan sincero del libre comercio que estaría dispuesto a sacrificar sus propios intereses para promover esa idea. Pero ocurre que él no es completamente desinteresado, porque no es propietario de una sola oveja y ni de una sola libra de lana [...] Mr. Mills procede del este de Texas, y los mayores productores y propietarios de ovejas se concentran en la parte oeste de ese estado. La correspondencia en nuestro poder indica que aunque demócratas, los productores de lana tejanos son fuertes proteccionistas y que Harrison y su vicepresidente recibirán la mayor votación a un candidato republicano en la historia de ese estado—y todo por la lana.²

La lana que competía con los productores de Texas era, como hemos visto, la de Uruguay y Argentina. Pero el asunto cobró un sesgo inesperado cuando los rumores revelaron que Mills había visitado Uruguay el año anterior —esto es, en 1887— y que en esa ocasión se concretó una operación de "compra" de ovejas. Aunque nada concreto se dijo, quedó en el ambiente la fuerte impresión de que Mills había recibido su "comisión" en especie por servicios prestados a los productores de lana uruguayos. Era un problema

serio para Uruguay, que aparecía sobornando a un miembro del Congreso de Estados Unidos, y para Mills, que más que un honrado partidario del libre comercio, a partir de entonces cargaría con la sospecha de ser un político corrupto, al servicio de intereses extranjeros.

Solo cuando se dispone de información sobre el contexto estadounidense, comienzan a tener sentido los comentarios críticos de Martí expresados en sus crónicas y correspondencia personal de aquellos días con Estrázulas y el gobierno uruguayo. Al efecto de familiarizarnos mejor con el pensamiento martiano sobre el tema crucial de las elecciones de 1888, creemos necesario, para comprender mejor la posición de Martí, citar con cierta extensión sus comentarios de abril de 1888 para *La Nación*, de Buenos Aires:

Donde están ahora todos los ojos es en la Cámara de Representantes. Allí va a discutirse el ya famoso proyecto de Mills, en que prudentemente, y con respeto a los intereses establecidos, se rebajan los derechos sobre ciertos artículos, y se declaran libres los indispensables para abaratar la vida y las manufacturas, y abrir a estos mercados en el extranjero, y en el interior empleo a los trabajadores ya hoy desocupados. Allí va a plantearse el problema de la nación.

Allí va a librarse, con la discusión de este proyecto, la primera batalla para la lucha presidencial. Está llena Washington de los agentes de las empresas, comercios y cultivos interesados en mantener y aun en aumentar la tarifa proteccionista: Randall³ los defiende, y sus catorce demócratas, que eran cincuenta antes del mensaje: Randall ha respondido al proyecto de Mills con otro de poca monta, compuesto privadamente, según cuentan, de acuerdo con un conspicuo republicano:—allí están los de Filadelfia, baluarte del proteccionismo; allí los luisianeses⁴ que no quieren que se rebaje el derecho sobre el azúcar; allí los fabricantes de tejidos de lana, que piden al Congreso el establecimiento de un derecho tal que haga imposible la importación de toda fábrica extranjera; allí los criadores de merinos, que solicitan otro privilegio igual para sus lanas. ¿Y el malestar nacional?—les pregunta, al dar su informe favorable al proyecto, la comisión de medios y arbitrios? ¿Y el malestar nacional, abocado ya a un conflicto temible, y que principalmente arranca de la escasez del trabajo, de lo caro de la vida, del exceso de la producción sobre el consumo, de la imposibilidad de sacar el exceso de producción a competir con la más barata del extranjero? ¿Y el país, que sufre de falta de numerario, tanto el pobre como el rico, cuando a fin de este año tendremos acumulados en el Tesoro ciento cincuenta millones por derechos excesivos? ¿Y el trabajador, que

³ Randall, Samuel Jackson (1828-1890). Político estadounidense. Fue miembro de la Cámara de Representantes del Congreso de Estados Unidos durante casi treinta años, a partir de 1862, y sucesivamente reelecto hasta su fallecimiento. Codificó el reglamento de procedimientos de la Cámara y fortaleció la figura del líder de la Cámara. Fue el primer presidente del Comité de reglas y procedimientos de la Cámara. En 1880 fue removido de su presidencia al ganar los republicanos la mayoría en la Cámara. En 1888 fue encarnizado oponente del proyecto de ley de libre comercio presentado por el representante Robert Quarles Mills.

⁴ Se refiere a los productores y refinadores de caña de azúcar del estado de Louisiana.

¹ Richard Quarles Mills combatió durante toda la Guerra de Secesión con el grado de coronel del 10º Regimiento de Infantería de Texas.

² *The Sun*, 15 de octubre de 1888, en edición microfilmada, Centro de Estudios Martianos.

en virtud de los mismos derechos que lo dejan sin trabajo, o con trabajo inseguro, tiene que pagar un 180% más del valor de fábrica sobre la lana que le viste?

Los derechos se imponen para levantar los fondos necesarios al mantenimiento de la nación: no para favorecer, y esto con favor solo transitorio y aparente, a un puñado de privilegiados con daño de la nación entera, y con peligro de su misma paz. ¿Qué es todo lo que exportamos ahora? Fabricamos por valor de \$7 000 000 000, y exportamos \$136 000 000; menos de un dos por ciento. Con nuestros derechos altos sobre lana, y con ocupar segundo puesto en su producción, exportamos al año \$500 000 de tejidos, y con la lana libre, Inglaterra exporta \$100 000 000. Necesitamos al año para vestir a nuestra población 600 000 000 de libras de lana, ¿y no las declararemos libres de derechos, no le daremos vestidos más baratos al país, no proporcionaremos a los telares hoy cerrados ocasión de producir en precio bastante bajo para venderla en el extranjero, por favorecer a los que solo producen 265 000 al año, 265 000 que no corren riesgo, pues con el desarrollo de la fabricación en virtud de la entrada libre de la materia prima, el fabricante necesitará de más lana doméstica que mezclar con extranjera? Sin tener en cuenta lo grave del problema nacional, solo con declarar la lana libre, sacamos de los hombros del país, 12 382 211 pesos que le cobramos innecesariamente ahora y yacen ahí en el Tesoro, expuestos a la rapiña de los agiotistas, y a las tácticas de los proteccionistas que buscan toda especie de pretextos plausibles, aquellos para vaciar el Tesoro público en sus cajas privadas, estos para distribuir el sobrante de manera que no se pueda hacer de su existencia un argumento en pro de la rebaja de la tarifa.

Eso era lo que el prudente preveía; eso fue el mensaje; ese es el proyecto de Mills, que será propuesto en discusión privada a los demócratas, para que vaya a la Casa⁵ como proyecto del partido, a despecho de Randall y los suyos, a despecho de los que quieren con la derrota previa de su medida favorita, presentar a Cleveland como derrotado por sus propios sectarios antes de que se reúna la convención que ha de nombrar al candidato de los demócratas a la nueva presidencia. Eso informa la comisión del ramo sobre el proyecto notable que rebaja los derechos de todos los artículos de necesidad y declara libres aquellos indispensables para poner de nuevo sobre sus pies las fábricas sin empleo, las poblaciones enteras sin quehacer, las herrerías y telares cerrados, en un silencio lúgubre.

Con escaramuzas que revelan su impotencia, tratan los catorce de Randall⁶ de entorpecer los debates de la Casa, de manera que llegue la hora de clausura sin que se haya discutido el proyecto de tarifa. ¡Pero fuera desafío demasiado insolente, para que lo llevase el país en calma! Obtener concesiones es lo que sin duda quieren estos trabucaires. Y echar a Cleveland de la Casa Blanca es lo que a diente y uña procuran los demócratas, que lo ven con miedo crecer entre sus garras, como si le aprovecharan las mordidas.⁷

No hay duda de que Martí veía con simpatía el libre comercio, no solo por convicción sino además por un sentido elemental del deber profesional. Jamás un pequeño país tuvo un defensor tan efectivo y hábil en el manejo de los argumentos económicos: un cónsul que al propio tiempo era un brillante y elocuente periodista, sensible a los genuinos intereses del pequeño país suramericano, cuya gestión probablemente no podía ser superada por ningún otro funcionario uruguayo. En mayo, Martí volvía a la carga:

No cabía en el discurso proteccionista abogar por la entrada libre de la lana, como con éxito y denuedo abogó el Presidente en su mensaje, y el representante Mills en la oración fundamental en que explicó el proyecto que lleva su nombre ante la Casa, donde no levantan cabeza los proteccionistas republicanos, aturcidos por la cohesión y brillantez de los argumentos de los demócratas reformistas, que cuentan las victorias por los discursos, y se aprietan cada día con más fervor en torno del estandarte que alzó con tanto esfuerzo Cleveland. Pero, en cambio, empleó cifras y razones para demostrar a los mismos proteccionistas, mantenedores del derecho diferencial, que el que hoy entraba las lanas argentinas puede suprimirse sin peligro de la lana de Norteamérica, por ser la naturaleza, rendimiento y empleos de ambas tan diversos, que la lana del Plata no puede dañar a la de Vermont, aplicada a distintos usos.⁸

Los sólidos argumentos de Martí fueron útiles al gobierno uruguayo: no era solamente que los productores de lana estadounidenses suministrasen una fracción de las necesidades totales de su mercado, sino que la poca lana que producían se utilizaba para usos muy diferentes a los de la lana suramericana.

Otra faceta del problema, que aludía directamente al cónsul Martí era el análisis de la situación interna, los criterios para resolver los problemas entre ambos países y la recopilación de informaciones que podían ser útiles en la defensa de los intereses uruguayos. Así, en carta del 22 de febrero de 1888, anterior al estallido del escándalo, le informa al ministro de Relaciones Exteriores de Uruguay, Ildefonso García Lagos:

Por todo lo que va publicado desde las recomendaciones del Mensaje⁹ se ve que la opinión favorece sus conclusiones, y que el proyecto de reforma que ya tiene en estudio el representante Mills insistirá, como punto esencial, en que una nación que necesita al año 6 000 millones de libras de lana para vestidos, abrigos y alfombras no continúe pagando por la lana y sus productos derechos gravados a veces en un 180 por ciento, por favorecer a un grupo de criadores que no por esa reforma dejarán de vender—aunque sea a menos precio compensado por la rebaja general—los pocos cientos de miles de libras que producen al año.

La lana figura este año como el anterior, en segundo lugar en el cuadro de importaciones de productos del Uruguay en

⁵ Cámara de Representantes.

⁶ Martí se refiere a los catorce legisladores republicanos, entre los más de cincuenta que inicialmente defendieron la causa del proteccionismo, que hasta el fin continuaron firmes en la defensa de esa causa.

⁷ Véase *La Nación*, Nueva York, 10 de abril de 1888, en José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 11, pp. 438-440. [En lo adelante, esta edición se citará como *OC*. (*N. de la E.*)]

⁸ Véase *La Nación* de Buenos Aires, del 3 de mayo de 1888, en *OC*, t. 7, p. 342.

⁹ Se trata del mensaje del Presidente en el que presenta el proyecto de ley de Mills. (*J. Martí, OC*, t. 8, p. 66.)

los Estados Unidos. Los cueros ocupan el primero y la cerda el tercero. Del Uruguay entraron aquí en el último año fiscal 2 585 292 libras de lana de vestidos por valor de \$406 212 y 306 189 libras de lanas gruesas por valor de \$22 102. En estas lanas gruesas, empleadas aquí principalmente en la manufactura de alfombras, es donde se nota aumento mayor en la importación americana, puesto que a la vez que en 1887 solo entraron lanas finas por valor de \$3 431 567 en vez de los \$6 651 260 en libras de lana en 1886, de las gruesas han entrado como dos millones de pesos más: \$8 486 065 en 1886, y \$10 464 352 en 1887.¹⁰

Está claro que el análisis de Martí era objetivo: muchísimo más pesaba la economía estadounidense que los intereses de unos pocos productores de lana en Texas y Vermont, sobre todo porque en definitiva producían lana para otras manufacturas. En otra misiva Martí le dice a Estrázulas:

Ahora las ovejas. Don Juan¹¹ no sabe más que de lanas. Uno que otro corredor en ellas, en cuanto huelen compra, niegan todo informe. No he podido averiguar, aunque ya lo he preguntado a Vermont, a qué criador compró su lote Hill; confío en que me lo dirá Mr. Albert Chapman, de Middlebury, Vt., Secretario de la *Vermont Merino Sheep Breeder Association*. Le he pedido eso, y cuantos datos prácticos sean menester sobre transporte, embarque, precio y rendimiento. Yo sabía que las Atwood eran las primeras, y luego las Humphreys, Hammond y Jarvis; pero ahora leo que hay otras crías enteramente puras, aunque más modestas, que cuestan mucho menos y rinden casi lo mismo, Hallenbeck, Button, Melvin, Pettibone, Harwood, Eastman, Milton Bark, Curtis, todas certificadas en el Registro, antes de 1884, sin lo cual no se debe comprar ninguna cría de Vermont. Las crías finas dan, por término medio, de 13 a 15 libras por vellón, aunque los padres de más de 2 años suelen dar 27 y hasta 31. La oveja usual da 12 y algo más. La proporción de lana a carne es, por término medio, de 23%, aunque en algunas crías llega a 29 y 31. Un padre de 2 años de 81 libras ha rendido 26 de lana; y una oveja de 61 y 8 onzas, 18 y 4 onzas. Parece que el precio de las ovejas es de \$40 a \$80, y el de los carneros de \$50 a \$100. Los Atwood son los más caros. Otro me dice que, comprándolos de 3 a 4 meses, que es lo mejor para la exportación, pueden conseguirse de \$60 a \$80 el par. Eso es lo único de sustancia que he podido sacar de conversaciones y libros y de un viaje a Orange Country, y una larga plática con la redacción del "American Agriculturist" del Orange Judd Co., que son los que saben más de esto. He consultado el Diario Oficial de los criadores de Vermont. Le mandaré lo que me escriba el Secretario, y cuanto más sepa. Y encárgueme cuanto quiera, seguro de que tendrá en mí un buen asistente: ípocas cosas me serán más gratas que servirle!¹²

Aunque la lectura de las líneas anteriores en su sentido recto no lo indique, estamos ante un informe a Estrázulas

acerca de las gestiones que Martí realizara para precisar datos que facilitasen la localización de los productores que habrían entregado una supuesta comisión en especie a Mills en Uruguay. Por la raza se podían conocer las haciendas o empresas productoras en Uruguay que le entregaron el presente. Si se disponía del precio de cada raza se podía calcular con cierta aproximación el monto total de la entrega a Mills. En las líneas citadas Martí emplea un lenguaje figurado para confundir a los posibles lectores furtivos estadounidenses de la correspondencia consular. Ya sabemos que Mills nunca llegó a poseer una oveja y jamás se dedicó a la producción de lana, de manera que cuando Martí se dirige a dos productores de lana en Vermont, para obtener informaciones sobre la supuesta compra de un tal Mills, cuyo nombre completo y cargo nunca aparece, lo que busca en realidad es información sobre la operación en Uruguay y su monto aproximado. Los productores estadounidenses eran la mejor fuente de las actividades comerciales de Mills.

Fue una investigación exhaustiva, pero Martí no halló sustancia en las insinuaciones de la prensa estadounidense. Su informe fue, pues, negativo: "en cuanto huelen compra, niegan todo informe", dice a Estrázulas. Sin informaciones, Martí no pudo averiguar qué criador uruguayo vendió u obsequió un lote a Mills. Se comprende que ningún productor norteamericano quisiese involucrarse directamente en semejante escándalo. En el fondo, estas noticias eran buenas para Estrázulas. La negativa de los productores a suministrar datos sobre las supuestas entregas de ovejas a Mills pudiera indicar un libelo urdido para desacreditar al campeón del libre comercio en Estados Unidos. El escándalo pronto se desinfló sin peores consecuencias.

El lector se preguntará cuál fue el fin del *imbroglio* en medio de un año de elecciones. Mills, como afirma Martí, presentó su proyecto de ley en la Cámara de Representantes y tras un debate que se prolongó más de un mes, logró que su proyecto fuese aprobado con una votación de 162 a favor por 149 en contra. Fue una victoria sonada, en buena cuenta asegurada por la mayoría demócrata en la Cámara de Representantes. En el Senado la situación era diferente. Allí el Partido Republicano tenía mayoría. Independientemente de sus méritos, el proyecto fue engavetado y no vio jamás la luz. Mills personalmente fue reelegido por electores que en un estado productor de lana nunca habían visto una oveja en sus vidas, pero Grover Cleveland fue derrotado, y no por el incidente de la lana. Fue otra lección para Martí que habría resultado útil para un pueblo determinado a defender su independencia si una bala española no hubiese interrumpido su vida preciosa e insustituible. ■

¹⁰ *Ibidem*, pp. 66-67.

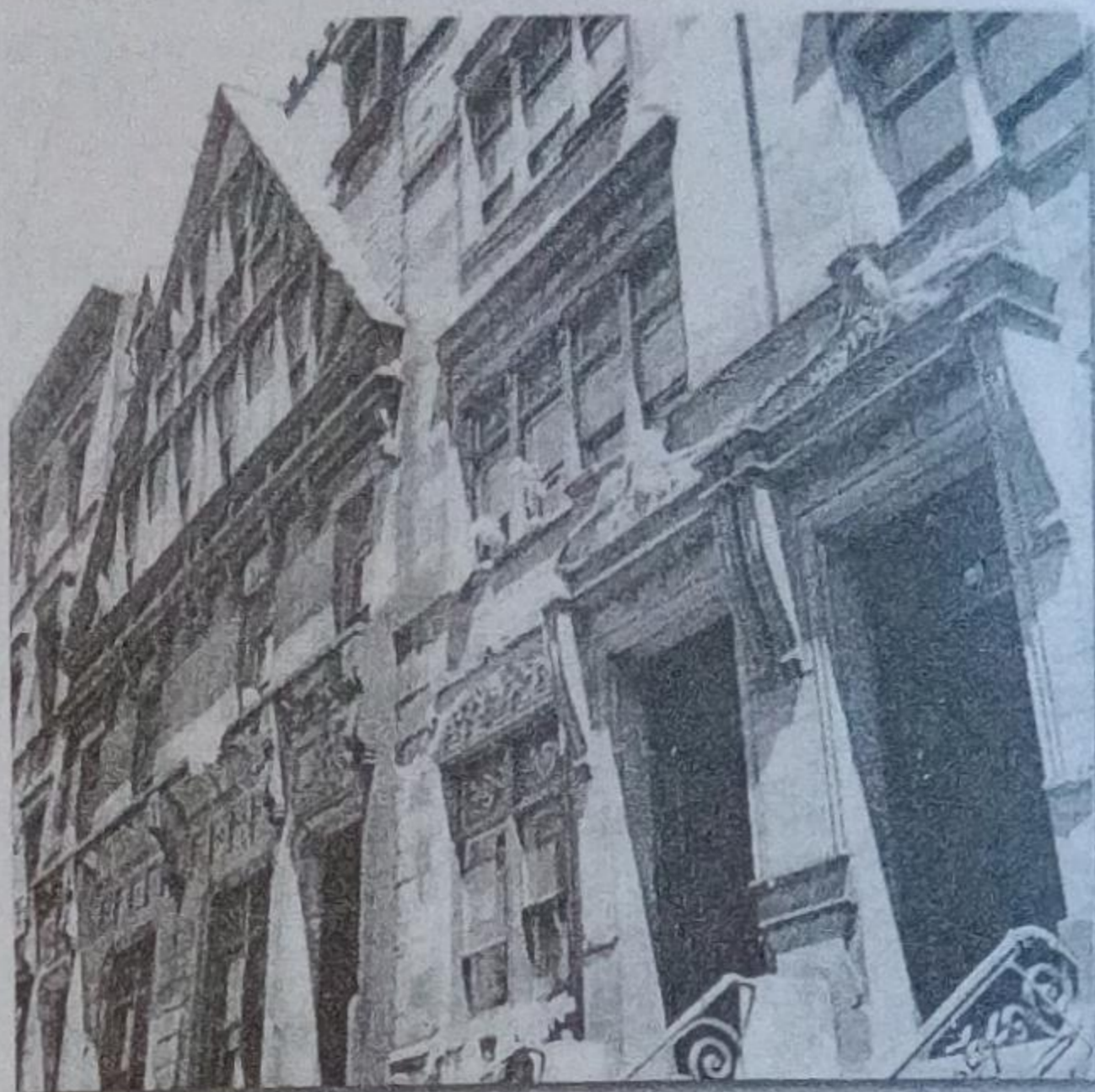
¹¹ Estrázulas tenía una confianza tal en Martí, que compartía con él sus aventuras amorosas en Europa. (Cf., carta de Martí a Estrázulas, en J. Martí, *OC*, t. 20, p. 191.)

¹² *Ídem*.

Nueva York (1890-1895)



Martí en su despacho de 20 Front Street, retratado por Herman Norrman, 1891.



De la casa de la familia Miranda partió para Montecristi el 31 de enero de 1895.



Martí con Manuel Mantilla, hijo de Carmen Miyares, en vísperas de su viaje a Santo Domingo y posterior desembarco en Cuba.



PATRIA.

ADMINISTRADOR:

J. A. AGRAMONTE

NUM. 1.—NEW YORK, MARZO 14 DE 1899.

La
214

BASES

DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

Propuestas por encargo de la emigración de Cayo Hueso, aprobadas por la emigración

V.—Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan á acelerar con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva República indispensable al equilibrio ameri-

ga las relaciones más naturales, y perturba y tiene como sin raíces la existencia, la precipitación de ese estado de guerra indeciso en la guerra decisiva es un ahorro recomendable de la fuerza pública. Cuando las dos entidades

biesen extirpado ó p menes temibles, y el por la intriga ó el mí á impedir que las fu combinasen, sin excl

Contemporaneidad de Martí como crítico de arte

ADELAIDA DE JUAN



La labor de Martí como crítico de arte es una parte esencial de su obra, más relativamente poco divulgada. Es imposible desgaipar sus opiniones sobre los artes plásticos de la unidad de su pensamiento. Martí ve el arte como "el modo más cierto de llegar al mundo de la verdad, y de ponerlo a la vez, de manera que perdure y cambie, en los tiempos y los horizontes".¹ La radicalización de su pensamiento, comprometido en un empeño libertador de nuestra patria, se refleja en su crítica, que denominará "ejercicio del censorio", publicada en diversos legajos periodísticos de América. Esta faceta de su labor se inicia en 1875, durante su primer estancia en México.

Algunos rasgos de la crítica de arte en Martí, realmente profusa, ya se advierten en estas opiniones, publicadas fundamentalmente en la *Revista Universal*. Con posterioridad, Martí hará, desde Caracas y, sobre todo desde Nueva York, donde está domiciliado durante los últimos quince años de su vida, documentos ilustrados al arte mexicano de la época. Entre otros, hemos encontrado uno en un artículo contemporáneo de ese país (por ejemplo, en el número *Artes Plásticas*, en la obra *Rodriguez Domínguez y su largo silencio*, Montaner y Simón editores) sobre la obra de México: la cultura y correspondencia para el nacimiento mexicano del siglo es de los pluri-simbólicos del joven cubano y su acercamiento de un pintor desconocido como Velasco y, sobre todo, la evolución de la producción plástica y artística que este Martí en su momento consideró como valiosas producciones artísticas.

El creciente prestigio de Martí fue de mantenerse en todo los artículos sobre las artes plásticas que publica con asiduidad. Cuando escribe sobre "el pintor revolucionario" de su momento, destaca aquellos pintores que hoy en día son privilegiados por los principales museos y colecciones, pero particularmente en el pasaporte *Universal*. Para Martí es muy acertado al señalar la pintura revolucionaria de la década de 1880 que comenzó de saber en Nueva York, luego le nombró sobre sus "opiniones artísticas en pro de Martí y Courbet",² y amplió este concepto con uno de sus generalizaciones más contundentes: "El arte, como la literatura, se se impone al espectador, al espectador, de buen grado".³ Casi un siglo después, en 1977, un artículo recientemente caracterizó estas manifestaciones artísticas de su país de finales del siglo en sus palabras que parecen un eco de las opiniones que escribiera Martí sobre ellas: "En la última década del siglo [XX], la cultura de los Estados Unidos era usada, de manera consciente, inconsciente, [...] dominada

por una complacencia protectora que era el resultado de una larga ignorancia y una mala rigidez".⁴

Martí comenzó de primera mano la pintura española, durante sus dos estancias en la metrópoli. De ahí sus escritos, al llegar a Nueva York, sobre los Madrazos y, más específicamente, sobre Fortuny. Al mencionar a este pintor, retiene una idea ya expresada en México y que se hace realidad medio siglo después. Se refiere a la insistencia en el exterior y la crítica de la costumbre artística con la finalidad de favorecer un arte nacional, antes que la imitación de un arte extranjero. En México había escrito que: "Hay grandeza y originalidad en nuestra historia: hay vida original y pronto en nuestra escuela de pintura".⁵ En 1892, advierte que Fortuny "puede que España adquiera a sus artistas de más que fueran luego artistas españoles".⁶

Por supuesto, el punto más alto de la escuela española de pintura es resaltado muchas veces por Martí. Los dos "españoles gigantes", Velázquez y Goya, son considerados por el cubano, quien los considera, además, como la fuente de la pintura innovadora de fines del siglo en. Martí escribe que Goya era uno de sus maestros, pero que no pocos creadores contemporáneos comparten. Pasa que si más allá de apreciación puede encontrarse en sus apuntes de 1871, cuando sobre el "gran valiente" exclama: "él, que fue un gran pintor revolucionario".⁷

Al señalar al papel desempeñado por los dos españoles en la pintura impresionista francesa, Martí antes de irse en la península y al desarrollo de esa escuela a través de la magna muestra de unos dos centenares de obras expuestas en el Walden Square Garden de Nueva York, en la primavera de 1886. Entre elementos de contemporaneidad están presentes en dos de sus artículos para *La Nación* de Buenos Aires, acerca de los pintores impresionistas. Quince días antes en dos puntos fundamentales. En primer lugar, Martí señala al inicio de uno de los artículos, escrito el 2 de julio,⁸ al nombre del *manifesto* responsable de traer la expresión francesa al Nuevo Mundo. Manuel Rusá, promotor principal de la pintura impresionista francesa, innovador por su momento. Martí retiene un hecho que ya había señalado desde sus primeros artículos rescatando al nacimiento del ambiente mexicano de arte contemporáneo como sistema imprescindible para la muestra y venta de obras de arte. Es de una opinión acertada esta insistencia de Martí en tener un asunto tal asunto, que ya abundaba en el Nuevo

¹ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972, t. 10, p. 282.

² En la exposición se puede del gothicismo español por la pintura, p. 2.

³ J. Martí, *ob. cit.*, t. 10, p. 282.

⁴ *Ibidem*, p. 228.

⁵ J. Martí, *Artes Plásticas*, 1980, Martí, S. editores, Nueva York, 1977, pp. 265-266.

⁶ J. Martí, *ob. cit.*, t. 4, p. 290.

⁷ *Ibidem*, t. 10, p. 282.

⁸ *Ibidem*, t. 10, p. 282.

⁹ *Ibidem*, t. 10, p. 282.

¹⁰ *Ibidem*, t. 10, p. 282.

York de finales del siglo XIX las características del sistema actual del mercado de arte. El *marchand*, la subasta, la promoción pública, la labor mediadora del crítico: esos puntales del sistema de producción artística vigente hoy en día, están señalados en las crónicas de Martí desde 1875, en su proceder incipiente. Martí señala, además, las ciudades cuyo desarrollo económico y cultural habrían de dominar el mundo del arte contemporáneo.

El otro aspecto presente en la crónica escrita el 2 de mayo, sobre el cual quisiera detenerme brevemente, por su vigencia actual, es el referido a lo que considera la temática central de lo mejor de los impresionistas. Martí escribe, respecto a los "ángeles caídos del arte" que son estos creadores, cómo esta misma condición los lleva a pintar "los ángeles caídos de la existencia". Se detiene, pues, en la temática que representa "la miseria en que viven los humildes", las "coristas huesudas", "los labriegos gibosos", las "mozas abestiadas". De hecho, tras agudos análisis formales, se centra en la obra de Renoir y, más aún, en un cuadro del francés, *Remador del Sena*. El carácter social de los personajes representados en el cuadro lo describe así:

[...] Las mozas, abestiadas, contratan favores a un extremo de la mesa [...] // El vigoroso remador, de pie tras ellas, oscurecido el rostro viril por un ancho sombrero de paja con una cinta azul, levanta sobre el conjunto su atlético rostro, alto el pecho, desnudos los brazos, realzado el cuerpo por una camisilla de franela, a un sol abrasante.¹⁰

Ningún escritor francés coetáneo de los pintores había señalado tal importancia temática, salvo en una frase reveladora de Mallarmé; tampoco ningún crítico estadounidense se había detenido en este aspecto. Habría de pasar un siglo antes de que la crítica de finales del siglo XX señalara, como había hecho Martí, antes que los aspectos de la forma pictórica, los que se vinculan con sus temas reiterados. En una evaluación de los estudios más recientes sobre estos pintores, se insiste en la necesidad de una "revaluación del universo moral de los impresionistas [...] Hoy en día [1989] la literatura sobre el impresionismo presta más atención a la temática de los pintores y a cuestiones sociales y morales, que a la forma y el estilo."¹¹

En sus crónicas sobre arte, Martí privilegió las manifestaciones pictóricas. Esta particularidad tiene su explicación fundamental en las exigencias periodísticas de las correspondencias que desempeñó: las exposiciones de pintura ocupaban un lugar mayor en la mirada pública. Esto no excluye su atención hacia otras manifestaciones de las artes plásticas. La apreciación martiana de la arquitectura y el urbanismo, especialmente en la ciudad de Nueva York, está matizada por un prolongado conocimiento del devenir cotidiano en ese ámbito. Como en la poesía, su necesidad de la presencia de la naturaleza surge, una y otra vez, vinculada frecuentemente a su añoranza por la patria. Concibe

el surgimiento de la arquitectura como imitación y armonía con elementos naturales.¹² En busca de la presencia de la naturaleza, Martí se pasea a menudo por aquellos parajes que en la gran ciudad conservan un espacio donde hay árboles frondosos: el Parque Central de Nueva York es un lugar preferido cuando se siente abrumado por "esta ciudad grande, donde viven las gentes tan solas".¹³

Martí establece contactos entre la ciudad estadounidense donde vive, algunas europeas y otras latinoamericanas. Estos contrastes, que obedecen a múltiples causas de índole social y económica, a más de la diferencia entre un crecimiento rápido de tipo migratorio e industrial —fenómeno de carácter dramático en nuestros días—, y la sedimentación secular que brinda una urdimbre de carácter tradicional, son expresados metafóricamente al inicio de una crónica de 1883, sobre la vida neoyorkina:

La vida en Venecia es una góndola; en París, un carruaje dorado; en Madrid, un ramo de flores; en Nueva York, una locomotora de penacho humeante y entrañas encendidas. [...] No se ven por las calles más que dos clases de hombres [...] el manso ejército de los resignados, vientre de la humanidad, y el noble ejército de los acometedores, su corazón y su cabeza.¹⁴

Con razón Martí aprecia el creciente carácter de gran urbe capitalista que adquiriría Nueva York, "donde está la fuerza del país, acá la cabeza de las industrias, acá el término de los ferrocarriles, acá la mayor población".¹⁵ También aprecia los contrastes violentos de la ciudad —acentuados en no pocas ciudades actuales— que favorecen, entre "estos lujos, [...] estos palacios mercantiles, [...] estas calles [...], cansadas de la piedra parda, y la arquitectura monótona, levantar por sobre las torres mismas de las iglesias sus casas de negocios, labradas las paredes, mármol y bronce del techo, el atrio pórvido y granito", basados en el hambre y la miseria de los obreros más humildes, que no tienen "más asilo que casas hechas de tablas de cajones".¹⁶ Martí pone así de manifiesto lo que en años recientes ha dado en estudiarse como la llamada "ciudad dual", es decir, la coexistencia de dos ciudades en una, cada cual con una tipología arquitectónica diferente, reveladora de una cruel diferenciación social. Esta conciencia aguda de la injusticia está presente en todo el pensamiento martiano; también en sus crónicas sobre arte matizará sus ejercicios del criterio. Con posterioridad a su precursora apreciación de la pintura impresionista, que ya he citado, la cual privilegiaba el carácter de su temática, Martí subraya, ante la obra del ruso Vereschagin, que la justicia ha de venir antes que el arte (1889), y, hablando del cubano Tejada, que mientras haya un antro, no hay derecho al sol (1894). Tales ejemplos

¹⁰ *Ibidem*, t. 19, p. 307.

¹¹ Jack Flamm, *The New York Review of Books*, septiembre 28, 1989, pp. 20-25.

¹² Pienso ahora, por supuesto, en los principios del gran arquitecto Frank Lloyd Wright, innovador en este, y en otros aspectos, de la arquitectura del siglo XX.

¹³ J. Martí, *ob. cit.*, t. 9, p. 334.

¹⁴ *Ibidem*, p. 443.

¹⁵ *Ibidem*, t. 12, p. 328.

¹⁶ *Ibidem*, t. 10, p. 298.

llevarían a algunos críticos contemporáneos a considerarlos como normas vigentes en ciertas escuelas del arte del siglo xx, notablemente en algunos momentos del expresionismo alemán, el muralismo mexicano, las artes visuales –sobre todo la fotografía que parte de Stieglitz– durante las décadas iniciales del siglo xx en Estados Unidos, etcétera.

Debo señalar que Martí se refiere en ocasiones al eclecticismo, modalidad que dominó gran parte de la arquitectura erigida en Europa, Estados Unidos y muchos países latinoamericanos hasta finales del siglo xix, lo cual es considerado por varios estudiosos actuales como un antecedente válido del posmodernismo en la arquitectura de la segunda mitad del siglo xx. Martí considera acertada en algunos casos la fusión estilística que preconiza el eclecticismo –como pienso que haría respecto a ciertos ejemplos del posmodernismo–; rechaza la profusión decorativa añadida sin otro sentido que el del boato grandilocuente, y afirma que grandor no es grandeza. Para Martí, la piedra de toque de toda arquitectura está en su adecuación a la función para la cual fue construida. Esto es precisamente el basamento teórico de la arquitectura moderna a partir de inicios del siglo xx, y particularmente en los principios teóricos esbozados, entre otros, por las enseñanzas del Bauhaus. Martí escribe –y pudiera decirse hoy en día– que esa “analogía con su objeto” da sentido a toda edificación: de ella le viene su “natural hermosura”.¹⁷

En 1883, en otra crónica para *La Nación*, describe la Quinta Avenida de Nueva York, y hace especial mención de sus edificaciones más importantes: “Bórdanla palacios, que ya tímidamente remedan las portadas suntuosas y lóbregas de las casas ducales de Venecia, y las torrecillas de las abadías góticas, ya balcones del Louvre, barbacanas de castillo feudal o minaretes árabes”.¹⁸ En estos, y otros juicios, no titubea en emitir una crítica severa ante el amasijo estilístico y decorativo, en manos ambiciosas o inexpertas, del eclecticismo exacerbado.

A finales del siglo xix, los avances tecnológicos posibilitaron otro tipo de edificación, basado en la construcción ferrovítrea. A diferencia de lo ocurrido con el eclecticismo, los materiales eran dejados a la vista, carentes de decoración añadida y con el énfasis puesto en el diseño. Los inversionistas no solían conceder a estas estructuras otra función que la relacionada con la industria o sus derivados, como los grandes almacenes o mercados, los puentes o estaciones de ferrocarril. Por su tipología limitada, no entraban a integrar la trama urbana. De ahí que la erección de la Torre Eiffel para la Exposición Universal de París de 1889, motivara en Francia no pocos comentarios peyorativos, hechos públicos por intelectuales, artistas y arquitectos. Martí, sin embargo, destaca la Torre cuando escribe sobre la Exposición en *La Edad de Oro*, y saluda a los hombres que lograban avances en el dominio técnico y científico, y construían monumentos como el que describe, alto y atrevido. Estas consideraciones, según apuntaré más adelante, habían sido

desarrolladas ampliamente por Martí en 1883, al considerar el puente de Brooklyn.

Motivado en gran medida por sus vivencias inmediatas, Martí escribe a lo largo de la década de 1880 varias crónicas sobre las construcciones y el entorno de Nueva York. He citado su descripción de la Quinta Avenida, los edificios que remedan diversos estilos del pasado y el ámbito general de esta vía distintiva de la ciudad. También he referido su mención al Parque Central como refugio natural dentro de la gran ciudad llena de gente solitaria. Cuando Martí lleva poco más de un año de residencia neoyorkina, dedica una memorable crónica a Coney Island, la cual apareció en *La Pluma*, de Bogotá, a finales de 1881.

Coney Island fue construida durante la década de 1870 en el perímetro mayor de Nueva York, frente a la costa sudoeste de Long Island; surge como uno de los primeros parques de entretenimiento controlados administrativa y comercialmente. Ha sido considerada, a partir de siglo xx, como un compendio de la llamada “cultura de la congestión”, y como uno de los hitos que marcan la modernidad de la ciudad. Es significativo que en los párrafos iniciales de la crónica de Martí, este haga referencia precisamente a esa característica, al escribir que se trata de “uno de esos lugares de verano, rebosante de gente”.¹⁹ Desde el inicio de la crónica, Martí establece las dos características esenciales del lugar: por una parte, la multiplicidad de atractivos y de comercios que facilitan la venta de todo tipo de diversión; y, por otra, las grandes multitudes de gentes que acuden a su reclamo. Un elemento secundario –y no olvidemos que Martí, siempre en sintonía con su receptor, está escribiendo para un órgano hispanoamericano de prensa– hay otro contrapunto, esta vez de distanciamiento, que establece un contraste entre el público estadounidense y el hispanoamericano: “ese original amor de los norteamericanos, en que no entra casi ninguno de los elementos que constituyen el pudoroso, tierno y elevado amor de nuestras tierras”.²⁰ Y añadirá: “Aquellas gentes comen cantidad; nosotros clase”.²¹ El distanciamiento está subrayado por el uso de aquellas gentes, aquella gran tierra, allá, frente a nuestras tierras, nosotros, pensamos, nuestros pueblos hispanoamericanos.

Martí no deja de subrayar el carácter masivo y popular que hace de este espacio de esparcimiento un símbolo de la ciudad y la cultura modernas. El análisis de la crónica de Martí sobre esa “inmensa válvula de placer abierta a un pueblo inmenso”²² ha llevado al crítico Julio Ramos a afirmar en 1989 que esa crónica de Martí constituye una de las primeras críticas latinoamericanas a la industria cultural moderna; y añade que “impacta la actualidad de esa crítica, la intensidad de su lenguaje, que por cierto anticipa algunos rasgos del Lorca de Poeta en Nueva York”.²³ Una

¹⁹ *Ibidem*, t. 9, p. 123.

²⁰ *Ibidem*, t. 9, p. 126.

²¹ *Ibidem*, t. 9, p. 127.

²² *Ibidem*, p. 125.

²³ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1989, p. 205.

¹⁷ J. Martí, *ob. cit.*, t. 28, p. 230 de la edición de 1963.

¹⁸ J. Martí, *ob. cit.*, t. 9, p. 393 de la edición de 1975.

década antes, J. F. Kasson apunta que "Coney Island contribuyó a suplantarse la cultura de elite con una nueva cultura de masas."²⁴

Otra obra merece la atención de Martí en varios artículos: el puente de Brooklyn, abierto el 24 de mayo de 1883. La primera mención la hace en vísperas de la inauguración del puente, en la cual elogia el esfuerzo de sus constructores.²⁵ Algunas semanas después, dedica a esta estructura una crónica completa: "El puente de Brooklyn".²⁶ Con minuciosidad, expone el procedimiento y los recursos técnicos empleados, enfatizando el trabajo del hombre, tanto de los que idearon y diseñaron la construcción a partir de los conocimientos de la época, como, sobre todo, de los que laboraron para su ejecución y los que van a servirse de él. El puente de Brooklyn será una de las imágenes de la nueva civilización donde él tratará de conciliar una y otra vez el dilema planteado entre el espíritu y la materia. En la descripción minuciosa del puente, Martí incorpora varias dimensiones, la del lenguaje tecnológico y la del lenguaje de la cultura. Busca la unión y define al puente como elemento que salva la brecha entre dos ciudades, y también entre pasado y presente: con ello reitera su afán de unir a los hombres. Las líneas finales de la crónica son elocuentes: "los puentes son las fortalezas del mundo moderno.—Mejor que abrir pechos es juntar ciudades."²⁷

En Bedloe, isla situada a la entrada de la bahía neoyorkina, fue colocada el 28 de octubre de 1886 la Estatua de la Libertad, donada por Francia a Estados Unidos. Martí escribe una larga crónica sobre las fiestas que se celebraron en la ciudad por su inauguración.²⁸ No deja de apuntar su desagrado de hispanoamericano ante el poderío expansivo estadounidense: "En la plaza de Madison es la fiesta mayor [...] frente al impío monumento que recuerda la victoria ingloriosa de los norteamericanos sobre México."²⁹ Otro rasgo característico de esta crónica la acerca a la que hiciera sobre el puente de Brooklyn: su incorporación de referencias culturales para hacer resaltar la obra: "Está hecha de todo el arte del universo, como está hecha la libertad de todos los padecimientos de los hombres."³⁰ Esta soberbia crónica le valió a Martí el mayor elogio que recibió en vida por su obra literaria: en carta abierta a Paul Groussac, Domingo Faustino Sarmiento le insta a su traducción al francés (cosa que aquel no hizo).

La Quinta Avenida, el Parque Central, Coney Island, el puente de Brooklyn, la Estatua de la Libertad son los cinco puntos neoyorkinos que, a lo largo de la década de 1880, Martí menciona y analiza. Y ellos son precisamente los señalados un siglo después por Marshall Berman en su estimulante libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, al escribir sobre "las estructuras más impresionantes de la ciudad [que] fueron planificadas específicamente como expresiones sim-

bólicas de la modernidad".³¹ El planteo de Berman, ejemplificado por esos hitos de la ciudad, se fundamenta en las siguientes afirmaciones:

Durante más de un siglo, la ciudad de Nueva York ha servido como centro internacional de comunicaciones. La ciudad no solamente se ha convertido en un teatro, sino en una producción, en una presentación en diversos medios cuyo público es el mundo entero. [...] Buena parte de la construcción y el desarrollo de Nueva York durante el siglo XIX debe ser visto como una acción y una comunicación simbólicas [...] para demostrar al mundo entero lo que pueden construir los hombres modernos y cómo puede ser imaginada y vivida la vida moderna.³²

Al continuar su análisis de la modernidad simbolizada en la ciudad de Nueva York, Berman narra la destrucción de su barrio de la infancia, el Bronx, en la década de 1950. Durante unos diez años, se procede —según diseños de Robert Moses— a la construcción de un inmenso sistema de viales que cercenó la vida asentada en el Bronx: este "fue machacado, perforado y aplastado". La construcción de las autopistas significó la expulsión de sus hogares y negocios de unas sesenta mil personas de clase obrera o media baja. Todo ello se hacía en nombre de "el espíritu en movimiento de la modernidad". El clamor de Berman en contra de la fuerza destructiva, del sinsentido de tal devastación, se une a otras voces de denuncia. He mencionado este pasaje del libro citado por sus puntos de contacto con lo escrito por Martí cuando este arrasador impulso en nombre del espíritu adorador de lo nuevo *per se* tenía su manifestación en forma aún embrionaria. En crónica publicada en *La Nación* el 26 de junio de 1888, Martí escribe acerca de los efectos negativos del ferrocarril aéreo sobre la vida en Nueva York:

El caso increíble que una compañía privada y solvente disfrute del uso de las vías principales de la ciudad, sin compensar, con capital contante, o en forma de dividendo, o con un interés fijo sobre la merma de los valores, los daños causados a los dueños de casa en las vías por el demérito súbito e irremediable de sus propiedades [...] va perdiendo Nueva York la nobleza y hermosura que convienen a una ciudad celosa de llamar con justicia la atención de los hombres.³³

La contemporaneidad de Martí como crítico se vislumbra no solo por su énfasis en la importancia de ciertas temáticas pictóricas fundamentales, su perspicacia en la escogida de determinados creadores y obras, su comprensión de los distintos aspectos del sistema moderno de la producción, el mercado y el consumo del arte, sino también en la forma abarcadora con que aborda las innovaciones de la arquitectura, la ingeniería y el urbanismo de su época. Su ojo discriminador lo lleva a una escogida sagaz del valor perdurable de ciertos elementos novedosos, y a la temprana denuncia del incipiente crecimiento de una cultura lesiva para la calidad de la vida urbana. ■

²⁴ Citado por J. Ramos, ob. cit., p. 178.

²⁵ J. Martí, ob. cit., t. 9, p. 417.

²⁶ *Ibidem*, pp. 423-432.

²⁷ *Ibidem*, p. 432.

²⁸ *Ibidem*, t. 11, pp. 99-115.

²⁹ *Ibidem*, p. 105.

³⁰ *Ibidem*, p. 109.

³¹ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, Madrid, 1988, p. 302.

³² *Ibidem*.

³³ J. Martí, ob. cit., t. 11, p. 447.

Tampa y Cayo Hueso (1891-1894)

Fachada de la fábrica de tabacos
El Príncipe de Gales,
Ibor City, Tampa.



Con Fermin Valdés Domínguez y Panchito Gómez Toro,
Cayo Hueso, 1892.



Con los miembros del Comité Organizador de los patriotas
cubanos, Cayo Hueso, diciembre de 1891.

Vista de Cayo Hueso,
visitado en numerosas
ocasiones por Martí.



José Martí y la interpretación musical

SALVADOR ARIAS



En el siglo XIX, lo que podríamos llamar universalización de la música, fuera de los palacios, escuelas e iglesias, hizo que algunos intérpretes de ella fueran prácticamente endiosados por las masas a las cuales ofrecían su arte virtuoso. Todo un sistema de empresarios y hombres adinerados sacó partido a esta moda, que incluso imbuía a las nuevas "estrellas" de ciertas connotaciones extrarracionales, como ocurrió con el violinista Nicola Paganini. Martí se sintió atraído por esta corriente, que a finales del siglo XIX contó con algunos artistas cubanos de fama internacional. Fue significativo que entre estos hubiese un buen número de negros y mulatos, consecuencia del detrimento en que se había tenido en la Cuba esclavista el oficio de músico.

En la obra de Martí podemos encontrar cierta cantidad de juicios sobre intérpretes, emitidos con simpatía que no esconde alguna crítica constructiva. Él fue adquiriendo conocimientos sobre el arte musical durante toda su vida, avalado por la alta estima que por dicho arte sentía. Sin embargo, a diferencia de la pintura —sobre la cual intentó algunas críticas en cierto modo profesionales—, aunque escribió sobre autores e intérpretes musicales, su tono suele ser más bien de cronista o ensayista y no de crítico.

Durante su estancia mexicana entre 1875 y 1877, la música aparece ocasionalmente como parte de su amplia producción periodística. En los boletines de la *Revista Universal* habla de la actuación de músicos nativos:

No es el conocido violinista un artista común: parece como que se complace en crearse dificultades para tener ocasión de vencerlas. Delgado tiene una mano bien educada y segura: su arco es franco y enérgico, y sus cuerdas ceden dóciles a su inteligente voluntad.—Oímos el sábado a Delgado con verdadero placer.

Ituarte es en el piano mucho más que un aficionado distinguido: es un maestro notable y concienzudo. El afán de brillar en la ejecución, apaga por la común en los pianistas el germen suave del puro sentimiento tanto más bello que una inútil y común agilidad. Ituarte ha alcanzado esta sin que aquel se haya extinguido: hay en su manera de ejecutar una seguridad, una delicadeza, un buen gusto, una ternura, que rara vez logran vivir vida común en muy aventajados ingenios musicales. Bien mereció Ituarte los aplausos calurosos que la concurrencia tuvo para él.¹

Sin alardes técnicos, sin abandonar el punto de vista del cronista, Martí parece tener seguridad y justeza en lo que dice.

Sobre el arte lírico también encontramos una referencia en la que demuestra criterios bien centrados. Se refiere

a la "función de gracia" que la soprano Ida Visconti iba a ofrecer al público mexicano:

Se ejecutará *El trovador* [de Verdi], una de las óperas que en la temporada pasada fue con justicia más aplaudida. La Sra. Visconti es una de las cantatrices que mejor entienden e interpretan su parte en esta obra: nada se le puede reprochar cuando la canta, y esta es la menor alabanza que podemos hacer de ella. Recordamos con placer la manera con que en las representaciones últimas le oímos el famoso *Miserere*.

El Sr. Setraguí se ha hecho obligado en *El trovador* por su potente *do de pecho*. Antes nos incomodan que nos placen esas notas altas que ningún arte prueban y que revelan solo una poderosa fuerza de voz. Sin embargo, el Sr. Setraguí merece ser oído, porque canta toda la ópera con gusto, buena escuela y sentimiento.²

Martí toma partido, con buen gusto, respecto a las notas añadidas a las partituras para lucimiento de los cantantes, polémica que aún persiste.

Pero los textos dedicados a intérpretes musicales durante la etapa mexicana de Martí, se encuentran dominados por la figura del violinista mulato cubano José White. A él dedicó varios textos en la *Revista Universal*, desde sueltos informativos hasta artículos enjundiosos, que pueden ser considerados claves dentro de la producción literaria martiana dedicada a la música. En total suman unos diez textos, entre el 21 de mayo de 1875, cuando se anuncia su llegada, y el 10 de julio del mismo año, dando cuenta de su partida. Otros corresponden a reiterados anuncios de los tres conciertos que ofreció en México, de su participación en la "función de gracia" de la soprano Visconti y en la reunión que para sus amigos realizó una tal señora de Coffmann.

De estos textos los tres más extensos e importantes son los que dedicó a los grandes conciertos que ofrece White, el 23 y el 30 de mayo en el Teatro Nacional, y el de despedida, en el Conservatorio, el 3 de junio. Para Martí, la figura del violinista alcanza singular relieve, al conjugar una maestría artística de primer nivel con su condición de cubano, mulato y partidario de la independencia de su país.

El primero de sus textos es definitorio en cuanto a probar cómo ese arte en Martí era estímulo para profundas percepciones y juicios. Al comienzo del artículo hace una serie de consideraciones sobre la música en sí que se han tenido como claves al respecto. Antes de reseñar la ejecución de White, expresa una advertencia que nos deja bien claras sus intenciones: "¡Oh! Crónica: no cabe crítica de los poetas, ni crónica de lo que conmueve nuestro ser!"³ Den-

² *Ibidem*, t. 4, p. 19.

³ J. Martí, "White", en *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 1975, t. 5, p. 295.

¹ José Martí, *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000-2003, t. 2, p. 53.

tro de esa superación de los límites genéricos que Martí a veces cumple, he aquí una singular definición: cuando habla de música no hace crítica ni crónica, sino, al parecer, ¿poesía?

La descripción propiamente del concierto se encuentra flanqueada por dos grandes párrafos, dedicados a la patria lejana, con intenso tono emotivo, que enmarcan estructuralmente el texto y le conceden un superobjetivo evidente. Transcribimos el segundo de ellos, ya cercano al final (los dos párrafos mencionados guardan un marcado paralelismo).

Hijo es él de aquella tierra en que el crepúsculo solloza: en que los cañaverales gemebundos besan perennemente con su sombra las clarísimas aguas de los ríos: hijo es de mi patria muy amada donde las pencas de las palmas,—regiamente inclinadas a la tierra como el penacho de la india querida de la hermosa llanura americana—pueblan las horas de la tarde con un rumor doliente y misterioso, vago como el lamento de almas idas que vuelven a tierra en que vivieron, en busca de sus abandonados y huérfanos amores.

White tiene en su genio toda la poesía de aquella tierra perpetuamente enamorada, todo el fuego de aquel sol vivísimo, toda la ternura de aquellos espíritus partidos, cariñosamente vueltos a buscar entre las palmas a los que les fueron en la tierra espíritus amados.⁴

Martí no intenta describir los pormenores de una ejecución virtuosa, sino cómo origina distintas emociones, transcritas en un lenguaje figurado quizás más propio del verso que de la prosa. Pero aquí tenemos de nuevo la voluntad transgénérica: específicamente, cuando Martí escribe sobre música le sale fácil la llamada “prosa poética”, como en el siguiente fragmento, tomado de su comentario al segundo concierto:

White tocaba: no es que un arco poderoso se deslice sobre un violín vencido y obediente: es que el hombre emprende la lucha con las dificultades del arte:—aquel arco no se separa de las cuerdas: brota belleza desde que las toca, se mezcla con ellas, parece que las riñe con notas graves, rápidas y agrias; parece que las consuela con dulcísimas notas por haberlas reñido: se ríe, canta, llora:—canta y llora a un tiempo: todos los secretos conocidos, todos los obstáculos dominados, toda la armonía esclava, brotada toda la armonía: he aquí la música de White.⁵

Y en el tercer concierto, la Ciaccona de Bach —a pesar del lamento “¿cómo han de querer mis palabras decir lo que en la música se dice?”— se transparente en la ebullición rítmica de una prosa arrebatada:

¿Qué era White tocando la música de Bach? Como dos fornidos luchadores se enlazan cuerpo a cuerpo, y se encarnizan en la lucha, y nada ven más que su exaltación creciente, y encendidos en ira no cesan en la fiera pelea hasta que el uno cae vencido, y se levanta el otro erguido vencedor. Así y en lucha igual emprendieron batalla ante el público asombrado

del Conservatorio, White y su violín: ¿cómo han de querer mis palabras decir lo que en la música se dice? El arco de White resbaló primero sobre las cuerdas, luego rodó sobre ellas, luego las oprimía al correr, iba y venía en carreras incesantes: cuando todo estaba agotado, había algo más que agotar, cuando todas las voces del instrumento gemían vencidas, y todas lloraban y murmuraban todas, aún había nuevos gemidos, aún había iras nuevas en aquellas cuerdas fatigadas, impotentes ya, ya dominadas por aquella mano soberbia y poderosa que excita y subleva contra sí a las cuerdas para luchar con ellas, oírlas sollozar, oírlas gemir, doblegarlas absolutamente y no descansar hasta vencerlas.⁶

Los textos martianos que más viso tienen de crítica musical, específicamente referidos al canto lírico, jamás llegaron a publicarse en vida suya. Se trata de las notas de sus *Cuadernos de apuntes* sobre unas representaciones, cantadas en italiano, de las óperas francesas *La Africana*, de Meyerbeer, y el *Fausto*, de Gounod, en el Teatro Real de Madrid, al parecer en 1879. De la primera hace breve y certeros análisis de las cualidades vocales e interpretación de Gayarre, Lasalle y la Rettzhé; de esta última dice con un buen gusto no usual en la época: “lleva a su canto, con cada personaje, el espíritu del personaje.—Y el pensamiento íntegro del compositor. Pierde un aplauso por no aumentar ni rebuscar un efecto”.⁷ Julián Gayarre era un famosísimo tenor español, al cual Martí escucha y alaba también en *Fausto*, aunque le señala que “abusa del falseto, pero aun este es correcto y limpio.—Canta melodiosamente sin el canto italiano”.⁸ A Gayarre (1843-1890), el orgullo de los españoles, le dedica también una hoja de anotaciones biográficas, interesado en su origen humilde.

Pero la crítica más detallada, en la que podemos aquilatar mejor sus conocimientos y capacidad de juicio crítico en el campo del canto lírico, es cuando analiza a la soprano sueca Cristhine Nilsson (1843-1921):

Con estos ojos que me han comido las lágrimas que no lloro, no la pude ver bien.—La oí con recogimiento. En algunos instantes, si por mala ventura ya no en todas se entiende porque a las veces se llama templo al arte.—¡Qué cadencia, y qué modo de terminar la pura nota baja en una lágrima!—Sus sollozos desgarran el pecho. Cuando vacila, solloza ahogadamente, y se echa sobre su hermano muerto clamando: ¡Ah, mío fratello!,—se busca uno en el pecho la herida que aquel gemido causa.—

No ha de tener rival la Nilsson en los recitados. No ha de tenerla tampoco en la manera de decir su frase de salida. Luego de oírla, repítese el sentimiento convencido: hay otro mundo después de este. Se será perfecto, allá donde se oigan perpetuamente esas sublimes voces.// [...] Ni es tampoco su método de canto,—y esto, si no a los oídos meridionales, a los amantes del puro arte place,—ese canto que pudiera llamarse de notas redondas, que a manera de sarta de perlas apretadamente engastadas en eje invisible, caen las unas sobre las

⁴ *Ibidem*, pp. 295-296.

⁵ *Ibidem*, p. 297.

⁶ *Ibidem*, p. 300.

⁷ *Ibidem*, t. 21, p. 113.

⁸ *Ibidem*, p. 124.

otras, aumentando con el brillo y sonido de cada una el sonido y brillo de las anteriores. Ni es tampoco ese canto, como el cromó a la pintura, y el dorado al oro, imita ese método melódico y lleno, que solloza y gime, más que canta. No desdeña el trino, y dicen que en otras óperas lo usa. Pero no abusa de él, y en lo común, su canto, por su soberana expresión artística realzado, sigue de cerca y cerradamente la partitura del creador.—No acude a falsos recursos. Sabe admirar y por eso sabe respetar.—Mas, a menudo corta la frase,—porque no siempre los traidores alientos llegan donde alcanza la brava voluntad. No engarza las notas altas, tal vez porque las emite con visible esfuerzo, y se siente ya pobre de ellas.—Pero en las bajas—parece aquella garganta un nido de caricias y sollozos.—En el aria de las joyas, si bien no pudo atacar con franqueza la aguda nota final—causó justo asombro por la corrección y flexibilidad del recitado.—En el dúo—en el alma se quedan, como dormidos tórtolos, aquellos pases delicadísimos.

En cuanto a rostro y cuerpo —¿qué ojos habían de quedarme para mirarla,—si estos que tengo me son escasos para mirar a estas criaturas que llevo en el corazón?—⁹

Existen ocasiones en que Martí habla de un intérprete por lo que ha leído o le han dicho sobre él, pero no porque lo haya visto y escuchado él mismo. Su misma habilidad periodística nos hace difícil discernir eso. Tal ocurre con el caso del barítono italiano Víctor Maruel, considerado, junto con Adelina Patti, los más importantes representantes del arte lírico en tiempos de Martí. Su opinión sobre el cantante, en el *Meñistófeles* del *Fausto* de Gounod, se encuentra en la crónica escrita en francés “La Semaine de Paris”, probablemente hecha para *The Sun* de Nueva York, a principios de 1880. En diciembre de 1879 Martí había visitado Francia: ¿vería entonces a Maurel? Si juzgamos por sus valoraciones, parece que sí.

En las *Escenas norteamericanas* aparecerán ocasionalmente varios intérpretes, casi siempre triunfadores en Nueva York, que muy probablemente Martí sí escuchó en vivo. El éxito de Wagner llega apoyado en el de sus intérpretes. Triunfa el tenor Max Alvary, “el creador del bello Sigfrido”¹⁰ en *El crepúsculo de los dioses*. “Y [Amalia] Materna y [Emil] Scaria, que mejor que nadie a Wagner entienden”,¹¹ cantando el *Tannhauser*. Pero la música de este compositor hace brillar sobre todo a los directores de orquesta, como el

[...] famoso von Bülow que no lleva la música por notas, como un maestro de baile, sino por ondas y volúmenes. La adelgaza, como una franja de luz al amanecer; la levanta de un ímpetu, y la deshace en polvo al caer, como el agua de una fuente; le saca el freno y la echa peña abajo, como el caballo de Brunilda; la desvanece, como el sol a la puesta, en nubes esplendorosas. [...] Von Bülow llama a sus músicos como un hechicero a sus palomas: ya no cesa un momento aquel cuerpo arrebatado: se mece de un lado a otro: cambia de mano la batuta; se echa sobre el atril y se vuelve de pronto de cara a los músicos; engarza las notas con la batuta, moviéndola a grandes círcu-

los, como quien recoge cintas: se encorva; se achica, se baja hasta el suelo, cuando quiere que la música se postre, como él. El público, loco, lo llama a la escena, y él sale a dar gracias con el primer violín.¹²

En la ópera italo-francesa Martí se reencuentra, a principios de la década del ochenta, con Cristhine Nilsson, “cuya voz se eleva, como un halcón sonoro en busca de aves ignoradas”,¹³ aunque poco tiempo después señala que “como un águila herida ya no alcanza a su cielo natural y muere”.¹⁴ Pero la decadencia de esta cantante se contrapone al triunfo de Adelina Patti, “de voz celeste y ojos andaluces”,¹⁵ la cantante a quien Martí más páginas dedicó. En estos fragmentos tenemos algunos de los más espléndidos momentos de su prosa poética dedicada al tema musical. Ante su lectura nos viene a la mente aquello que dijo en la introducción de *Versos libres*: “Lo que aquí doy a ver lo he visto antes (yo lo he visto)”.¹⁶ Quien escuche las piezas en las que Martí disfrutó a la Patti, especialmente en los pasajes llamados de coloratura, no le sorprenderán las metáforas que Martí dibuja al “ver” su canto.

Adelina Patti (1843-1919) había nacido en España, pero fue educada en América. Muy joven había visitado a Cuba. Cuando en 1884 regresa a Nueva York, Martí la recibe deslumbrado. Pero en los últimos días de diciembre de 1883, la cantante deja la ciudad, de lo cual Martí se lamenta: “la Patti, que no debiera irse nunca, ¡y se va!”.¹⁷ Pero no sin antes que, en su crónica de diciembre 21, el poeta desplegara toda una imaginería de aves y pedrería que bien se avenía con las coloraturas donizettianas de *Lucia di Lamermoor*:

[...] y la Patti, criatura canora, de cristal hecha y plata, que aras merece, y no loas de pluma. En nidos se piensa viéndola; nidos de argentería. Toda es hecha de alas, alas que se encumbran graciosamente en su seno, que se recogen coquetamente hacia los pies menudos, que se abren anchamente—como aquellas inmensas y radiantes que Doré pintaba—junto a los hombros columbinos; que caen sobre la gallardísima cabeza en caudas abundantes de plumas negras y sedosas. ¡Y cuando canta el aria de Lucía, parece ala tendida, vuelta al cielo! Se abren cajas de joyas; se ven bandadas de aves, y caen ramos de estrellas cuando canta. ¡Risueña y caprichosa criatura, por quien los hombres han vuelto a ser vasallos!¹⁸

A veces se ha dudado del sentido del humor de Martí. Nada más inexacto. Lo que sucede es que se trata de un humor fino, suavemente irónico, pero travieso tras su compostura formal. Véase si no este fragmento de una de sus *Escenas norteamericanas*, en el que decidió jugar un poco con las características de muy respetables artistas:

¹² *Ibidem*, t. 12, p. 193.

¹³ *Ibidem*, t. 9, p. 406.

¹⁴ *Ibidem*, p. 493.

¹⁵ *Ibidem*, p. 102.

¹⁶ *Ibidem*, p. 131.

¹⁷ *Ibidem*, p. 411.

¹⁸ *Ibidem*, p. 493.

⁹ *Ibidem*, pp. 124-125.

¹⁰ *Ibidem*, t. 12, p. 194.

¹¹ *Ibidem*, t. 10, p. 48.

Ayer todavía se hablaba de que no hay pianista como D'Albert, que nació en Escocia y quiere que lo tengan por alemán, ni español que lo sea menos que Sarasate el violinista, que es el ídolo de las damiselas locas este mes, y les pone cara de violín; ni cantante menos dadivoso que Tamagno, que está cantando con la Patti en el Auditorio enorme de Chicago, y da de propina un centavo en vez de los cinco que manda la ley, y no compra vino, o convida a la prensa a almorzar.¹⁹

En el periódico *Patria*, ya a partir de 1892, la música no suele aparecer, como no sea relacionada, específicamente, con aspectos patriótico-revolucionarios, tal como sucedió con la publicación del hoy Himno Nacional de Cuba, o la crítica a la opereta *Princesa Nicotina*, cuya acción transcurría en una Cuba sobre cuya visión Martí protesta. En el periódico, por ejemplo, se siguen con cuidado las visitas del pianista Ignacio Cervantes y el violinista Rafael Díaz Albertini: "Y llegaron de Cuba dos desconocidos, dos hombres que asombran y se van, dos músicos que honran al país, Albertini y Cervantes".²⁰ Aquí Martí le exige al arte en tiempos de combate, y la valoración puramente estética se tiñe fuertemente de la ética:

¡Ni se escapó jamás del teclado soberano del uno, ni del violín impecable del otro, armonía semejante a la que en aquella visita de los hombres del trabajo de salón a los hombres del trabajo de la fábrica ascendió, como un himno de anuncio, como una promesa de paz, como una proclama de concordia del silencio satisfecho de aquellos corazones!²¹

Martí cita a un gran orador quien decía: "El arte es una necesidad comercial, más que un lujo del espíritu. El arte libre, el arte en todo y a todas horas, es tan necesario a los pueblos como el aire libre. Pueblo sin arte, sin mucho arte, es pueblo segundón. Los grandes educadores, y los grandes gobiernos, han hecho siempre obligatoria la enseñanza del arte. Hay que recortar los dientes, y que alimentar las alas".²² Y define: "El arte es trabajo. Trabajo es arte. Los trabajadores se aman". Y lo hacen "allí donde los pueblos aprenden el hábito y los métodos de crear: ien los talleres!"²³

Hemos visto que Martí, en alas de la música, suele remontarse a lo más esencial de su pensamiento, a su postura

general ante la vida y los hombres. Crucial en ese sentido es su texto dedicado a los propios "Albertini y Cervantes", aparecido en el periódico *Patria* el 21 de mayo de 1892. No renuncia a sus brillantes metáforas caracterizadoras de la música: "Cervantes, como el griego la cuadriga, desataba, o enfrenaba, o encabritaba las notas; donde Albertini, con el violín, ponía en el aire de la noche extranjera los colores blandos, cálidos, fogosos de nuestro amanecer".²⁴

Pero estamos ante un texto en el que, a partir de una velada musical, Martí se remonta a concepciones filosófico-prácticas en fragmentos antológicos muy citados:

Es bella en el pueblo cubano la capacidad de admirar, que a derechas no es más que la capacidad constructiva, y da más frutos públicos que la de desamar, que es por esencia la capacidad de destrucción. Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, los que odian y deshacen. Y la pelea del mundo viene a ser la de la dualidad hindú: bien contra mal. Como con el agua fuerte se ha de ir tentando el oro de los hombres. El que ama, es oro. El que ama poco, con trabajo, a regañadientes, contra su propia voluntad, o no ama,—no es oro. Que el amor sea la moda. Que se marque al que no ame, para que la pena lo convierta.²⁵

Y precisamente, la música lo lleva a expresar su visión futura de la Isla, en lo que puede considerarse un proyecto de largo alcance, de una vigencia sorprendente hoy día:

¡Ah, Cuba, futura universidad americana!: la baña el mar de penetrante azul: la tierra oreada y calurosa cría la mente a la vez clara y activa: la hermosura de la naturaleza atrae y retiene al hombre enamorado: sus hijos, nutridos con la cultura universitaria y política del mundo, hablan con elegancia y piensan con majestad, en una tierra donde se enlazarán mañana las tres civilizaciones. ¡Más bello será vivir en el lazo de los mundos, con la libertad fácil en un país rico y trabajador, como pueblo representativo y propio donde se junta al empuje americano el arte europeo que modera su crudeza y brutalidad, que rendir el alma nativa, a la vez delicada y fuerte, a un espíritu nacional ajeno que contiene solo uno de los factores del alma de la isla,—que vaciaría en la isla pobre y venal los torrentes de su riqueza egoísta y corruptora,—que convertiría un pueblo fino y de glorioso porvenir en lo que Inglaterra ha convertido el Indostán!²⁶ ■

¹⁹ *Ibidem*, t. 13, p. 457.

²⁰ *Ibidem*, t. 5, p. 280.

²¹ *Ibidem*, t. 4, p. 398.

²² *Ibidem*, p. 399.

²³ *Ibidem*, pp. 399-400.

²⁴ *Ibidem*, p. 415.

²⁵ *Ibidem*, p. 413.

²⁶ *Ibidem*, pp. 413-414.



MIGUEL DE UNAMUNO

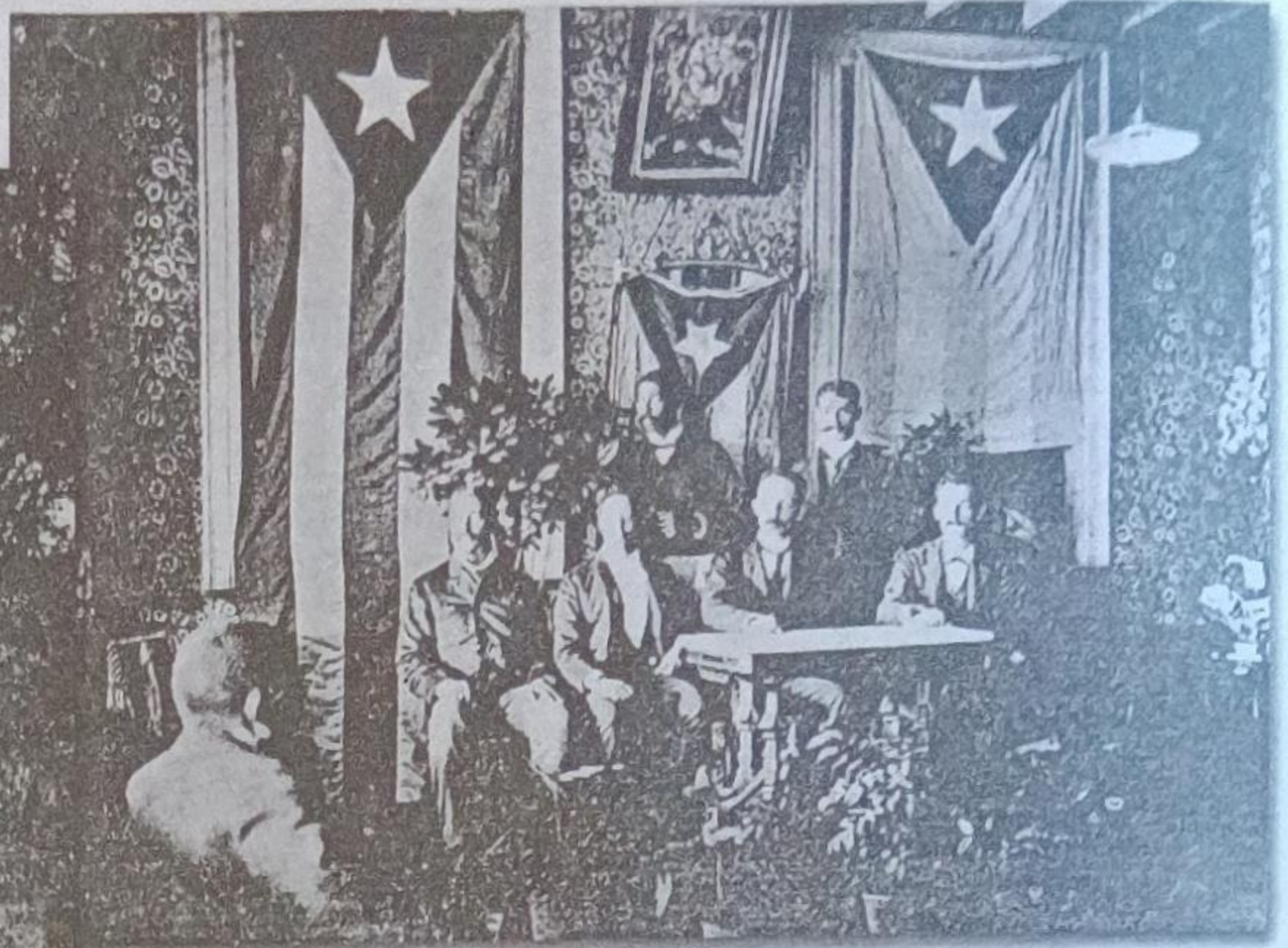
Hemos tratado solo, estudiando su estilo, de ver en él al poeta, al hombre de realidad y amor, al que en fuerza de ardorosa pasión veía la realidad concreta y viva y era hombre de acción inmediata, como todo verdadero

poeta lo es [...] El estilo es el hombre, se ha dicho, y como Martí era un hombre, todo un hombre, tenía su estilo, todo un estilo.

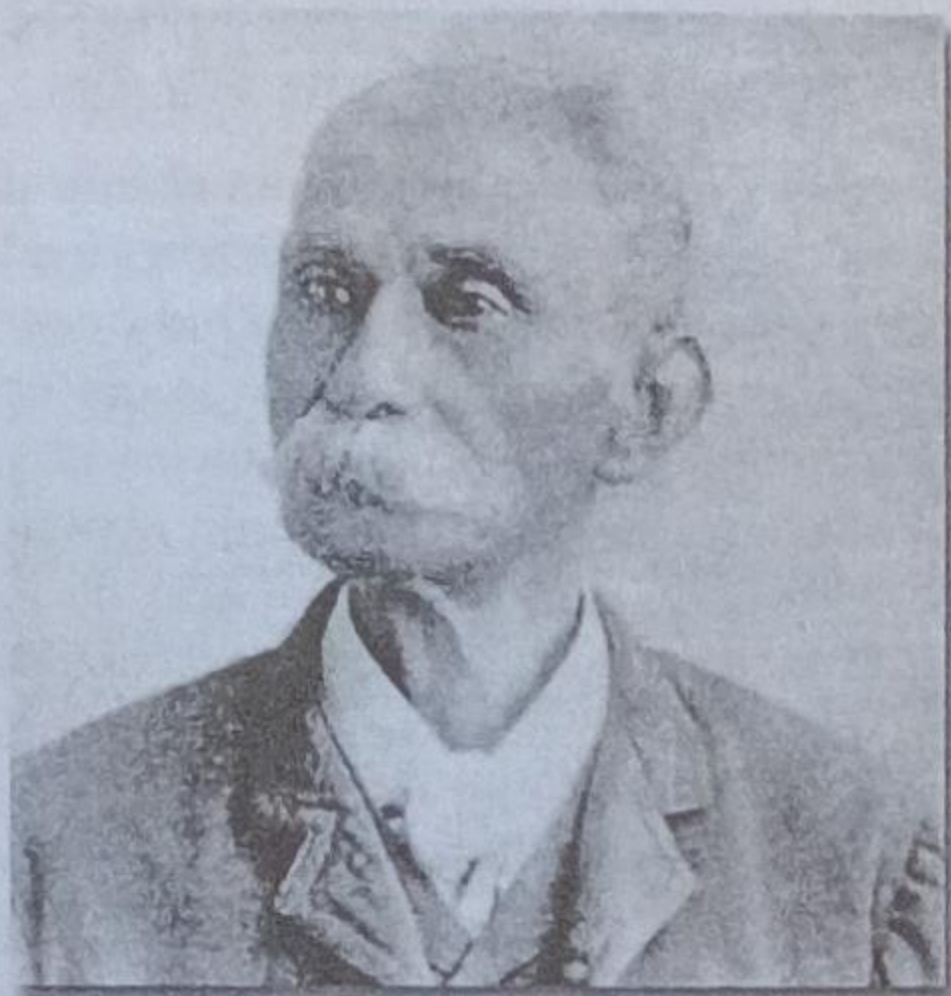
Jamaica y República Dominicana (1892-1895)



Vega tabacalera de Temple Hall en las cercanías de Kingston.

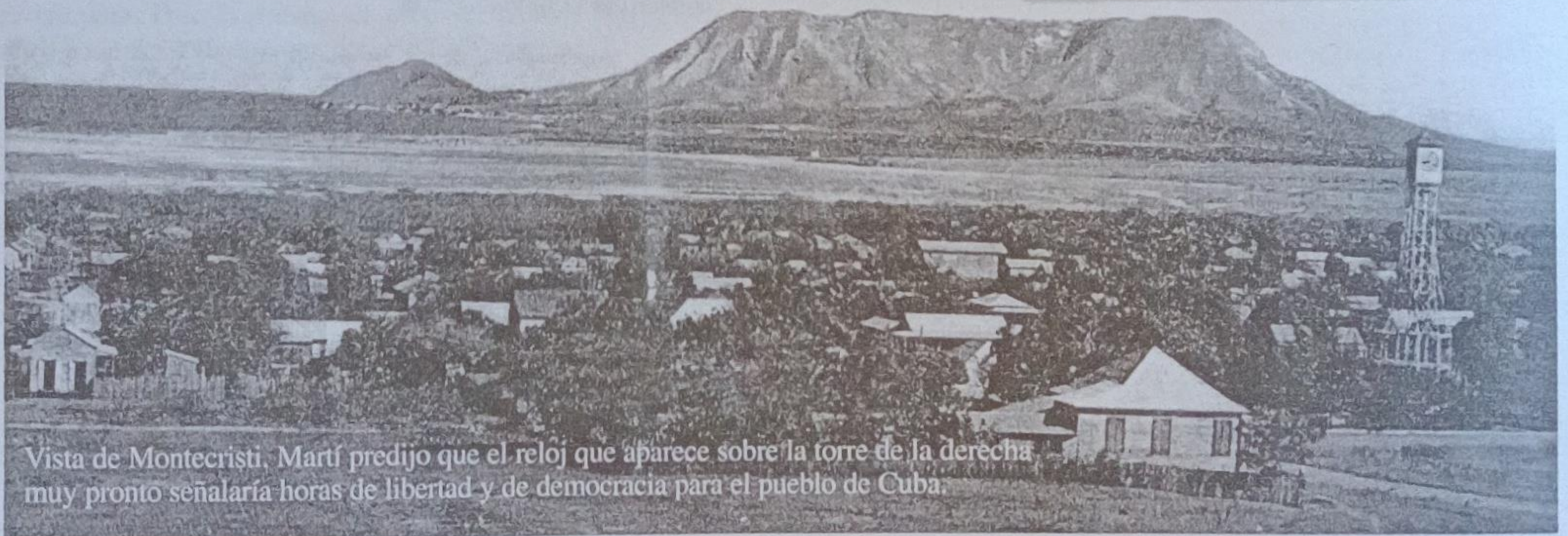
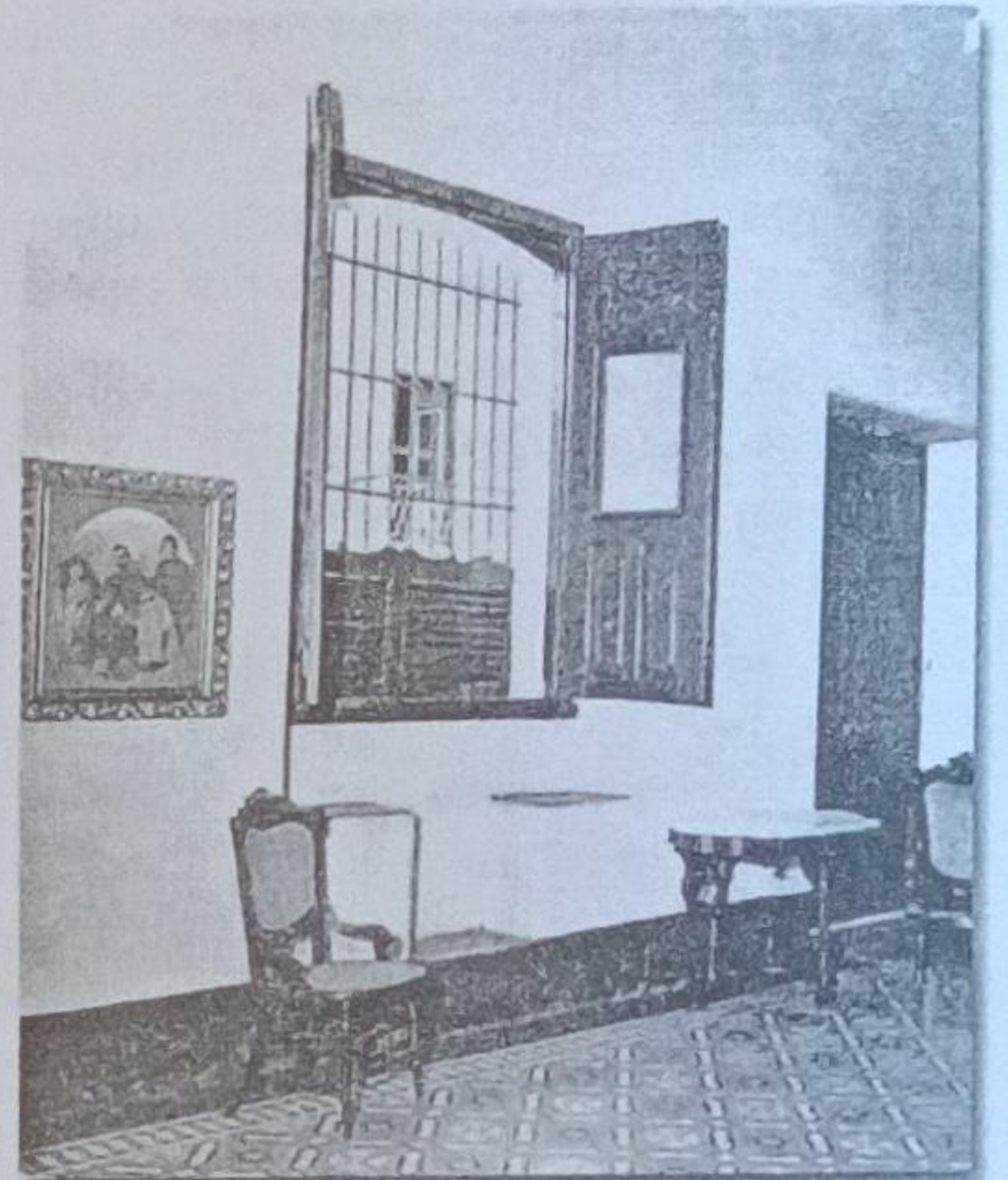


Martí con los miembros del Cuerpo del Consejo de Kingston. Octubre de 1892.



El Generalísimo Máximo Gómez.

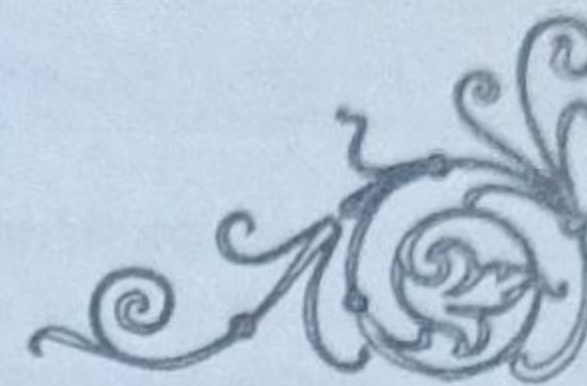
Interior de la vivienda de Federico Henríquez con quien mantuvo una amistad histórica.



Vista de Montecristi. Martí predijo que el reloj que aparece sobre la torre de la derecha muy pronto señalaría horas de libertad y de democracia para el pueblo de Cuba.

Ciencia y poesía en el antimperialismo martiano

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS



Cintio Vitier, conocedor profundo de la obra martiana y enjuiciador de ella con la sensibilidad del poeta y la reflexión serena del ensayista, en la nota de presentación de la edición crítica de *Nuestra América*, de José Martí, señala que “quizá el lenguaje metafórico, especialmente concentrador de realidades históricas y sociales en estas páginas, deslumbre en exceso las pupilas poco acostumbradas a esa fusión típicamente martiana del análisis político y la expresión poética”.¹ También Juan Marinello, con similares atributos, advierte en Martí “una expresión varia y flamante que la aleja del decir estricto e inequívoco” y apunta refiriéndose a “su naturaleza ávida, desvelada y abarcadora” que “quizá no sería un despropósito imaginar que esa encrucijada dramática –con frecuencia trágica–, ese desangramiento vitalicio, es el arma secreta y la razón oculta de la calidad profética de Martí”.²

En estas agudas observaciones se nos revelan tres rasgos esenciales de los textos martianos sobre el imperialismo: su rigor científico, su forma literaria y poética y su carácter profético. En efecto, el carácter científico de sus análisis se anticipa en casi dos décadas a lo expuesto por Lenin en el *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Sus escritos sobre el paso de la economía de libre competencia a la fase monopolista en Estados Unidos, con la aparición de los monopolios, el capital financiero y la expansión fuera de sus fronteras, tienen una profundidad científica que, en mi opinión, no ha sido suficientemente apreciada en todo su valor como análisis con rigor científico. Asimismo, en sus textos encontramos una prosa rebozante de símiles, metáforas y alegorías de gran belleza literaria. Quizá por ello no se le conceda a veces a sus escritos la certeza y profundidad de una conclusión científica porque, en cierto modo, todos estamos condicionados por una formación que identifica la exposición de carácter científico con un lenguaje árido, con economía de adjetivos, podado de imaginación. Recordemos su afirmación de que donde apreciaba poesía mayor era en los libros de ciencia y por tanto es lógico pensar que él no podía escribir de ciencia renunciando a la poesía.

El propio Marinello, que le rindió culto permanente, no le reconoce haber penetrado el resorte determinante del fenómeno imperialista y lo circunscribe al descubrimiento de “su naturaleza opresora y su magnitud continental”³

aunque destacando la significación real de su hazaña precursora. Para Marinello,

[...] después del examen insuperado que hace Lenin del imperialismo, es obligado combatir los factores económicos que lo engendran e impulsan, lo que supone, a la larga y en definitiva, el advenimiento de una organización social –el socialismo– en que el fenómeno queda enterrado y sin posible resurrección.⁴

Por otra parte, resultan verdaderamente sorprendentes los anticipos proféticos de la obra martiana respecto de los procesos asociados al nacimiento del imperialismo en Estados Unidos. Si para los economistas el monopolio es el resultado de la fusión de varias empresas de un mismo ramo hasta hacerse del control mayoritario de la producción de esa rama, e imponer precios y condiciones, y esto es aplicable a los servicios, los bancos etc., para Martí, con su sensibilidad humanista y ética, es además un gigante implacable, sentado a la puerta de los pobres lo cual no significa, en modo alguno, que no haya penetrado en la esencia del fenómeno, como veremos más adelante.

Pensamos que el examen de la época, el entorno y de algunos aspectos del pensamiento antimperialista de Martí puede darnos una idea más precisa al respecto.

La Nueva York que Martí conoció figuraba ya entre las más grandes ciudades del mundo y a ella arribaban oleadas de inmigrantes de muchas partes del planeta con diversas culturas e ideologías. Era una privilegiada atalaya cosmopolita y allí fue testigo de importantes acontecimientos; su visión se hizo más abarcadora y universal y se adentró en el conocimiento de los procesos económicos y sociales que tenían lugar en aquel país y en los desafíos que estos planteaban para Cuba y nuestra América. Fue, sin duda, la figura extranjera que mejor conoció aquella sociedad y logró captar lo que sucedía en su seno con la visión precisa de alguien desde dentro y al mismo tiempo con la percepción general abarcadora del observador externo.

En el último cuarto del siglo XIX, coincidentemente con la estancia de Martí en ese país, se produce un acelerado desarrollo económico, tras la guerra civil que enfrentó al Norte y el Sur, lo cual favorece la aparición del imperialismo moderno en Estados Unidos, y preludia la estrategia de expansión económica norteamericana hacia nuestra América. En el seno del nuevo imperio, Martí pudo apreciar, con ojos judiciales, los males que llevaba ya en su seno la sociedad norteamericana, aunque su antimperialismo no es, en modo alguno, antinorteamericanismo y mantuvo siempre

¹ José Martí, *Nuestra América. Edición Crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2005.

² Juan Marinello, *18 ensayos martianos*, Ediciones Unión/Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1998, pp. 369, 370.

³ *Ibidem*, pp. 375-376.

⁴ *Ibidem*, pp. 382-383.

su aprecio por las virtudes de ese pueblo y de sus grandes personalidades. Fue el primero en calificar a Estados Unidos de "Roma americana" para subrayar, en mi opinión, tanto su carácter de imperio poderoso como también de imperio que acabaría en la decadencia.

Con esa lucidez acompañada siempre de sensibilidad y belleza literaria vislumbró antes que nadie los peligros que se nos venían encima y tomó clara conciencia de que tenía que organizar y dirigir la guerra por la independencia de Cuba para evitar a tiempo la expansión de Estados Unidos por tierras de América. El fenómeno de la gestación y el desarrollo del imperialismo fue analizado con rigor por él, y contamos, especialmente en sus escritos sobre la sociedad norteamericana, con una caracterización excepcional desde el punto de vista económico, político y social.

El análisis martiano acerca del paso del capitalismo de libre concurrencia al capitalismo monopolista está presidido por un gran sentido ético. En octubre de 1884, en artículo publicado en *La Nación* de Buenos Aires, define el monopolio como

[...] enormes compañías, empresas múltiples, las cuales impiden con su inaudita riqueza y el poder social que con ella se asegura, el nacimiento de cualquier otra compañía de su género, y gravan con precios caprichosos, resultado de combinaciones y falseamientos inicuos, el costo natural de los títulos y operaciones necesarias al comercio.⁵

Y más adelante añade:

Todo aquello en que se puede emprender está en manos de corporaciones invencibles, formadas por la asociación de capitales desocupados a cuyo influjo y resistencia no puede esperar sobreponerse el humilde industrial [...] Este país industrial tiene ya un tirano industrial.⁶

Esta disección minuciosa, científica, del fenómeno viene acompañada de metáforas de gran belleza con las que pretende, y lo logra, transmitirnos la idea de algo muy poderoso, pero perturbador y amenazante: "El monopolio es un gigante negro. El rayo tiene suspendido sobre la cabeza. Los truenos le están zumbando en los oídos. Debajo de los pies le arden volcanes."⁷

Y para no dejar dudas acerca de la agudeza de estas observaciones y de la profundidad de su conocimiento del tema agrega al final de esos párrafos: "Este problema apuntado aquí de pasada, es uno de aquellos graves y sombríos que acaso en paz no puedan decidirse, y ha de ser decidido aquí donde se plantea, antes tal vez de que termine el siglo."⁸ La lucidez del análisis se entremezcla con la profecía. ¿Se estará refiriendo, acaso, a la guerra que en 1898 Estados Unidos inicia contra España para apoderarse de Cuba, y que constituye el acta de nacimiento del imperialismo norteamericano en el plano internacional?

Junto a los pasajes que dedica a los aspectos económicos del fenómeno imperialista, Martí se detiene en las secuelas de corrupción e injusticia que lo acompañan en el plano político, y arremete contra los banqueros, a los que retrata con la pechera llena de diamantes, dejando al descubierto sus ramificaciones en la sociedad norteamericana de esa época. En 1885 escribe:

Forman sindicatos, ofrecen dividendos, compran elocuencia e influencia, cercan con lazos invisibles al Congreso, sujetan de la rienda la legislación, como un caballo vencido, y ladrones colosales, acumulan y reparten ganancias en la sombra. Son los mismos siempre; siempre con la pechera llena de diamantes; sórdidos, finchados, recios: los senadores los visitan por puertas excusadas; los Secretarios los visitan en las horas silenciosas; abren y cierran la puerta a los millones: son banqueros privados.⁹

Martí sintetiza ese proceso de manera elocuente y precisa: "dentro, corrupción; conquista, fuera". En otro artículo de agosto de 1885, publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, apunta:

Esta camarilla, que cuando es descubierta en una empresa, reaparece en otra, ha estudiado todas las posibilidades de la política exterior, todas las combinaciones que pueden resultar de la política interna, hasta las más problemáticas y extrañas. Como con piezas de ajedrez, estudian de antemano, en sus diversas posiciones, los acontecimientos y sus resultados, y para toda combinación posible de ellos, tienen la jugada lista. Un deseo absorbente les anima siempre, rueda continua de esta tremenda máquina: adquirir: tierra, dinero, subvenciones, el guano del Perú, los Estados del Norte de México.¹⁰

Y concluye este artículo con una denuncia y toma de partido que es una verdadera lección de ética:

[...] azuzan sin escrúpulos el reconocimiento y desdén con que acá en lo general se mira a la gente latina, y más, por lo más cercana, a la de México; pero acusan falsamente a México de traición, y de liga con los ingleses; pero no pasa día sin que pongan un leño encendido, con paciencia satánica, en la hoguera de los resentimientos.

¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, debían ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos!

—¡Banqueros no: bandidos!¹¹

En 1888, al analizar la situación del país, desde lo alto y con larga vista, según sus palabras, afirma al hacer un recuento de lo ocurrido en Estados Unidos

[...] se ve como todo un sistema está sentado en el banquillo, el sistema de los bolsistas que estafan, de los empresarios que compran la legislación que les conviene, de los representantes que se alquilan, de los capataces de electores, que sobornan a estos, o los defienden contra la ley, o los engañan; el sistema en que la magistratura, la representación nacional,

⁵ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 10, p. 84.

⁶ *Ibidem*, pp. 84-85.

⁷ *Ibidem*, p. 85.

⁸ *Ídem*.

⁹ *Ibidem*, t. 13, p. 289.

¹⁰ *Ibidem*, p. 290.

¹¹ *Ídem*.

la Iglesia, la prensa misma, corrompidas por la codicia, habían llegado, en veinticinco años de consorcio, a crear en la democracia más libre del mundo la más injusta y desvergonzada de las oligarquías.¹²

Resulta sobrecogedor seguir el proceso de toma de conciencia de Martí acerca de los peligros mortales que entrañaba para la independencia de Cuba y de los países de Nuestra América ese expansionismo fuera de las fronteras que acompañaba al desarrollo imperialista. Ante la posibilidad de una anexión de Cuba a los Estados Unidos confiesa: "Para mí, sería morir. Y para nuestra patria".¹³

En carta al patriota Serafín Bello le expone sus temores sobre la coincidencia de los anexionistas en Cuba con los de Estados Unidos y se refiere al silencio en que lleva a cabo su labor para frustrar esos planes. En esa misiva de 1889, describe ya la puesta en marcha de la maquinaria orientada hacia la expansión y la anexión del naciente imperio. Señala Martí:

Llegó ciertamente para éste país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros.¹⁴

Martí se propone, con su labor revolucionaria, no solo la independencia de Cuba y Puerto Rico, sino que les reserva a estas dos islas ya independientes, y a las Antillas en general, la misión de equilibrar el mundo americano y servir de valla al expansionismo imperialista de la "otra América" sobre la nuestra. Su carta a Manuel Mercado, en vísperas de su muerte nos ha quedado como el testimonio más fidedigno de sus verdaderas intenciones.

A manera de resumen, podemos afirmar que el antimperialismo martiano es el fruto del examen, con el rigor de la ciencia, de los fenómenos económicos y sociales que se desarrollaron en Estados Unidos coincidentemente con la estancia del Apóstol en ese país. Aunque sus reflexiones y observaciones están expuestas con la belleza literaria que caracterizaba su prosa, no pierden por ello su carácter científico ni disminuyen la genialidad de haber penetrado en aquella realidad más hondo que ningún otro de sus contemporáneos. Cabría preguntarse si no fue precisamente la sensibilidad poética de Martí la que le permitió ver más y más lejos en aquella compleja y contradictoria realidad que le tocó vivir. De sus análisis, sacó Martí la firme convicción que de aquellos fenómenos vinculados al nacimiento del imperialismo en Estados Unidos se derivaban mortales peligros para la independencia de Cuba, y elaboró consecuentemente la estrategia política para alcanzarla antes de que el imperio la frustrara y cayera con esa fuerza más sobre las tierras del sur de nuestra América. Ese antimperialismo raigal, nacido de estudio y convicciones, es el legado máspreciado que nos dejara nuestro Héroe Nacional, y resulta esencial para hacer frente a los colosales desafíos de la llamada posmodernidad. En él se conjugan el enfoque científico, con el acento utópico de nuestra tradición latinoamericana y caribeña, y con el arte de la política y la audacia de los grandes conductores. Los ejemplos de Martí y Fidel ilustran este aserto.

Concluyo con lo que podría considerarse la proclamación más definitiva y universal del antimperialismo de José Martí y que él expone –y no podía ser de otro modo– en verso: "Con los pobres de la tierra/ Quiero yo mi suerte echar".¹⁵ ■

¹² *Ibidem*, t. 11, p. 437.

¹³ *Ibidem*, t. 1, p. 255.

¹⁴ *Ídem*.

¹⁵ *Ibidem*, t. 16, p. 67.



ENRIQUE JOSÉ VARONA

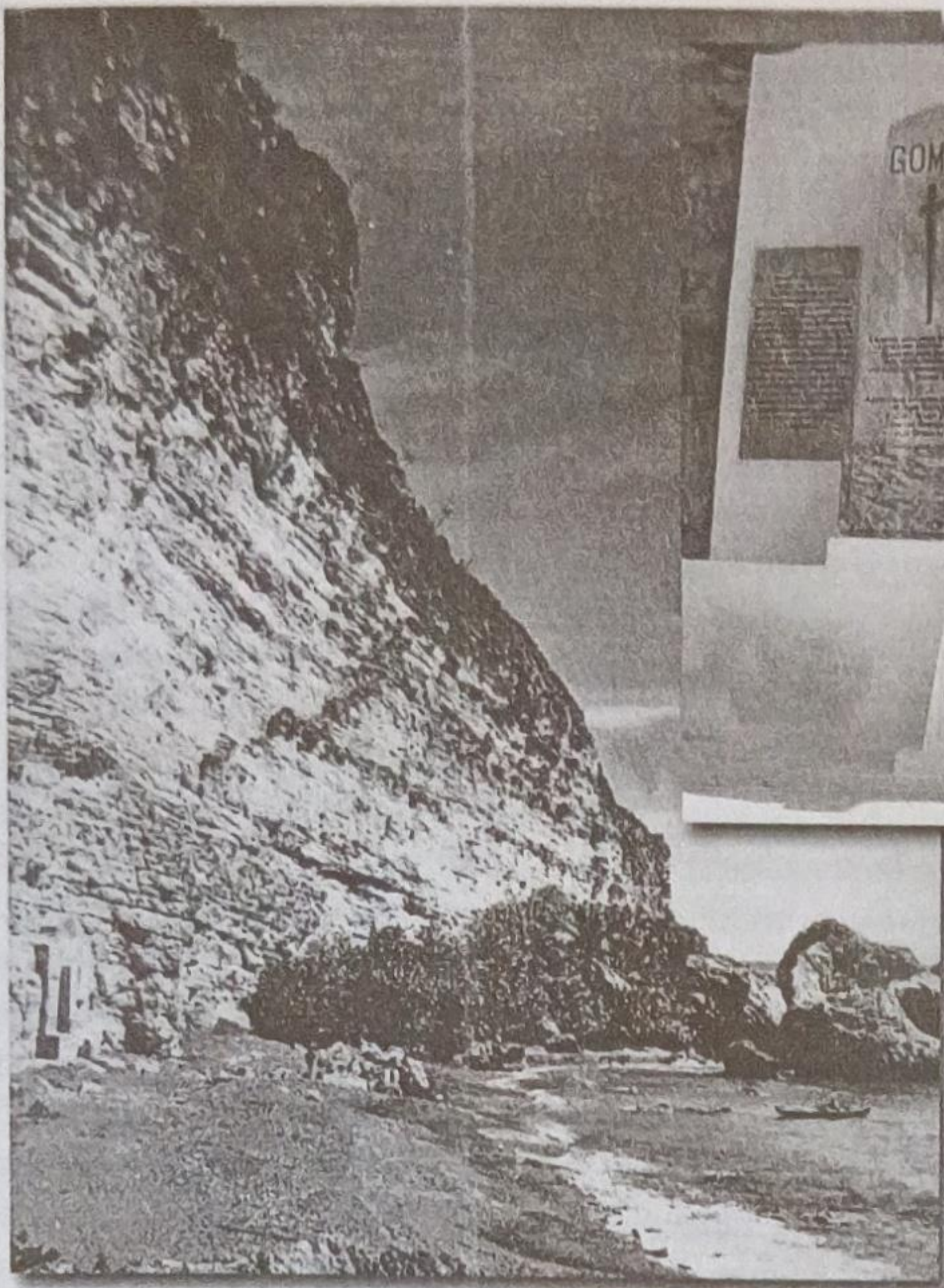
Martí vio más hondo que todos los suyos, porque sentía más hondo. La grandeza de su ideal explica la profundidad de su mirada. Cuando estalló la lucha que había preparado, creyó que el deber lo llamaba a la lucha, y fue a la lucha. Dio la cara a la muerte, que lo esperaba artera. Pero él daba siempre la cara.

Grande en la vida y en la muerte, heroico en el aspirar, y en ejecutar, así fue Martí. ¿Qué obstáculo podía detenerlo? ¿Qué riesgo amedrentarlo? Sabía él que la mirada de Cuba lo seguía y estaba dispuesto a merecer esa preferencia, para enseñar a los otros a merecerla.

JOSÉ VARGAS VILA

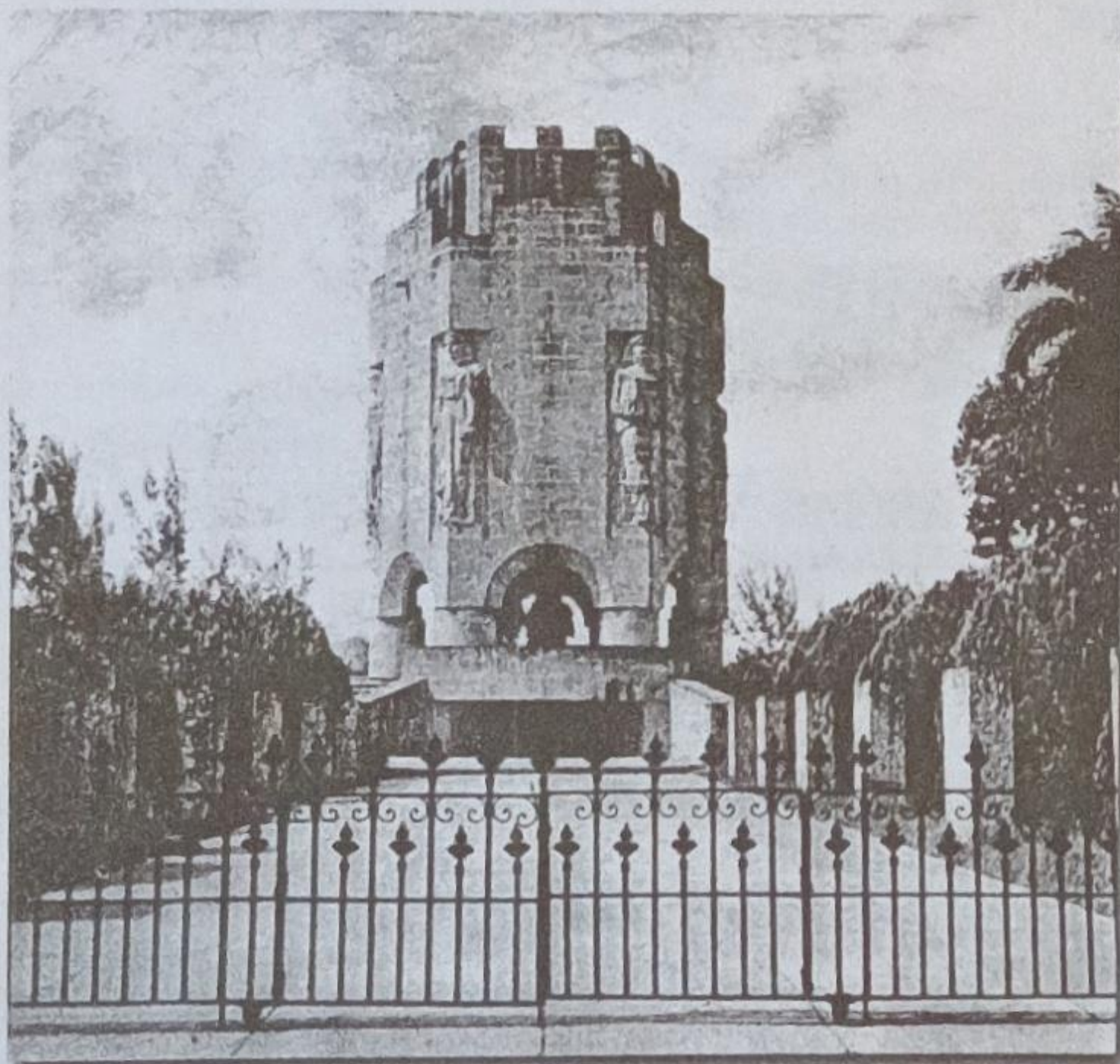
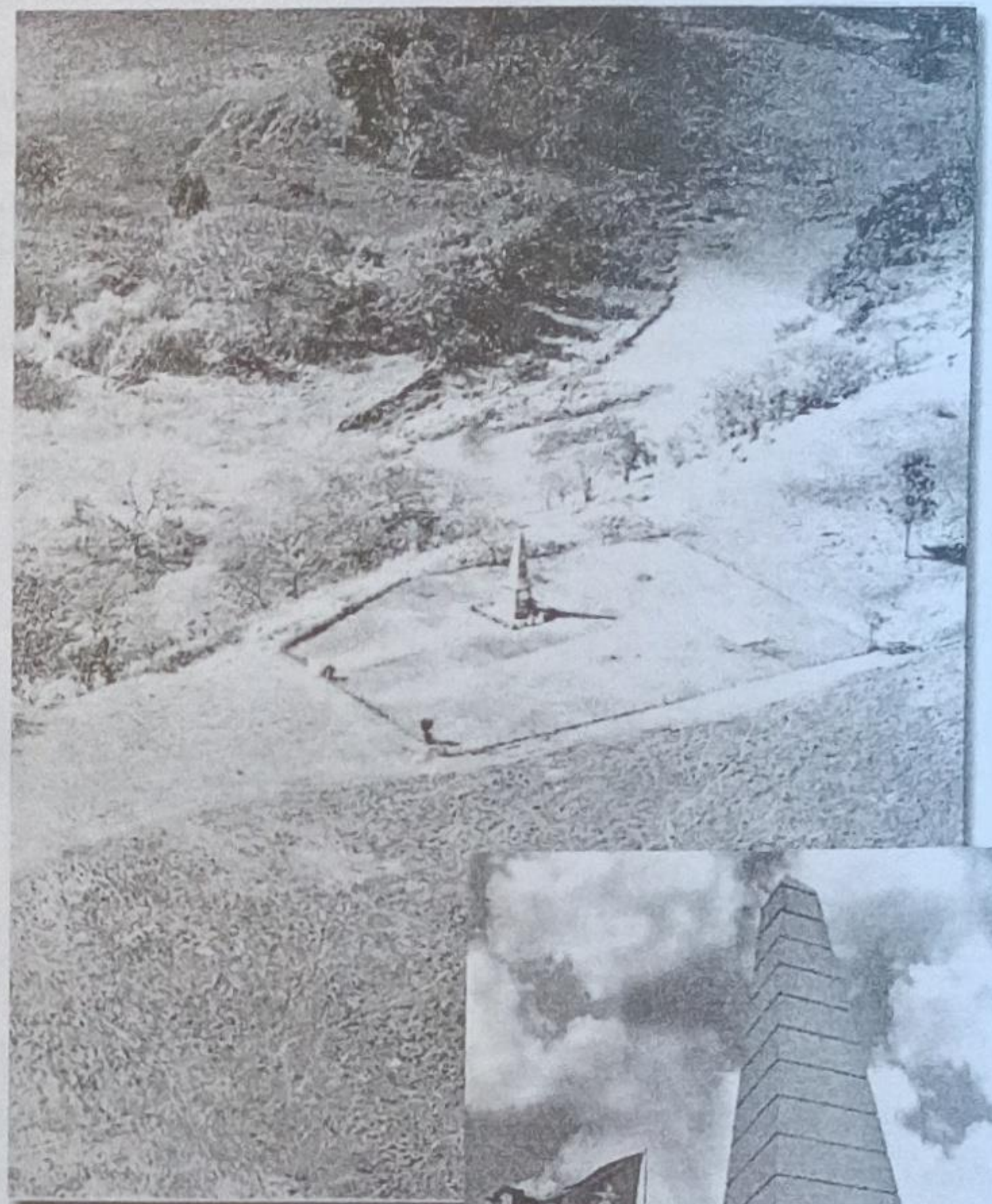
Lo desmesurado no estaba en la prosa, ni en la oratoria de Martí; era tan riguroso, en la pureza de su verbo hablado, como lo era en la pureza de su verbo escrito [...] lo clásico no murió nunca en él [...]

Libertadores ha habido y habrá aún muchos para llenar con sus leyendas bélicas los fastos de la Historia [...] Héroes se dan silvestres y brotan cada día, entre los surcos rojos de la guerra [...] pero un Apóstol de la talla de José Martí, no lo registran los siglos.



Playita de Cajobabo con el paredón que la circunda. Lugar donde desembarcaron Martí, Máximo Gómez y otros patriotas la noche del 11 de abril de 1895.

Vista aérea de Dos Ríos. Escenario de la caída en combate de Martí. El Obelisco señala el lugar donde fue abatido por las fuerzas españolas.



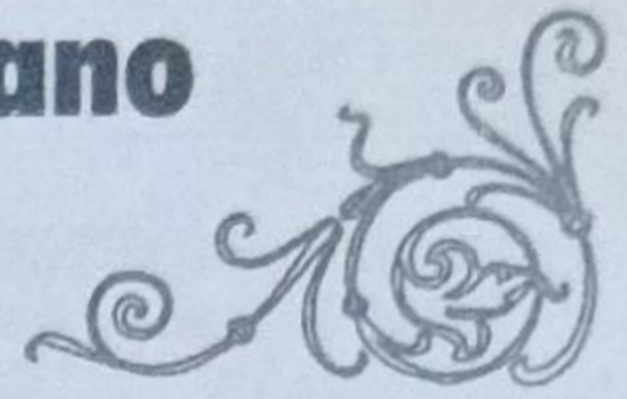
Mausoleo que guarda los restos de José Martí en el cementerio de Santa Ifigenia, Santiago de Cuba.



La ciencia en el Partido Revolucionario Cubano

ALBERTO VELÁZQUEZ LÓPEZ

ADA BERTHA FRÓMETA FERNÁNDEZ



*La política no es la ciencia de las formas, aunque sea esto en mucho; sino el arte de fundir en actividad pacífica los elementos, heterogéneos u hostiles, de la nación: y lo primero es conocer al dedillo estos elementos, para no intentar nada que haya de chocar contra ellos [...]*¹

JOSÉ MARTÍ

En la época que le corresponde vivir a Martí, el capitalismo ha madurado lo suficiente como para que las teorías y las ciencias sociales estén enfrascadas en nuevas soluciones a los problemas, en especial, los que presentan los sistemas de partido y de gobierno, las relaciones de clases y el progreso.

Antes de 1892, año de la creación del Partido Revolucionario Cubano, Martí ha comprendido que el capitalismo está colmado de contradicciones. El desarrollo económico lejos de resolver los problemas los ha agudizado y los partidos políticos surgidos en estos sistemas y encargados de garantizar el desarrollo solo reproducen las contradicciones y viven de los males sociales, sin proponer soluciones viables y humanistas.

En América Latina, después de alcanzar la independencia, las repúblicas y sus partidos políticos siguen reproduciendo el conflicto entre la independencia nacional y la descolonización mental, tanto de las poblaciones originarias como de los nuevos pueblos. En la vida política, la incultura, junto a intereses mezquinos de algunos grupos, hacen que la salud nacional esté limitada para intentar formar sociedades democráticas.

Martí comprende que el problema está en la incultura, el desconocimiento y la carencia de hábitos en el ejercicio republicano. En estas circunstancias les corresponde a los partidos políticos organizar la vida nacional sobre nuevas bases, construir modelos de pensamiento propio, a partir del estudio de sus realidades y no de modelos ajenos, comprendiendo las dimensiones cultural e instrumental del conocimiento, como proyectos de emancipación humanista total.

Aunque en la época existen concepciones muy divergentes acerca del conocimiento y la ciencia, como son el positivismo y el pragmatismo, para Martí la ciencia tiene otra connotación en la cual teoría y práctica han de andar juntas. Por su ideal humanista emancipador, comprende que: "Ciencia y libertad son llaves maestras que han abierto las puertas por donde entran los hombres a torrente, enamorados del mundo venidero."² Así advierte el valor práctico y humanista de la ciencia.

Al referirse al Partido Revolucionario Cubano, en artículo de *Patria* de 1893, expresa:

[...] ha de surgir, por toda ley humana y local, por todo lo que prueba y anuncia la verdadera ciencia política, la ciencia de los antecedentes semejantes y los resultados necesarios, una guerra ciega y parcial, si no se la dispone con amor y estudio, o fuerte o completa si se ligan a tiempo sus elementos,—aquí declara el Partido Revolucionario Cubano, constituido para ordenar las fuerzas abandonadas de la revolución inevitable y conveniente, que enfrenando la indignación que pudieran alzar en él la sumisión excesiva e inútil de sus compatriotas o la conformidad inactiva con la tiranía que se censura, cumple, y continuará cumpliendo, con su deber de preparar la guerra en un país que va a ella por todas las vías, y que un partido impotente para contenerla abandona a sus caprichos y sus furias.³

Esta expresión martiana nos llevó a realizar el presente acercamiento al tema, conscientes de que la creación del Partido no era una casualidad, sino "fruto del profundo estudio de las fuerzas y vicios de nuestra revolución".⁴

El análisis de estos pensamientos nos da la posibilidad de ver la ciencia en sus dimensiones y, principalmente, la unidad entre ciencia y conciencia, entre sentimiento y razón, conocimiento y práctica, de manera que la ciencia es progreso, razón y humanismo para nuestro Apóstol.

La palabra ciencia no se enuncia textualmente en las Bases y Estatutos del Partido. Es en la exposición de los objetivos, necesidades y caracterizaciones, donde se deja ver un conocimiento profundo de la realidad cubana y un nivel de sistematización que permite una proyección de la revolución donde los elementos fundamentales que se han de normar e impulsar están contemplados en la concepción de ordenar los factores fundamentales de la contienda a través de presupuestos ideológico-políticos e ideológico-científicos, la recurrencia permanente al conocimiento y al empleo de métodos nuevos que requieren ser conocidos:

El poder de la idea, ordenada y activa [...] de los revolucionarios de espada y de libro, de caballo y de bufete [...] en la vida política, de los méritos y derechos de todos los cubanos, sin más grados ni diferencias que los de su virtud, y los de utilidad para la patria; es la guerra total y sensata, con pensamiento,

¹ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 7, p. 58.

² *Ibíd.*, t. 6, p. 24.

³ *Ibíd.*, t. 4, p. 317.

⁴ *Ibíd.*, t. 2, p. 339.

corazón y tesoro bastante para asegurarle la probabilidad racional de la victoria.⁵

Entre estos métodos está la base clasista que no es el interés de una persona, grupo o clase, es una nación, compleja de por sí al incluir personas residentes en la Isla y de la emigración, con experiencias propias y un problema común: la falta de libertad por el sometimiento colonial, que no solo es económico.

La estructura socioclasista es compleja también: reminiscencias de una cultura esclavista conviven con relaciones capitalistas incipientes y una población de cubanos residentes en el exterior, que ama su tierra, la quiere libre, pero son portadores de diferentes ideologías y experiencias. La emigración más grande se localiza en Estados Unidos y aquí la clase obrera es fuerte, incluso hay algunos grandes y medianos burgueses. Hay cubanos patriotas en el Caribe, Centro y Sur América donde el desarrollo económico y social tiene otros matices y formas de manifestar sus contradicciones. El Partido Revolucionario Cubano los une a todos, expresado desde el primer artículo de las Bases: "se constituye para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad".⁶

El Partido se crea para obtener la independencia de Cuba y fomentar la de Puerto Rico, es una empresa que dispone de un solo método, la guerra, que debe ser ordenada con conocimientos, no solo con sentimientos. La disposición expresa es que la guerra, necesariamente debe ser bien organizada, lo cual será posible con el conocimiento de "los antecedentes semejantes y los resultados necesarios". Hay una experiencia práctica de la que se precisaron errores, pero también resultados positivos, entre ellos la Guerra de los Diez Años, y las luchas independentistas de Latinoamérica, como los hechos históricos más importantes, sin omitir los de otras realidades.

Lo primordial es cómo ordenar todos los elementos y es ese el objetivo y la función del Partido Revolucionario Cubano: "ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla".⁷

El elemento vivo está en las ideas, pero se demanda de hombres honrados, que la guerra sea generosa y breve, que una vez alcanzada la paz se trabaje feliz. Este es el ideal, la aspiración, solo hay que preguntarse cómo lograrlo, cuál es el método correcto. Se requiere de mucho conocimiento y no solo de la experiencia práctica. El método está en la democracia, en "métodos republicanos". En el artículo 4 de las Bases del Partido, se declara:

El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio

franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre un pueblo nuevo y de sincera democracia.⁸

Al decir de Martí, "el Partido Revolucionario Cubano es la unión de pensamiento y voluntad".⁹

El pensamiento liberal desde mediados del siglo XIX, con la creación de los partidos políticos modernos, principalmente en Estados Unidos, conduce a que la democracia burguesa se envíe y fundamente sus concepciones en teorías elitistas, olvidando a las amplias masas, aunque en el discurso refieran la representación popular, pero en realidad es pura demagogia.

El Partido Revolucionario Cubano sobrentiende la existencia de diferencias de clases sociales y llama a la unidad sobre la base del respeto y la representatividad, sin favoritismo para nadie: "allegará, sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno".¹⁰ Los cubanos se libran de "sus pasiones de clase, o de secta social, o de raza, ante el deber de pelear con orden por la independencia del país".¹¹

En varios de los artículos publicados en *Patria* Martí llama la atención sobre este aspecto cuando dice: "que no es en estos instantes, como los partidos políticos suelen ser, mera agrupación, más o menos numerosa, de hombres que aspiran al triunfo de determinado modo de gobierno".¹²

Sobre los problemas por resolver, está consciente de que:

Tienen otros pueblos, y entienden que es trabajo suficiente, un solo problema esencial; en uno, es el de acomodar las razas diferentes que lo habitan; en otro, es el de emanciparse sin peligro de los compromisos de geografía o historia que estorban su marcha libre; en otro, es, principalmente, el conflicto entre las dos tendencias, la autoritaria y la generosa, que con los nombres usuales de conservadores y liberales dividen a los pueblos. Y en Cuba, solo segura porque el alma de sus hijos es de alientos para subir a la dificultad, hay que resolver a la vez los tres problemas. [...] no es un partido en verdad lo que se amasa, sino un pueblo.¹³

Martí manifiesta una comprensión generalizadora de los problemas esenciales de Cuba y el mundo, principalmente del funcionamiento de las repúblicas, de su dinámica una vez que son constituidas. Con el Partido Revolucionario Cubano se ensaya la futura república, las formas de libertad creadora, del pensamiento que es libre para pensar en la revolución, el bien y la dignidad humana. Ello también solicita no solo de amor, sino de vigilancia, lo que resulta para Martí el único modo seguro de felicidad y gobierno entre los hombres.

De gran importancia para el trabajo de educación y del quehacer científico dentro de la política y en el Partido Revolucionario Cubano son las Conferencias Políticas, anunciadas en *Patria* del 11 de junio de 1892 donde se informa:

El club va a poner por obra, mañana domingo 11, su acuerdo sobre las Conferencias Políticas, sobre las Conversaciones

⁸ Ídem.

⁹ *Ibidem*, t. 2, p. 277.

¹⁰ *Ibidem*, t. 1, p. 280.

¹¹ *Ibidem*, t. 2, p. 24.

¹² *Ibidem*, p. 21.

¹³ *Ibidem*, pp. 21-22.

⁵ *Ibidem*, t. 2, p. 278.

⁶ *Ibidem*, t. 1, p. 279.

⁷ *Ídem*.

Políticas. Porque lo de Conferencia solo es parte de lo que el Club desea. La Conferencia es monólogo, y estamos en tiempos de diálogo. Uno hablará sobre un tema, y todos luego preguntarán y responderán sobre él. Unas veces, por lo del asunto, será la Conferencia sola. Otras será el trato en junto de nuestras ideas esenciales, para acallar una duda, para entender una institución política, para conocer el alcance de un programa social: y todo con el objeto de encender el patriotismo en la razón y de salvar la tierra de los errores del entusiasmo ciego, del interés frío, de las sectas egoístas, de los peligros de la ignorancia.¹⁴

En el artículo se insiste en el empleo de métodos participativos, para conquistar, con el derecho del mérito igual, la igualdad apetecible entre los hombres.

El día 18 se publica que el Club "José Martí" realizó la primera conferencia, donde un conferencista diserta y posteriormente los asistentes intervienen sobre:

[...] los fines de nuestra política o sobre sus métodos, sobre la relación entre los derechos sociales del hombre y sus deberes patrios [...] allí la enardecida juventud, la del aula junto a la del taller, que a la impaciencia del sacrificio, y la emulación inquieta de los héroes, une el conocimiento saludable y sereno de las fuerzas de brazo y de idea que son indispensables para vencer.¹⁵

Asisten personas de diferentes orígenes, e incluso nacionalidades, interesados e imbuidos en la lucha del pueblo cubano, que debaten de política, de aquella que es necesario conocer y construir para hacer la guerra y sembrar el proyecto de la República. Este es un método de instrucción, consulta y educación en el accionar político, de participación creadora para preparar a las masas en el pensamiento razonador, en la construcción de conocimientos y unificación de ideales.

En las Bases del Partido están estas ideas como formas de organización y objetivos de lucha y quedan plasmados los recursos para alcanzar la nueva sociedad, se orienta hacia dónde ir y se regulan los pasos esenciales a realizar, todo lo cual, de forma concreta se expresa en el artículo 8 de las Bases, o sea, unir a los cubanos a partir de relaciones sinceras entre factores históricos y políticos, y en el acápite III se insiste en: "Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de revolución, y congrega a los habitantes de la Isla en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas".¹⁶

Propagar el conocimiento del espíritu y los métodos de algo tan majestuoso como una revolución, implica un conocimiento científico. Aunque se emplee la palabra espíritu, no solo quiere expresar el aspecto psicológico, necesariamente esa espiritualidad está constituida por un sistema de ideas, concepciones, puntos de vista que convengan a las personas para incorporarlas en la contienda; presupone una ideología, concepciones adquiridas y comprobadas en la actividad

práctica, tanto individual como del decursar histórico de la humanidad y, por supuesto, para los líderes políticos, un conocimiento de las tradiciones y la psicología del pueblo.

El método que se refiere en el documento, de participación democrática, está dirigido a cómo llevar a cabo la Revolución, qué tareas realizar, que en sí es lo que se constituye en programa de lucha. No se trata solo de socializar la idea, es encontrar aceptación, que se considere viable, útil, acertada; ello es lo que le concede al Partido la legitimación necesaria.

En todos los textos martianos sobre el Partido, la guerra y la nueva república el Maestro orienta la necesidad de incorporarse al proceso con voluntad. Su insistencia mayor está en el conocimiento. Aprecia en el cubano un hombre de cultura política, fraguada en la lucha, que a la vez debe portar conocimientos desprendidos de intereses y ambiciones personales, cuya arma radica en la verdad, la cual no puede estar separada de la ciencia. En este sentido, rechaza "el engaño literario de la política teórica en choque con la verdad cruda de la política natural".¹⁷ Realmente ninguna teoría foránea ha creado el modelo que pueda solucionar de forma creadora y justa el problema cubano de finales del siglo XIX.

La comprensión martiana de lo natural en la política, radica en la consideración de lo original y autóctono de cada pueblo, en correspondencia con su naturaleza, historia, tradiciones, en fin, con la cultura. Esa es la "política natural". Dicho principio está presente en sus textos, y "Nuestra América" es ejemplo de ello como concepción latinoamericanista y de la esencia de la política para la reivindicación de nuestro ser. Aplicado a Cuba, es la utilidad de todo conocimiento, aborrecer las teorías y modelos extranjeros, que solo deben considerarse si no entran en choque con lo nuestro: esta es tarea de las ciencias políticas y aspecto a velar por el Partido Revolucionario Cubano, porque:

La ciencia, en las cosas de los pueblos, no es el ahitar el cañón de la pluma de digestos extraños, y remedios de otras sociedades y países, sino estudiar, a pecho de hombre, los elementos, ásperos o lisos, del país, y acomodar al fin humano del bienestar en el decoro los elementos peculiares de la patria, por métodos que convengan a su estado, y puedan fungir sin choque dentro de él. [...] De esta ciencia, estricta e implacable—y menos socorrida por más difícil—de esta ciencia pobre y dolorosa, menos brillante y asequible que la copiada e imitada, surge en Cuba, por la hostilidad incurable y creciente de sus elementos, y la opresión del elemento propio y apto por el elemento extraño e inepto, la revolución. Así lo saben todos, y lo confiesan. En lo que cabe duda es en la posibilidad de la revolución. Eso es lo de hombres: hacerla posible. Eso es el deber patrio de hoy, y el verdadero y único deber científico en la sociedad cubana.¹⁸

Se evidencia en Martí que la necesidad del conocimiento rebasa la utilidad práctica para convertirse en dimensión ética que, como deber, es lo que confiere a la ciencia en la política un valor trascendental. ■

¹⁴ *Ibidem*, t. 4, pp. 16-17.

¹⁵ *Ibidem*, t. 2, p. 29.

¹⁶ *Ibidem*, t. 1, p. 280.

¹⁷ *Ibidem*, t. 2, p. 75.

¹⁸ *Ibidem*, t. 3, p. 117.

Los dibujos de Martí

RAMÓN GUERRA DÍAZ



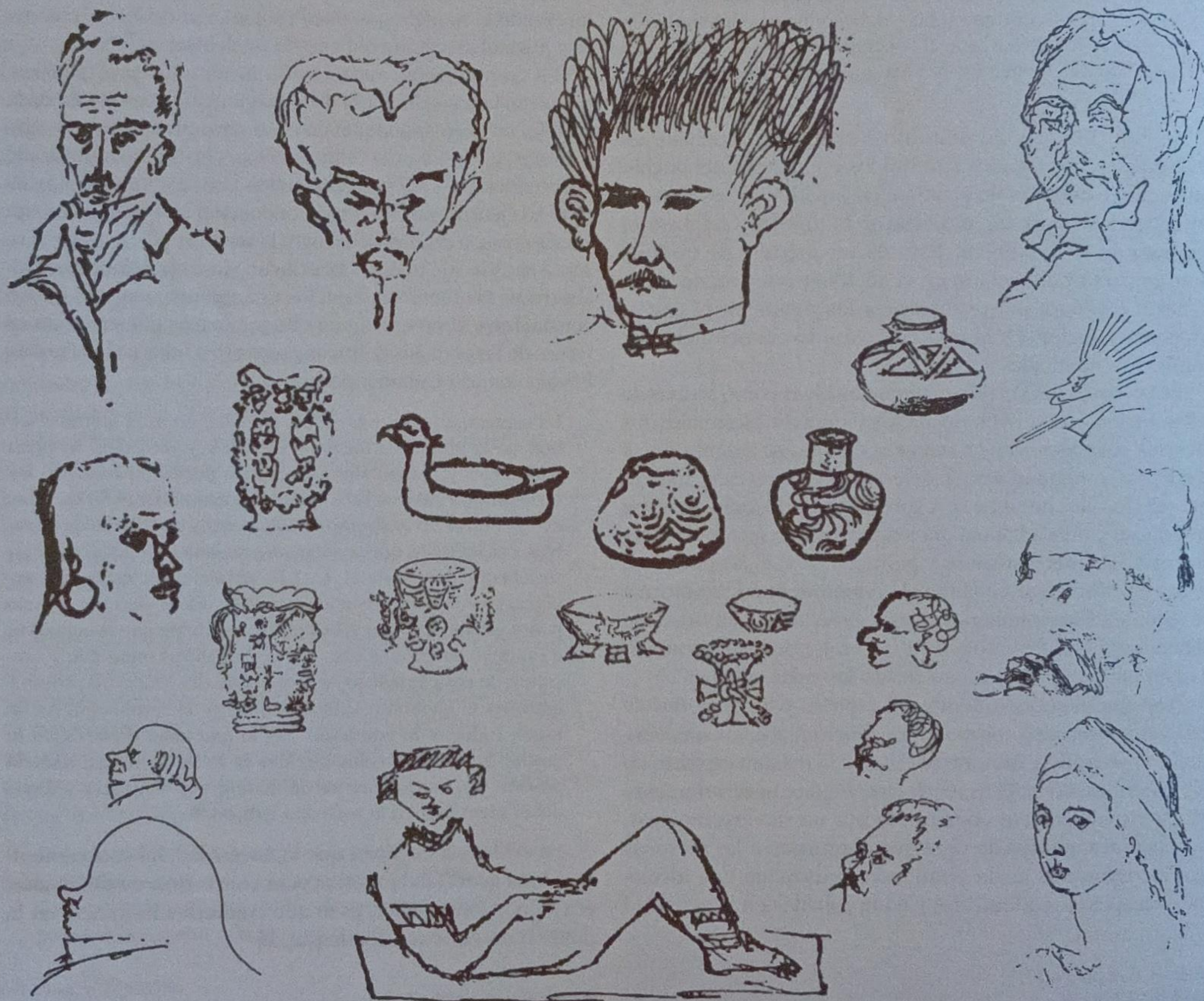
En ocasión del aniversario 140 de la matrícula de José Martí en la Academia de Pintura y Dibujo "San Alejandro", se han reunido aquí imágenes de una veintena de dibujos hechos por el Apóstol, recopiladas y procesadas digitalmente por Joseph Trujillo. En ellas aparecen caricaturas, pequeños dibujos de vasijas y piezas precolombinas, y otras figuras hechas, algunas de ellas, en los márgenes o parte posterior de hojas de papel donde su pluma dejaba su rauda pensamiento.

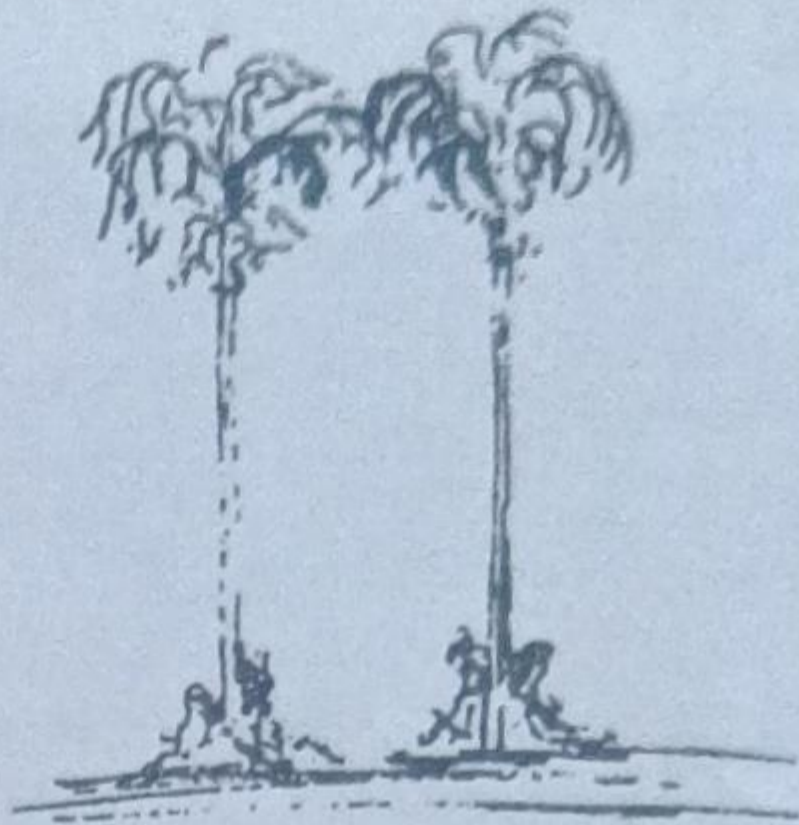
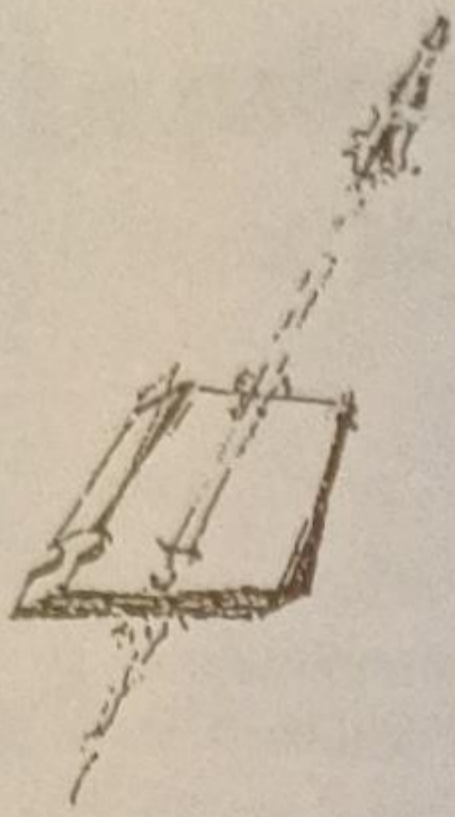
A través de sus dibujos podemos adentrarnos en la psicología y los estados de ánimo del artista cuando en breves trazos entrega imágenes que complementan las ideas de la escritura a las que acompañan, dejándonos un retrato de emociones. No son dibujos de ocasión, son un modo de ex-

presión, de decir lo que, tal vez, las palabras no alcanzan a abarcar.

Encontramos caricaturas de mucha fuerza expresiva que, a mi entender, son lo mejor de su obra plástica. Ellas reflejan un modo de verse a sí mismo, una suerte de espejo de su intelecto, con una carga de ironía, desenfado y concentración lograda con una gran economía de líneas.

Una sensibilidad artística contenida se pone de manifiesto también en esta recopilación de dibujos de Martí, al que "nada humano le fue ajeno". Solo la entrega sin límite a los destinos de Cuba y de la humanidad podría explicar por qué este hombre con esa vocación no incursionó de manera más amplia en la creación en las artes plásticas. A ciento cincuenta y cinco años de su natalicio, Martí no deja de sorprendernos. ■

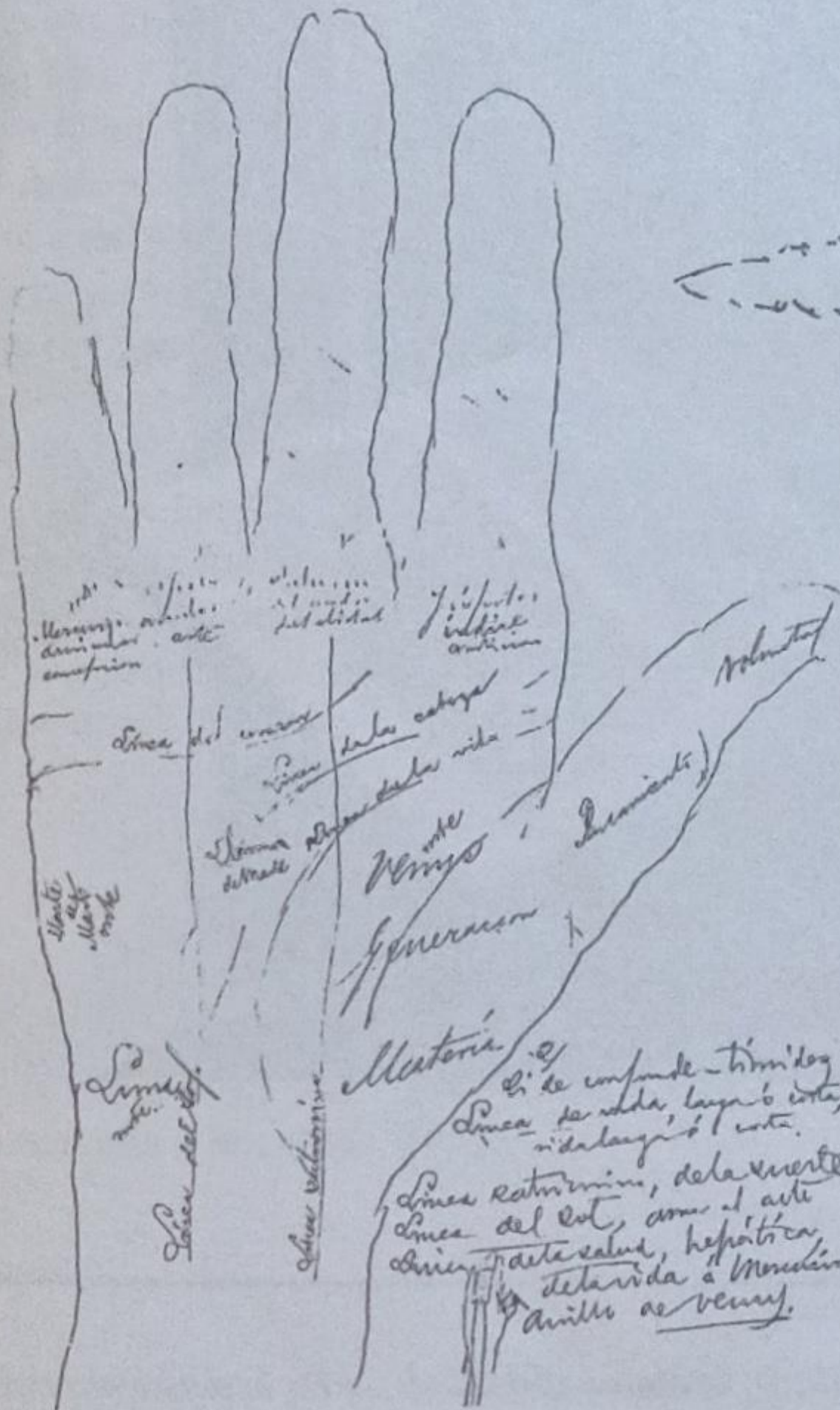




anoy, y tride en
 blú, y ierque al sea
 cabatavelante, el se
 gante luea aena
 opuelto la sclarada
 la maguipien fi
 - Chlo, - oiese id.



De
 de,
 mesiemma impardon
 cargada en el enjuna
 ioriar que piron co
 rocha, hermosa sí,
 in quada y en fei
 Horante han --



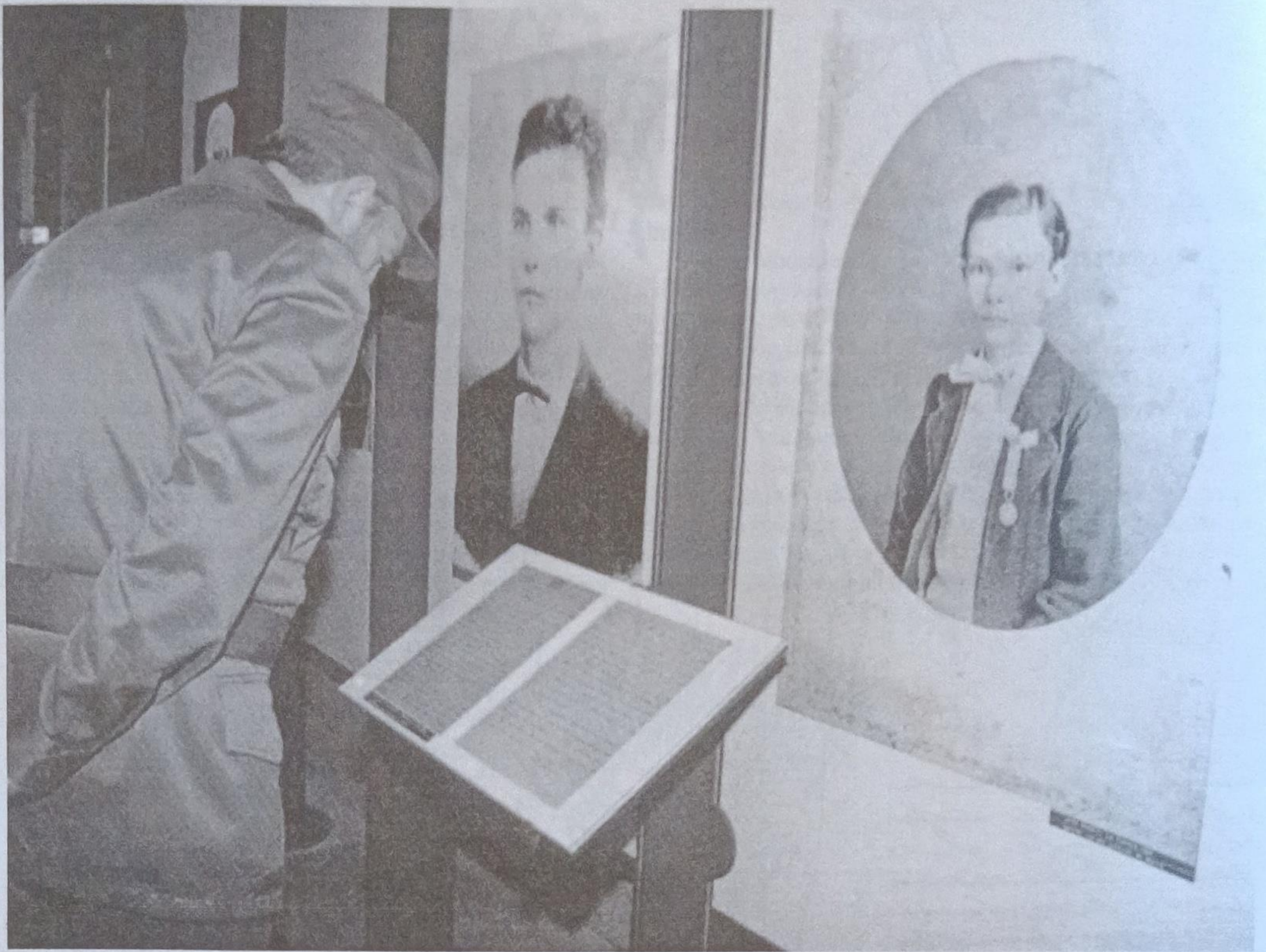
que
 Los señores de la vida
 se hacen y se hacen
 a través de la vida y
 para se cultivos de
 su vida en la vida, más
 a través de la vida y
 a través de la vida y
 a través de la vida y
 a través de la vida y
 a través de la vida y
 a través de la vida y
 a través de la vida y
 a través de la vida y



RAÚL CASTRO RUZ

Su pensamiento, caudal infinito y fuente inagotable, resumido magistralmente en la carta inconclusa a su extrañable amigo Manuel Mercado, es la más valiosa herencia que el Apóstol nos

legara. Trasciende aquel instante sublime, vísperas de su caída en Dos Ríos, y nos guía en este momento decisivo de la Patria.



FIDEL CASTRO RUZ

Martí comprendió como nadie, desde Bolívar, la común identidad iberoamericana y la posibilidad de la unión de nuestras naciones.

1991

Tú no ves nunca a Martí hablar de su proyección histórica, ni de su imagen histórica. Tú lo ves consagrado a la obra de la Revolución, al pensamiento de la Revolución.

1992

El Martí de hoy es un Martí mucho más gigante ante los ojos de todos los cubanos [...] No sabían todavía sus propios compañeros toda la magnitud de su gloria, de su talento, de su proyección, de sus sentimientos.

Hoy lo conocemos más que nadie, lo conocemos mejor que a nosotros mismos [...] lo sentimos, lo palpamos, lo vemos como algo tan familiar, tan entrañablemente hermano, padre, hijo, todo.

1995

Entregó su sangre, en Dos Ríos, José Martí, Apóstol de la independencia, genio de las ideas y de las ideas más nobles que puedan concebirse, Héroe Nacional de nuestra patria, cuyas ideas inspiraron a la Generación del Centenario, y hoy inspiran e inspirarán cada vez más a todo nuestro pueblo.

2002

La primavera de unas flores silvestres

CARLOS RODRÍGUEZ ALMAGUER



José Martí llamó "flores silvestres" a sus *Versos sencillos*, publicados en Nueva York en octubre de 1891, hace ya ciento dieciséis años. Versos que nacieron de un profundo dolor por la esclavitud en que vivía su patria y el peligro de que algunos hombres, por el interés de obtener más dinero, poder o riquezas, entregaran la isla maltratada y heroica al vecino poderoso y egoísta del Norte, que les había negado ayuda en los diez años de guerra contra España. Y dolor sufrido también, ante la amenaza de que este mismo Norte revuelto y brutal se tragara las repúblicas americanas en los tratados a que las había convidado a reunirse en Washington. Por eso les dice a sus amigos en qué circunstancias nacieron estos versos: "Me echó el médico al monte: corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos".¹

Versos moldeados con aquel "cúmulo de verdades esenciales que caben en el ala de un colibrí",² en las que el Apóstol resumía la esencia del mundo y de la vida humana. Y por estar escritas en "formas llanas y sinceras", como él dice en su prólogo, calan tan hondo en el sentimiento de los hombres, y sobre todo de los niños, que antes de aprender a leer ya los recitan:

*Yo soy un hombre sincero
De donde crece la palma,
Y antes de morirme quiero
Echar mis versos del alma.*³

En ellos Martí canta lo hermoso de la naturaleza y la alegría del hombre que está en armonía con ella y la cuida y protege porque la necesita para vivir.

*Yo sé bien que cuando el mundo
Cede, lívido, al descanso,
Sobre el silencio profundo
Murmura el arroyo manso.*⁴

Canta al amor y a la belleza de la mujer, sin la que el hombre no puede hacer obra grande y duradera; al cariño entrañable a su familia: hijo, hermanas, padre y madre; al valor de los hombres; al premio dulcísimo que es tener un amigo sincero que nos haga sentir generosos y al mismo tiempo nos consuele de las fealdades con que a veces algunos hombres empañan la claridad del mundo.

*Tiene el leopardo un abrigo
En su monte seco y pardo:
Yo tengo más que el leopardo
Porque tengo un buen amigo.*⁵

La patria está presente en cada momento de su vida, es la causa fundamental de sus penas, destierros y desvelos, y a ella dedicó también hermosos versos.

*Yo quiero, cuando me muera,
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi losa un ramo
De flores,—iy una bandera!*⁶

Nada escapa a la atención de Martí en esta apartada conversación con el mundo. Es como el niño preguntón al que todo lo asombra y que todo lo quiere conocer, por eso fue sabio. Las cosas más simples en apariencia despiertan su reflexión.

*Yo pienso, cuando me alegro
Como un escolar sencillo,
En el canario amarillo,—
¡Que tiene el ojo tan negro!*⁷

Pero en la misma causa de su obligado retiro al monte para curarse de aquellas "náuseas de alma" que padecía; en las pequeñeces y maldades de los hombres, que son las que hacen triste al mundo, encontró motivo suficiente para descubrir su capacidad infinita de amar y la fuerza tremenda de la justicia y de la verdad, cuando nos armamos de ellas y nos juramos su defensa. Descubrió la enorme y callada sabiduría de la naturaleza, cuya apacible observación podía curar las tristezas causadas por los vicios de los hombres:

*Yo sé de las historias viejas
Del hombre y de sus rencillas;
Y prefiero las abejas
Volando en las campanillas.*⁸

Ciento dieciséis años después de su publicación, las "flores silvestres" de José Martí, siguen provocando nuevas y cariñosas lecturas entre nuestro tesoro más querido: los niños, quienes después que saben leer, vuelven otra vez a descubrir los suaves murmullos con que el hombre de *La Edad de Oro* les revela los secretos del mundo.

Sirva, pues, esta recordación, como sencillo homenaje a esa obra de amor que nos revela cómo lo más durable suele ser lo sincero, lo que se dice así como se piensa, sin falsos ropajes que deslucirían la elegancia natural del sentimiento; esa obra que enaltece y reafirma nuestra necesidad de la creencia en el mejoramiento humano y en la utilidad de la virtud. ■

¹ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 16, p. 61.

² *Ibidem*, t. 8, p. 288.

³ *Ibidem*, t. 16, p. 63.

⁴ *Ibidem*, p. 65.

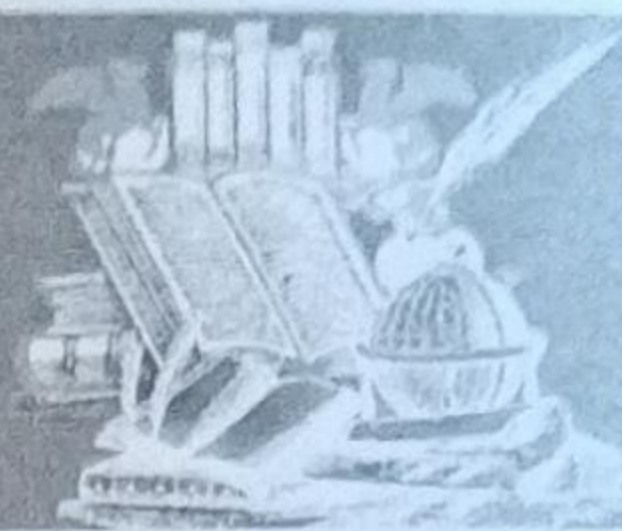
⁵ *Ibidem*, p. 122.

⁶ *Ibidem*, p. 100.

⁷ *Ídem*.

⁸ J. Martí, *ob. cit.*, t. 16, p. 66.

Nuestros autores



Salvador Arias García

Doctor en Ciencias Filológicas. Ensayista, crítico, investigador y profesor. Investigador del Centro de Estudios Martianos.

José Cantón Navarro

Doctor en Ciencias Históricas. Investigador, profesor y ensayista. Vicepresidente de la Sociedad Cultural "José Martí".

Paul Estrade

Profesor de Mérito de la Universidad de París VIII. Investigador francés de la obra martiana.

Julio Fernández Bulté

Doctor en Ciencias Jurídicas. Profesor de Mérito de la Universidad de La Habana.

Roberto Fernández Retamar

Doctor en Filosofía y Letras. Ensayista, profesor y poeta. Presidente de Casa de las Américas.

Ada Bertha Frómeta Fernández

Doctora en Ciencias Filosóficas. Ensayista, investigadora y profesora titular del Centro Universitario de Las Tunas. Miembro de la Junta Directiva de La Sociedad Cultural "José Martí" en Las Tunas.

Fina García-Marruz

Doctora en Ciencias Sociales. Poeta y ensayista. Fundadora del Centro de Estudios Martianos y una de las más agudas exégetas de la obra del Apóstol.

Ramón Guerra Díaz

Investigador del Museo Casa Natal "José Martí". Autor de importantes investigaciones y experiencias de trabajo con adultos mayores.

Armando Hart Dávalos

Doctor en Leyes. Director de la Oficina del Programa Martiano. Presidente de la Sociedad Cultural "José Martí" y miembro del Consejo de Estado de la República de Cuba.

Adelaida de Juan

Ensayista y crítica e historiadora de arte. Profesora de Mérito de la Universidad de La Habana.

Rafael Polanco Brahojos

Ensayista y profesor de Historia de la filosofía y de Pensamiento político. Vicepresidente de la Sociedad Cultural "José Martí" y director de la revista *Honda*.

Carlos Rafael Rodríguez Almaguer

Licenciado en Estudios Socioculturales. Presidente del Movimiento Juvenil Martiano y vicepresidente de la Junta Nacional de la Sociedad Cultural "José Martí".

Pedro Pablo Rodríguez López

Doctor en Ciencias Históricas. Ensayista, investigador, profesor y periodista. Dirige la edición crítica de las *Obras completas* de José Martí, en el Centro de Estudios Martianos.

Rodolfo Sarracino

Doctor en Ciencias Históricas. Ensayista e investigador titular del Centro de Estudios Martianos. Profesor del Instituto Superior de Relaciones Internacionales.

Ivan A. Schulman

Profesor Emérito de Español y Literatura comparativa, de la Universidad de Illinois, Estados Unidos de América.

Luis Toledo Sande

Ensayista, narrador y poeta. Fundador del Centro de Estudios Martianos. Estudioso y biógrafo de José Martí.

Ramiro Valdés Galárraga

Investigador y profesor. Estudioso de la obra martiana.

Alberto Velázquez López

Doctor en Ciencias Filosóficas. Ensayista, investigador y profesor titular del Centro Universitario de Las Tunas. Vicepresidente de la Sociedad Cultural "José Martí" en Las Tunas.

Cintio Vitier Bolaños

Doctor en Leyes. Ensayista, poeta y novelista. Fundador del Centro de Estudios Martianos y actual presidente honorario. Es uno de los más notables estudiosos de la obra del Apóstol.





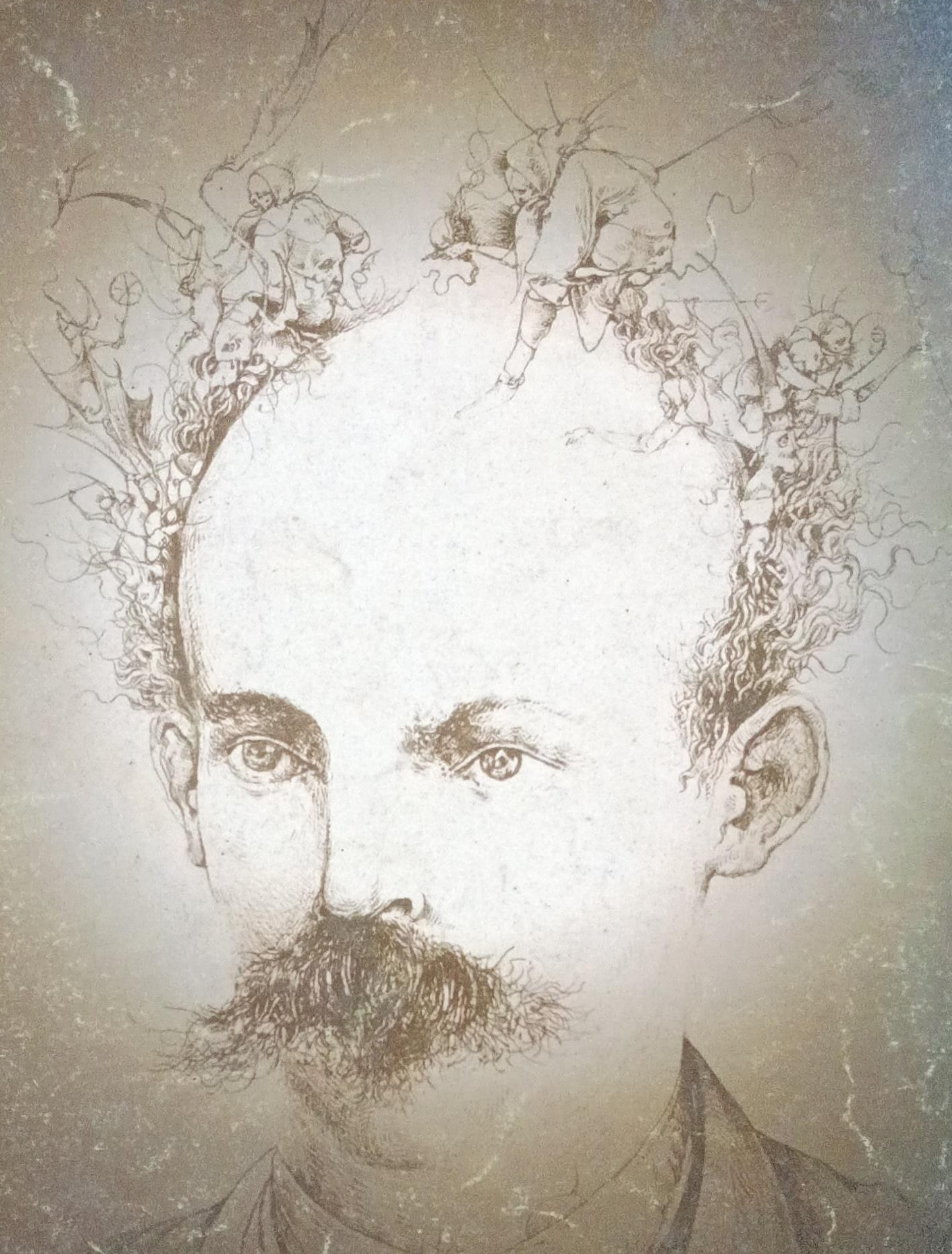
Cuarta entrega de la serie José Martí, Hombre Universal: la historia de un hombre contada por sus casas.

Lugar y fecha de cancelación de primer día:
 Sellos: Museo Municipal de Guáimaro (Casa de la Constitución), 10 de abril de 2007, 115 aniversario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano.

Hoja filatélica: Memorial José Martí, Plaza de la Revolución, 19 de mayo de 2007.

Diseño filatélico de Jorge Lozano Ros y José Antonio Medina Soto.

MARTÍ EN LA PLÁSTICA CUBANA



Luz, José Luis Farinas
Acuarela monocroma con efectos de luz
15 x 25 cm
Versión digital de J. G. Abás

JOSÉ LUIS FARINAS (La Habana, 1972). Pintor y escritor. Ha obtenido varios premios nacionales e internacionales, entre ellos: el Primer Premio anual de Ilustración Raúl Martínez, Reconocimiento en el Concurso Internacional NOMA, UNESCO y Primer Premio al mejor libro de arte para bibliófilos editado en España durante 2006 con *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*, de María Teresa León, ilustrado por él. Oleos y acuarelas suyas se conservan en museos, galerías y colecciones privadas. Como narrador, ensayista y poeta ha sido publicado en Cuba, Estados Unidos y España.